

13

Parte 1

MILÍMETROS

SCORPIO



BEATRIZ G. LÓPEZ

13 MILÍMETROS - SCORPIO

Beatriz G. López

Parte 1

© *Beatriz García López, 2017*

Primera edición: 2017

Autoedición: Beatriz García López y Álvaro Martín Fernández

Diseño de cubierta: Álvaro Martín Fernández

Maquetación: Álvaro Martín Fernández

Si hay algo seguro en esta vida, si la historia nos ha enseñado algo, es que se puede matar a cualquiera.

Michael Corleone en *El Padrino II* (1974)

Mario Puzo - Francis Ford Coppola

Capítulo 1

—Sabes lo que puede pasar si no nos pagas, ¿no? —amenazó Carlo. Mantenía firme una pistola Smith & Wesson en la mano derecha.

—Quiero pagar, de verdad, pero no tengo el dinero. Hubo contratiempos y además no están viniendo muchos clientes —se excusó el tabernero. Era un hombre con algo de sobrepeso. Contaba con muchos años de experiencia manejando su local. El sudor que le resbalaba por el rostro iba a parar al enorme bigote medio cano. Sus ojos se iban alternando entre el cañón del arma y el rostro de quien la sujetaba—. Mira a tu alrededor. No hay casi nadie.

—No me jodas, Charlie. Se han marchado en cuanto nos han escuchado levantar un poco la voz. Ellos sí parecen saber quiénes somos, podrías tomar ejemplo.

—Os estoy diciendo la verdad. No es culpa mía. Díselo, Ronald. Tú me crees, ¿verdad? —insistió el tipo.

—No me metas. Venimos a por el dinero y no lo tienes. Nos importa una mierda por qué —le cortó el aludido. Estaba menos seguro de sí mismo que su compañero.

—Esto no le va a gustar al jefe. Podría pensar muy mal si no le das lo que le debes por la coca. Los daños que podrías sufrir tanto tú como el local podrían superar la pasta que nos debes. Tú mismo.

Las palabras de Carlo solo pusieron a Charlie más nervioso. Se frotó las manos sudorosas. Miró a ambos hombres, más jóvenes. No conocía al jefe en persona, pero había oído hablar de él. Sabía cosas que se podían atribuir a ese hombre, cosas que infundían temor al tabernero. Estaba jugando con fuego. Pero no podía pagarles. No tendría dinero suficiente para poder afrontar el mes siguiente. Se sentía entre la espada y la pared. Se sobresaltó cuando Carlo dio un manotazo en la barra a modo de despedida. No le dijeron nada más.

Charlie sabía que regresarían. Y sería peor.

Se metió en la cocina. Les pidió a sus dos camareros que se encargaran del local durante un rato. Necesitaba tranquilizarse.

Era una noche sin luna. Las nubes rivalizaban por ser las primeras en iniciar la tormenta sobre la gran ciudad. Ninguna terminaba de atreverse. El olor a mojado inundaba el aire. La caída de las primeras gotas parecía ser inminente.

Habría represalias. Tendrían que haber conseguido el dinero. Carlo estaba molesto con su compañero Ronald. Consideraba que no había tenido la sangre fría que se necesitaba.

—Tío, ¿por qué te has metido a esto si no puedes ni presionar a un tabernero de mierda? —le reprochó Carlo.

—Me quedé cortado. ¿Qué hacemos si no tiene dinero? Aunque le demos una paliza seguirá sin tenerlo —contestó su colega, algo avergonzado. No le miraba a la cara. Su primer día con actividades de mayor categoría no había empezado muy bien.

—¡Pero si es un viejo gordo que no podía ni tenerse en pie de lo nervioso que estaba! Hasta mi sobrino podría haberlo hecho y todavía no ha salido de la cuna. No puedes creerte las excusas,

siempre ponen excusas. Si no puede pagar, tendrá que saber a quiénes debe dinero. Si por ti fuera, pensaría que trata con idiotas.

Ronald asintió con la cabeza, sabía que Carlo tenía razón. Continuó aguantando las represalias mientras caminaban por el callejón. Acababan de entrar, era un atajo. No repararon en la oscuridad, estaban acostumbrados a pensar que un nombre era suficiente.

De pronto, un fuerte chasquido metálico se apoderó del lugar. El eco rebotó por las paredes de ladrillo. Ambos se sobresaltaron y se quedaron en silencio. El corazón de Ronald alcanzó la velocidad máxima. Se miraron. Se acercaron cautelosos al foco del sonido con sendas pistolas en la mano. Algún vagabundo abandonaría su rincón en cualquier momento, borracho. O eso esperaban. Pero no aparecía nadie. Carlo soltó una risotada al descubrir el origen. Una placa se había desprendido de la pared. Anunciaba una calle.

La Calle Trece.

Los tornillos oxidados parecían haber sucumbido al fuerte viento. Se empezaron a escuchar los primeros truenos a lo lejos.

El susto no benefició a Ronald. Estaba más intranquilo que antes. Se sentó en un bidón herrumbroso. Estaba deseando que se terminara ese día de mierda.

—Es solo una chapita, tío. Una puta chapita —se burló Carlo. También él estaba nervioso.

—Déjame ya en paz. Me habría gustado verte en tu primer día en este puesto.

Ronald tenía las manos temblorosas. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su abrigo. Fumar le tranquilizaba.

—Joder, no se te puede decir nada.

Entonces Carlo cogió su *smartphone*. Debía avisar al jefe. Evitaban ese medio de comunicación en la medida de lo posible, pero... En fin, las cosas no habían salido bien con Charlie. Accedió a la agenda del aparato. Buscaba por la "S". Cuando le localizó, suspiró decidido. Pulsó el botón táctil que iniciaría la llamada. Debía elegir las palabras adecuadas para relatar el pequeño incidente. Escuchaba de fondo los fríos tonos de espera.

Su compañero permanecía en la misma posición, exhalando el humo del cigarro. Escuchó un ruido leve no muy lejos, pero no le dio importancia. Ya habían comprobado que, con el viento que hacía, podía tratarse de una tontería. Además, no quería que el otro volviera a meterse con él. Miró a Carlo, quien todavía sostenía el teléfono. Sabía que estaba llamando al jefe. Mierda. Tendría que haber sido más contundente dentro de la taberna.

Otro ruido, ahora más fuerte. Atrajo la mirada de ambos hacia el fondo del callejón. Ronald se puso en pie.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Carlo. No estaba de humor ni para aguantar sus propios sobresaltos. ¿Por qué diablos no le cogía la llamada?

Nunca llegó a saberlo.

Una bala le atravesó la frente entre ceja y ceja. Cayó de espaldas con los ojos abiertos. Se abrió una herida en la parte posterior de la cabeza al chocar contra el suelo. La sangre corría entre los adoquines, imperceptible a causa de la oscuridad. Estaba muerto.

El miedo paralizó a Ronald. Dio un paso hacia atrás. Pisó una de las manos inertes de su compañero. Tropezó. Acabó en el suelo.

El cadáver todavía aguantaba el teléfono entre sus dedos inmóviles.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no llaméis a este número, joder? ¿Qué es lo que pasa?

—Tras descolgar, las palabras se perdían desde el altavoz—. ¿Oye? ¿Qué haces? ¡Contéstame, coño! ¿Oye?

Ronald agarraba la pistola fuerte, muy fuerte. Tan asustado, no podría levantarse con rapidez y salir huyendo de allí. Sin embargo, se incorporó y apuntó aleatoriamente a las tinieblas. No veía nada. Estaba solo y aterrorizado. Carlo ya no podía ayudarlo. Dependía de sí mismo.

Un reflejo en la pared hizo que el chico pulsara el gatillo sin pensar, vaciando el cargador. Nunca se había visto tan acorralado. Respiraba muy rápido. Sentía pánico. De repente, el sonido de un objeto cortando el aire le hizo girar la cabeza. Un filo metálico se incrustó en su frente, atravesándole el cráneo. Antes de que la espalda se topase con los adoquines, un disparo en el pecho aseguró su muerte.

La sombra se marchó de aquel escenario sin recoger lo que era suyo.

—¡Carlo! ¿Qué cojones está pasando ahí? ¿Quién ha disparado? ¡Contesta!

La lluvia comenzó a caer por fin, intensa. Hacía frío, pero ninguno de los dos extorsionadores lo sentían. Las gotas mojaban el teléfono. Tras abrirse paso hacia los circuitos, cortaron la conexión. Pronto, la corriente arrastró la sangre fuera del callejón. Parte del agua escarlata empezó a colarse por la primera alcantarilla que encontró.

Capítulo 2

Terminó el capítulo en la página trescientos setenta y cuatro. Luego pasó la hoja para empezar con el siguiente.

Rafael Espinosa estaba tumbado en la cama, sentado y con la colcha cubriéndole hasta la cintura. Se había colocado un par de cojines detrás de la espalda para facilitarle la postura. A su lado dormía Amy Forbes, su esposa, quien le daba la espalda.

El olor a mojado se filtraba por la minúscula rendija que habían dejado en la ventana. Había empezado a llover hacía poco. Ya eran más de las dos de la mañana. No le importaba. Solía dormirse tarde, sobre todo si tenía una excusa. Disfrutar de una buena lectura, por ejemplo. Anne Rice se encargaba de proporcionársela esta vez.

La vibración de su smartphone sobre la mesita de noche le arrancó de la historia. Parecía rugir como una fiera. Miró el nombre en la pantalla. No podía ignorar la llamada. Colocó el marcapáginas con cuidado, cerró el libro y lo dejó en el mueble.

Descolgó.

—Dime.

—Me acaba de llamar Carlo. No me ha dicho absolutamente nada. He escuchado un tiroteo y luego se ha cortado.

—¿Carlo? Tenía entendido que hoy se encargaba de la taberna de Charlie. ¿Un tiroteo, dices? Tal vez se le hayan complicado las cosas. Habrá guardado el teléfono sin bloquear y habrá marcado solo —argumentó Rafael.

—No creo que el idiota de Charlie haya tenido huevos para enfrentarse a ellos. Veo más probable que Carlo haya sido tan estúpido como para que le hayan asaltado —contestó el jefe. Estaba de mal humor. Aquella extraña llamada le había despertado—. Se le habrá perdido el teléfono o se lo habrán quitado.

—No es normal.

—Entérate. A ver si puedes contactar con alguien que sepa lo que ha pasado. O incluso con Carlo. Llama a Ronald, que estará con él. No quiero que sus tonterías nos salpiquen. Mañana me cuentas.

Se cortó la comunicación.

Rafael estaba acostumbrado a ese tipo de órdenes. Sabía que eran escuetas, sobre todo cuando las daba por teléfono o estaba enfadado. Se había encontrado con una mezcla de ambas. Pasó la mano derecha por su largo pelo castaño, recogido en una coleta baja.

Lo primero que hizo fue llamar a Ronald. No obtuvo ninguna respuesta las dos veces que marcó. Probó con Carlo después. La voz de una teleoperadora le informó de que ese teléfono estaba “apagado o fuera de cobertura”. Le pareció extraño. Si habían estado involucrados en un tiroteo y no contestaban, algo no andaba bien.

Se sentó en la cama despacio. Decidió que se vestiría y se acercaría a la taberna de Charlie. Si ese tipo aún seguía con el local abierto, tendría que darle explicaciones. Si no, debía

encontrarlas por él mismo. Antes de salir de entre las sábanas, su teléfono vibró de nuevo.

—Lobo, ¿te he despertado? —preguntó con cautela la nueva voz al otro lado de la línea.

—No, Jake. ¿Qué quieres?

—¿No tenía que pasarse Carlo esta noche por la taberna de Charlie? —El tono denotaba alarma.

—Sí. ¿Por qué? ¿Sabes algo de él? No iba solo.

—No. Uno de mis camellos me acaba de comentar que está por allí y que se ha escuchado un tiroteo cerca del lugar. No sé si Carlo está involucrado o no, pero creí conveniente que lo supieras.

—Sí, algo había oído. Tenía pensado acercarme yo mismo para ver qué ha ocurrido.

—No vengas. Según me ha dicho, se ha oído bastante. Puede que la policía vaya para allá —le recomendó Jake.

—Bueno, vamos a hacer una cosa. ¿Estás en la calle?

—No, estoy en mi casa.

—Sal y quédate por los alrededores de la taberna de Charlie esta noche. No callejees mucho, ya sabes la mierda que hay en ese barrio. Y más después de esto, sin saber lo que ha pasado. Si ves a Carlo o a Ronald, un chaval pelirrojo que iba con él, llámame. Si ves cualquier cosa que pueda estar relacionada con el tiroteo, llámame. Si ves a la policía, no te muestres mucho y llámame. ¿Entendido?

—Sí, Lobo.

Cuando colgó, Rafael suspiró y volvió a meterse en la cama. Era probable que estuviesen armando ese jaleo para nada. No era ni de lejos la primera vez, ni sería la última, que alguien de los suyos participaba en un tiroteo. Si es que habían participado. Estaba tranquilo. Sus hombres tenían la experiencia necesaria como para salir airosos de lo que pudiese surgir. Y nadie tenía motivos ni agallas para atacarles directamente. Tenía que tratarse de un malentendido.

Rafael, conocido como “el Lobo” por su origen español, no cogió el libro de nuevo. Apagó la pequeña lámpara de su lado de la cama e intentó dormir.

Como cada mañana, sin contar el par de días que libraba entre semana, Samuel Locke se había levantado a las cinco para comenzar con su jornada laboral. La noche anterior se había acostado un poco más tarde de lo habitual. Se le había echado el tiempo encima viendo una película malísima y ahora acusaba el cansancio. Había desayunado sin ganas. Su uniforme de barrendero estaba colgado impecable de una percha, como de costumbre, gracias a la desinteresada labor de su mujer. Se tomó su tiempo para vestirse. Luego se marchó a la calle.

Hacía frío. Unas horas atrás había tenido lugar una tormenta que pudo escuchar desde el calor de su sofá. Ya entonces se había imaginado que a la mañana siguiente tendría más tarea. Cuando llovía tanto tenía que esmerarse más en su trabajo, aunque muchas veces lo prefería así. Le mantenía más ocupado y las horas se le pasaban más rápido. Se acercó al pequeño almacén donde guardaba los utensilios de limpieza. No tardó más de diez minutos, ese sitio quedaba muy cerca de su casa.

Eran las seis menos cuarto. Esa mañana se había adelantado. En lugar de hacer tiempo hasta las seis en punto, decidió comenzar ya. Cuanto antes empezara, antes podría marcharse. Cumpliría estrictamente su jornada. Aunque un cuarto de hora no daba para mucho.

Samuel se colocó los auriculares del *mp3*, asió el usual cepillo y comenzó con la tarea. La

música le ayudaba a combatir el aburrimiento. No era muy exigente con las canciones, descargaba cualquiera que fuese un éxito en las emisoras de radio más escuchadas. Se sabía de memoria todas las que había en el reproductor. Mientras adecentaba un poco aquella parte de la ciudad, las cantaba solo moviendo los labios.

No solía fijarse en el nombre de las calles, pero las conocía al dedillo. No en vano pasaba por allí casi todos los días. En ese momento se encontraba en la Calle Trece. Era una de esas travesías curiosas cruzada por un estrecho callejón que la conectaba con otra. Aunque su trabajo también incluía limpiar ese pequeño conducto, no solía poner el mismo empeño que utilizaba para las calles principales. Él pensaba que, al ser menos transitado, la suciedad pasaba más desapercibida. Con todo, siempre le daba un repaso rápido. Empujó el carro que contenía la gran bolsa de basura negra y demás utensilios, y con desgana lo condujo a la entrada del callejón. Sin mirar, volvió a agarrar el cepillo por el mango. Quería cambiar de canción, así que se dispuso a apoyarlo un momento en la pared de ladrillo. Antes echó un vistazo para hacerse una idea de lo que tendría que limpiar.

El cepillo se le cayó de las manos.

El teléfono del Lobo vibró. Él se despertó enseguida. Esa noche tenía el sueño ligero, a la espera de noticias. Jake estaba intentando contactar otra vez. Eran casi las seis y media de la mañana.

—Siento despertarte.

—Dime.

—Estoy cerca de la taberna de Charlie, como me dijiste. Llevo aquí toda la noche, como me dijiste también...

—Al grano —le cortó Rafael. Cerró los ojos y se pinzó los lagrimales con los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Puedes pasarte cuando quieras. Estoy en la Calle Trece, hay bastante gente por aquí. Han llegado los primeros policías. Han acordonado la zona. Pasarás desapercibido

—Pero ¿qué ha pasado? —Recién despierto, lo que menos necesitaba el Lobo eran rodeos.

—Hay dos cadáveres en el callejón. Son de los nuestros. —Jake bajó el tono.

—¿Estás seguro? —se alarmó Rafael. Procuró no hablar muy alto. Se incorporó.

—El cordón policial no está muy lejos de los cuerpos. He reconocido a Carlo. El otro era pelirrojo, creo. Es Ronald, ¿no? El que me dijiste.

—Joder. Joder —repitió el hombre. Se levantó de la cama. Mientras con una mano sujetaba el teléfono, colocó la otra en el lateral de su cadera—. ¿Sabes algo más?

—No. Nada. Algunos saben para quién trabajaban. Comentan. Por este barrio se mueve mucha mierda. Pero no he escuchado nada importante —prosiguió Jake. Continuaba hablando casi en susurros.

—Bien, no te muevas de allí. Voy a acercarme. No llates mucho la atención, no quiero que se fijen en mí cuando me junte contigo.

—De acuerdo. Hasta ahora.

El Lobo miró hacia un lado después de colgar. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo. Pero no podía juzgar antes de conocer, al menos, las condiciones en las que había ocurrido el percance. Aquellos segundos allí quieto le bastaron para recordar que muy poca gente se atrevía a encararse con los hombres importantes de esa banda. Su banda. Al menos en el territorio que era

suyo. Sin embargo, esa noche alguien había ignorado la norma. O quizá fuese un incidente que no estaba relacionado con sus identidades.

Haciendo el menor ruido posible, Rafael comenzó a vestirse.

Un Mercedes CLS 500 plateado se detuvo a pocos metros de la escena del crimen. El conductor aparcó con precisión. Estaba nublado y el aire frío todavía castigaba a los más madrugadores. Miró su reloj de muñeca: las siete menos diez. Le había sido imposible llegar antes.

Wolfgang Sawyer, sargento de la Brigada contra el Crimen Organizado en la ciudad, se bajó del coche. Llevaba una gabardina gris que le protegía de la temperatura rebelde. Sentía el aire suave mecer su cabello corto y rubio. Con las manos en los bolsillos, caminaba rápido. No era de su agrado comprobar cómo los curiosos se habían arremolinado alrededor de la escena del crimen. Algo difícil de evitar, por otra parte. Le costaba comprender el morbo que la gente sentía ante esa clase de espectáculos. Con paso decidido, cruzó el cordón policial.

—Buenos días —le saludó una mujer morena. Lucía el pelo corto y oscuro, moldeado a capas hasta los hombros. Sus ojos verdosos miraban a los azules de su superior. Se trataba de la detective Catherine Jones, perteneciente a su misma brigada. Le había estado esperando.

—Buenos días. ¿Qué es lo que tenemos con tanta urgencia? —preguntó Sawyer. Caminaba junto a ella hacia los dos cuerpos.

—Un barrendero les ha encontrado sobre las seis.

—¿Están identificados?

—A uno no le conocemos a simple vista. El otro es...

—Carlo Saunders —le cortó el sargento.

Wolfgang llevaba demasiado tiempo persiguiendo el crimen organizado. Conocía a bastantes de esos tipos con solo verles la cara. Ese en concreto era uno perteneciente a un grupo criminal importante. Dentro del mundillo era conocido, entre otras cosas, por atraco a mano armada, extorsiones, sobornos y demás temas relacionados con drogas. Saunders tenía treinta y un años, habiendo permanecido tres y pico de ellos en la cárcel. Sawyer pensó que no había aprendido la lección. Ahora lo estaba pagando de la peor manera posible. Se fijó en que tenía una herida de bala en la frente. Le miraba desde el suelo con ojos entreabiertos. Seguramente había muerto al instante.

Se acercó al otro cadáver. Era pelirrojo. Tampoco él pudo reconocerle. Se le veía más joven. Tendría veintitantos. Su ropa estaba manchada de sangre por la zona del pecho y, si se fijaba un poco más, podía apreciar la marca del disparo. Pero no era eso lo que llamaba la atención del sargento. El cadáver tenía algo clavado en la frente. Parecía ser una estrella arrojadiza. Era la primera vez en su carrera que se encontraba con una de esas. No era común. Se agachó junto al cuerpo para, sin tocarla, examinarla mejor. Parecía que la habían usado muy pocas veces. O ninguna antes que esa. El hombre se percató entonces de un grabado en el centro del metal. Era un número. Trece.

El sargento frunció el ceño. Su experiencia le decía que el arma no estaba ahí por casualidad. menos aún con esa marca distintiva. El asesino podría haberla recogido y habérsela llevado consigo para no dejar pruebas. Sería demasiado estúpido no darse cuenta de ese detalle. A no ser que, tal y como creía, permaneciera ahí a propósito. ¿Ajuste de cuentas, tal vez? ¿Acaso habían intentado una de sus fechorías y les había salido mal? Esos eran dos gánsteres cuya organización

era tan temida como respetada. No le encajaba que alguien quisiera atentar contra ellos sin más.

Todos estos pensamientos cruzaron la mente de Sawyer en apenas un par de minutos. Los que se tomó en examinar por encima los cuerpos. El resto sería trabajo del equipo forense.

—¿Qué piensa sobre esto? —le preguntó Jones. Había esperado a que el hombre se levantara.

—Pienso que quien haya hecho esto merece una medalla al valor. O que es terriblemente necio.

Ataviado con una chaqueta de cuero marrón sobre un jersey gris, unos pantalones vaqueros oscuros casi negros, una bufanda parda a cuadros y unos zapatos marrones, Rafael se acercó al lugar. Paseaba tranquilamente, acercándose a los curiosos que merodeaban alrededor del cordón policial. A pesar del cielo nublado, llevaba unas gafas de sol negras. Se había recogido el pelo largo y castaño en una coleta baja, como de costumbre. Nadie reparó en él. A ojos del resto, era otro entrometido más. Escuchaba teorías de la gente acerca de aquellos asesinatos, la mayoría sin fundamento. Le dio la sensación de que pugnaban por ver quién ofrecía la explicación más original. Pero al Lobo solo le interesaba la verdadera.

Se movía con cautela, quería tener una mejor visión de los muertos. La presencia policial no iba a ponérselo fácil. Lo máximo que alcanzó a ver fue la posición de los hombres. Sus hombres. Nada más.

Se dio la vuelta en el momento en el que reparó en la presencia del sargento Sawyer.

Comenzó a alejarse tan tranquilo como había llegado.

Capítulo 3

Charles Emerson estaba terminando de preparar su taberna para el cierre. Eran casi las dos y media de la madrugada y El Cervecerero todavía tenía parte de las luces encendidas. Hacía apenas un cuarto de hora que había echado al último cliente, quien se había alejado protestando. Para ese tipo ninguna copa era la definitiva.

A Charlie no le gustaba irse a casa más tarde de lo normal. Sus dos empleados solían marcharse, como mínimo, una hora antes. Prefería cuadrar la caja solo, así como el resto de tareas. De este modo, al día siguiente se encontraría las cosas como él las había dejado. En ese momento estaba restregando un trapo húmedo por encima de la barra. Frotaba más fuerte sobre las manchas de cerveza reseca. El orondo tabernero se encontraba especialmente cansado. La noche anterior no había dormido bien.

Un ruido en la puerta alertó a Charlie. Clavó los ojos en esa dirección de inmediato. Molesto, vio cómo alguien entraba al local. Ya no admitía a nadie, ¿tan difícil era de entender? Tenía preparadas las palabras malsonantes. No llegó a pronunciarlas.

El que cruzó el umbral fue un hombre joven ataviado con un traje negro que, con calma, echó un vistazo al interior de la taberna. Luego miró al exterior e hizo un gesto para que alguien entrara. A Charlie se le hizo un nudo en el estómago cuando vio que conocía al hombre que aparecía después.

El Lobo.

Despreocupado, pasó al interior. Lo primero que hizo fue mirarle. El tabernero sintió miedo, no esperaba que las represalias por no haber pagado fuesen a suceder tan pronto. El otro acompañante cerró la puerta. Sin embargo, el tipo orondo solo tenía ojos para el hombre del cabello sujeto en una coleta baja.

—Buenas noches, Charlie. ¿Te pillo en mal momento? —preguntó Rafael, tranquilo. Se sentó en uno de los taburetes situados al lado de la barra y apoyó el codo derecho sobre la misma. El otro chico se quedó de pie, algunos pasos más atrás. Permanecía serio, erguido, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y las manos juntas por delante de la cadera.

—No. Bueno, iba a cerrar —contestó el hombre. Estaba nervioso. No podía ni necesitaba ocultarlo.

—Entonces supongo que no te importará dedicarme un poco de tu tiempo. ¿Cómo te va el negocio?

—A ratos. No tan bien como me gustaría —reconoció Charlie. Agarró el trapo con ambas manos. Estas quedaron humedecidas.

—Las cosas parecían irte bien. ¿Qué ha pasado?

—Hace menos de una semana entraron de madrugada y me robaron, Lobo. Se llevaron mi dinero. Ya se lo dije a tus hombres, a Carlo y a Ronald, pero no me escuchaban. ¡Siempre he pagado y lo sabes! ¿Crees que sería tan estúpido como para no hacerlo? —se excusó el tabernero, anticipándose. Pensó que, si ese hombre se había molestado en acercarse en persona, la cosa

pintaba mal.

—Me estás dando unas explicaciones que no te he pedido. ¿Así que no tienes el dinero? Interesante. Pero no estoy aquí por eso.

—Ah, ¿no? —Charles tragó saliva.

—No. ¿Te sorprende? —preguntó el Lobo. Como siempre, calmado—. Más me sorprende a mí que finjas no saber de lo que estamos hablando.

—Pensé que venías a recoger el dinero.

—No tenía noticia de tu irresponsabilidad hasta hace un momento. Pero todo a su tiempo. Tranquilízate y sírvenos unas cervezas.

La desconfianza de Charlie iba creciendo por momentos. Asintió con la cabeza. Sin perderle el ojo a ese hombre, el tabernero se dispuso a coger dos botellines. Los guardaba en un arcón frigorífico debajo de la barra. Fue a abrirlo cuando encima vislumbró la escopeta. La había colocado allí esa misma mañana por seguridad. Sin darse cuenta, se quedó mirándola. Se preguntó si sería una locura usarla y quitar a esos dos de en medio. Después solo tendría que huir lejos y...

—Yo que tú no tocaría la escopeta —le aconsejó el Lobo.

Charlie se sobresaltó. Rafael había adivinado sus intenciones gracias a un espejo situado detrás del hombre rollizo. La falta de botellas hizo que hubiese más hueco y se reflejara lo que se escondía tras la barra. Pero Charlie no podía hacerse una idea en ese momento de cómo el gánster lo había sabido. Tuvo miedo.

—No iba a tocarla. Quería coger las cervezas y está en medio. Iba a apartarla —se excusó Charles, torpe. Un par de gotas de sudor resbalaban por la piel grasienta de sus sienes.

—Eso pensaba.

Cuando Charlie colocó los dos botellines de cristal sobre la barra, Rafael se giró para mirar al otro hombre que se encontraba detrás. Este interpretó bien y caminó hasta su altura, sentándose en el taburete contiguo. Bebió de su cerveza antes que el Lobo.

—¿Es cierto entonces que Carlo y Ronald se pasaron por aquí anoche? —inquirió Rafael. Después bebió él también.

—Sí, como los últimos viernes de cada mes. Y les dije que me habían robado, que no tenía el diner...

—Te he dicho que dejes el tema del dinero por el momento. ¿Saliste tú o viste a alguien salir detrás de ellos?

—No. Quedaba poco para cerrar. De hecho, algunos clientes se marcharon cuando llegaron ellos. ¿Qué es lo que pasa?

—Pasa que esta mañana se los encontraron muertos cerca de aquí —respondió el Lobo sin miramientos. Se llevó la boca del botellín a los labios.

—¿Muertos? —repitió el tabernero, incrédulo. Sus ojos de cerdito se abrieron de par en par.

—Sí, muertos.

—Bueno, anoche justo al cerrar escuché un tiroteo. Pero jamás pensé que fueran ellos —admitió Charlie. Volvía a estrujar el trapo húmedo entre las manos.

—Yo no he dicho que muriesen en un tiroteo —dijo Rafael. Quería evaluar las reacciones del tipo. Hasta ahora le estaba mostrando poco, solo que estaba nervioso. Eso no era nada fuera de lo común. Pausó unos segundos antes de continuar—. Pero no te pongas así, no te he acusado de nada. ¿O hay algo de lo que acusarte?

—Yo no los maté, si es lo que quieres decir. ¿Por qué iba a matarles?

—Se me ocurren un par de motivos. ¿No querías que nos avisaran de que no tenías el dinero? No querías que el jefe se enterara, ¿me equivoco?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso, Lobo? ¿Acaso me crees tan tonto como para hacerlo y suponer que no vendrías a por mí después? —se defendió Charlie. El sudor de las sienes ahora ocupaba toda la cara. Había utilizado un volumen de voz más alto de lo normal.

—No te estoy acusando de nada. No me grites, yo no estoy gritando —le advirtió el Lobo. Sostenía la fría cerveza entre los dedos.

—Perdona. No quería gritarte. Estoy nervioso.

—No te he dado razones para estarlo. Tan solo quiero saber qué paso con mis hombres. En condiciones normales habría tenido que creerte y me habría marchado, dejando que cerraras tranquilo. Pero acabas de contarme que ayer Carlo y Ronald se fueron sin el dinero. ¿Qué pasa, Charlie? ¿No puedes darle salida a la cocaína?

—Ya te he dicho antes que me han robado. Hace menos de una semana. Se llevaron todo el dinero de la caja.

—Te he escuchado perfectamente. No me repitas las cosas, no soy idiota. Que te hayan robado, como comprenderás, no es mi problema. Pero podemos hacer una cosa. Devuélveme el kilo íntegro de cocaína y nos olvidamos del dinero —propuso Rafael. Sabía de antemano lo que iba a escuchar.

—No puedo. Ya lo he vendido.

—Entonces dame el dinero.

—¡No lo tengo! —La inquietud del tabernero crecía como la espuma de la cerveza de barril. El semblante sereno que veía en el Lobo le hacía sentir peor.

Rafael analizaba el aspecto de Charlie, quien desprendía un sudor acorde a su olor corporal. Le dio dos tragos más al botellín, tomándose su tiempo. Mientras que el hombre rechoncho se mostraba cada vez más ansioso, el Lobo permanecía impassible.

—¿Y ahora qué hacemos, Charlie?

—Voy a pagarte, te lo juro. Tan solo déjame juntar el dinero, por favor —le rogó el pobre diablo. No sabía qué hacer para salir del apuro—. ¡Una semana más! ¡Solo una semana!

—Esto no funciona así y lo sabes. Tenemos el detalle de darte la coca por adelantado y cobrarte a final de mes porque siempre nos has respondido bien, pero eso no es excusa para dejar de hacerlo. Lamento que te hayan robado, pero te repito una vez más que no es asunto mío. Y mucho menos del jefe. Si te han dejado sin dinero, sácalo de otro sitio —explicó el Lobo. Se encogió de hombros. Volvió a beber con calma. Él no tenía prisa.

—¿Y de dónde lo saco?

—Búscate la vida. Pero hazlo. No querrás quedar en deuda con nosotros, ¿verdad?

—No.

—En menos de veinticuatro horas tendrás aquí a dos hombres. Vendrán a buscar los treinta y seis mil dólares que...

—¿Treinta y seis? ¡Eran treinta y cinco mil! —se quejó Charlie.

—Mil más por los intereses. Y no creo que estés en posición de protestar. Mañana mis hombres podrían no ser tan comprensivos como yo. Ya sabes que prefiero dialogar antes que darle una paliza a alguien o prenderle fuego a su local. Eres un hombre afortunado. Pero sabes también

que puedo pasar de hablar tranquilamente a pegarte un tiro en la cabeza. Y, aunque no me gusta mancharme las manos, tengo hombres a quienes no les importa.

—¿Por qué me amenazas con esos tipos, Lobo? —se aventuró el tabernero. Pese a todo intentaba no perder el orgullo, ni tampoco algo más—. ¿Acaso no doy la suficiente confianza de que cuando tenga el dinero os pagaré?

—No, no la das. Y no cuando tengas el dinero. Mañana.

—¡Treinta y seis mil! ¡Para mí es mucho! —exclamó el gordo. Se estaba desesperando. El olor a sudor era cada vez más intenso.

—No es mi problema —repitió Rafael.

—¡Joder!

—Si quieres puedes concertar una reunión con el jefe y explicarle a él personalmente el motivo por el cual no le das lo que es suyo.

—Pues no estaría mal, amigo.

—¿Cómo dices? —preguntó el Lobo, sorprendido. Hasta el momento, ese hombre se había estado mostrando dócil. No habría apostado a que tuviese el valor necesario para replicarle.

—No te lo tomes a mal, pero estoy harto de intermediarios. Os cuento por qué no puedo dar el dinero, que no es porque no quiera, y ninguno parece escucharme. Tal vez hablando con el jefe en persona se me tome más en serio —argumentó Charlie. Ni él mismo podía creer sus palabras. Tragó. Se propuso no bajar la mirada.

—Vaya. Le echas huevos, Charlie. El jefe no tiene ni la mitad de paciencia que yo con la gente que se retrasa en sus pagos. Tampoco le gusta perder el tiempo. Y, desde luego, su mala hostia no te lo pondrá fácil. ¿Estás seguro? —casi se burló el Lobo. Si la respuesta era afirmativa, comprobaría que ese tipo tenía menos luces de las que aparentaba. Y aparentaba pocas.

Charlie no sabía qué responder. Pese a que nunca le había visto, conocía la reputación del hombre que se situaba por encima del Lobo en la jerarquía. Era normal para alguien de tal rango no dejarse ver, por lo menos muy a menudo y en lugares que le pudieran acarrear problemas. Pero solo tenía dos opciones: permitir que al día siguiente volvieran a exigirle un dinero que no tenía o intentar llegar a un acuerdo. Pensaba que a lo mejor servía de algo hablar con el que llevaba el mando de aquella red de narcotráfico, de la cual él mismo tan solo era un peón.

—Sí. Me gustaría hablar con él.

—Como quieras.

El Lobo levantó las cejas. Podría haberle respondido que hablar directamente con el jefe estaba fuera de su alcance, que se movía en círculos a los que él jamás podría acceder. Pero no lo haría. Estaría bien que su superior se encargara de decidir lo que era mejor en ese caso. Al fin y al cabo, era quien manejaba las cuentas. Algo tendría que opinar al respecto.

Miró su botellín: ya no quedaba mucha cerveza en el interior. Bebió, pero no de golpe. No quería acabarla aún.

—Quiere hablar con el jefe. Habrá que avisarle —le dijo Rafael al hombre joven que tenía al lado. Él tampoco había acabado su consumición. El gesto que este tenía era de asombro también.

El chico se quedó mirando al Lobo. No era habitual que se requiriese la intervención directa de quien se encontraba más arriba para cosas así. Pero si su compañero había dado el visto bueno, significaba que las intenciones de Charlie eran serias.

—¡Eh, tú! ¿No le has escuchado? ¡Mueve el culo! —le gritó el tabernero de malas maneras.

Estaba terriblemente cansado y tenía ganas de zanjar el asunto para marcharse a dormir. Miró el reloj. Ya le habían retrasado veinte minutos. Se había atrevido a tratar así a ese chico porque tendría la oportunidad de hablar con un pez todavía más grande que el de la coleta. Se sentía importante.

El hombre situado a la izquierda del Lobo hizo una mueca. No le había gustado ni un pelo que ese gordo de tres al cuarto se dirigiera a él de ese modo. Por lo pronto, el traje que llevaba costaba más de tres meses de sueldo de ese inútil. Nadie de fuera le tenía que dar órdenes, mucho menos aquel desgraciado. Pero no dijo nada. Rafael mostraba un gesto muy poco amigable. A él también le había parecido fuera de lugar. Muy fuera de lugar. El chico del traje asió el botellín con la diestra. Le pegó un buen trago a la cerveza, acabándola. Le había sentado bien.

De pronto, levantó la pequeña botella de cristal con rapidez. La estampó en la cabeza medio calva Charlie. El vidrio estalló en mil pedazos.

El agredido chilló y se llevó las manos al lugar del impacto. De inmediato se impregnaron de la sangre. El dolor hizo que las rodillas de Charlie cedieran y no sostuvieran su cuerpo. Cayó hacia atrás, chocando contra los estantes. Las pocas botellas alcohólicas que allí quedaban se tambalearon. Algunas se precipitaron al suelo, rompiéndose y derramando su contenido. Sin embargo, el tabernero no terminó de resbalar. Se sujetó como pudo a los estantes con los codos, puesto que con las manos aún se cubría la herida. Gimoteó una vez más. Notó cómo latía el corte, mareado. Por un momento, el tipo se sintió desorientado.

Se fue levantando poco a poco, a la velocidad que la reciente contusión le permitía. Despacio, alzó la mirada desde algún punto de alguna baldosa. Se encontró con la de su agresor. Los ojos de ese hombre joven se clavaban en él con gran dureza. Charlie no necesitaba pensar mucho para saber que el ataque se había debido a lo que le había dicho. No entendía cómo el Lobo no había reprendido a ese chico.

Miró a Rafael y después regresó al otro. Se fijó mejor en él. El color de su corbata y camisa era el mismo que el del traje: negro. La piel de su rostro se veía bien afeitada. Lucía un corto cabello oscuro peinado en pequeñas puntas. La luz se reflejaba en las mismas a causa del producto empleado para conseguir tal efecto fijador. Aquella suma le daba un aspecto elegante. Debajo de aquella indumentaria se podía adivinar que se escondía un físico atlético. Impertérrito, le miraba desde el otro lado de la barra. Sus ojos marrones eran penetrantes, autores de una expresión que revolvió el estómago del magullado tabernero.

Mierda.

No tendría que haberse olvidado de la clase de personas con las que estaba tratando.

Le dolía la cabeza, todavía se tocaba la herida abierta. Entonces contó con la suficiente lucidez como para fijarse en que ese chico tenía una peculiaridad. Desde la mitad de la frente y adentrándose en la mejilla de ese mismo lado, una cicatriz vertical cruzaba su ojo izquierdo.

Tendría que haber reparado antes en ella.

Charlie se quedó aterrado.

—Aquí le tienes. Te presento a Annibal Scorpio —intervino el Lobo. Consideró que, lo que ocurriese a partir de ese momento, se lo había buscado.

—Yo... Yo... —farfulló el sudoroso Charles. Jamás habría vaticinado que ese hombre joven pudiese ser el líder de la organización criminal. Parecía no llegar a los treinta años. La gente que le había visto comentaba que tenía una marca en la cara y él lo había escuchado, pero... Joder,

había metido la pata hasta el fondo.

—¿Tú qué? —dijo por primera vez Scorpio. Sonó grave.

—Yo no...

—Repíte eso que has dicho antes.

—Ha sido un malentendido, señor. Yo no sabía... Si llego a saber que...

—¿Qué? ¿Si llegas a saber que hablabas conmigo te hubieses callado como una puta? Pero a mis hombres no te importa hablarles con desprecio —le interrumpió el jefe. Más que disfrutar con la actitud del tabernero, le estaba sacando de quicio. No se percibió desde fuera.

—Me he equivocado. Perdóneme.

—Te has equivocado en muchas cosas. ¿Dónde coño está mi dinero?

—Ya se lo he dicho a él. Bueno, usted lo ha escuchado también. No lo tengo. ¡Me robaron!

—¿Querías hablar conmigo para contarme la misma mierda? ¿Acaso cuestionas la autoridad de sus decisiones?

—Nunca haría eso, señor. Solamente quería hablar con... usted para llegar a algún tipo de acuerdo. Con mi situación, ya sabe, es muy difícil. —Pero toda la convicción que Charlie quería transmitir se perdía por el camino. Había demasiado miedo en sus palabras.

—Esto no es ningún puto acuerdo, ninguna puta negociación. Yo vendo y tú compras. Y ya te has deshecho de la mercancía, pero yo no tengo mi dinero. Así que considero que has perdido mi mercancía. Me importa una puta mierda tu situación. Yo no te cuento mis problemas y cada mes tienes tu cocaína puntualmente. Y para negociar conmigo, para cambiar las condiciones que yo pongo, necesitas ser alguien. Y no eres nadie, Charlie, solo un gordo de mierda que aspira a tener algo más para follar sin tener que pagar.

A pesar de las duras palabras, Annibal no estaba alterado en absoluto. No necesitaba gritar para imponerse.

El intimidado no se atrevía a replicar. Tampoco quiso moverse cuando el jefe comenzó a andar mientras encendía un cigarro con un Zippo plateado. Se dirigía a un lateral de la barra. Como si conociera el local y lo hubiese hecho otras muchas veces, la rodeó y se situó detrás. Atenazado por el miedo que le infundía ese hombre, Charlie parecía un pasmarote. Apenas podía prestarle atención al Lobo. Temblaba. Scorpio le miraba sin expresión.

—El Lobo dice que no le gusta mancharse las manos. A mí no me importa. Así que habría sido mejor que te hubieses guardado tus estúpidos aires de grandeza. ¿Sigues queriendo que “mueva el culo”? —continuó Annibal, serio. Estaba de pie a unos metros del dueño de “El Cerveceros”.

—No, señor —contestó el tipo. Lo único que quería era marcharse a casa y echar todos los cerrojos posibles. Temía que eso no llegara a suceder nunca.

—Deberías aprender lo que significa el respeto. Es fundamental tener respeto.

El gánster dio un paso hacia delante. Se fijó en cómo Charlie lo dio hacia atrás. Despacio, el jefe subió la mano izquierda. Con un dedo empujó una botella de whisky por el cuello hasta que cayó al vacío. Estalló. El licor ambarino se esparció y salpicó sus impecables zapatos.

—No pongas esa cara, era una marca barata. Mira, te voy a decir la verdad. —Dio otro paso. Tiró otra botella, ron esta vez. Sucedió lo mismo—. El Lobo y yo habíamos venido a intentar averiguar algo sobre por qué mis hombres están muertos. Desde el primer momento estaba descartado que hayas podido ser tú, aunque creo que tienes razones para hacerlo. Sería sobrevalorarte. —Scorpio derribó otra botella de whisky. No despegaba los ojos del tabernero—.

También es posible que hubieses tenido alguna relación. Pero cuanto más lo pienso, más creo que eso también es una idea estúpida. —Desperdió otra botella—. Nos habríamos ido sin más tras tu patética intervención, ya lo sabes. No te habrías enterado de que he tenido la decencia de presentarme aquí en persona. —Utilizando los mismos dedos, arrojó otra. Todo se estaba empapado y la suela de los zapatos de Annibal estaba quedando pegajosa. Incluso los bajos de sus pantalones acusaban el vandalismo—. Pero luego has reconocido que no me quieres dar mi dinero...

—Quiero, pero no tengo...

—¡No me interrumpas! —alzó la voz Scorpio. Barrió varios licores de golpe con el brazo. El ruido de los cristales ocultó el grito de Charles, amedrentado—. ¡No quieres darme mi dinero desde que no te planteas conseguirlo por otro medio! Así que ahora vas a tener trabajo doble. Vas a tener que pagar todo lo que yo te joda esta noche. Y no quiero treinta y seis mil. Vas a darme cuarenta y cinco mil. Por la tardanza y por tus constantes faltas de respeto. La próxima vez te lo pensarás dos veces.

—Pero Annibal...

—Para ti, Scorpio —le cortó el chico. Dio dos pasos más. Casi estaba a la altura de Charlie, cuyo miedo le aconsejaba no moverse.

—Scorpio, no volverá a ocurrir. Le prometo que no volveré a fallarle.

—Yo no vivo de promesas, Charlie.

Annibal de pronto estiró el brazo, puso la mano en la nuca del tabernero y le estampó la cabeza contra la chapa metálica y roñosa que componía la barra. Charles gritó. Con los ojos cerrados, creyó ver puntos blancos en la negrura de su campo de visión. Le empezó a sangrar la comisura derecha de la boca. Lloriqueó. En cuando el jefe le soltó la cabeza, el hombre resbaló y esta vez sí terminó en el suelo. La mezcla de licores le empapó la ropa.

—¿Tú compras esta mierda de alcohol con promesas? ¿Aceptas que tus clientes te paguen con promesas? ¿Pagas a las putas con promesas? —continuó Scorpio. Se había vuelto a serenar. Le dio la última calada al cigarro casi muerto y después lo arrojó sobre el hombre. No se molestó en que dejase de estar incandescente primero. Por suerte para Charlie y el local, rebotó y fue a parar a una parte de suelo que el alcohol no había alcanzado.

—Claro que no, señor. Por favor... Por favor... —imploró a duras penas Charlie. Estaba muy cerca de caer en un temor irracional.

—Para de hacer eso. Todo acto tiene sus consecuencias. Afróntalas como el hombre que se supone que eres —escupió Annibal. No se molestó en disimular el desprecio. No sentía ningún tipo de lástima por ese desgraciado. No había sido la lástima la que le había llevado a ese lugar en la jerarquía—. Lobo, ve a la cocina. Enciende la plancha.

—¡No, no, no! ¡Por favor!

—¡Cállate, joder! ¡Métete tú también en la puta cocina!

Charles esperaba que tan solo fuese una amenaza, pero Scorpio empezó a caminar. El hombre obeso reculó hacia atrás todavía en el suelo, apoyando los codos para ayudarse. No sirvió de nada. Annibal utilizó las dos manos para levantarlo y guiarlo a la fuerza. Notó el peso que el tabernero guardaba entre sus carnes. Charlie entonces vio cómo el Lobo terminaba de preparar la plancha, separándose de los botones de encendido. Sus niveles de miedo estaban alcanzando un punto crítico.

—Lobo, sujétale. Que no se mueva —ordenó Annibal. Buscó un nuevo cigarrillo en el bolsillo interior de la chaqueta del traje. Lo encendió y expulsó el humo despacio. Entornó los ojos.

—¡Estate quieto! —le exigió el Lobo mientras intentaba inmovilizarle los brazos detrás de la espalda. Recibía una gran resistencia. Pero, pese a la corpulencia de Charlie, Rafael pudo hacerse con el control.

—¡Por favor! —rogó el hombre una vez más. Estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Deja de decir eso! —gritó Scorpio.

—Conserva la poca dignidad que te queda —añadió el Lobo.

—¡No me matéis!

—No vamos a matarte, imbécil —respondió el de mayor rango. Regresó a su tono habitual. Recordó que hacía mucho que no se encargaba personalmente de un muerto de hambre de barrio. Se movía en ambientes más selectos. Pero aquello, se dijo, era como montar en bicicleta: nunca se olvidaba—. Me tienes que pagar y matarte sería ponértelo demasiado fácil. Así que no me hagas perder el tiempo y dime dónde tienes más dinero. Porque sé que tienes más, no eres tan gilipollas como para dejarlo todo en el mismo sitio. Y menos moviendo lo que mueves. Gracias a mí, por cierto.

—P—pero... señor... Tengo que comer...

—Y yo tengo que cobrar. ¿Dónde guardas el dinero? ¿Lo guardas en este antro, Charlie? —preguntó Annibal como si se dirigiera a un niño.

—Yo no...

—Acércale —le dijo al Lobo. Señaló la plancha con la cabeza. No necesitó repetirlo dos veces.

—¡No! ¡No! ¡No! —vociferó Charlie.

—Lo he intentado por las buenas y no quieres cooperar. La culpa de lo que te pase es tuya.

—Pero Scorpio, no puedo...

—¡Ni Scorpio ni hostias!

Annibal le agarró de la nuca una vez más y presionó su rechoncha cabeza contra la plancha. El grito de Charlie hirió sus tímpanos. El crepitar de la carne chamuscándose era apenas perceptible a causa de los alaridos. Scorpio continuaba haciendo fuerza. El cigarro descansaba en un lateral de su boca. La ceniza se desprendió sola.

—Deja de chillar, joder. Pareces una niña. ¿Dónde está mi dinero? —prosiguió el hombre con calma. Sentía el calor que achicharraba a Charlie muy cerca de su propia mano. Se obligó a mantenerse.

—¡¡POR FAVOR!! —aulló el herido, desesperado. Habría erizado la piel de cualquiera. No la de ellos.

—Te freirás como uno de tus asquerosos filetes. Tú verás.

—¡¡Está bien!! ¡¡ESTÁ BIEN!!

Scorpio tiró hacia atrás del cuello de la camisa desaseada de Charles, separándole de la plancha. En la superficie habían quedado restos de piel quemada. Un torrente de lágrimas resbalaba por la cara dolorida del quemado. Su mejilla derecha presentaba un aspecto horrible. Annibal le miraba a los ojos, arrugando la nariz a causa del olor desagradable.

—Tampoco era tan difícil. Complicas demasiado las cosas, Charlie. ¿Dónde está el dinero?

—Tengo... algo... ahorrado... —admitió el tabernero. El angustioso dolor era un infierno.

Tenía mucho miedo.

—Ya nos vamos entendiendo. ¿Dónde?

—Aquí...

—Me estás empezando a aburrir. No te voy a preguntar por cada mierda que me digas. No te conviene aburrirme.

—No me matarás, ¿verdad? —repitió Charlie, lastimero. Le resultaba casi imposible continuar sosteniendo esos ojos oscuros. Intentó retroceder cuando el gánster dio un paso hacia él. Por un momento había olvidado que el Lobo le sujetaba.

—No te mataré si me dices donde está el puto dinero. Pero no cooperas. Me estás tentando demasiado a sacar la pistola. O a dejar que te quemes en la plancha —contestó Annibal. Dio una calada al cigarro, consumido hasta la mitad.

—Quiero pagarte...

—Lobo, ponle la otra mejilla.

—¡¡No!! ¡¡Bajo la barra, detrás de un frigorífico pequeño al lado del arcón!! —confesó Charlie, gritando. Lloraba de nuevo.

—Ve a comprobarlo —le indicó a su compañero, luego miró al gordo—. Te quedarás sentado en el suelo. Muévete lo más mínimo y te rompo los dientes. El traje es negro, no se notará la sangre.

Charlie no podía ni plantearse la posibilidad de desobedecerle. Tenía que haberle hecho caso al Lobo y aceptar que viniesen otros tipos a pedirle el dinero al día siguiente. Deseó no haberlo hecho, deseó no haber pedido hablar con él. Lo que fuera menos ese hombre. Pero ya no podía cambiar las consecuencias: un corte en la cabeza y media cara quemada, además de la moral destrozada. Se sentía abrumado. Estaba aterrado. Y perdería más dinero. Tenía que haber cerrado el local cuando sus empleados se hubieron marchado. Se echó a llorar otra vez en silencio.

—¿Lo encuentras? —preguntó Scorpio.

—Un momento —se escuchó desde fuera de la cocina—. Sí, aquí hay dinero.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente.

—Cógelo.

Annibal todavía miraba al desdichado tabernero. Entendía que ese hombre tuviera sus gastos, pero si le habían robado lo que era suyo, el tipo debía responder con lo propio. Y le había ocultado que podía hacerlo.

—Tendría que acabar contigo aquí y ahora. Tenías dinero suficiente para pagar y has intentado fingir lo contrario. Podría incluso pensar que me estabas robando. Ladrón y mentiroso —dijo Scorpio entre dientes. Avanzó. Charlie volvió a recular en el suelo. Su espalda se topó con la pared—. Y reza todo lo que sepas para que no consiga indicios que me hagan creer que tuviste algo que ver con la muerte de mis hombres. Si llega a ser así, me encargaré de que quedes tan irreconocible que no se sepa quién eres ni por los dientes.

Charles gimió. No podía controlar el temblor de su cuerpo. El olor a sudor que desprendía era demasiado fuerte. No podía distinguir si las lágrimas eran a causa del dolor o de puro terror. Se veía como le veían ellos: patético.

—Annibal, lo tengo todo —anunció el Lobo desde fuera.

—Scorpio, le juro por lo más sagrado que no volverá a pasar —se arrastró Charlie. Apenas se

le había escuchado, poco a poco iba perdiendo la voz. Solo quería que aquello terminara cuanto antes.

—Por supuesto que no va a volver a pasar, imbécil. Se te acabaron los negocios conmigo. Desde ahora no vas a volver a vender cocaína. Si me entero de que le compras a otros, te mataré. Si cuentas que hemos estado aquí esta noche, te mataré. Si vuelves a tocarme los cojones, te mataré. ¿Me he explicado bien?

—Pero necesito venderla, tengo gastos... —suplicó el otro. Su dignidad carecía de valor en ese momento.

—¿Me he explicado bien?

—Sí, señor.

El jefe terminó de acercarse al tabernero, quien se refugió debajo de uno de los estantes metálicos de la cocina. Una vez se encontró a su altura, se agachó para quedarse frente al hombre acobardado.

—¿Crees que te ha dolido lo de hoy? —preguntó Annibal. No esperaba respuesta. Miró la carne chamuscada—. No será nada en comparación con lo que te ocurrirá si incumples algo de lo que te acabo de decir.

La amenaza tuvo un mayor impacto debido al tono suave que el chico había empleado. Este se puso en pie otra vez y le dio la espalda al hombre del suelo. Podría pensar que era una temeridad perderle de vista, no dejaba de estar atento ante un ataque a traición.

El quemado casi no se atrevía a respirar. Se limitaba a mirar con alivio cómo el criminal se marchaba, rezando para que no se diera la vuelta y arremetiera de nuevo contra él. No quería pensar en el dinero. No quería pensar en nada. En cuanto cerraron la puerta de El Cervecero, Charlie rompió a llorar como un niño.

Sentado al volante de un Mercedes CLS 350, el Lobo se abrochaba el cinturón de seguridad. Scorpio hacía lo mismo en el asiento del copiloto. Ninguno había hablado todavía.

—¿Cuánto dinero había? —Annibal miró al hombre de su izquierda.

—He cogido los cuarenta y cinco mil —contestó el Lobo. Aún no había encendido el motor.

—¿Y cuánto había?

—Cuarenta y cinco mil.

—Venga, Lobo, que te conozco —dijo Scorpio. Arqueó las cejas.

Serio, el copiloto no apartaba la mirada. Rafael, sin embargo, se mantenía hacia el frente con el ceño fruncido. Se escuchaban los sonidos de la ciudad nocturna fuera del coche. Entonces el que manejaría el volante miró hacia abajo mientras comenzaba a sonreír.

—Ahí dentro había cincuenta y tres mil ochocientos dólares —respondió finalmente el Lobo.

—Joder.

—Ese tipo no es nadie dentro del negocio, solo un estúpido con pretensiones demasiado altas. Y acabas de dejarle claro que está fuera. Me he limitado a coger lo que es nuestro.

—Bueno, tampoco te he pedido explicaciones.

—Veremos cómo se las apaña a partir de ahora.

—Me importa una mierda —apuntó Scorpio—. De vez en cuando enviaré a alguien para que controle si vuelve a vender. Más le vale no hacerlo. —Inconscientemente se tocó la mano que había mantenido tan cerca del calor de la plancha.

Rafael giró la llave del contacto y el coche pareció saludar al despertar. Era un sonido

elegante.

—Venir aquí no nos ha solucionado nada. La próxima vez tendríamos que asegurarnos de que va a merecer la pena acercarse en persona. No puedo dejarme ver por lugares como este, ni tú tampoco. Ya tenemos gente para eso. No podemos perder el tiempo así.

—¿Crees que Charlie ha tenido algo que ver con los asesinatos? —dijo el Lobo. Pisó el acelerador.

—No. Es un mentiroso, pero no creo que sea un asesino. Aunque sigo pensando que tiene motivos para haberlo hecho, es bastante improbable. Tenía miedo, pero no por las muertes, sino por haberse ido de la lengua con lo de la coca.

—Si hubiera sido él o hubiese participado de alguna manera, habría sabido guardarse las espaldas. No habría sido tan bocazas. Quiero pensar que no fue así, sería demasiado patético —opinó Rafael. Estaba más pendiente del exterior de lo habitual. Apenas hacía veinticuatro horas de los crímenes y no tenían ni una pista acerca de los autores ni de las circunstancias. Era pronto. Había que tener cuidado.

—Lo patético es que les hayan matado.

—Tal vez les pillaron desprevenidos.

—¿Sabes si alguno de los dos tenía problemas serios con alguien? —preguntó Scorpio.

—Que yo sepa no. Pero quién sabe.

—¿Llegaste a ver los cadáveres?

—Había bastante gente. Les vi a lo lejos, pero no lo suficientemente bien como para apreciar ningún indicio de nada.

—Quiero que hagas llegar el dinero que hemos recaudado hoy a la mujer de Carlo. Averigua si Ronald tenía alguna. Si es así, pondremos la misma cantidad para su familia también —comentó el jefe. Ya tenía otro cigarro en la mano. Nunca era agradable que un hombre que trabajaba para él muriese. Y habían sido dos.

Scorpio estaba pensativo. No sabía qué era lo que había pasado por la mente de alguien para que decidiese y se atreviese a asaltarles. Podía ser que el motivo de esas muertes fuese ajeno a la organización. No importaba. No permitiría que el asesino quedase impune. Tenía que saber más. Relajado, Annibal expulsó el humo de sus pulmones. Miró la cajetilla de tabaco que sostenía en la mano derecha. Lucky Strike. Encendió la radio y subió el volumen. Ninguno de los dos se molestó en cambiar de emisora.

Capítulo 4

—Siéntense, por favor —indicó el sargento Sawyer acompañándose de un gesto con la mano derecha. En frente de la mesa de su despacho había dos sillas vacías. Las ocuparían los detectives Roger Rickman y Catherine Jones. Les había convocado allí para hablar del hallazgo del día anterior. Hasta ese momento no había podido tratar el asunto, tal era el volumen de trabajo de Wolfgang.

Ambos policías obedecieron. Sawyer permanecía sentado e inclinado ligeramente hacia delante. Tenía los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados. Su semblante era serio.

—Como era de esperar, el arma arrojadiza no presenta huellas de ningún tipo —explicó el sargento. Tenía las ideas en la cabeza, lo único que debía hacer era encontrarles forma y orden—. ¿Se sabe algo de balística?

—Por ahora, la única información que tenemos es que todos los casquillos encontrados cerca de los cadáveres pertenecen a la misma arma. Creen que es de alguna de las pistolas de los muertos. Seguramente del más joven, puesto que estaban más cerca de él. No afirmarán nada hasta que hagan la prueba con las pistolas. Tampoco cuentan con las balas del interior de los cuerpos todavía. No hay mucho más —informó Roger. Habló con la misma formalidad. Se pasó la mano derecha sobre el pelo corto y castaño.

—Lo de la estrella arrojadiza todavía me tiene desconcertada —apuntó Jones—. No es una manera habitual de matar, al menos aquí. Que no haya huellas en ella reafirma nuestra teoría de que el autor de las muertes quería dejarla ahí a propósito. Quería que se encontrara.

—¿Y el número? El trece —preguntó Roger. Él no había visto el arma, pero estaba informado.

—No lo sé —admitió Catherine—. No sé qué clase de significado tiene o le quiere dar el asesino. Pero veo muy probable que quiera dejarnos un mensaje.

—¿A nosotros o a su jefe? —preguntó Rickman. Se le formó una arruga en el entrecejo.

—¿A Scorpio? —intervino Sawyer—. ¿Qué le hace pensar que esto tiene que ver con él?

—El otro no sé, pero todos sabemos que Carlo Saunders trabajaba para él —continuó Roger.

—Aunque parezca increíble, es posible que haya gente que no sepa ese detalle —dijo Jones, sarcástica.

—Bueno, es cierto que estos asesinatos podrían no haber tenido nada que ver con Scorpio. Podrían haberse metido en problemas por su cuenta. Tenemos que considerar todas las posibilidades —apuntó el sargento—. Pero sabemos de quiénes estamos hablando. La probabilidad de que las muertes estén relacionadas con asuntos turbios es alta.

—Vamos, que ya está tocando los cojones —soltó el detective.

—Básicamente —le apoyó Wolfgang.

—No nos debería sorprender que él esté involucrado —prosiguió Roger.

—¿Involucrado? ¿Annibal? —preguntó Catherine—. Es muchas cosas, pero ¿de verdad piensas que va a matar a su propia gente?

—En persona, lo dudo. En todo caso enviaría a alguien —contestó Rickman.

—¿Y qué gana matando a sus propios hombres? Quiero decir, sé que no podemos descartar nada todavía, pero hay cosas que caen por su propio peso —continuó la mujer.

—Ese tío le pega una patada a una piedra y ya tiene sustitutos para los muertos. Además, es perfectamente capaz de ordenar quitar del medio a alguien que ya no le hace falta. O incluso que le hubiese traicionado —argumentó Roger.

—Creo que no iríamos por el buen camino si nos centramos en investigar a Scorpio si nada apunta a él, en eso estoy de acuerdo con la detective —opinó Sawyer—. Por una vez pienso que podría no estar detrás. No descartaremos tenerle en cuenta, aunque sea a modo de afectado. Además, la estrella no es un arma que se haya asociado nunca con su banda. Esto es la primera vez que ocurre.

—Siempre hay una primera vez para todo —comentó Roger con las cejas arqueadas. Le resultaba difícil ocultar que no era un tipo de su agrado. Los ojos de color marrón claro le delataban.

—Hay veces que esa rabia que tienes cuando se trata de él lo único que hace es taparte los ojos. Hay que ser más neutral —le recomendó Jones. Consideraba que era un comportamiento infantil.

—Soy muy neutral. Estoy diciendo que en ocasiones nada es lo que parece y no podemos quitarle del punto de mira solo por nuestros criterios, sin tener más pruebas —se defendió el detective.

—Lo que veo más probable, tal y como ya se ha dicho, es que se trate de algún ajuste de cuentas. Si esa gente no ha hecho nada nuevo para propiciarlo, seguramente sea por algún acto del pasado. O alguien ha sido lo suficientemente valiente como para plantarles cara. Candidatos sospechosos no faltan. Nuestra función es averiguar quién pudo tener motivos reales para hacerlo. Da igual quiénes hayan sido los muertos, sigue siendo un asesinato.

Las palabras de Wolfgang eran sensatas, algo común en él. Se trataba de un hombre serio, cuadriculado, milimétrico en su trabajo. Le caracterizaba la calma y reflexión a la hora de hacer las cosas, procurando no recurrir a decisiones precipitadas. Y conocía a Scorpio desde hacía mucho tiempo, incluso antes de que llegase a ser quien era en la actualidad. Sabía la forma de proceder de su entorno. Pero, como bien había afirmado, no podían ignorar nada. Lo inusual de aquella situación, se dijo una vez más, eran las identidades de las víctimas. Y si se trataba de una guerra entre bandas, de la cual no tendrían conocimiento, el otro bando tenía todas las papeletas de perder. Ya eran muchos años.

Annibal Scorpio era célebre por las actividades ilícitas con las que movía fortunas. Su fama destacaba entre los del gremio y, por supuesto, entre la policía que investigaba tales delitos. Al final, nunca quedaba nada que pudiese incriminarle. Su nombre aparecía en incontables informes, siempre immaculado. Sin embargo, era el responsable final de gran parte del tráfico de cocaína en la Costa Este de Estados Unidos. Se sabía que tenía contactos en Colombia. También podía facilitar parte de la entrada de droga en Europa mediante enlaces españoles en Galicia. Con todo, se centraba en Norteamérica. Sawyer pensaba que empleaba un porcentaje del dinero que ganaba en comprar los favores de diversos miembros de la policía, en diferentes escalas y cuerpos. También de gente relacionada con la justicia. Entre esos y los que trabajaban para él, la inmunidad del hombre explicaba gran parte de su poder.

El sargento siempre había trabajado muy duro para hacer algo al respecto. Pero siempre se

quedaba en intentos infructuosos de bajarle de ese trono de dinero negro.

La policía desconocía, no obstante, los negocios también ilegales de armas en los que Scorpio participaba. Nunca podían seguir bien la pista a las incautadas cada vez que, de forma esporádica, detenían a algún hombre que podía trabajar para él. Eran armas sin marcar, a veces conseguidas por ellos mismos y otras vendidas por su jefe. Esta falta de información hacía que no pudiesen continuar por ese tipo de líneas de investigación. Pero lo que Sawyer sí sabía era que Scorpio había pasado dos años en la cárcel en el pasado, y confiaba en que se podía volver a conseguir. Pero había sido hacía bastante tiempo y, por aquel entonces, Annibal no disfrutaba de esa coraza casi blindada que ahora le protegía.

Wolfgang ahuyentó esos pensamientos, podían desviarle del caso que ahora tenían entre manos.

—Lo que sea —comentó Roger, casi para sí mismo. Se moría de ganas de que surgiese algo, lo que fuera, que pudiese señalar en dirección al narcotraficante. Pero debía reconocer que lo más probable era que no estuviese involucrado en las nuevas muertes.

—También es posible que no sepa nada de lo que ocurrió ayer —prosiguió Sawyer.

—Bueno, tal y como se propagan las noticias, veo más bien lo contrario —apuntó Jones—. Pero sería curioso ver su reacción. Nos ayudaría a aclarar unas cuantas cosas.

—Es algo con lo que obviamente no podemos contar —dijo Rickman.

—Por el momento, acercarnos a él no es una opción —terció el sargento—. Vuelvo a lo de antes. Hay más vida más allá de esa organización. Pudo ser un crimen ajeno a ella. Es gente que anda siempre metida en problemas. Y, por ahora, no tenemos mucha información de la que tirar. Tenemos que esperar al resto de pruebas forenses, a ver si arrojan algo de luz al caso.

—De todas maneras, si no son unos asesinatos que en principio estén relacionados con drogas o crimen organizado, ¿por qué no se encargan los de Homicidios? —quiso saber Roger. Consideraba que ya tenían demasiado trabajo acumulado como para añadir más que podría no ser de su campo.

—Porque, aunque no podamos esclarecer nada todavía, son potencialmente posibles de relacionar...

—Aunque luego no tendrán nada que ver —interrumpió Roger.

—Nuestra función es averiguarlo.

Acto seguido, los tres policías abandonaron esa conversación para abordar otras relacionadas con el resto de los expedientes en los que trabajaban. Con tanto jaleo en la comisaría, eran escasos los huecos que podían encontrar para ponerse al día. Aunque ya no daba tiempo a mucho más. La jornada laboral de cada uno estaba a punto de terminar.

De repente, se escuchó la puerta del despacho de Sawyer. Alguien la había golpeado con los nudillos. Había pedido permiso para entrar.

—Buenas tardes, sargento —saludó una policía joven. No se adentró más allá del umbral—. Asesinatos. Solicitan su presencia.

Roger resopló de un modo inaudible. Nunca tendrían demasiado trabajo, siempre quedaría hueco para más. Catherine miraba con atención a la portadora de la noticia.

—¿Están ocupados en Homicidios? —preguntó Wolfgang.

—Los agentes que se encuentran allí han solicitado a su unidad en concreto.

Sawyer miró la hora en el reloj de pared del despacho. Le confirmaba lo cerca que estaba de

acabar el turno. Si acudía a esa llamada, saldría bastante más tarde. Formaba parte de su trabajo.

—Está bien. Jones, Rickman, vengan conmigo. Avisaremos a un par más. ¿A qué dirección tenemos que dirigirnos?

—No me lo han dicho. Un coche patrulla les estará esperando abajo y les guiará al lugar en concreto.

Wolfgang conducía y Catherine Jones estaba sentada en el asiento del copiloto. Al final solo habían avisado a un policía más, que iba en otro vehículo con Roger. Ambos coches seguían al de patrulla, que les abría camino. Durante el trayecto, Sawyer y Jones se preguntaron con qué clase de suceso se enfrentarían en esta ocasión. La mujer se había detenido un par de minutos antes de salir para hacerse con dos vasos de plástico con café. Ya eran muchas horas. El sargento bebía cuando el tráfico y las condiciones se lo permitían, no le gustaba desviar la atención.

Tardaron unos veinticinco minutos en llegar.

Lo primero que vieron los policías fue el color rosa brillante de los neones. Estos bordeaban el nombre del local adonde les habían guiado, Siete Lunas, al lado de la silueta sugerente de una mujer formada por el mismo material fluorescente. Se trataba de un prostíbulo.

Roger y el otro agente se reunieron con ellos, se adentraron por la puerta y traspasaron la zona estrictamente acordonada. Una vez dentro, encontraron las luces encendidas en su totalidad, situación que debía de ser poco frecuente en aquel local. El panorama era familiar: objetos tales como sillas y vasos esparcidos por el suelo y testigos entrevistándose con los correspondientes agentes. Las caras de los interrogados eran una muestra fehaciente de miedo y desconcierto. Y, por supuesto, los cuerpos. La sangre decoraba el suelo y a simple vista se podían observar huellas rojizas por haberla pisado.

El caos posterior a la muerte.

—Buenas noches, Sawyer —le saludó un policía en el momento en el que le localizó tanto a él como al resto de acompañantes. Una evidencia más de lo tarde que era. Pero nadie pensaba en la hora.

—Buenas noches, Hamby. ¿Qué tenemos? —preguntó Wolfgang, cordial. Tras mirar a su compañero, barrió los alrededores con un vistazo rápido.

—Cuatro cadáveres. Vengan conmigo —respondió James Hamby, sargento del Departamento de Prostitución. Tan solo fueron necesarios unos pocos pasos—. Tres hombres y una mujer.

Sawyer y los suyos se dispusieron a contemplar lo que tenían delante. Efectivamente, ese era el número de cuerpos sin vida que yacían a sus pies. La mujer parecía joven. Era rubia y, a juzgar por su aspecto y por la poca ropa que vestía, sería una de las chicas que trabajaban en el local. Según lo que podían vislumbrar sin inspeccionarla más a fondo, tenía dos disparos: uno en el pecho y otro casi en el cuello. El charco sanguinolento a su alrededor completaba la macabra composición. Tumbada boca arriba, sus largas pestañas eran el broche de unos ojos cerrados.

El siguiente cadáver que vieron fue el de un hombre que también permanecía en el suelo. Sin embargo, a diferencia de la pobre muchacha, él guardaba una silla debajo. Parecía que los impactos de bala de su cabeza y torso le habían impulsado hacia detrás. Su traje oscuro estaba empapado de sangre, visible a pesar del color negro de la tela. Y, aunque el sargento Sawyer no fue capaz de reconocerle, el rostro de ese hombre le resultaba familiar. Estaba seguro de haberle visto antes.

Contempló otro de los muertos. También decoraba el suelo. La silla permanecía en su sitio

esta vez. Una ráfaga de disparos era la aparente causa de la muerte. Sus ojos habían quedado abiertos. Tenía la expresión de haberse encontrado cara a cara con el final de su vida. Más sangre. Su indumentaria se repetía: un traje elegante. Ahora el rostro no le decía nada a Sawyer.

El último cadáver yacía en otra de las sillas y se encontraba inclinado hacia delante. Estaba apoyado en la mesa mediante el pecho, los hombros y la frente. Wolfgang entornó los ojos, enfocándolos en un punto. Un artilugio metálico y reluciente atravesaba la nuca del tipo. Ya lo había visto antes, el día anterior para ser exactos. Una estrella arrojadiza. El número trece de su centro brillaba casi con luz propia.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto Jones mientras se acercaba a su superior. Como no podía ser de otro modo, el detalle no le pasó desapercibido. El matiz macabro de la escena se intensificó.

—Eso parece —contestó Sawyer.

Entonces tuvo una corazonada. Se acercó a ese mismo cadáver. Se colocó los guantes de látex que llevaba en el bolsillo de su gabardina. Separó la cabeza de la mesa lo justo como para verle la cara. Resopló. Tras unos segundos, con cuidado volvió a situar al hombre fallecido en la posición inicial. Se giró hacia los tres policías de su unidad. Levantó las cejas y apretó los labios durante un breve instante.

—Harold Klein. ¿Alguno de ustedes le conoce? —prosiguió.

Los dos detectives asintieron con la cabeza. El otro policía no respondió.

—Klein se dedicaba al narcotráfico —apuntó Jones.

—Recuerdo su cara perfectamente. Estaba involucrado en un par de casos que investigamos. Se libró, por supuesto —intervino Rickman casi con amargura.

—Parece que esta vez no corrió la misma suerte —dijo la mujer.

Sawyer se encontraba desconcertado. ¿Cómo estaba siendo posible aquello? No habían transcurrido ni cuarenta y ocho horas. Fue a hablar de nuevo, pero le interrumpieron antes.

—Irina fue una de las testigos —reveló el sargento Hamby. Se había acercado a su posición sin que su colega apenas se percatara de ello. Caminaba junto a una joven de cabello oscuro e iris muy claros. No parecía estadounidense, al igual que parte de las demás mujeres que hacían negocio allí—. Cuénteles lo que vio.

—Ya he contado lo que sé —dijo Irina. Estaba asustada. Cubierta por un gran fular, intentaba disimular que la ropa que vestía era escasa.

—No pasará nada si lo cuenta otra vez —insistió Hamby.

La joven se acurrucó contra sí misma. Era difícil concretar si lo hacía por el frío o por los nervios. Miró al suelo antes de fijar la vista en ellos.

—Yo estaba ahí encima. —Con el índice derecho señaló una plataforma situada a una altura superior al nivel del suelo; esta contaba con una pulida barra metálica que llegaba hasta el techo desde el centro, a modo de cilindro—. Estaba bailando. No recuerdo mucho, estaba oscuro. Ya saben, el *show*. Solo pocas luces y humo para bailar. La música estaba alta, como siempre. No pude ver casi nada, la verdad.

—Pero ¿qué vio, Irina? —insistió Sawyer, algo impaciente. La descripción de la chica no servía de nada por el momento. Quería más.

—No mucho —repitió ella. Apretujaba las manos juntas con cierto desasosiego.

—La mesa de los cadáveres está bastante cerca de la plataforma en la que usted bailaba. Algo

tendría que ver desde ahí arriba —comentó Roger.

—Veo casi todo el salón desde ahí, no solo miro a los que están al lado —se excusó la chica.

—Irina, me ha contado esto a mí hace unos minutos. Entiendo que sea difícil para usted, pero solo tiene que repetirlo. Es importante —la animó Hamby, armándose de paciencia. Tenía más trabajo, pero quería comprobar que mantenía la misma versión.

—Empecé a escuchar disparos —reanudó la joven tras coger aire—. Se formó un alboroto, no sabíamos quién disparaba ni de dónde. La gente se escondía debajo de las mesas o donde podían. Yo bajé corriendo. Solo vi cómo esos caían por los disparos. —Señaló a las víctimas—. Y me escondí también. El tiroteo terminó al poco rato. Solo se escuchaban gritos entre la música. No sé nada más.

—Muy bien. Si recuerda algo nuevo, por favor, háganoslo saber —dijo Wolfgang. Anotó en su memoria los datos que creyó más relevantes. Ya le entregarían los demás después en el informe correspondiente. Se lamentó de la poca información que podía proporcionarles la chica.

—Gracias, puede retirarse —le permitió Hamby a la testigo. No fue necesario repetírselo. Irina estaba deseando tener su propio espacio para poder empezar a asimilar lo ocurrido—. Estamos interrogando a los que nos es posible por el momento. No he escuchado todos los testimonios, claro, pero coinciden en que no saben la procedencia de los disparos ni en qué momento exacto comenzaron.

—Los muertos nos dirán desde dónde les dispararon —dijo Roger. La curiosidad y el deseo de saber más también hacían mella en él.

—Recrearemos los crímenes con la información que vayamos recabando y averiguaremos lo que ha sucedido aquí —le respaldó Hamby. Se dio la vuelta y se fue. El policía que había viajado con Roger en el coche se marchó con él a petición del propio Hamby.

—Harold Klein también trabajaba para Scorpio —comentó Jones cuando los otros dos hombres se hubieron alejado lo suficiente. No quería compartir sus suposiciones con todo el mundo. Al menos de momento.

—Ya lo sé. Y es precisamente él quien ha muerto de la misma forma. Había más gente en el local y el asesino ha repetido patrón, tanto en identidad como en el modo de matarle —razonó el sargento.

—¿Se sabe quiénes son los que estaban sentados con él? También hubo gente que se pudo marchar corriendo al producirse el tiroteo. A lo mejor la estrella acabó en este tipo sin que fuese esa la intención —añadió Jones. No estaba del todo convencida.

—No he terminado de reconocer a los demás, quizás también estén relacionados con la organización. No lo sé —admitió Sawyer.

—Incluso el mismo Scorpio pudo estar aquí y haber salido huyendo en cuanto comenzaron a disparar —propuso Roger. Se adivinó mofa en su tono.

—No podemos saberlo por ahora. Lo que sí es seguro es que en muy poco tiempo tenemos el mismo *modus operandi*. Intuyo que el ataque fue cuidadosamente planificado y que, una vez más, el asesino sabía muy bien contra quién estaba disparando. E incluso me aventuro a asegurar que ha puesto la estrella arrojadiza en el lugar preciso en el que quería ponerla —continuó Wolfgang. Pero sus propias intuiciones le resultaban vanas si no se hacían con más datos que les llevara a avanzar.

—Si Scorpio estuvo aquí, desde luego no estaba en la mesa de esta gente. No hay sillas de

más. Además, lo lógico es que el ataque se hubiese producido contra él. Es quien lidera a estos hombres. ¿Qué sentido tendría matar a quienes ocupan rangos inferiores pudiendo acabar con el jefe? —le rebatió Jones a Roger.

—Puede que estuviera en una mesa cercana, no tienen por qué sentarse todos juntos. Y, si Scorpio escapa, mejor matar a alguien de los suyos que dejar que todos se libren —razonó Rickman.

—O quizá no está en todos los sitios a la vez, como llevas sugiriendo todo el día —contestó ella.

—A lo mejor la que no quiere verlo eres tú, que evitas pensar que pudiera estar involucrado —atacó Roger. Fruncía el entrecejo al mirarla.

—¿Y qué gano yo con eso? Te recuerdo que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario —apuntó Jones. No quería entrar en el juego que estaba iniciando su compañero, pero notó el calor arrebolarse en sus mejillas. Roger era especialista en darle la vuelta a las situaciones.

—¿Inocente? —bufó el detective—. Ese gilipollas no es inocente.

—Aún no hemos demostrado lo contrario —reiteró ella.

—Céntrense, por favor. Esto no es una guardería —intercedió Sawyer. Puso los ojos en blanco tras presenciar la escena que consideraba infantil.

—Creo que, una vez más, el ajuste de cuentas es el motivo que puede encontrarse detrás de esto —dijo la mujer tras suspirar. Fue una llamada a la paciencia. Volvió a echar un vistazo rápido a su alrededor con los brazos cruzados.

—Hay que admitir que hay que tenerlos muy bien puestos para iniciar una guerra con la banda de Scorpio —apuntó Roger. También decidió que era mejor continuar por otros derroteros.

—Quizás no empieza ahora —contestó Catherine.

—Lo sabríamos.

—O no. Deberíamos saber muchas cosas y no las sabemos. Por eso este tipo de gente aún está en la calle —prosiguió ella. Era demasiado fácil regresar a una discusión con su compañero. Y eran tantas las hipótesis, que dejarse algo en el tintero suponía ir por detrás del asesino. Era lo que en apariencia ocurría.

—Jones tiene razón. Si hay algo que se nos escapa, eso siempre será una ventaja para ellos. Para que el asesino o asesinos salgan impunes y para que los otros puedan planear sus represalias. Me cuesta pensar que Scorpio y sus hombres se quedarán de brazos cruzados ante lo que les está viniendo encima. Cada segundo que perdemos nosotros, lo ganan ellos —explicó Sawyer.

—¿Alguna idea nueva de quién puede estar detrás? —quiso saber Roger. Tres cabezas siempre pensaban mejor que una, en especial si no se detenían en discusiones que les estancaban.

—Este hombre tiene tantos aliados como enemigos pueda dejar por el camino. Investigaremos cada pista, cada detalle que nos parezca relevante. Cualquier cosa que nos dé algún indicio. Empezaremos por localizar tiendas que puedan vender armas arrojadas. Por supuesto, cabe la posibilidad de que se hayan importado o incluso, más probable aún, adquirido en el mercado negro —expuso el sargento. Necesitaba poner en orden sus ideas.

—Hasta el momento, este tipo de criminales no son tan imbéciles como para adquirir sus armas dejando un rastro de purpurina por detrás —recordó el detective Rickman.

—Ya contábamos con ello —dijo Wolfgang—. Pero debemos hacerlo. Habrá que empezar por

algún sitio. Cuando tengamos los testimonios de todos los testigos, construiremos la línea de los sucesos que hoy tuvieron lugar aquí. A diferencia de ayer, al menos tenemos gente que lo presencié.

Para los tres policías era como si los primeros cuerpos se hubiesen encontrado días atrás y no esa misma mañana. El día estaba siendo tremendamente largo.

—Y prepárense. Me temo que pronto nos avisarán de que ha habido otro crimen similar. No creo que el asesino se contente con quitar del medio a tipos que ni siquiera formaban parte del círculo más cercano de Scorpio. Demasiadas molestias en dos armas fuera de lo común para hombres que podría decirse que no son nadie. Con los disparos habría bastado, no habría hecho falta añadir la guinda. ¿No les parece?

Wolfgang Sawyer sentía haber caído dentro de la piel de un pintor. Veía un enorme lienzo disponible delante de él. Vacío, en blanco. Contaba con las herramientas necesarias para comenzar a trabajar, así como con una ligera idea de cuáles quería que fueran los trazos. Pero no sabía por dónde empezar el dibujo.

Capítulo 5

—¡Corre! ¡Muévete, cabrón! ¿Qué coño haces? ¡Allí, joder!

La voz de Scorpio eclipsaba cualquier sonido cercano.

Sentado en el borde del sofá y en un extremo de este, estaba echado hacia delante. Sujetaba el mando de la Xbox One con fuerza. Había decidido dedicar esa mañana libre a la consola después de una sesión de ejercicio físico. Tendría que haber supuesto una buena forma de liberar tensión, pero ese maldito juego de fútbol estaba consiguiendo enfadarle. No era muy bueno encajando derrotas y un videojuego tampoco sería la excepción. El marcador indicaba tres a dos en contra y no conseguía hacerse con el control del partido. En una de las jugadas, el equipo rival se hizo con el balón y se lanzó al contraataque. Volvieron a marcarle gol. Eso terminó de enervarle. No fue capaz de controlar el impulso, arrojó el mando de la consola contra el sofá. Rebotó y cayó al suelo.

—¡Su puta madre!

La batería se desprendió del mando. La Xbox detuvo la partida por sí misma al no detectar el remoto y lo indicó con un mensaje en la pantalla de televisión.

Annibal no se movió del sitio, tan solo contemplaba la imagen del partido pausado en las cincuenta pulgadas que tenía delante. Debía parar y lo sabía. Jugaba como entretenimiento y no para terminar peor que antes de empezar, pero odiaba que las cosas no salieran como esperaba. Fue notando cómo se iba sosegando a un ritmo lento conforme pasaban los segundos.

—Vaya mierda de juego —se dijo en voz alta.

No sabía si continuar y terminar el partido o apagarlo tal cual sin guardar. Si elegía la primera opción, era posible que su mal humor no terminase ahí. No le gustaba dejar las cosas incompletas una vez empezadas. Cogió el paquete de tabaco situado a escasos centímetros encima del sofá. Sacó un cigarrillo y se lo colocó en los labios con una expresión aún hostil. Después buscó el Zippo a tientas. Cuando fue a cogerlo, escuchó la vibración previa a la melodía de su teléfono móvil, también sobre el sofá.

Un número desconocido.

Por regla general, ya tenía guardados los contactos que le interesaban. Incluso los de los auxiliares de prepago. Nadie tenía por qué llamarle con número desconocido.

Dejó que el teléfono continuase sonando. No tenía intención de contestar. Todavía debatía si seguir jugando o no. Se cortó la llamada. Pero, a los dos segundos, el anónimo volvió a insistir. Con el cigarro recién encendido, miró el teléfono de reojo. Le provocaba una mezcla entre curiosidad y alarma. Los que contactaban con él por ese medio solían intentarlo más tarde si no respondía. Frunció el ceño y cogió el *smartphone*. Descolgó con desconfianza.

—¿Quién es? —preguntó de malos modos.

—Saludos, Scorpio —se escuchó al otro lado. La actitud era la contraria.

—¿Quién es? —repitió Annibal. Entornó los ojos, defensivo.

—Lo primero, buenos días. Siento llamarle así, de repente. Soy Darío. Darío Gómez. ¿Se

acuerda de mí? —Tenía acento hispano.

—¿Qué quieres? —inquirió el norteamericano. Aunque le reconoció una vez le hubo revelado el nombre, las formas de Scorpio no cambiaron. Tenía muchos reparos a la hora de emplear el teléfono.

—Bueno, eh... —comenzó a explicar el hombre, algo cohibido—. Orlando me pidió que le comunicara la intención que tiene de invitarle a pasar unos días acá, en Colombia. En calidad de vacaciones, para que ustedes dos platiquen. Dice que, después de tanto tiempo, es imperdonable que no hayan encontrado el momento de disfrutar de un tiempo de ocio.

—Dile que muchas gracias pero que no tengo intención de salir del país por el momento. Será en otra ocasión —respondió Annibal. Había dejado una pequeña pausa previa para valorar la propuesta.

—Orlando me dijo que diría algo así. Me pidió que le insistiera y que le recordara que usted todavía no ha tenido el placer de visitar Colombia ni de conocer su casa. Que es lo mínimo que puede hacer por usted —insistió el colombiano. Su inglés estaba lejos de ser perfecto, pero al menos se le podía entender sin ninguna dificultad.

—Dile a tu jefe que no voy a montar en ningún avión. Nunca me han gustado los controles de los aeropuertos. Solo lo hago si es estrictamente necesario.

—Pensó en todo. Envió para allá su avión privado por si a usted se le ocurría aceptar la invitación. Hace tres horas que partió.

—¿Viene Orlando? —se interesó Scorpio, sorprendido.

—No, no. Solo el piloto, copiloto y un par de azafatas. Todos contratados por él. Orlando le espera aquí.

Annibal se quedó en silencio, pensando. El colombiano se había tomado muchas molestias en que aceptara la proposición. No tenía por qué desconfiar de él. Llevaba un tiempo haciendo buenos negocios de importación de cocaína pura con ese hombre. Si bien no era la única, resultaba ser la fuente de ingresos más importante. La invitación podría esconder una nueva transacción o simplemente servir para estrechar lazos. Uno no enviaba su avión privado a otro país por nada. Así evitaría las formalidades de un vuelo comercial. Scorpio tampoco tenía otra cosa mejor que hacer esos días. La verdad, le vendría bien olvidarse por unas horas del fatal incidente con dos de sus hombres. Lo que le gustaba menos era que Orlando le había puesto casi en un compromiso. Sin duda, se trataba de una amabilidad muy estudiada.

—Está bien. Dile que iré —terminó aceptando el estadounidense—. Pero el Lobo vendrá conmigo, no habrá discusión al respecto.

—No se preocupe, no hay problema. El jefe creía que, si aceptaba, no querría venir solo. Es comprensible. Como si quiere traerse a todos sus hombres —dijo Darío. Había satisfacción en su voz—. ¿Cuándo podría usted venir, Scorpio?

—En este momento no hay nada que necesite mi atención por aquí. —No dijo toda la verdad, pero no estaba dispuesto a que esas muertes le condicionaran. Mucho menos a que le dejaran en evidencia—. Cuando se pueda. Mañana mismo. Tampoco es cuestión de que la gente que habéis enviado espere sin razón.

—Ellos tienen órdenes de partir incluso esta misma tarde si es necesario.

—¿Esta tarde? —se extrañó Scorpio.

—¿Qué hora es? Las diez de la mañana. Allí también. Sobre las siete partió el avión.

Alrededor de la una o una y media deberían aterrizar. Para las tres y media podríamos pedirles que lo tengan listo otra vez. Acostumbran a viajes así, déjenoslo a nosotros. Llegarían al aeropuerto de acá sobre las diez en la noche —propuso Darío.

—¿Y después qué?

—El vuelo será directo, no haremos escala y aterrizaremos en Cartagena de Indias. Nos encargaremos de su traslado desde el aeropuerto a la casa de Orlando, donde aguardaremos su llegada.

—Muy bien. Dile a Orlando que hoy a las tres y media cogeremos ese avión —anunció Annibal. Se dijo que, si tenía la posibilidad de salir antes, por qué no.

—Se pondrá muy contento al saber que ha aceptado —comentó Darío, entusiasmado.

—Ya. Espero que hayáis tomado las precauciones necesarias para hacer esta llamada, no quiero sorpresas de ningún tipo —le advirtió Scorpio. Había vuelto a adoptar un tono más frío sin darse cuenta.

—Yo no veo nada fuera de lo común acá. Un hombre aceptando un viaje al país de su amigo. —Tal y como sonaba, se podía intuir que Darío estaba sonriendo.

—Porque es precisamente eso. No es de la incumbencia de nadie a dónde voy o dejo de ir. Ya me entiendes. Por aquí hay gente que pretende ser mi sombra.

—No vaya a preocuparse por eso. Tuve absoluto cuidado. No está usted hablando con un *weon* principiante —se defendió Darío. No estaba ofendido, entendía la cautela que siempre debía acompañar a su interlocutor. Lo había aprendido con Orlando.

—Me alegra saberlo.

—Esta tarde deberán reunirse con uno de nuestros hombres a las tres, para asegurarnos el tiempo. Puede ser en la cafetería, por ejemplo. Su nombre es Fernando. No pasa nada si no le reconoce, él sí sabe quién es usted. Les guiará hacia la zona privada del aeropuerto. Viajará con ustedes en el avión, es el copiloto. Las azafatas les ayudarán con los equipajes. Por supuesto, no pasaremos ningún control. Pueden empacar lo que consideren necesario —explicó el colombiano. La segunda intención de la última frase se entendió muy fácilmente—. Aunque debo recordarle que Orlando no permitirá que les falte de nada. Creo que ya no me queda nada más por decirle. No se olviden de sus pasaportes, los que consideren oportunos. De todo lo demás nos encargamos nosotros.

—Bien. Nos vemos esta noche —zanjó Scorpio. Quería colgar. Ya habían usado demasiado la línea.

—Si necesita algo, llame a este mismo número. O, si quiere, hable con Orlando —le recordó Darío.

—Nunca he hablado con tu jefe por teléfono. Él no habla inglés y yo no hablo español. Prefiero usar intérpretes al llegar. Espero no tener que llamarte. Hasta esta noche —insistió Annibal.

—Cúidese, amigo. Estaremos encantados de recibirles.

Fue el norteamericano quien cortó la comunicación. No le hacía mucha gracia el término “amigo” que había empleado Darío, pero no le dio importancia. Aunque él usaba ese término con cuidado, sabía que los latinos tendían a mostrar más cercanía al relacionarse.

Y ahí estaba, con un nuevo e inesperado plan. Nada menos que un viaje a Colombia. Pensó que, de vez en cuando, improvisar no le venía mal. Tendría la oportunidad de visitar el país por

primera vez. No se quedaría más de tres o cuatro días. Miró el reloj. Le quedaba algo menos de cinco horas para llegar al aeropuerto y localizar al tal Fernando. Tenía tiempo de sobra, pero debía planificarse bien. Lo primero que haría sería avisar al Lobo. Qué menos.

—Dime. —El Lobo no se hizo esperar para descolgar.

—No tienes nada que hacer esta tarde, ¿no? —comenzó Scorpio. Su forma de hablar era distinta a la conversación anterior.

—No. En principio.

—Bien, pues prepara tus cosas. Nos vamos a Colombia esta tarde.

—¿Qué? ¿Cómo que nos vamos a Colombia?

—A las tres tenemos que estar en el aeropuerto. El vuelo sale a las tres y media.

Annibal le explicó la situación sin revelar nada comprometedor. Él mismo todavía seguía sorprendido por la precipitada decisión.

—Joder. Colombia no es el pueblo de al lado —dijo el Lobo segundos después.

—Ya sabes que no entiendo casi nada de español. Sería gracioso encontrarme allí yo solo —añadió Scorpio, sarcástico—. Además, como mi mano derecha que eres, no voy a ir para allá sin ti. No creo que se trate solo de unas exóticas vacaciones. Demasiadas molestias, incluso para Orlando.

—Yo también creo que puede haber algo más detrás de tanta amabilidad —aseguró el Lobo—. Aunque, bueno, tal vez solo quiera hacerte la pelota.

—¿A mí? ¿A estas alturas? —Annibal se detuvo a pensar. Recordó que no podía usar el teléfono tal y como lo hacía la gente normal. Y ya era la segunda vez aquel día—. Bueno, ya hablaremos de esto después. Si aceptas, claro. —Sabía que las probabilidades de que su amigo se negara eran bajas, pero al menos debía preguntarle.

—No tengo mucha opción, ¿verdad? —rió Rafael—. Voy contigo. No me fio de ti ni un pelo.

A las dos en punto, el Mercedes negro del Lobo ya esperaba fuera de la verja exterior de la casa de Scorpio. Este no se hizo esperar y salió en cuanto le vio fuera. Consigo llevaba una maleta oscura con ruedas. No tenía enormes dimensiones, no le hacía falta. Se aseguró de que dejaba la alarma conectada y de que dejaba bien cerrada la puerta principal. También comprobó que la entrada del garaje permanecía impenetrable. Después, lo mismo con la verja. Guardó el equipaje en el maletero y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Llevas una gorra? —preguntó Annibal. Había dibujado una media sonrisa burlona.

—Muy observador. Creo que ya lo sabes, pero en Colombia hace mucho calor.

—Sí, algo he oído.

El Lobo arrancó y tomó rumbo al aeropuerto. Mientras que Rafael vestía esa gorra oscura y lisa, Scorpio llevaba el cabello corto peinado hacia arriba.

—He avisado a Biaggi y a Schneider de que nos marchábamos. Si alguien quiere decirnos algo, que hable con ellos primero —comentó el Lobo. Los Red Hot Chili Peppers sonaban de fondo desde la radio.

—Has hecho bien.

Durante la mayor parte del trayecto hablaron de asuntos que nada tenían que ver con su dedicación profesional.

Encontraron tráfico, había sido útil salir con antelación. Un accidente estaba causando retenciones y la policía había cortado uno de los carriles. La lentitud se estaba haciendo muy

pesada. Cuando llegaron al punto de ambos coches siniestrados, comprobaron que parecía que no había ninguna víctima mortal. El problema radicaba en que muchos de los conductores de otros vehículos ralentizaban al llegar a la altura por mero morbo. A ellos dos les daba igual, solo querían dejar atrás ese tapón para llegar a su destino tan pronto como fuera posible. Una vez rebasado el accidente, la carretera recobró fluidez.

Aparcaron diez minutos antes de la hora acordada. Por supuesto, el Lobo no dejaría el coche en el aparcamiento público, ni siquiera sabiendo que regresarían a los pocos días. Era un modelo apetecible. Un profesional podría ser capaz de saltarse las medidas de seguridad del Mercedes. Así, el dueño accedió al estacionamiento de pago. A cambio de una inflada suma de dinero, allí custodiarían el vehículo hasta que tuviera a bien recogerlo.

Se adentraron en el enorme hall del aeropuerto con sus maletas de ruedas. Abundaba la gente apresurada caminando de aquí para allá, lo que favorecía que los dos hombres pasaran desapercibidos. Annibal no era ningún famoso y no se sentía como tal, pero conocía el tipo de controles en los aeropuertos de Estados Unidos. Demasiado enfermizos para su gusto. No sabía si su cara aparecía en los archivos de esa gente en ese preciso momento, aunque él no estaba haciendo nada malo. Y, desde luego, no estaba en busca y captura. Había aprendido a guardarse las espaldas, se encontraba tranquilo. No obstante, prefería que sus movimientos no se conocieran, incluso cuando estos eran aparentemente inocentes.

—¿Entonces no sabes quién puede ser ese tal Fernando? —preguntó el Lobo. Caminaban en dirección a la cafetería principal.

—No. Bueno, no sé. Puede que le haya visto acompañando a Orlando en algún momento, pero por el nombre no sé quién es —admitió Scorpio. No miraba a su acompañante, tenía la atención puesta en alguien que pudiese dirigirse a ellos. En aquel aeropuerto, todos parecían inmersos en sus cosas. Una perfecta muestra del carácter de la población actual—. Darío me ha dicho que el tipo sí sabría quiénes somos nosotros. Nos llevará hasta el avión, se supone que es el copiloto.

Cuando llegaron a la cafetería, no entraron. Si el tal Fernando de verdad les conocía, no tendría problemas en encontrarles. Además, quedarse allí dentro sin consumir nada resultaría un tanto extraño. Tenían que aparentar normalidad, nunca se sabía quién podría estar mirando.

—Estoy empezando a pensar en si esto ha sido una buena idea —comentó Annibal en voz baja. Se había acercado unos centímetros al Lobo.

—Demasiado tarde para las dudas.

—Ya.

—Annibal, solo han pasado cinco minutos de las tres. Vamos a darle unos cuantos más de cortesía.

Pero más que impaciente, Scorpio se estaba preguntando si había aceptado la propuesta de Orlando demasiado rápido. Había visto en persona a ese hombre no más de tres o cuatro veces desde que negociaban juntos. Todas habían transcurrido bien y habían terminado convirtiéndose en máquinas de hacer dinero. Así había sido casi desde el principio, incluso después del problema que hubo con el imbécil al que tuvo que dejar con vida a petición del propio Orlando. De esto hacía ya cuatro años. Y, pese a que siempre habían empleado un intérprete para comunicarse, se habían entendido bien. Pero la desconfianza formaba parte de la naturaleza de Annibal.

—Buenas tardes, caballeros. Scorpio y el Lobo, si se me permite llamarle así, ¿verdad? —preguntó de repente un hombre que se había situado en frente de ambos.

—Sí —se limitó a responder el primero.

—Disculpen mi demora, estábamos ultimando detalles técnicos del avión y se me echó el tiempo encima —se excusó el colombiano, educado—. Soy Fernando. Darío les habló de mí. —Extendió la mano con cordialidad y los otros dos se la estrecharon—. Me explicó quiénes eran ustedes y dónde tenía que recogerles. Ahora, si no les importa, síganme. El avión no está muy lejos. Cuanto antes lleguemos, antes podrán ponerse cómodos.

Tras una sonrisa amable, se dio la vuelta confiando en que los dos invitados seguirían sus pasos. Y así hicieron. Fernando había demostrado una pronunciación mejor que la de su compatriota Darío. Annibal pensó que no era de extrañar, era copiloto internacional. En cualquier caso, le daba igual.

Les guio durante unos cinco minutos por una zona que se alejaba de la afluencia principal. Pese a que Scorpio prefería no hacerlo, ya había volado otras veces en comercial y en privado. No desde aquel aeropuerto. Cuando llegaron al primer control, Fernando intercambió algunas palabras con el supervisor que les cerraba el paso. Este miró hacia ellos y les pidió los pasaportes. “Víctor Martínez” y “Andrew Morgan” se embarcarían hacia Colombia. No les revisaron los equipajes, pero eso ya se lo había asegurado Darío por teléfono. Si hubieran esperado la cola para cualquier otro vuelo, les habrían detenido de inmediato y llevado a la sala de interrogatorios. Era la típica consecuencia derivada de encontrar armas de fuego en una maleta. A Scorpio no le gustaba saberse sin la protección de al menos una de sus Desert Eagle, incluso cuando sus intenciones no eran violentas. Al Lobo le ocurría algo parecido. Simplemente no se lo podían permitir. Las guardaban en los equipajes para no tentar a la suerte llevándolas encima.

Les permitieron transportar las maletas con ellos en lugar de guardarlas en un compartimento especializado. Apenas habían tenido que andar hasta llegar al avión y habían subido por las escaleras ya preparadas en la pista. La aeronave era un poco más grande de lo que Annibal esperaba. Una vez arriba, había un par de azafatas tras la puerta de entrada. Saludaron a los tres hombres con una amplia sonrisa. Los rasgos latinos de ambas mujeres resultaban atractivos. Las dos lucían cabellos negros recogidos en sendos moños, haciendo juego con los ojos del mismo color. En inglés, guiaron a los norteamericanos a sus respectivos asientos.

El interior del avión era espacioso, lo cual se agradecía. Esto discrepaba con la mayoría de los vuelos, donde todo el mundo tenía que ceder parte de su espacio personal. Aquí las filas tenían dos asientos orientados en diagonal hacia el ancho pasillo que comunicaba con el otro lado, vacío de butacas. Observaron que al final había una mesa perteneciente a lo que parecía ser un mueble bar empotrado en la pared.

Al menos disfrutarían de una buena comodidad durante todas esas horas. Qué menos por parte de su anfitrión.

—Permítanme el equipaje, por favor. Guardaré las maletas en un pequeño compartimento situado al final para el despegue y donde deberán permanecer en el aterrizaje. Mientras tanto, una vez en el aire, les dejaré las llaves para que puedan disponer de ellas cuando gusten —les informó la azafata más alta, risueña pero formal.

—De acuerdo —aceptó el Lobo.

Dejaron que las mujeres hiciesen su trabajo. Ellas no regresaron después, sino que se quedaron en la parte de atrás ocupando sus respectivos asientos. Ahí quedarían hasta que estuvieran volando.

Durante los siguientes minutos, los hombres aprovecharon para aclimatarse después de abrocharse el cinturón.

—Debe de ser la primera vez que te veo con gorra desde que teníamos quince años —comentó Annibal. Le resultaba curioso, incluso gracioso, ver a su amigo de tal guisa.

—¿Tan feo estoy? —bromeó el Lobo.

—Para eso no te hace falta llevarla.

—Qué ingenioso. No me queda tan mal. A ver si opinas lo mismo cuando te dé el sol allí.

—Llevo esto, gracias. —Scorpio señaló las gafas de sol que llevaba puestas. Eran de estilo aviador, marca Ray-Ban. Le gustaba cómo le sentaban.

La voz del comandante se escuchó en ese momento. Les dio la bienvenida una vez más y les indicó las horas aproximadas de vuelo, cosa que ya sabían gracias a la información previa de Darío. Comentó el tiempo atmosférico que se encontrarían durante el trayecto y en el destino. Después les deseó que disfrutaran del viaje.

Los motores del avión se pusieron en marcha. La vibración que empezaron a notar bajo sus pies correspondía al movimiento de avance por la pista que ya podían apreciar por las ventanillas. Se movían despacio, el avión debía colocarse al principio de esa recta de despegue, que para muchos parecía ser infinita. Scorpio permanecía en silencio desde el mismo momento en el que se había escuchado la voz masculina por los altavoces. Estaba más atento a esa maniobra de lo que le habría gustado. El tiempo que transcurrió desde que habían empezado a desplazarse hasta que se prepararon frente a esa kilométrica pista de asfalto, al chico se le hizo eterno. Iban a comenzar la maniobra de despegue, el atronador rugido que la aeronave ya emitía fue el encargado de dar el aviso. El Lobo entonces miró a su amigo, quien sin darse cuenta cerraba fuerte las manos en torno al extremo de los reposabrazos de su asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Rafael en voz baja. Sabía de antemano cuál sería la respuesta.

—Sí.

Pero la afirmación de Scorpio no coincidía con la realidad, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo. No lo estaba haciendo muy bien si el Lobo le había preguntado. También se conocían desde hacía muchos años.

Volar en avión no estaba dentro de las diez cosas favoritas de Annibal. Ni de las cien. No le había mentado a Darío con respecto a que no le gustaban los aviones. Los controles habían funcionado como excusa, pero no había sido del todo sincero. Sin embargo, viajar a Colombia por tierra habría resultado ridículo. Rechazar la invitación por ese motivo tampoco le habría dejado en muy buen lugar. Así que allí estaba, intentando mantener la calma mientras el avión alcanzaba elevadas velocidades en pista.

Era demasiado fácil dejarse asaltar por pensamientos relacionados con accidentes aéreos. El punto de no retorno.

Annibal no era consciente de la intensidad con la que se aferraba a los reposabrazos. Esta se incrementó cuando las ruedas dejaron de hacer contacto con el suelo. El avión comenzó a elevarse. Tuvo sensación de vértigo, pero trató de no perder la tranquilidad. Prefería no reconocer que, sin llegar a la fobia, le daba miedo volar. El motivo principal era la imposibilidad de ser él quien manejase las riendas de lo que ocurría mientras estaban en el aire. Incluso podría encontrarse más seguro pistola en mano en medio de un tiroteo.

El avión continuaba ganando altura. Ascendían muy rápido. Un icono iluminado indicaba que

el cinturón de seguridad aún debía permanecer abrochado. Estaban consiguiendo cierta estabilidad en el aire. Scorpio se permitió relajar las manos solo entonces. Se aventuró a mirar por la ventana. La tenía a su derecha, pero el Lobo estaba en medio. El suelo ya quedaba muy lejos. Volvió a poner la vista al frente y apoyó la cabeza en el cómodo sillón. Cerró los ojos durante un instante, ocultos por las gafas de sol.

Pronto, ambos hombres se sumergieron en una conversación amena. Rafael no hizo alusión al malestar que había captado en su amigo.

—Hola de nuevo, caballeros. —Una de las azafatas apareció de repente—. Como les dijimos, aquí tienen las llaves para que puedan acceder a sus pertenencias. Allá al fondo, en el compartimento —recordó—. ¿Desean algo de beber?

—Un whisky —respondió Annibal.

—Otro para mí.

Mientras la azafata se dirigía a atender a las peticiones, Scorpio se desabrochó el cinturón y se levantó. Con las llaves en la mano, fue hacia la cola del avión. Estirar las piernas le venía muy bien, aun cuando no hacía ni media hora que habían despegado. Pisar suelo mientras viajaban por el aire hacía que afrontase mejor la inseguridad. Caminó hasta llegar al compartimento de los equipajes y sacó ambos. Dentro portaban cosas que era mejor que llevaran consigo. Cogió ambas maletas y las acercó a sendos asientos, no sin antes ver algo a por lo que volvería a continuación. Se tomó la libertad de llevarse consigo una caja de una balda diferente.

—¿Y eso? —preguntó el Lobo. Levantó la vista del libro que acababa de sacar de la maleta.

—¿A ti que te parece?

—¿Estás seguro? —dijo Rafael, divertido.

—Muy seguro.

—La última vez te quedaban la mitad de las figuras cuando te hice jaque mate.

—Voy a darte una paliza —se limitó a responder Scorpio. Entornó los ojos y mostró una pequeña sonrisa inclinada a la derecha.

El Lobo se encogió de hombros mientras Annibal habilitaba una mesa plegable que tenían a su disposición. La azafata, que trajo en ese momento los dos vasos de whisky, aguardó a que la mesa estuviese colocada para dejarlos encima. Lo hizo mientras el hombre sacaba el tablero de ajedrez y colocaba las piezas. Después volvió a dejarles solos. Rafael colocó el marcapáginas, cerró el libro y esperó a que todo estuviese listo.

Cuando empezó la partida, a Scorpio no le hizo mucha gracia tener fuera de combate a un peón y un caballo tres movimientos después. Sabía que su amigo era bastante mejor que él. Su reto personal era ganarle, algo que no había conseguido todavía. Annibal jugaba con las negras. El tablero parecía haber adquirido un color más blanco, pues cayeron dos peones más. Conforme iban avanzando los minutos, el más joven parecía remontar al eliminar cuatro blancas, una torre entre ellas. Pero su satisfacción duró poco, pues la siguiente en caer fue la reina oscura. El chico no lo encajó demasiado bien, había previsto unos cuantos movimientos que desarmarían la defensa rival precisamente con la consorte real. Pero había estado tan pendiente del ataque que había descuidado su propia muralla. Sacó del tablero un par de blancas más, pero al final su fortaleza cayó. El Lobo se apoderó de su rey y se hizo con una nueva victoria.

Scorpio se quedó mirando los cuadros claros y oscuros, demasiado molesto como para disimularlo. La única razón por la que no golpeó el tablero fue por guardar las formas. Además, el

juego no era suyo. Era la segunda vez aquel día que no era capaz de ganar. Esta partida escocía igual que el encuentro de la Xbox. Conocer la destreza de Rafael no le hacía sentir mejor.

—Y otra más —comentó el Lobo tras beber de su vaso. Hacía un rato que el otro lo había terminado.

—Que te den.

Rafael rio por lo bajo mientras recogía el ajedrez de encima de la mesa. Sabía que su amigo no iba a hacerlo.

Scorpio miró el reloj. Apenas había pasado una hora y media desde que despegaran. Quería bajarse ya. Resopló. Solo se le ocurría una idea que hiciera que el tiempo avanzara más rápido: dormir. Se recostó en el sillón. Las Ray-Ban todavía cubrían sus ojos, filtraban la claridad que les llegaba a través del cristal. Pensó en conectar los auriculares a su móvil y escuchar algo de música, pero le dio tanta pereza que ni se molestó en hacerlo. Cerró los ojos.

Cuando despertó, le costó unos segundos recordar dónde estaba y por qué. Al ubicarse, sintió un pequeño vuelco en el estómago. Frunció el ceño por la luz anaranjada que se colaba por la ventanilla. Giró la cabeza hacia la derecha unos centímetros. El Lobo permanecía en la misma posición, enfrascado en su libro. Consultó la hora por enésima vez. Las siete menos cuarto de la tarde. Calculó que había dormido unas dos horas. Se removió en el asiento. En teoría, debían aterrizar sobre las diez de la noche. No sabía qué hacer hasta entonces. Por supuesto, descartó otra partida de ajedrez. Su humor estaba empeorando a causa de la tensión propiciada por el avión, otra más que posible derrota no ayudaría. Se resignó a buscar algo que le entretuviera en su *smartphone*.

El reloj marcaba las nueve y cuarto de la noche cuando la misma voz de hombre les informó de que procederían a iniciar el descenso. Annibal no quiso imaginar a qué altura estaban volando como para que la maniobra empezase tres cuartos de hora antes. Pero era una buena noticia. Se abrochó el cinturón del asiento. Las azafatas se llevaron las maletas para guardarlas. Scorpio sintió cómo los nervios reptaban por su pecho y se anclaban en la garganta al notar el tren de aterrizaje activarse bajo sus pies.

Una vez más, cerró los dedos con fuerza en torno a los reposabrazos.

Una vez más, ideas relacionadas con vuelcos y explosiones. Tuvo que luchar contra ellas durante el tiempo que llevó la toma de tierra. Le acompañaron hasta que el avión estuvo detenido casi en su totalidad.

Al pisar el suelo por fin, volvieron a dejarse guiar por Fernando. El cielo era nocturno, al parecer, desde hacía ya un buen rato. Las estrellas no destacarían esa noche porque la luna llena brillaba radiante. Incluso se veía más grande de lo que estaban acostumbrados. El calor también era notorio. Era un bochorno húmedo que aumentaba conforme andaban por la pista de aterrizaje. Pronto hizo que la camiseta negra de Annibal se le fuese quedando pegada al cuerpo tanto por delante como por detrás. No era agradable. El Lobo, por su parte, se había quitado la gorra antes de bajar del avión. La coleta se bastaba por sí misma para darle calor.

La caminata no duró mucho. Subieron a un vehículo pequeño que hacía las veces de autobús. Les transportaría por el resto de la pista hasta el que sería su siguiente destino. Los equipajes iban con ellos. Allí dentro disponían de aire acondicionado, lo que era una bendición. Scorpio miraba por la ventana. Podía leer a lo lejos, en el edificio principal, “Aeropuerto Internacional Rafael Núñez”. Todavía se estaba preguntando qué pintaba él allí, en Cartagena de Indias. Estaba

cansado pese a haber permanecido sentado, e incluso dormido, en el avión. Tenía ganas de montar en el coche que habrían preparado para ellos, porque dedujo que habría uno, y llegar de una vez a la casa de Orlando.

Pero pronto se dio cuenta de que había errado en sus suposiciones.

Una avioneta les esperaba en una zona más apartada. La expresión del estadounidense hablaba por sí sola. Otra vez por el aire. Resopló en silencio. El orgullo era la única razón por la que no se quejó.

Fernando fue el encargado de guardar los equipajes en un pequeño espacio a modo de maletero. Scorpio entró primero, después el Lobo. Ambos volvieron a quedar sujetos por los respectivos cinturones de seguridad. Un tal Alfonso pilotaría la avioneta.

Las tierras colombianas empezaron a quedar decenas de metros por debajo.

—Al menos llegaremos antes que por carretera —le comentó el Lobo en voz baja. Fue un comentario únicamente para su amigo. No había pasado por alto que volvía a estar tenso.

Lo único que Annibal hizo fue mirarle durante unos segundos, serio y sin decir nada, para luego regresar la vista hacia la ventana. Si no le gustaba el avión, una avioneta era todavía peor. Le parecía más endeble e insegura. El sudor que le empapaba la camiseta no se debía solo al calor.

Dejaron de ver luces hacía unos cinco minutos. La única iluminación que recibían era la blancura que irradiaba la luna. La oscuridad del suelo no podía ser el mar, puesto que no se apreciaba reflejo alguno. Scorpio pensó que se trataba de selva. Lo confirmó cuando fue capaz de ver la parte de arriba de algunos árboles gracias a esta luz argétea.

Ahí arriba, las corrientes hacían que de vez en cuando sufrieran pequeñas sacudidas. El más joven de los estadounidenses se dijo que tenía que intentar disfrutar del viaje. Se le haría más corto y ameno si dejaba de pensar cada cinco segundos que podrían acabar estrellados. Se reprimió más de una vez en decirle al piloto que tuviese más cuidado con los giros. Mantuvo la cara de póker.

—Supongo que esta será de las típicas avionetas que hacen piruetas en el aire. —El Lobo se dirigió a Annibal de nuevo. En esta ocasión, las palabras no resultaron tan sutiles como esperaba.

—Efectivamente, señor. Es una avioneta muy capaz y presumo de que mi compañero la sabe manejar a la perfección —intervino Fernando, copiloto una vez más—. Si gustan, comprueben que tienen los cinturones bien abrochados y haremos una pequeña demostrac...

—Haz algún movimiento innecesario con este trasto y lo primero que haré al bajarme será mataros —le interrumpió Scorpio. Sonó grave. Sus frías palabras parecían haber quedado flotando a la velocidad del vuelo. La cabina adquirió el silencio propio de los cementerios, roto por el zumbido que emitía el motor.

Mientras hablaba, Annibal había apartado la mirada del cristal para clavarla en las nuca de los dos ocupantes delanteros. A continuación, volvió a centrarse en la negrura exterior. No había podido controlarse. Las posibles intenciones del piloto habían hecho que olvidara que se encontraban fuera de su territorio. Solo había pensado en que su vida estaba en manos de otros, demasiado valiosa como para que esa gente decidiera jugar a las piruetas. Bastante tenía ya con esperar que ese cacharro aterrizara bien. Se le había acelerado el pulso.

Descendieron sin problemas. Se detuvieron en la pista de tierra de una enorme parcela situada literalmente en medio de la selva. Una casa ostentosa ocupaba el medio, lo habían visto desde el

aire, desde donde nacían caminos principales. En los laterales, grandes y abundantes jardines frondosos. Una extensa valla formaba lo que parecía ser la frontera entre la superficie comprada y el terreno salvaje. Cuanto más bajo habían volado, más difícil se había vuelto conocer los límites.

Nada más bajarse de la avioneta, el calor les dio un bofetón húmedo. Por lo menos ahora estaba mitigado gracias a la presencia abundante de árboles y la densa vegetación en general. La propiedad estaba iluminada por farolas de luz amarilla distribuidas a lo largo de los caminos. Annibal vio cómo, a lo lejos, tres hombres se aproximaban hacia ellos. Las manecillas del reloj marcaban casi las once de la noche. El Lobo se colocó a su altura sin decir nada. Ambos ya tenían las maletas consigo.

—Buenas noches, amigos —saludó Darío cuando estuvieron cerca. Sonreía. Junto a él caminaba otro hombre al que no reconocieron. Y, como era de suponer, Orlando.

—Buenas noches —respondió Scorpio. Era de lo poco que conocía en español. Tenía un marcado acento.

El Lobo hizo un ademán con la cabeza a modo de saludo.

—¿Todo bien en el viaje? —continuó Darío.

—Sí, todo bien. Sin problemas.

Scorpio consideraba innecesario hacer mención a la desavenencia ocurrida en la avioneta. Y, menos aún, revelar su problema con los aviones.

Tanto Alfonso como Fernando sintieron alivio al escucharle. Orlando ya les había avisado de que tenían que transportar a unos hombres muy importantes y que no quería ningún fallo.

—Me alegro de que finalmente usted aceptase mi invitación, compadre —intervino Orlando por primera vez. Habló en español y mirando a Annibal, quien no entendió nada excepto la última palabra. Después se dirigió al Lobo—. Y, por supuesto, gracias por venir a usted también. Es todo un honor poder tenerles como invitados acá. No diré “en mi humilde casa” porque tampoco es cuestión de abusar de la falsa modestia. —Rio.

Orlando Suárez era un hombre moreno, tanto de piel como de cabello. Le gustaba ir bien afeitado, creía que era algo necesario para una imagen impecable. Sus ojos negros eran astutos y guardaban una expresión viva. Era de estatura más baja que los dos norteamericanos, apenas llegaba al metro ochenta. Ese hombre se había hecho respetar y su fama en el mundillo había traspasado fronteras. No en vano Scorpio trabajaba con él. El chico se incorporó al negocio bastante después.

—Gracias a ti por la invitación —le contestó el Lobo en el mismo idioma. Habían comenzado a andar hacia la casa.

—¿Cuántos días piensan quedarse? Mi casa está abierta a ustedes todo el tiempo que gusten —les ofreció Orlando.

—Tres o cuatro días como mucho. Tenemos algunos asuntos pendientes y tampoco podemos desatenderlos durante demasiado tiempo.

—Perfecto. Serán suficientes para charlar y pasar un buen rato.

El Lobo le tradujo a Scorpio. Luego Orlando comentó un par de cosas sin importancia. El camino hasta la enorme casa tropical no era muy largo, pero ambos estadounidenses estaban cansados del viaje. Iban despacio. De todos modos, tampoco tenían prisa.

—Iba a decirles que podían gozar de una buena cena en el patio que tengo dentro de la casa. Si hay algo que deseen comer, mis empleados tendrán el gusto de preparárselo —informó Orlando.

Ya casi estaban en la puerta principal.

—Te lo agradecemos, pero ahora preferimos descansar. Cenaremos algo rápido y después iremos a dormir. Ha sido un día bastante largo —le rechazó el Lobo. Esperaba que su anfitrión no insistiera. No tenían por costumbre repetir las cosas más veces de las necesarias.

—Vaya. Mis disculpas. Muy grosero por mi parte, debí suponerlo —rectificó el colombiano con una sonrisa.

—No hay problema.

—Las habitaciones de cada uno ya están listas. Instálense allí y mis empleados les llevarán la cena. Además, los dos tendrán un detalle de bienvenida. Pónganse cómodos.

Rafael y Scorpio, tras cruzar el umbral que accedía a la ostentosa vivienda, siguieron a Darío. Este les guio por los pasillos lujosos donde el mármol y la madera pulida abundaban. Una vez más, agradecían que el aire acondicionado paliara aquel sofocante calor. Continuaron en silencio.

Annibal quería acostarse. Estaba cansado, casi agotado. Los momentos tensos en el aire habían agravado la sensación. Incluso se planteó dormir sin cenar nada, pero también se moría de hambre. No diría que no a la hospitalidad del dueño de la mansión.

La primera habitación a la que llegaron fue a la del Lobo. Agradeció al guía con un gesto con la cabeza. Darío les indicó que podían solicitar lo que quisieran para cenar, había una gran variedad de alimentos a su disposición. Scorpio pidió pollo a la plancha y una ensalada fresca. Su amigo prefirió un plato de pasta al gusto del cocinero. El colombiano no tardó en marcharse después de recibir los encargos. Los otros se metieron en sus respectivas habitaciones, situadas cerca pero no pegadas. En esa casa nada quedaba innecesariamente junto.

Cuando Annibal estuvo dentro del cuarto preparado para él, cerró la puerta. Se fijó en que Orlando no escatimaba en detalles. La lámpara del techo contaba con aspas para una buena ventilación sobre la cama. Había una televisión bastante grande colgada en la pared. Rondaría las cincuenta pulgadas, como la suya. Al asomarse al cuarto de baño de la habitación, vio un inmenso plato de ducha en una esquina y un enorme *jacuzzi* en la otra. La ventana del lavabo conectaba con el exterior, al igual que la amplia terraza del dormitorio. Desde allí podía apreciarse la entrada a la selva. Kilómetros a lo lejos, veía la luna reflejada en el mar gracias a la situación elevada de la casa. La decoración era sencilla pero elegante. Y la cama de matrimonio tenía un tamaño más grande de lo normal, solo con verla podía imaginar lo cómoda que resultaría. No tardaría mucho en comprobarlo.

Activó el enorme ventilador de madera del techo, alcanzó el mando de la televisión y se recostó sobre la colcha mullida. Aún no se cambió de ropa. Le trajeron la cena a los quince minutos.

Seguía despierto una hora después. Mucho se temía que iba a ser una larga noche. Si solo dependiese del cansancio, se habría dormido a los pocos minutos de dejar el plato vacío. Pero ese calor, aun con el aire del ventilador, le resultaba insoportable. Se había dado una ducha de agua fría, pero no era suficiente. Solo vestía unos *boxers* negros y ni se le había pasado por la cabeza meterse dentro de las sábanas. Mientras esperaba acostumbrarse a la incómoda temperatura, se entretenía con la televisión. No todos los canales servían, tan solo algunos internacionales, ya que no entendía los propios del país. Encontró una película de serie B con la que se podía llegar a distraer. Con suerte, pronto se dejaría vencer por el sueño.

De pronto, cuando ya había entrado en un estado de duermevela, sonaron golpes en la puerta.

No eran muy fuertes. Se despertó. Ignorarlos era tentador, pero no le parecía correcto ser descortés en esa situación. Bostezó. Se levantó de la cama con desgana y descorrió el cerrojo. Abrió. No era ninguno de los socios de Orlando, tal y como había imaginado. En su lugar, una mujer de piel morena y de cabello negro, largo y rizado se situaba frente a él. Vestía un minúsculo bikini rosa que apenas ocultaba sus exuberantes encantos latinos. Le miraba desde un color verde oliva mientras mantenía entreabiertos los labios carnosos. Parecía que la parte de arriba de su bikini iba a estallar de un momento a otro. Y, tal vez fuese el cansancio, pero el chico no entendía muy bien qué estaba haciendo esa muchacha allí.

—¿Qué quieres? —preguntó Annibal casi de mala gana. No estaba seguro de si le entendería, pues habló en inglés. No era su problema.

—Buenas noches, señor Scorpio. Me llamo Melanie —se presentó ella. Le contestó en el mismo idioma. Su acento se identificaría a kilómetros—. El señor Orlando me envió con usted. — Los gruesos labios se curvaron en una sugerente sonrisa—. Soy su regalo de bienvenida.

No hizo falta más. Scorpio ató cabos. Joder, debería haberlo hecho desde un principio.

Melanie se sentía como si le hubiese tocado la lotería. Era una de las chicas de Orlando, prefería llamarlo así. Aunque sabía perfectamente que su única ocupación era complacer los deseos del colombiano y sus amigos. Beber, comer, tomar el sol y comprarse caprichos con la fortuna que le pagaban. Pero no le gustaba autodenominarse prostituta. Prefería “señorita de compañía”. *Escort*. Estaba acostumbrada a hombres más mayores, algunos hasta podrían ser su padre, que pensaban que cuidarse era un término perteneciente a la mitología. Así que ahora, al ver al chico de frente por primera vez, se mordió el labio inferior. Desde luego, pensó, él sí sabía lo que era un gimnasio. Para su deleite, comprobó que la cara acompañaba al conjunto. La sonrisa de la colombiana creció hasta mostrar sus dientes perfectos. Entonces reparó en la cicatriz que cruzaba el ojo izquierdo masculino. El morbo recorrió su exótica figura.

—Así que... ¿puedo pasar? —La voz de Melanie derrochaba sensualidad.

—Pasa.

Scorpio no le iba a decir que no a la dueña de ese cuerpo.

La muchacha no esperaba menos. Le deseaba. Dio un paso al frente. Mientras le miraba, se llevó las manos a la espalda para desabrochar la fina tira de su bikini de triángulo. Se quitó la parte de arriba y dejó que resbalara hacia el suelo. Liberados, sus pechos eran lo que prometían bajo la minúscula tela rosa. Al caminar a su lado, Melanie puso especial atención en rozarle la piel. Annibal la siguió con la mirada. Vio que la prenda inferior era un tanga. Sus glúteos se adivinaban firmes. La colombiana subió a la cama y se tumbó de lado. Separó los labios con lascivia, observándole. Scorpio cerró la puerta despacio. Echó el cerrojo.

Capítulo 6

A las nueve y media de la mañana siguiente ya estaban reunidos en el patio interior de la casa de Orlando. Era muy amplio, con el suelo de baldosas de color negro mate, algunas columnas esculpidas en mármol y una pequeña y elegante fuente emplazada en un lateral. Un jardín que rebosaba verdor bordeaba la estancia y algunas palmeras proporcionaban el toque más exótico. No había techo, el cielo azul se abría ante ellos. También gozaban de un sistema de ventilación que permitía alejar la sensación de haber descendido a los infiernos.

Scorpio y el Lobo estaban sentados alrededor de una refinada mesa de cristal junto con Orlando, Darío y un par de hombres más. Desayunaban tranquilamente, el personal de servicio se había encargado de tener listos los platos para cuando ellos se levantasen. Cereales, fruta, leche, beicon, huevos, chocolate, pan, zumo de naranja, tortitas y demás bollería. Orlando sabía cómo tener a sus invitados entre algodones.

Ese día, Scorpio también vistió informal. El clima sería implacable si se le ocurría ponerse un traje. Llevaba unos vaqueros negros, unas deportivas blancas de marca y una camiseta de algodón fino de ese mismo color. Nunca faltaba su pelo corto acabado en puntas. Repetía gafas de sol.

—Un buen desayuno para empezar bien el día —comentó Orlando en español. Estaba de buen humor. Se frotó las manos.

Hablaron sobre los planes para los próximos días. Podrían visitar la ciudad, ir a la playa de Cartagena de Indias, pasar una mañana en yate en el Mar Caribe... Tenían un amplio abanico de posibilidades frente a ellos. En ocasiones era aburrido para el Lobo tener que traducir a Scorpio lo que el líder colombiano decía. Al fin y al cabo, estaban en Colombia y lo más adecuado era utilizar el idioma del anfitrión. Había sido al revés cuando Orlando visitaba Estados Unidos.

—Bueno, ahora que estamos terminando, podemos comenzar a hablar de cosas más serias —propuso Orlando. Sostenía la taza de café por el asa. Dio un pequeño sorbo sonoro—. Me alegra que finalmente hayan venido, de verdad. Disculpen si se lo repito, pero tratar las cosas cara a cara siempre es lo mejor. Tengo algo que proponerle, Scorpio.

—Me imaginaba que no estaba aquí solo para disfrutar de la magnífica temperatura de Colombia —ironizó Annibal después de que el Lobo le tradujera. Confirmaba así sus sospechas.

—Habría sido mejor hacérselo saber desde un principio, pero el teléfono no es un buen aliado. Y ambos sabemos que usted no es tonto. Permítame hacerle una buena propuesta, amigo —continuó el colombiano en español. Estaba tranquilo. Conocía el temperamento del estadounidense, no se lo tomaba como algo personal. Y le interesaba mantener esa conversación.

—Te escucho —aceptó Scorpio en su idioma. No le parecía cómodo tener que usar intérpretes para todo, creía que ralentizaba el curso del diálogo.

—Lo primero que tengo que decirle es que es un placer negociar con usted. Ya nos conocemos desde hace bastante tiempo. Han pasado muchas cosas. Hace cuatro años, cuando ocurrió todo aquel lío con Kreamer y O'Quinn, no me habría creído que usted y yo acabaríamos haciendo tratos tan suculentos. Yo he conseguido poder y cada vez más producción de mercancía, y usted está

haciendo una fortuna inmensa—Rio. Orlando sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos. Ofreció a los demás antes de empezar el suyo—. Lo cual también se traduce en poder. Usted se ha convertido en uno de los hombres más poderosos del negocio en su país. —Hizo una pausa para la traducción—. Y recalco que es un privilegio poder comerciar...

—Orlando, no creo que estés dando este discurso para explicarme algo que ambos sabemos —le interrumpió Annibal. Si hubiese sonreído, tal vez sus palabras no habrían sonado tan abruptas. El tacto nunca había caracterizado al narcotraficante.

—No, por supuesto que no. —Él sí sonrió con despreocupación—. Es que usted es muy impaciente. Y la verdad es que, para mi gusto, tratamos demasiado poco.

—No puedo arriesgarme a comprarte con más frecuencia —reconoció Scorpio tras escuchar al Lobo—. Le doy salida rápido a lo que tengo, pero ya sabes que tampoco es de un día para otro. Además, hay que ser discreto. La policía no tiene motivos para andar detrás de mí en este momento, pero con esos cabrones nunca se sabe.

—Ya le debe de quedar poco de lo que me compró la última vez. ¡No me engañe, Scorpio, que conozco cómo vende usted la coca! —Ser maleducado estaba lejos de las intenciones de Orlando.

—Sabes que no eres mi único proveedor. Tengo más cantidad de la que te compré a ti la última vez. No te ofendas, esto es negocio. —Annibal se encogió de hombros.

—No me ofendo. Cada uno debe mirar por sus intereses. A mí también me compra más gente. Pero no estamos acá para hablar de esos tipos, sino para hablar de usted y de mí. Y del trato que tengo que proponerle. —Hizo el silencio un poco más largo de lo necesario para la interpretación. Le satisfacía crear expectación—. Me gustaría proponerle ser su único proveedor.

Incluso el Lobo tardó en hacerle llegar a su jefe el significado de la frase. La propuesta era atrevida, incluso prepotente. Al escucharlo en inglés, Scorpio sonrió por primera vez esa mañana. Miró hacia abajo. Continuó cuando levantó la vista.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó Annibal, arrogante.

—Tengo sentido del humor, pero no tanto —contestó Orlando tras escuchar a Darío. Se había terminado el café hacía un rato. Tenía las manos cruzadas sobre la mesa de cristal.

—Lo que me pides es complicado. Mis otros socios responden bien y son rentables. ¿Por qué debería considerar mandarles a tomar por culo para que solo tú te lleves los beneficios? —continuó Scorpio.

—Nos lo llevaríamos los dos. Mire, tengo pensado rebajarle doscientos dólares por kilo si firmamos el trato.

—Doscientos dólares... —repitió el norteamericano. Asintió de forma casi imperceptible mientras las comisuras de sus labios se curvaban sutiles hacia abajo. Miró al Lobo.

—Así es, amigo. Me parece un buen trato. No todos están dispuestos a perder dinero solo para poder asentar futuros negocios —insistió Orlando.

—Este tío se piensa que soy gilipollas —le dijo Annibal a Rafael en voz alta. Su enfado crecía por momentos. Había varias cosas que le sacaban de sus casillas, creer que le tomaban el pelo era una de ellas—. ¿Te piensas que soy gilipollas? —Miró a Orlando—. Me traes aquí sin decirme que tu verdadera intención es que deje al resto de mis socios porque crees que eres imprescindible. Y te cachondeas de mí diciéndome que no muchos se rebajan a dejármelo más barato. ¿Y tú qué coño sabes? ¡Me rebajas doscientos putos dólares cuando te pago veinte mil por kilo! ¿Crees que soy nuevo? ¿Crees que me chupo el putito dedo? —El tono estaba bastante cerca

de considerarse grito—. Pensaba que sabías quién soy. Me insultas con esta puta mierda. Muy bueno el desayuno. Ahí te quedas.

Dejó bruscamente la taza blanca de café puro de Colombia encima de la mesa. Estaba sin acabar. Se apoyó en los brazos de la silla oscura y se levantó sin pronunciar palabra ante la mirada de los sudamericanos. El Lobo hizo lo mismo, frunciendo los labios en una línea fina mientras levantaba las cejas. Scorpio ya estaba pensando en que tendrían que buscarse la vida para regresar al aeropuerto, estaban en medio de la nada. Le daba igual no volver en el mismo avión privado, compartir espacio con más gente. Le daban igual los controles. No toleraría esa falta de respeto. No era así como se hacían las cosas.

—Vaya genio se gasta usted, amigo —comentó Orlando antes de que el estadounidense pudiese salir del recinto. Usó un correctísimo inglés. No se levantó de la silla, pero se giró para mirar a los que ya se estaban marchando —. Pero no se vayan, hombre. Quédense aquí, que tenemos muchas cosas de las que hablar. ¡No se creerán que mi oferta iba en serio!

Annibal se quedó parado y sin saber qué hacer. Era la primera noticia que tenía de que Orlando no solo entendía su idioma, sino que sabía hablarlo perfectamente. Se dio la vuelta despacio. No tenía muy claro si olvidar la anterior conversación o si debía enfadarse más. Miró al Lobo. Parecía tan sorprendido como él.

—Vengan y siéntense con nosotros —les pidió Orlando. Sonreía. Un gesto con la mano respaldó sus palabras—. Vamos, ¡no se enfaden!

Darío y los demás no despegaban los labios. La indignación de Scorpio se transformó en desconcierto. Resopló en silencio y decidió volver de nuevo a su sitio. Escucharía al colombiano. Le interesaba mucho la que sería, a su juicio, una buena explicación.

—Buena elección, amigo.

—¿Me estás diciendo que llevas cuatro años haciéndome creer que tengo que usar a otros para entenderte? Me estás vacilando, ¿no? —Scorpio encontró la manera de sosegar. Aun así, podía notarse el recelo al hablar.

—¿Vacilando? ¡De ninguna manera, hombre! Compréndalo, tratamos siempre por medio de terceros y ¿cuándo hemos hablado personalmente? ¿Cuatro o cinco veces desde que nos conocemos? Me gusta guardar las formas. No es nada personal.

—Sí, sí. Me parecen muy bien tus manías, pero no hubiese estado de más mencionarlo. Me habrías evitado el ridículo.

—¿Pero qué ridículo? No piense eso. Será solo una anécd...

—Lo que sea. Dijiste que la proposición de antes era mierda. Pues bien, aquí estoy. No tengo por costumbre que se rían de mí, y menos más de una vez. Si tienes pensado seguir haciendo el capullo, ahórrate las molestias. Tengo muchas cosas que hacer en Estados Unidos —le interrumpió Annibal.

—Muchacho, si no fuera porque es quien es, le mandarí al carajo por esa osadía suya que tiene —respondió Orlando con una mueca.

—Es mutuo. ¿Cuál es el trato?

—No rebajaré doscientos dólares, eso es una mamarrachada. Rebajaré cinco mil por kilo, sin contar los porcentajes —reveló Orlando. Continuaba con las manos cruzadas sobre el cristal.

—Vaya. —Scorpio no pudo sino alzar las cejas—. Una oferta muy, muy generosa. Pero me resulta poco creíble sin pensar que hay algo más detrás. —Se encendió un cigarro.

—Vuelvo a insistirle. Quiero ser su único proveedor. Sé que es mucho pedir, es arriesgado, pero así usted compra más barato y yo me aseguro de tener ventas siempre. Usted vale mucho como comprador me interesa aumentar los negocios.

—Mientras siga contactando contigo, ¿qué más te da que les compre también a otros?

—Nunca es de buen gusto la competencia. Todo lo que se llevan otros, no me lo llevo yo.

—El precio ya es otra cosa, no te voy a engañar. Pero ¿en qué más me beneficia a mí? —quiso saber Annibal. Tenía los ojos entornados mientras fumaba—. Porque yo no puedo estar comprando cocaína continuamente, como comprenderás. Tengo que llevar un equilibrio entre lo que compro y lo que vendo. Demasiado excedente en mi poder es un riesgo que no puedo tomar. No puedo importar cocaína cada poco, no es viable.

—Ahí está la cuestión, amigo. Se trata de ir metiendo la mercancía poquito a poco, sin prisa. Una semana un par de kilos, a la siguiente cuatro, a la siguiente tres, y así. Puede haber alguna semana que no se necesite, otra que haya demanda de más, pero la idea es proveer de forma regular. Yo pienso que es una buena idea que pueda ir disponiendo de coca. Llegará un momento en el que la que entra, sale. No se acumulará. Si no hay merca, no hay delito. Si a la policía le da por meter las narices, no podrán pillarle con grandes cantidades —explicó Orlando. Él también fumaba.

Se abrieron los aspersores del jardín.

Scorpio le dio una calada al cigarro. Se permitió unos segundos para pensar. Lo cierto era que, planteado así, no era una idea tan mala. De hecho, era bastante buena. Expulsó el humo despacio.

—Suena interesante —admitió el chico—. Lo único que no me convence es tener que ignorar al resto de mis contactos. No es así como trabajo.

—Entiendo que no puedo exigirle eso, de acuerdo. Pero sería lo conveniente. Usted piénselo, evalúe qué es lo mejor. Podemos empezar a mover lo nuestro y, si ve que va bien, ya actuará como considere oportuno.

—Estás muy seguro, ¿no?

—Ya me lo dirá más adelante —asintió el colombiano. Esbozó una nueva sonrisa satisfecha.

El norteamericano también sonrió de medio lado ante la aplastante confianza de Orlando.

—¿Entonces qué me dice?

—¿Cómo tienes pensado que se hagan las entregas? Enviar barcos cada semana por el Atlántico sin apenas llevar nada es una pérdida de dinero y una muy buena forma de terminar levantando sospechas. —Annibal ignoró la pregunta anterior.

—No usaríamos la ruta del Atlántico. Elegiríamos el Pacífico, aunque quede algo más lejos. Nadie esperará que entre por allí.

—Sabes que la Costa Oeste no es mía. Por allí no voy a meter mano. Tengo lo que tengo porque sé dónde están los límites. Por el Pacífico no voy a vender nada. No me interesa. —Annibal echó la ceniza sobrante en el recipiente preparado para ello.

—No me sea obcecado, por favor. Abra la mente. Se entra por el puerto de Seattle. Desde allí montaríamos un dispositivo para que, entre sus hombres y los míos, le hagan llegar la mercancía cada poco. Luego usted ya la usa como quiera.

—¿Por Seattle?

—Eso dije.

A Scorpio le gustaba la idea. Era curioso cómo había pasado de querer abandonar el lugar sintiéndose insultado a pensar en aceptar un trato que era más rentable de lo que había parecido en un principio.

Se quedó en silencio, analizando la situación y uniendo conceptos. Entonces empezó a poner en conocimiento de Orlando un hecho que facilitaría, sin haberlo planeado, el incipiente negocio. Hacía un par de meses, Scorpio había comprado una empresa de coches de alquiler. Blanquear dinero había sido el motivo principal, además de para utilizarlos si era necesario para moverse de forma clandestina. Aunque muy mal tendrían que darse las cosas como para que Scorpio montara en uno de esos. Le gustaban demasiado los suyos. El Lamborghini Murciélago, Ford Mustang y Dodge Nitro descansaban en su garaje. La cuestión era que tenía sucursales por todo el país. Más de veinte.

—Es lo que ofrecería para el traslado en el caso de que terminemos llegando a un acuerdo. Los coches podrían transportar la cocaína sin que los clientes lo supieran, lo cual reduciría el riesgo. No irían directamente del origen al destino, sino que habría paradas intermedias. Los conductores también cambiarían al ser alquilados por otras personas que tampoco sabrían lo que llevan —continuó explicando el estadounidense.

—¿Paradas intermedias? —A Orlando le sorprendía gratamente la implicación que veía.

—Sería muy sospechoso que ciertos coches solo siguiesen ciertos recorridos. Si alguna vez alguien investigara, sería muy fácil seguir la pista —respondió Annibal. El plan se desarrollaba conforme iba hablando. La pregunta que surgió en su mente fue que cómo no se les había ocurrido antes a ellos.

—Si la empresa es de usted, si ocurre algo le señalarán como máximo responsable.

—¿Por qué? ¿Acaso tengo yo la culpa de las actividades que los clientes decidan hacer en privado?

—Si la policía les pilla con la droga, ¿qué cree que harán? —insistió el colombiano. No era amigo de los cabos sueltos.

—Detenerles. Interrogarles, tal vez. Pero como no saben nada, no podrán delatar a nadie. Eso no supone ningún problema —resolvió Scorpio, despreocupado—. De todas formas, pararíamos si ocurriera. Cambiaríamos de ruta si es necesario. Al menos un tiempo.

—Es usted implacable, ¿eh? Pagarían inocentes...

—La perfección no existe.

Ambos hombres sonrieron. El buen ambiente se contagió al resto de los ocupantes de la mesa.

—Entonces entrarían por Seattle, ¿no? —insistió Scorpio.

—Sí. Tenemos vía libre en una parte del muelle. Tengo un contacto fiable y puedo asegurarle que no habrá imprevistos ni preguntas.

Annibal asintió despacio y mirando hacia otro lado, cavilando. Maldito Orlando. Al final iba a salirse con la suya. Aunque, si a él no le interesara, ya estaría camino del aeropuerto.

—¿Y si alguna vez necesito un pedido más grande?

—Compadre, usted pida sin problemas y negociaremos. Todo como hasta ahora, con los precios que convengamos para cada ocasión —contestó el colombiano.

—Me gusta la nueva alternativa, pero no voy a cambiar mi estructura entera por un experimento que puede ser complementario. Muevo grandes cantidades, no puedo permitirme quedarme sin mercancía.

—Utilizamos la nueva ruta para que siempre le vaya entrando. ¿Que alguna vez necesita más? No hay problema, hacemos como siempre. Usted decide.

—En principio no les comentaré nada a mis otros socios —advirtió Annibal—. Ya veremos cómo va saliendo esto.

—¿Hay trato?

Scorpio extendió la mano derecha y la estrechó con su proveedor, que sonreía exultante. Para Orlando siempre era un placer comerciar con ese hombre. Pensaba que lo hacían menos de lo que ambos deberían. Por este tipo de cosas llegaba a soportar la actitud arrogante que muchas veces mostraba el norteamericano.

Eran las cinco y media de la tarde y no habían salido de aquella casa en todo el día. Habían acordado acercarse a la ciudad por la noche. Para Orlando no era nada complicado adquirir un pase VIP en cualquier famosa discoteca de la zona. Había bastante que celebrar. De momento, estaban disfrutando de la gran piscina al aire libre dentro de la propiedad del narcotraficante colombiano. Las palmeras rodeaban sus bordes. Las altas temperaturas podían tolerarse mucho mejor en aquel recinto.

Cada uno hacía lo que más le apetecía, no guardaban formalidades.

El Lobo se encontraba sentado en una de las agradables tumbonas. Vestía una camiseta blanca de tela fina, unas bermudas oscuras y unas chanclas, además de la gorra sobre su habitual coleta baja. Se entretenía leyendo el periódico. Orlando permanecía tumbado en la hamaca con un bañador granate, fumando un puro. Darío y otros dos hombres estaban en el interior de la piscina, donde la temperatura del agua era sublime. Allí hablaban con Scorpio. El color de su bañador, que le llegaba justo por encima de las rodillas, era negro. Mantenía sus fieles gafas de sol. Participaban, en inglés, en una animada conversación sobre coches, tema con el que disfrutaban todos los presentes. Al menos los masculinos. Dentro del agua les acompañaban seis chicas. Había otras tres tomando el sol fuera.

Una de las que pasaba el tiempo bronceándose, rubia, la noche anterior se había presentado en el dormitorio de Rafael. Él la había rechazado educadamente. No necesitaba esa clase de “detalle de bienvenida” cuando su mujer le esperaba en casa. Le había dicho a la tal Lucy que, si el rechazo suponía algún problema para ella de cara a Orlando, podía decir que se habían acostado. Al Lobo no le molestaba la presencia de la chica allí, siempre y cuando entendiéndose que no cambiaría de opinión.

Para su amigo era otra historia. Melanie estaba junto a Annibal dentro de la piscina. Por debajo del agua, una de las manos de la morena jugueteaba en el abdomen del hombre. En esa ocasión, la muchacha había elegido un bikini blanco que contrastaba con su piel aceitunada. Volvía a ser tan pequeño que, si hubiera estado desnuda, la diferencia no habría sido muy grande. Pegaba su cuerpo al de Scorpio. No era su única compañía. Sandra, otra morena despampanante, se situaba otro lado. A ella le daba igual cuántos tipos hubiese allí, disfrutaba exhibiéndose. Esa era la razón principal por la que hacía *topless*. Los brazos de Annibal descansaban apoyados en el borde de la piscina. Ambas mujeres aprovechaban para permanecer más cerca de él. El estadounidense no podía decir que no le gustaba aquello, pero no quería distraerse y perder el hilo de la conversación. Melanie y Sandra buscaban llamar su atención, no eran nada discretas. Scorpio pensaba que no deberían ser tan impacientes, más adelante estaría con las dos. Y no necesariamente en distintos espacios de tiempo.

—Y habiendo salido al mercado modelos más nuevos, ¿por qué no se compra uno más moderno? —comentó Darío mientras agarraba por la cintura a su acompañante femenina. Era una rubia de bonitas curvas.

—Me gusta el Lamborghini Murciélago —se excusó Annibal.

—Le he echado un ojo al modelo Veneno y parece muy futurista, es una pasada —opinó un tal Miguel. No faltaba la chica a su lado.

—¿Dónde voy yo con eso? —le respondió Scorpio. Veía ese coche demasiado emperifollado, incluso con la pequeña debilidad por esa marca.

—Tiene razón, parece el jodido Batmóvil —intervino otro hombre, Santiago. Arrancó las risas de los presentes.

—El mío funciona de puta madre. No voy a cambiarlo a no ser que no tenga más remedio —dijo Scorpio. Se echó un poco hacia atrás para alcanzar el botellín de cerveza, del cual dio un trago. Fue agradable sentir el cristal frío en los labios.

—¡Qué cabrón! —exclamó Santiago. Él también ganaba mucho dinero, pero no sabía si le saldría rentable comprar un coche como aquel y luego mantenerlo.

Mientras la conversación continuaba en la piscina, algo hizo que el Lobo apartara la vista del periódico. Su teléfono, situado en una pequeña mesa al lado de la tumbona, estaba vibrando.

—Dime, Biaggi —dijo el Lobo tras colocarse el *smartphone* en la oreja, tranquilo.

—Lobo, ¿te pilló en mal momento? —Sandro ya sabía que ambos estaban en Colombia. Había sido, junto con Schneider, el primero en tener noticia de ello.

—No.

—Verás. Bueno. No he llamado antes porque no tenía toda la información y quería estar seguro, pero...

Bajo la gorra, los ojos de Rafael iban adquiriendo un tono más duro.

Harold Klein, Robert Clayton y muerte en la misma frase.

Sandro le contó que había ocurrido, por lo visto, el martes por la noche. Estaban a jueves. Y los asesinatos de Carlo y Ronald habían tenido lugar el lunes. El Lobo notó cómo se le cerraba el estómago. Ambos sabían que no debían utilizar el teléfono mucho más. Colgaron.

El hombre miró a su jefe, quien continuaba ajeno a todo dentro del agua cristalina. Poco le iba a durar.

—Annibal, ¿podemos hablar un momento? —preguntó el Lobo mientras se acercaba al borde de la piscina.

—¿No puede esperar?

—Me temo que no.

Por la cara que tenía su amigo, Scorpio ya se dio cuenta de que algo sucedía. El chico salió del agua, dejando a sus compañeros de charla y a las dos bonitas colombianas. Estas se hicieron de rogar para liberarle de las cuatro manos.

—Me ha llamado Biaggi —anunció Rafael.

—¿Y?

—Se han cargado a Clayton y Klein.

Scorpio palideció bajo el intenso sol del hemisferio sur.

—No me ha dicho mucho más. Fue el martes por la noche.

La mente de Annibal enseguida hiló con los asesinatos de Carlo y Ronald. Nada le aseguraba

que tuviese relación, pero lo sabía. Serio, muy serio, se dio la vuelta y quedó de frente a la piscina. Miraba a algún punto perdido entre los azulejos cyan del fondo. El Lobo había tenido el detalle de guardar la privacidad, pero era cuestión de tiempo que los demás reparasen en que algo no iba bien.

Vacaciones, celebraciones, mujeres... Todo eso ya carecía de importancia.

Capítulo 7

Quedaban un par de manzanas para llegar a la zona de apartamentos enladrillados. Debía buscar el número doscientos cuarenta y siete. El Lobo se había comprometido con Jay Taylor para ayudarlo con un par de cosas antes de asistir a una reunión. La había convocado Scorpio a raíz de los acontecimientos ocurridos a principios de semana. Jay, como miembro de la élite de organización, debía acudir también.

Annibal y Rafael habían llegado de Colombia ese mismo jueves por la noche. Habían partido hacia el aeropuerto tras enterarse de la noticia. Muy a pesar de Orlando, tuvo que organizar preparativos imprevistos para facilitarles el regreso a casa. Durante la vuelta, tanto el vuelo como las noticias habían hecho que Scorpio tuviera un viaje nefasto. Ni siquiera había tenido cuerpo para establecer la reunión al día siguiente, viernes. La había dejado para el sábado.

El Lobo repasaba estos recuerdos a la vez que iba disminuyendo la velocidad del Mercedes. Necesitaba prestar atención a los números de los portales. Doscientos treinta y nueve. La distribución irregular de los edificios no se lo ponía fácil. Era la primera vez que callejeaba por allí. Sabía que en aquel barrio conflictivo la presencia de un coche como aquel no pasaba desapercibida, pero no le preocupaba. No sería la primera vez, en caso de que fuera necesario, que mediría unas cuantas palabras con alguien que quisiera pasarse de la raya. Y, cuando la dialéctica fallaba, bastaba con mostrar su revólver Colt Python para amansar al bocazas en cuestión. No solía llegar a esos extremos.

Doscientos cuarenta y tres. Había gente paseando por la calle, aunque no mucha. La mayoría eran grupos de jóvenes con tales pintas que cualquier madre no querría que fuesen la compañía de sus hijos. Y grafiteros. Y drogadictos. Personas variadas que encajaban con ese cochambroso barrio.

Doscientos cuarenta y cinco. Unos metros más. Se encontró ante sí una ramificación más estrecha de la extraña avenida.

Doscientos cuarenta y siete. Localizó a Jay al lado de una gran furgoneta blanca, donde se esforzaba transportando paquetes. Taylor le había pedido si podía echarle una mano y Rafael había accedido. Aparcó el coche cerca, al cual no perdería de vista, y se acercó a su atareado colega.

—¡Lobo! Gracias por venir, en serio. Estoy hasta los cojones de cargar cajas —anunció Jay. Llevaba en brazos una grande que parecía no pesar mucho. Era un hombre que rebasaba los treinta años por poco. Alto, de pelo corto y negro, ojos azul oscuro. Tenía la frente sudorosa.

—¿Cómo llevas la mudanza? —se interesó Rafael. Echó un vistazo al interior de la furgoneta blanca.

—Por suerte esta ya es la última tanda. Llevo un par de días sin parar. Menos mal que me mudo a una casa y no a un apartamento como este, porque me estaba empezando a faltar sitio.

—Ya era hora. Con todos los respetos, mereces algo más que esto —comentó el Lobo. Asió una caja del suelo para subirla al vehículo.

—Y que lo digas —asintió Jay—. Estaba ahorrando como un cabrón para poder comprarme la casa que quería. Me ha costado un poco más de tiempo del que pensaba, pero al final lo he conseguido. No veo el momento de instalarme allí.

La luz diurna agonizaba y la artificial todavía no hacía acto de presencia. Tenían que forzar un poco la vista para poder ver lo que estaban haciendo.

—Y, como ves, la iluminación por la noche también es una mierda —prosiguió Jay. Era imposible no darse cuenta—. Encienden las farolas cuando les da la gana, normalmente cuando ya está oscuro. No sabes las ganas que tengo de desaparecer de este barrio, en serio.

—¿Vas a arriesgarte a dejar la furgoneta aquí? —preguntó el Lobo. Miró hacia los lados. No eran el objeto de atención de nadie.

—Ni de coña —respondió Taylor—. Iré detrás de tu coche cuando vayamos a casa de Scorpio y aparcaré por allí. Lo último que me quedaba era que me robaran la furgoneta. Llevo bastantes cosas. No me fio de esta gente, incluso conociendo a algunos. Qué va. Ayúdame con esta caja, anda. Es un armario desmontado.

Rafael se colocó al otro extremo de la caja de cartón marrón. Entre ambos la levantaron. Tuvo que hacer un esfuerzo extra, pues a simple vista no parecía que pesara tanto. Pudieron encajarla en el hueco que Taylor había habilitado dentro del vehículo.

—¿En serio te cabía todo en el apartamento?

—Y más que ya tengo en la nueva casa. Las mudanzas son un coñazo.

—¿Te ayudo con eso? —se ofreció el Lobo cuando le vio acercarse a por un nuevo bulto.

—No, no te preocupes. Es la tele, no pesa mucho.

Debían tener cuidado de por dónde pisaban, la falta de luz ya era notable. Jay pudo hacerse con la caja sin problemas. Ambos hombres se preguntaban por qué demonios no se habían encendido ya las farolas. Taylor estaba cubriendo la distancia entre el portal y la furgoneta, casi había llegado al vehículo. De repente se detuvo.

La caja se precipitó contra el suelo. La televisión se rompió en el interior, causando un estruendo.

El Lobo supo qué ocurría. Lo entendió en cuanto vio cómo Jay caía sobre la caja abollada. El cartón comenzó a teñirse de sangre. Al menos tres disparos habían perforado su cuerpo. Uno de ellos a la altura del hueso temporal derecho del cráneo. Silenciador. Durante una milésima de segundo, Rafael dudó en ir a socorrerle. Pero era demasiado tarde. Taylor ya era un cadáver.

El superviviente pegó el cuerpo contra la furgoneta. Acto seguido, escuchó impactos de bala sobre la parte delantera. Se dirigió a la trasera por instinto.

Mierda.

Su corazón latía a dos mil revoluciones por segundo. Se le había secado la garganta. Debía evitar a toda costa perder la vida en aquella emboscada. ¿Era aquello una emboscada? Maldita sea, ni siquiera sabía cuántos tipos eran ni a qué distancia se encontraban. Miró hacia los lados. Tenía que ser práctico. Pensó en meterse en la furgoneta y cerrar las puertas, pero enseguida desechó la idea. Aquello sería su sentencia, la trampa perfecta. No daría ese gusto al hijo de puta que había asesinado a su colega.

Agachado, luchaba por contener la respiración. Debía hacerse invisible, fundirse con las sombras. Había dejado de escuchar los gritos de la gente, que había huido despavorida de los alrededores. Tragó saliva. Tan solo quedaban el asesino y él. O asesinos. Dudaba mucho que estos

se conformaran con dejarle escapar si se habían molestado en localizarles. Notaba el sudor frío descendiendo por su espalda.

Bum, bum.

La presión sanguínea le martilleaba en los oídos. Se sabía acorralado. Echó de menos su revólver, guardado en la guantera del coche. Tenía que haberlo cogido, qué gran fallo. Su cuerpo en tensión esperaba el disparo. No sabía por dónde podían atacarle. Las estúpidas farolas eran cómplices de la oscuridad. El Lobo maldijo su desventaja.

Despacio, miró a su izquierda. Buscó el Mercedes. Su mente no rememoraba a Carlo, ni a Ronald, ni a Klein, ni a Clayton. Ni a Jay. Tan solo maquinaba deprisa, muy deprisa, para salvarse a sí mismo. No podía quedarse allí agazapado para siempre. Correr hacia la seguridad parcial de su coche era la única opción válida que le permitiría seguir con vida. Se armó de valor. No podía cometer ningún error y la probabilidad de hacerlo era alta. No quería ser el siguiente nombre de la lista. Cogió aire, lo soltó rápido.

Los segundos siguientes fueron vertiginosos.

Rafael metió la mano en el bolsillo del pantalón vaquero y apretó el botón que desactivó el seguro del vehículo. Las breves intermitencias de los faros revelaron sus intenciones. Como un rayo, abandonó su posición tras la furgoneta. Llegó al Mercedes negro. Rehusó la puerta del copiloto. Tal vez habría sido lo más sensato para colocarse a cubierto, pero eso habría supuesto más dificultad de maniobra una vez dentro. Los cristales no estaban blindados. Escuchó varios proyectiles impactar contra la carrocería. Se estaba salvando de milagro. Debía rodear el coche.

De pronto sintió un dolor agudo y punzante en la parte posterior del brazo izquierdo, a la altura del tríceps. Notó cómo la sangre empezaba a derramarse a través del músculo desgarrado. La manga corta de su camiseta verde oscura no era capaz de absorberla. Hilos escarlatas resbalaban por su brazo, calientes. No podía permitirse prestarle atención al dolor. Un nuevo disparo cayó cerca. No veía muy bien y el silenciador le dificultaba adivinar de dónde procedía la ofensiva. Tenía que llegar a su puerta, tenía que hacerlo ya. Le temblaba el brazo herido. Agarró la manilla con la mano derecha. Solo tenía que entrar, sentarse, atinar a introducir la llave en el contacto y largarse de allí. No pensó en coger el revólver para plantar cara, no creía tener posibilidades de ganar. Lo único que le importaba era que las llaves no resbalaran de sus manos y cayesen al suelo, al lado de los pedales. Logró encender el motor. Respiraba con dificultades por la boca, el dolor del brazo era intenso. Activó las luces.

Al fondo, una silueta negra.

Estaba cubierta por lo que parecían ser prendas de motorista. No pudo verle la cara a causa del casco oscuro. No se detendría a hacer averiguaciones, había visto cómo levantaba el brazo y apuntaba al coche con un arma. Dio marcha atrás, después metió primera y pisó el acelerador casi a fondo. Antes de apartar la vista del atacante, creyó vislumbrar un cabello largo bajo el casco. No supo el color ni la longitud. Tenía que desaparecer de allí cuanto antes.

La suerte le sonrió. Ningún coche se interpuso en su camino. No tenía dudas de que, de haber sido así, se lo habría llevado por delante sin pestañear.

Miraba al frente mientras conducía a una velocidad temeraria. El dolor del brazo izquierdo era insoportable para conducir. Le hizo fallar en varias ocasiones. Por primera vez en mucho tiempo, encontrarse los semáforos en verde era un inconveniente. Tampoco podía esperar a quedarse parado en rojo sin saber de cuántos segundos útiles dispondría. Comprobó que nadie le

seguía. Cuando se sintió seguro, detuvo el coche en doble fila a la derecha. Estaba nervioso. Al ir a comprobar su herida, se fijó en que la tapicería de cuero de color crema estaba manchada de sangre. Con la mano derecha agarró el artefacto metálico que aún le atravesaba. Asegurándose de no pincharse ni cortarse, se dispuso a arrancárselo de la carne. Tan solo la idea del dolor que iba a sentir le hacía querer dejarlo tal y como estaba, pero esa solución era peor. No se veía capaz de esperar a recibir ayuda, y cualquier movimiento brusco con el coche podría hacer que se hundiera más. Sentía el pelo de la coleta pegarse a su nuca por el sudor.

Apretó los dientes.

Dio un tirón seco. El metal salió. No pudo reprimir un grito ahogado. No alcanzaba a ver el aspecto de la herida, tan solo la sangre que ahora brotaba indomable. El gran corte palpitaba. Cerró los ojos con fuerza y se inclinó sobre el volante. Apoyó la mano derecha sobre el brazo izquierdo, presionando durante unos segundos.

No podía quedarse allí.

Abrió la guantera del coche con la mano ensangrentada, apartó el arma y cogió un pañuelo de tela oscura. Cerró el compartimento con un golpe brusco y desdobló el pañuelo. Como pudo, lo enrolló alrededor de la herida. Se ayudó de la boca para conseguir un nudo doble. Manchaba de un rojo brillante todo lo que tocaba. Esperaba tener aguante suficiente como para que el dolor y la continua pérdida de sangre no le afectaran demasiado, por lo menos hasta aparcar delante de la casa de Scorpio. Arrancó el coche otra vez.

Capítulo 8

Las sombras revestían la habitación. La única fuente lumínica procedía del exterior, más allá de la ventana. Suficiente para poder ver. Pero ver no era lo que más le interesaba a Scorpio. Tumbado boca arriba en la cama, dejaba que fuese ella quien marcara el ritmo. Encima, la mujer movía las caderas despacio pero firme, disfrutando. Disfrutando porque le sentía, disfrutando porque él disfrutaba.

El busto turgente de Deborah acompañaba a la danza sensual. El cabello negro le caía liso por debajo de la barbilla. Sus ojos verdes claro de vez en cuando se cerraban, pero prefería mantenerlos abiertos para poder ver cómo él cerraba los suyos. Sus manos femeninas estaban apoyadas en la parte superior del abdomen del chico.

Adoraba la sensación de poder cuando le tenía para ella sola.

Aumentó la velocidad de sus caderas, motivada cuando él inclinó la cabeza hacia atrás en silencio. Deborah se colocó el pelo detrás de la oreja derecha. Estaba decidida a no soltarle hasta que estallara de placer.

Entonces el ambiente se rompió.

Empezó a oírse el telefonillo en el piso de abajo. Annibal abrió los ojos. Alguien llamaba insistente desde fuera de la verja exterior de la casa.

—Quita.

—Aún son las nueve y media, no tienen que venir hasta las diez. Seguramente no tiene importancia —le recordó Deborah tras comprobar el reloj. No estaba por la labor de deshacer la unión.

—Quita.

—Anni, no bajas. Quédate conmigo —le pidió la mujer. No le gustaba que sus chantajes emocionales casi nunca funcionaran con él.

Sin molestarse en repetir una tercera vez la misma palabra, se incorporó en la cama. La agarró por los hombros, echándola hacia un lado. Procuró no hacerse daño. Se puso de pie y se encaminó hacia el cuarto de baño de su habitación. Después se colocó un albornoz negro y se marchó al pasillo. Deborah se quedó sobre la cama, frustrada y desnuda.

Annibal no estaba molesto por haberse quedado a medias, sino porque si él acordaba una hora, era esa la hora.

Una vez estuvo abajo, se acercó al cuarto de las pantallas de seguridad. El Lobo. Se extrañó al verle. Le abrió. Esperó a que su amigo completase el recorrido hasta la casa.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó Annibal—. No esperaba a nadie hasta...

—Déjame entrar.

Rafael se introdujo dentro de la casa sin esperar a que le diera permiso. No lo necesitaba. Scorpio se dio cuenta de que algo no iba bien. Nada bien. Miró la sangre en el brazo del hombre.

—¿Qué coño ha pasado? —inquirió Annibal. Cerró la puerta. Fuera lo que fuese, sabía que no iba a gustarle. Si hubiese sufrido un accidente, su amigo no tendría ese aspecto tan sombrío. Se

olvidó por completo de su actividad anterior.

—Jay ha sido asesinado —soltó el Lobo sin rodeos. Le resultaba imposible intentar suavizar algo tan amargo.

—¿Qué?

—No sé muy bien cómo logré escapar de allí sin que me alcanzara alguna de las balas, pero el cabrón me dio en el brazo con una puta estrella.

Rafael le enseñó el brazo herido. El desgarro se apreciaba por debajo del pañuelo oscuro empapado de sangre. Le dolía demasiado y su expresión era una clara evidencia.

—Lobo...

Saber que había estado a punto de perder a su mejor hombre y amigo hizo que Scorpio tuviera que tragar saliva para deshacer el nudo de la garganta. Los ataques, todos dentro de la misma semana, estaban yendo demasiado lejos. Se habían atrevido a atacar a su mano derecha. Eso solo podía significar que habían empezado a apuntar más alto. El Lobo había conseguido escapar, pero ¿y si no lo hubiera hecho? Un escalofrío desagradable arañó la espalda de Annibal bajo el albornoz negro. Tanto él como los suyos eran intocables y los que presumían estar dentro del negocio lo sabían. O eso creía. Estaba visto que no era así, se lo estaban demostrando de la peor forma posible. Cinco muertos. Cinco. Y a punto habían estado de apuntarse un horrible sexto. Tensó la mandíbula y miró hacia otro lado.

—Siento haberme presentado así, no sabía qué hacer —se disculpó Rafael. Presionaba el pañuelo sobre la herida con la mano libre. Con la izquierda sujetaba un envoltorio fabricado con papel de periódico.

—No digas gilipolleces.

Scorpio metió la mano en el bolsillo del albornoz, donde había guardado el móvil antes de bajar. Lo cogió e hizo una llamada. Requería la presencia inmediata del hombre que le atendió al otro lado. Le había asegurado que estaría en su casa con la mayor brevedad posible. Colgó.

—¿Pudiste ver algo? ¿Quién te atacaba? ¿Cuántos eran? —ametralló el jefe. Necesitaba respuestas y una base para improvisar en la reunión que debería empezar en veinte minutos.

—¿Annibal? —se escuchó a Deborah llamarle desde arriba, cerca de las escaleras. Tan solo vestía un tanga. No se molestó en ocultar el resto de su cuerpo.

—Deborah, vístete —le ordenó Scorpio de malos modos.

—¿No vas a subir conmigo? —Entonces reparó en la presencia del Lobo. Ni se inmutó.

—¿Es que no me has escuchado? ¡Que te vistas y te largues de mi casa de una vez, hostia! —gritó Annibal. No tenía ánimos de aguantar las tonterías infantiles de una mujer de treinta años. Aunque ella le sacaba dos, parecía una adolescente.

Ofendida, Deborah se dio la vuelta y se marchó al dormitorio.

—¿Qué viste? —insistió Scorpio.

—No mucho, estaba más pendiente de salir vivo de allí que de otra cosa. Pero antes de irme vi a alguien. Un tipo vestido de motorista, casco incluido, así que no le pude ver la cara. Solo sé que debajo del casco le asomaba el pelo, nada más —explicó el Lobo. El profundo corte le escocía demasiado.

—¿Rubio, moreno?

—No lo sé. Estaba oscuro, ni con las luces del coche pude verlo bien. Me ha dejado el capó y el retrovisor hechos una mierda. Hijo de puta. —Rafael levantó un poco el brazo lesionado para

tenderle las hojas de periódico arrugadas—. Esto es lo que me quité en el coche.

Scorpio lo cogió y, con cuidado, abrió el papel con el que el Lobo había hecho un sobre improvisado. Una estrella de puntas afiladas, plateada y cubierta de sangre casi reseca le saludaba desde el interior. Grabado, un trece en el centro. Las líneas que lo conformaban rezumaban algo siniestro. De momento, aquella mierda era lo único que tenían para averiguar algo. No le decía nada.

Deborah bajó las escaleras, airada. Sin mirar a ninguno de los dos, salió de la casa dando un portazo. Annibal nunca terminaba de entender ese comportamiento. Le enfadaba, la mujer se atribuía derechos que no tenía. Ni siquiera era su novia. No merecía la atención que tanto se preocupaba en reclamar.

—Joder...

Guardaría la estrella. Estaba tenso, demasiada rabia acumulada.

No tardó mucho en sonar el timbre. El dueño de la casa había dejado abierto el acceso de la verja exterior para las futuras visitas. Edward Carson entró por la puerta. La llamada le había hecho aparcar momentáneamente sus actividades y presentarse con la mayor celeridad posible. El hombre, de treinta y cinco años, trabajaba como médico particular de Annibal desde hacía unos tres. Tenía empleo en un hospital, pero acudía siempre que se le requería. Sabía que su paciente no se acercaría a un centro sanitario si podía evitarlo. Las cantidades que le pagaba en cada ocasión eran generosas y nunca se había visto envuelto en un compromiso. En esta ocasión traía un maletín de primeros auxilios especializado. Había aprendido a intuir lo que podría encontrarse tras una de esas llamadas.

—Buenas noches —saludó el doctor—. ¿Qué ocurre?

—Échale un vistazo a su brazo. —Scorpio le guio hasta el Lobo, sentado en una de las sillas del enorme salón. Todavía oprimía la herida.

—Vamos a ver. —Con cuidado, Carson retiró el pañuelo rebosante de sangre y lo metió dentro de una bolsa de plástico en el maletín—. Esto no tiene buen aspecto, pero parece un corte casi limpio. ¿Puedo preguntar qué lo ha causado?

—Un arma arrojadiza —respondió Annibal. Pese a la confianza depositada en ese hombre, no quería dar más detalles. Empuñó un poco más la estrella que todavía sostenía dentro del envoltorio.

Edward Carson no había buscado el morbo con la pregunta, sino información que le facilitara la evaluación. Le desinfectó la zona. Rafael apretó los puños al notar el escozor. A continuación, el médico procedió a darle puntos de sutura. Necesitó nueve. Después cubrió la herida con una venda para que, bajo su recomendación, estuviera protegida de la exposición al ambiente durante unas horas.

Scorpio había subido a su dormitorio para ponerse algo de ropa. No le parecía muy oportuno recibir a más gente en albornoz. En un principio había pensado en un traje, lo cual no se desviaría mucho de su imagen habitual, pero al final terminó eligiendo unos vaqueros y una camisa negra. Se la remangó. Una de sus Desert Eagle a la espalda y aseo personal. No necesitaba nada más. En todo ese tiempo solo pudo pensar en el último incidente. Regresó al piso inferior.

Annibal pagó a Carson sin escatimar, como de costumbre, y el hombre no tardó en marcharse. Su trabajo allí había terminado. Mientras salía por la puerta, otros llegaban. Eran casi las diez. El jefe pensó que, por una vez, habría podido dejar pasar la falta de puntualidad.

Ryan Coleman, un hombre de treinta y tres de estatura media, cabello castaño claro y ojos marrones, entraba a la casa poco antes que Sandro Biaggi, dos años más joven y de raíces italianas. Este último era un poco más alto que la media, y sus ojos azules destacaban frente al color marrón oscuro del pelo. Scorpio les saludó tendiéndoles la mano. No sonreía, tampoco dejaba traslucir la verdadera gravedad de la situación. La capa de hielo protegía sus emociones.

El siguiente en aparecer casi dos minutos después fue Larry Greenwich. Tenía treinta y siete años, pero parecía mayor. Sombras oscuras anidaban bajo sus ojos azules y saltones. Llevaba el pelo corto y castaño. También saludó. Fue hacia el salón, tal y como hicieron los demás. Lo primero que hizo al llegar allí fue preguntarle al Lobo por su vendaje. Este, de momento, eludió la respuesta.

Después, Hans Schneider. Con veintisiete años, uno menos que el jefe, era rubio, muy rubio. Su familia había emigrado de Alemania en el pasado a causa de la Segunda Guerra Mundial. Sus iris estaban teñidos de azul celeste y era, con diferencia, el más alto de los participantes en la reunión.

El último en llegar fue Frederick Harrison, casi cinco minutos después. Era un año menor que Greenwich y le superaba en altura. Tanto su cabello como sus ojos eran oscuros. Cerró la puerta tras de sí.

Llegaron cuatro hombres más, pero no entraron a la casa. Como seguridad privada, permanecían ocultos y armados dentro del recinto exterior.

Los convocados caminaron, guiados por Scorpio, hasta una sala amplia decorada con motivos geométricos. Los muebles eran negros. En el centro destacaba una mesa brillante de ébano con ocho sillas alrededor. Cada hombre ocupó la suya, quedando una vacía. Annibal tomó asiento en uno de los extremos. A su derecha, el Lobo. A su izquierda, Schneider.

—¿Y Jay? —preguntó Coleman tras reparar en la vacante.

—Jay no va a venir —sentenció el jefe, circunspecto. Mantenía los codos sobre la mesa y las manos cruzadas casi apoyadas en los labios.

—¿En qué coño estará metido ahora? —preguntó Harrison con una risotada.

—Está muerto, Fred —le corrigió Scorpio. Ante la abrupta noticia, al otro no le quedó otra opción que palidecer. Al igual que la mayoría.

—¿Qué ha pasado? —Biaggi miraba al que lideraba la reunión, preocupado.

—Lo mismo que a los otros cuatro. Le han asesinado —explicó Annibal. Era una realidad: en menos de una semana había perdido cinco efectivos.

—¿Cómo es posible? —preguntó Greenwich.

—Hay que joderse... —comentó Biaggi.

—Le han abatido a tiros, yo iba con él —contó el Lobo. Se tocó el antebrazo de la extremidad herida.

—Tío, ¿estás bien? —se alarmó Schneider.

—Estoy aquí. —Rafael no iba a exponer que aún mantenía el susto en el cuerpo—. A mí también me dispararon. No me dieron, pero me atacaron con otra cosa.

—¿En el brazo? —se interesó Greenwich. El Lobo asintió.

—¿Eran varios? —dijo Coleman.

—No lo sé. Solo pude ver uno. Llevaba casco y no le reconocí, pero vi que tenía el pelo largo. Nada más.

Mientras tanto, Scorpio iba desarrollando otra vez el arma oculta en el papel de periódico. La dejó sobre el envoltorio, encima de la mesa oscura. La sangre de Rafael todavía la impregnaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Fred Harrison.

—Una estrella arrojadiza —contestó Annibal.

—¿Una estrella *ninja*? —siguió el mismo.

—Por lo visto, no es la primera vez que usan una. Nuestro contacto en la policía me lo comentó ayer. Tampoco tienen mucho más. Solo saben que los muertos son de los nuestros. Han sido lo suficientemente inteligentes como para hilar eso —informó el jefe.

—Tampoco es tan difícil si investigan un poco —comentó Sandro.

—¿Qué significa el trece? —dijo Greenwich.

—¿Y yo qué coño sé? —A Scorpio no le sentaba nada bien ser incapaz de entender lo que estaba pasando. Larry calló de inmediato y miró a sus colegas.

—Podrían ser los chinos. O los japoneses. Pelo largo y estrella *ninja* —tanteó Coleman.

—No podemos dejarnos llevar por estereotipos —intervino el Lobo.

—¿Qué motivos tendrían para atacarnos? Hace un par de años ya solucionamos las cosas con ellos. Nosotros no tocábamos aquí el mercado de heroína y ellos no olían la coca —expuso Hans Schneider.

—Nunca mejor dicho —rio Harrison.

—¿Te hace gracia? —le soltó Annibal, hostil.

Fred levantó las cejas, apretó los labios y miró hacia abajo. Pensaba que solo había hecho un comentario divertido. Al menos a él se lo había parecido.

—Pero esa gente se toma muy en serio el tema del honor y todo eso. ¿Por qué iban a romperlo? No les hemos dado motivos —opinó Biaggi.

—Porque no habréis oído hablar de que alguno de los tipos que tenéis a cargo haya movido heroína, ¿verdad? —inquirió el jefe. Los hombres se miraron entre ellos y negaron con la cabeza, algunos curvando los labios hacia abajo—. Si llega a mis oídos que es así, haré culpable al que sea responsable directo de ese idiota. Controlad muy bien a los que trabajan para vosotros y, por tanto, para mí.

—Eso no tiene por qué estar ocurriendo, Annibal —le recordó Greenwich.

—Los avisos no me cuestan dinero, las cagadas de otros sí —le respondió el chico.

—No podemos permitir que sigan atacándonos —insistió el Lobo. Esperaba no tener que volver a pasar por lo mismo, quizá no tuviera suerte la próxima vez. Le recorrió un escalofrío. Tampoco quería ver más sillas vacías alrededor de esa mesa. Se acordó de Jay: estaba a punto de salir de ese barrio de mierda y se lo habían cargado.

—Evidentemente. Y si hay alguien, además de estos hijos de puta, que quieran jodernos, ¿por qué no iban a intentarlo? Si ven que otros lo consiguen, ¿por qué no ellos? —razonó Scorpio. Se sentía más inseguro de lo que estaba dispuesto a reconocer—. Todos tenemos que estar muy pendientes estos días.

—¿Todos? ¿Te incluyes? ¿Crees que pueden ir a por ti también? —se extrañó Greenwich, inquieto.

—No lo descartes —contestó Annibal. Su rostro era sombrío. Si la hipótesis tenía algo de cierta, sería la primera vez en cuatro años que alguien intentaba atacarle directamente. Y el poder

que tenía ahora no era comparable con el de entonces.

—Cada vez tengo más claro que, quien sea que esté haciendo esto, sabe perfectamente con quién se está metiendo —afirmó el Lobo.

—¿Entonces estos ataques son contra la organización en sí o contra quienes la formamos? —preguntó Schneider.

—Ni idea —admitió Scorpio. Cuanto más intentaba sacar algo en claro, menos sabía. Le resultaba endemoniadamente frustrante—. ¿Qué importa? Me parece lo mismo.

—Supongamos... Contemos con que saben contra quiénes están yendo. Siendo así, es obvio que saben que tú eres el jefe —razonó Biaggi—. ¿Qué sentido tiene no ir a por ti de primeras?

—Puede que no conozcan a Annibal —propuso Greenwich.

—¡Venga ya! —exclamó Harrison.

—O tal vez no han visto la oportunidad de acercarse a él todavía —apuntó Coleman.

—No han tenido problema en encontrarme a mí. Pongo mi brazo jodido en el fuego a que saben muy bien quién soy —dijo el Lobo. Algo no le encajaba. Nada le encajaba.

—Saben quién eres, pero no te han atacado — le dijo Schneider al jefe—. Puede que te tengan miedo.

—¡Oh, sí! ¡Un miedo terrible! Vaya miedo nos tienen —discrepó Fred, todo sarcasmo.

Ese comentario había bastado para que Scorpio barajara la posibilidad de que alguien le había perdido el respeto. Tuvo que morderse la lengua. No quería que sus pensamientos salieran a flote.

—¿Y si son mensajes? —sugirió Sandro.

—¿Mensajes de qué? —preguntó Coleman.

—Mensajes de que van a ir a por ti. Y de que, si pueden pisotearte primero, mejor.

—No lo veo claro. ¿No tendría más sentido ir a por él y punto? Nadie es tan rebuscado pudiendo escoger lo simple —le contestó Harrison.

—¿Quién querría hacer eso? —intervino Greenwich.

—Pues en eso estamos, Larry —le contestó el Lobo—. Quizás alguien que quiera debilitar nuestro sistema. Alguien que esté metido en el tráfico de cocaína y quiera ocupar nuestro lugar, tal vez.

—¿O'Quinn? —se le ocurrió a Hans.

—Ese gilipollas no. Sabe que, si se pasa de la raya, me lo cargo. No se atrevería —se metió Scorpio. Tal sugerencia le había ofendido. No veía al viejo O'Quinn con la capacidad de llevar adelante un plan de tal calibre.

—Ya intentó matarte antes —le recordó el Lobo.

Annibal se quedó en silencio. Se repetía una y otra vez que O'Quinn era un maldito cobarde, un inútil. No podía ser él. No. Se negaba a creer, a plantearse siquiera, que ese tipo pudiera encontrarse detrás de las muertes. Sería una humillación. Tras colocarse un cigarro en la boca, lo encendió con el Zippo plateado.

—Ya le advertimos en su día. No pudo matarme entonces. Sabe que la única razón por la que no le maté yo a él fue por Orlando y por los negocios que tienen en común —recordó el jefe mientras soltaba el humo—. Tal vez piensa que valoro el porcentaje que me pasa cada mes. Lo que me da es una puta mierda. —Hablaba de miles de dólares mensuales—. Se cree imprescindible, el muy imbécil. Se preocupa más de querer hacerme ver que me besa el culo que

de sus propios asuntos. —Dejó que el rencor guiase sus palabras.

—De todas formas, ¿para qué sirve quitarnos de en medio? Scorpio es quien, a fin de cuentas, lo mueve todo. Aunque nosotros no estemos, él sigue ahí —razonó Biaggi.

—Sin ofender, Annibal no va a ponerse a vender en la calle como un camello. Alguien tiene que hacer ese trabajo y, si nosotros no estamos, ¿quién lo hace? Forzosamente le saca del mercado, por lo menos hasta que encuentre más gente que lo haga —argumentó Ryan Coleman.

—Nosotros tampoco vendemos directamente y es a quienes están liquidando, no a los muertos de hambre que tenemos en la calle —le contestó Harrison.

—Pero bajo nuestras órdenes —añadió Coleman.

—Si eso fuese cierto, conocen nuestras identidades y cómo estamos organizados —dedujo Biaggi.

—Eso es lo único que tenemos claro —afirmó Rafael.

—No quiero pensar que tenemos un topo —planteó Scorpio. La idea había brotado en su mente de repente. Deseaba no tener que confirmarlo. Sería una traición muy grande y actuaría al respecto sin pensárselo dos veces.

—¿Un infiltrado? —se extrañó Coleman. Jamás se le habría ocurrido.

—¿Crees que alguno somos un topo? —preguntó Schneider, también sorprendido.

Durante unos tensos segundos, las miradas de todos se cruzaron. Ninguno veía a nadie como posible chivato de otra banda o a saber de quién. Además de compañeros profesionales, también eran amigos. En diferentes grados, pero seguía siendo confianza. Era imposible descifrar si, detrás de los ojos oscuros del jefe, se escondía una evaluación de sus comportamientos. Al igual que él, todos esperaban no tener que encontrarse con ninguna traición. Sabían lo que ocurriría con el acusado si la culpabilidad se confirmaba.

—Quiero pensar que no —reconoció Scorpio—. Igual que tampoco querría que ninguno de los vuestros lo fuera.

—Tranquilo, Annibal. Si descubro que alguno de mis chicos se está yendo de la lengua con alguien, me lo cargaré personalmente —dijo Harrison.

—Los demás deberíais hacer lo mismo.

Un nuevo silencio. Scorpio hablaba en serio, muy en serio. Todos estaban enterados de lo que era capaz de hacer. Buena parte del respeto que se había ganado residía en el miedo que sus actos infundían. El dinero, segunda causa en cabeza, le respaldaba.

—¿Y si fuese Orlando? —propuso después Harrison. Alguien debía retomar la conversación, aunque fuese para desviar el tema de la posible y poco deseada traición.

—Eso es ridículo —respondió Schneider.

—Estuve en Colombia hace un par de días —explicó Annibal—. Acabo de abrir un nuevo negocio con él. Me provee de gran cantidad de cocaína y gana mucho dinero conmigo. Además, los asesinatos empezaron antes. Orlando no es. —Prefirió esperar a otro momento más propicio para explicarles las características del trato. Hasta dentro de dos semanas no empezarían a mover la droga con el nuevo sistema.

—No lo sabía —reconoció Fred.

—No tenías por qué. —El jefe retrasó la respuesta hasta que hubo sacado el humo de sus pulmones.

—De todas formas, Orlando no tendría interés ninguno en quitarle el puesto. Dentro de la

cadena de distribución, nos necesita —recalcó el Lobo.

—Joder, pues ni idea. —Greenwich se rascó la parte posterior de la cabeza, dubitativo.

—Estamos igual que antes —se lamentó Coleman.

—Pues empezad a moveros. Preguntad, investigad, enteraos de algo. No quiero que vosotros digáis nada. Sé que es inevitable que ya se haya corrido la voz de las muertes, me da igual. Pero no quiero que vuestra actitud buscando información nos haga parecer débiles o desesperados —advirtió Scorpio—. No seáis vosotros quienes levantéis rumores absurdos, sed discretos. Que nadie crea que tiene una puta oportunidad de ganarnos terreno.

—¿Qué crees, que no hemos intentado algo ya? —dijo Larry.

—Pues habéis hecho un trabajo pésimo —le reprochó su superior—. Me jode mucho que maten a mis hombres, pero más preocupados deberíais estar vosotros. Cualquiera podríais ser el próximo cadáver tirado por ahí con una puta estrella de metal en la cara.

Una vez más, silencio. Las palabras eran duras, demasiado realistas. Ninguno quería acabar en un depósito durante los próximos días.

—En cuanto a mí, intentaré sacarle más información a nuestro contacto en la policía. A ver si averiguan algo.

Annibal sentía que debía dar ejemplo a la hora de esclarecer aquel maldito asunto en la medida de lo posible. Por sus hombres y por él mismo. Por orgullo. Era su negocio, su forma de vida. Y alguien estaba buscándole. Le encontraría. Vaya si le encontraría. No podía permitirse mostrarse acobardado. No lo estaba. Todo lo contrario.

—Si me entero de quiénes son, no será la policía quien se encargue de ellos.

Capítulo 9

Los destellos azules de los vehículos policiales se reflejaban en los ladrillos de las paredes, en la furgoneta blanca, en la caja chafada. En el rostro de Jay Taylor. El cuerpo permanecía boca abajo, la posición que había adoptado al desplomarse, con los ojos cerrados. Bajo el cadáver y a su alrededor destacaba un charco de sangre. El cordón estaba situado a unos metros. Fuera de este, no faltaban los curiosos contemplando la escena. Ninguno parecía estar demasiado sorprendido, en aquel barrio lo raro era que no sucediese algo similar más a menudo. Varios de los espectadores incluso apostaban acerca de la identidad del muerto.

La policía sí sabía quién era. Antes incluso de buscar su documentación, el sargento Sawyer ya había pronunciado en voz alta el nombre y apellido. Otro hombre de la banda de Scorpio. Esa semana parecía que era lo único que les tenía ocupados. No iba a negarlo: lo había estado esperando. Necesitaba más pruebas para avanzar, puesto que el patrón ya lo tenía y de él no podía sacar nada por el momento.

—Scorpio se estará subiendo por las paredes —comentó Roger después de levantarse. Había estado en cuclillas observando de cerca el cuerpo de Taylor. Él también le había reconocido. Cómo no.

—Lo extraño es que no se estén encontrando tipos a los que él podría haber ordenado matar —comentó Sawyer. No creía que Scorpio se quedase sin hacer nada frente a aquello. De alguna manera, confiaba en localizar también algún cadáver de un hipotético grupo rival.

—Como seguro que lo sabrá, una de dos: o está escondiendo esos cuerpos o no ha pillado a los que están detrás —razonó Rickman.

—Ya dijimos que podrían estar envueltos en una guerra, pero nada más apunta a eso. Los cadáveres se están encontrando en diferentes noches y en distintos lugares de la ciudad, sin conexión aparente entre estos últimos —recordó el sargento.

—La diferencia entre las dos veces anteriores y esta es que no se han encontrado varios cuerpos, tan solo uno.

—¿Cree que eso es significativo? —preguntó Wolfgang.

—No lo sé. No sé si busca encontrarles acompañados o les mata tal cual les pilla: de dos en dos, solos, con más gente... Puede que al asesino le dé igual y ataque cuando ve que tiene oportunidad. O bien prefiere que haya varios a la vez y así matar dos pájaros de un tiro. Nunca mejor dicho —argumentó Roger.

—De momento, tampoco se ha encontrado la estrella con el número trece. Presuntamente ha muerto por disparos, según se puede ver a simple vista —añadió Sawyer.

—Disculpe, sargento, tiene que ver esto. —Se acercó un agente de la brigada científica.

Con un gesto, Wolfgang le indicó a Roger que le acompañara. Les condujeron varios metros más abajo en esa misma calle, donde había más policías tomando fotografías del escenario. El que les había acompañado les señaló la pared. No hubiese hecho falta, se veía muy claro.

AÚLLA MIENTRAS PUEDas

—¿Piensan que tiene que ver con el asesino? —dijo Sawyer. No apartaba los ojos de la frase escrita con pulverizador negro sobre los ladrillos.

—Creemos que sí. La pintura está bastante reciente —respondió el policía.

—¿El tipo lleva botes de spray encima? —se extrañó Roger.

—Hemos deducido que lo ha tomado prestado. Por allí, más abajo, hay un grafiti en la pared. Está a medio hacer y hay tres o cuatro botes por el suelo. Puede haberlo cogido de ahí —explicó el agente. Señaló el lugar donde quedaría el diseño inacabado.

—A no ser que sean muy grandes, los grafiteros no suelen dejar sus creaciones sin acabar. No es lo habitual —comentó Sawyer.

—Si oyeron disparos o vieron que habían matado a alguien, puede que salieran corriendo y dejaran todo tal y como estaba en ese momento —dedujo Rickman.

—O podría ser uno de ellos —propuso el sargento.

—Los trazos de la frase parecen hechos rápido, sin cuidado de la estética, tan solo del mensaje a dejar. No habría que descartarlo, claro, pero es posible que el asesino no tenga que ver con esos vándalos —opinó el de científica.

Poco más tenía que decirle el policía a Sawyer. Se despidió, tenía que continuar haciendo su trabajo. Recogerían todo lo que pudiera constituir una prueba, prepararían material para la búsqueda de huellas y tejido orgánico, continuarían con las fotografías pertinentes y demás tareas rutinarias.

—Demasiado obvio, ¿no? —dijo Roger mirando a su superior.

—¿El qué?

—El mensaje. El animal que aúlla por excelencia es el lobo.

—Eso había pensado —admitió Sawyer—. Demasiado fácil dentro de un caso en el que no tenemos casi nada. Aunque tal vez el autor lo haya decidido así. Parece ser una amenaza clara.

—¿Va contra el Lobo? ¿Todo esto es por el Lobo? —preguntó el detective de un modo retórico.

—Sería una ironía. Si hay alguien dentro de la organización de Scorpio al que le quede algo de decencia, ese es Rafael. —Sawyer casi agradecía que ese hombre no se metiese en problemas tanto como sus compañeros de profesión, al menos en apariencia. No necesitaba más actos delictivos de ese grupo, aunque la mayoría de ellos no se pudiesen vincular de forma definitiva.

—No se engañe, todos son la misma mierda —dijo Roger. No defendería a ninguno de esos tipos. Bajo su punto de vista, había que llevarlos a patadas hasta la cárcel.

—Ese no es el tema. Quien está arriba es Scorpio, eso está claro. Me desconcierta que el mensaje parezca ser claro contra el Lobo. —De repente, Wolfgang echó de menos a Catherine Jones en su puesto de trabajo. Libraba esa noche y le vendría muy bien su opinión. En fin, ya tendrían tiempo para hablar. No era una cuestión que fueran a resolver de un día para otro.

—Igual se ha metido en problemas y están yendo a por él.

—Lo dudo. Si es personal, los demás muertos no pintarían nada aquí. Esto sigue siendo un callejón sin salida. —Sawyer frunció el ceño—. Lo que sí sabemos es que hay intención de seguir cobrándose víctimas. No se me ocurre otra interpretación de la frase. —Estaba deseando que todas esas fotografías e informes estuvieran en su despacho para sumarlos a los que ya tenía. Quizás el orden ayudase a su intelecto.

El detective Rickman entonces se percató de que, a unos metros, un par de compañeros

preparaban la zona para empezar a retratar algo. Uno de ellos parecía poner a punto el material para la recogida de muestras. Se aproximaron. No hizo falta interrumpir el trabajo de aquellos policías, veían lo que estaban haciendo. Un diminuto charco de sangre. Después, unas cuantas gotas que seguían una dirección determinada. Roger se hizo con una linterna para poder observarlo mejor. Despacio, y tratando de ser cuidadoso para no contaminar la escena, los dos siguieron el itinerario de las manchas. Llegó un momento en el que el rastro desapareció sin más.

—Esto no puede ser de Taylor —sentenció Wolfgang—. Todo apunta a que murió en el sitio. La sangre que hay debajo de él no presenta restregones y tampoco hay evidencias de que caminara antes de caer muerto. Además, esta sangre está bastante retirada del cuerpo. Alguien más resultó herido. Y escapó.

—Tal vez la persona a la que contratara para ayudarle con la mudanza. Si la furgoneta no está a nombre de Taylor, pertenecerá a alguna empresa. Habría que investigar a los trabajadores de dicha empresa si la hubiera, si alguien debía acudir aquí durante sus horas de trabajo —explicó el detective.

—Puede ser. No creo que el presunto empleado tuviese algo que ver con la ejecución. Más que nada porque los disparos parecen proceder del lado contrario, a juzgar por los impactos en la parte frontal de la furgoneta, y ellos debían de estar detrás cargando cajas. El supuesto trabajador, si lo hubiera, sería también una víctima del ataque. Aunque, si es difícil que un hombre experimentado de una banda criminal logre evitar la muerte, más lo es para alguien con una vida honrada. Pero ¿quién sabe? Podría haber tenido suerte.

—Pero esta gente mata a los hombres de Scorpio. ¿Atacaría a alguien que no pertenece a la organización?

—¿Pertenece aquella prostituta a su banda? ¿O aquel hombre sentado con Klein y compañía?

—No —reconoció Roger—. Que sepamos.

—Estar en el momento y lugar equivocados con alguno de estos hombres es una sentencia de muerte, según hemos visto. No parece ser algo que frene al atacante.

—Pero si fuese el trabajador de la empresa de transportes, habría venido hasta aquí en la furgoneta, y la furgoneta no se ha movido. Y no hay otro cuerpo. La sangre se corta bruscamente. Solo se me ocurre que, quien estuviese aquí, se marchó en otro vehículo —se retractó Rickman.

—El asesino pudo irse de aquí herido.

—Esta zona es la contraria a la presunta procedencia de los disparos, no creo que tuviese el coche aquí.

—Es cierto —aceptó Sawyer—. Además, no se ha encontrado ningún arma con Taylor ni por los alrededores. Al menos de momento.

—¿Podría ser algún otro hombre de Scorpio? —propuso Roger.

—¿Podría ser el Lobo?

Ambos interrumpieron el debate. ¿Sería posible, efectivamente, que en esta ocasión alguien se hubiera atrevido a asaltar a un hombre tan importante dentro del grupo? Si fuese así, podrían estar ante algo cuya envergadura fuese mayor de lo que pensaban.

—¿Y de ahí el mensaje? —preguntó Rickman.

—¿Cómo lo uniría si no? En las otras dos escenas no había alusión a nadie. Y en esta, que parece que alguien ha conseguido escapar, aparece una amenaza escrita. No voy a afirmarlo hasta que no tengamos más pruebas que le sitúen aquí, para no dejar de ver otras posibilidades, pero no

me extrañaría que se confirmara. Es la conjetura que gana más peso para mí —explicó Wolfgang.

—¿Y qué haremos si es él?

—Primero confirmarlo.

—Suponiendo que sea él.

—Nada, por ahora. Nadie debe saberlo además de la detective Jones y los de la científica que hagan las averiguaciones. Una vez tengamos el informe con todo lo encontrado y el análisis de esa sangre, veremos cómo actuar. Precipitarnos sería una mala idea, Rickman.

Capítulo 10

El timbre había graznado unos segundos atrás. El sonido era el característico de la verja exterior. Se dirigió hacia la sala donde guardaba las pantallas que mostraban las imágenes de las cámaras exteriores e interiores. Por regla general, no activaba las instaladas dentro de la casa. Consideraba que su intimidad tan solo le pertenecía a él. No las encendía salvo que hubiese una gran afluencia de gente. Los objetivos exteriores funcionaban de manera continua. Miró al monitor que correspondía a la oscura valla metálica.

Ninguna cámara osaba resistirse al rostro coqueto de Deborah. Sus ojos verdes enmarcados en largas y espesas pestañas escudriñaban la lente.

Annibal vaciló antes de revelar su posición, deliberando si era adecuado dejarla entrar o no, por cómo estaban las cosas. Al final ganó la primera opción. Tenía que distraer su mente, le beneficiaba. Si no lo conseguía, acabaría por obsesionarse con aquellos ataques. Esperaba que sus hombres hubiesen avanzado en la calle.

Con respecto a Deborah, no habían terminado muy bien la semana anterior. El altercado contra Jay y el Lobo había borrado de un plumazo cualquier importancia que hubiera dado a aquel encuentro con ella. El comportamiento pueril de la mujer tampoco había ayudado.

Él siempre había tenido claro que no sentía por la morena nada más allá de atracción física, e incluso había ocasiones en las que ni eso. Se había convertido en costumbre acostarse con ella por el mero hecho de que sabía proporcionarle placer. Sabía que podía contar con ella siempre que él tuviese la necesidad de hacerlo. Ya eran varios años con los mismos hábitos. Y, aunque de vez en cuando otro cuerpo femenino se colaba entre sus sábanas, habitualmente era Deborah quien se encargaba de satisfacerle en el plano sexual. Annibal era consciente de que ella podía sentir algo más, aunque varias veces le había advertido que tuviera cuidado. Una vez avisada, el chico se desentendía. No lo consideraba de su incumbencia.

Tras haber cruzado la distancia desde verja exterior hasta la pesada puerta blanca, Deborah llamó con los nudillos. Él fue hasta allí con calma. La costumbre le hizo asomarse por la mirilla. Como era de esperar, tan solo era ella. El hombre resopló. No podía dejar que los acontecimientos le hicieran convertirse en un obseso de la seguridad. Abrió. La mujer parecía estar a punto de volver a llamar.

Deborah penetró en la casa después de recibir el permiso y lo hizo con una sonrisa. Sus dientes no se alineaban a la perfección y le otorgaban un aspecto más dulce del que le correspondía. Cerró la puerta tras de sí. Le besó en los labios, cerrando los ojos. Aquel saludo llenaba de vitalidad su cuerpo. Él no se apartó. Después le siguió hasta el amplio salón. Ambos se sentaron en el sofá de cuero blanco. Ella dejó a un lado su bolso.

Annibal la miró e intuyó que fuera debía de hacer calor, pues el pronunciado escote se veía algo húmedo. El top que Deborah llevaba era de color blanco y con un dibujo impreso que simulaba unos tirantes. La prenda dejaba al descubierto su vientre plano. Los pantalones negros y demasiado cortos realzaban su trasero. Apenas lograban cubrirlo, pero eso nunca había sido

motivo de preocupación para la mujer. Unas sandalias blancas completaban el conjunto.

Ella, a su vez, clavaba sus ojos en el hombre. Unos ojos de tigresa que no se molestaban en esconder la lascivia. Aunque él en ocasiones, en muchas ocasiones, no la tratara como desearía, le hacía sentirse bien. Estar a su lado le hacía saberse exclusiva. Podía pasar por alto que no estuviera enamorado. Siempre lo había sabido y, aunque no había sido explícito, era demasiado evidente. Soñaba con que llegara el día en el que consiguiera rendirle a sus pies. Mientras tanto, se conformaba con poder sentir el calor de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Annibal. Trató de parecer lo más despreocupado posible. Encendió un cigarro.

—Me apetecía verte. ¿Es que ahora lo tengo prohibido? —Su voz de falsa inocencia causó el efecto que quería—. Perdóname por lo del otro día. No tenía que haberte hablado así, no tenía que haberte tratado así.

—Deberías estar acostumbrada a controlarte. No eres una cría y yo tengo obligaciones. Sabes lo que hago y que no tengo horarios —le reprochó él. No le molestó que se sentara tan cerca. La piel del brazo de la chica rozaba el suyo. No contemplaba contarle a Deborah los últimos acontecimientos. Sabía que era discreta y nunca le había dado problemas en ese sentido, pero consideraba que no le concernía.

—Ya, ya lo sé. Perdóname —repitió. Echó la cabeza hacia atrás para apoyarse en el hombro masculino y buscar sus labios. Le besó una vez más. Adoraba saborear el tabaco en él. Por alguna razón, lo asociaba a la virilidad—. ¿Estás solo ahora?

—Sí.

—Mejor.

Scorpio podía intuir el motivo de la visita y no opondría resistencia. Tenía que descargar la tensión acumulada. Deborah se colocó mejor para poder quedar frente a él. Acercó su rostro al de Annibal y le besó despacio, notando en sus manos la incipiente barba. El cigarro que él sujetaba iba consumiéndose solo mientras la morena acaparaba su boca. Después, ella se dirigió a su mejilla izquierda y la cubrió de besos en descenso hacia el cuello. Le encantaba mimarle, aunque no hubiera la reciprocidad que esperaba. Él casi siempre estaba receptivo a sus caricias.

Annibal cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Se llevó el cigarrillo a la boca. Le dio la última calada y lo apagó sin mirar en el cenicero de la mesita próxima al sofá. La chica notó que, de vez en cuando, él se estremecía. Condujo la mano izquierda al segundo botón de la camisa oscura, desabrochándolo. Introdujo los dedos por el hueco que se abrió. Ella le acariciaba, le besaba, y él apenas se movía.

Estaba tranquilo.

Al cabo de un rato, la mujer se separó despacio. Scorpio notó que aquellos intentos femeninos de animarle estaban siendo eficaces. Su cuerpo estaba reaccionando como cabría esperar.

—Ahora vengo.

Deborah se puso en pie con elegante sensualidad. Le guiñó el ojo y le sonrió con picardía, de esa forma que a ella se le daba tan bien. Se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección al pasillo, asegurándose de menear las caderas más de lo que habría sido necesario.

Todo por agradecerle.

Una sonrisa sutil apareció en los labios de Scorpio a la vez que negaba con la cabeza. Esa chica nunca cambiaría, se dijo. No sabía qué era lo que se traía entre manos, pero pensó que tal

vez intentara sorprenderle. No sería la primera vez.

Miró a su derecha y vio la colilla arrugada dentro del cenicero. De pronto acudieron a su mente todos los ataques que habían sufrido sus hombres. Le repulsaba que esos pensamientos le abordaran así, sin que pudiese hacer mucho para controlarlos.

Cabía la posibilidad de que esos hijos de puta no volvieran a matar, por lo menos a los suyos. La cosa podría quedar ahí, recordarse en el futuro como una sombría anécdota. Difícil de creer. Ni siquiera había encontrado una conexión que no fuese la pertenencia a su banda. Tampoco entendía el ataque al Lobo. Sin embargo, tenía la sensación de que estaban jugando con él. Si era verdad que conocían la identidad de los que asesinaban, aquello le parecía un maldito juego. Un rompecabezas siniestro. ¿Pero a qué estaban jugando? ¿Qué podría conseguir alguien con *dos dedos de frente* asesinando a hombres de su organización? Se habían labrado un buen nombre dentro del tráfico de cocaína. Dos dedos de frente, se repitió. Pensó que los culpables no debían tener ni uno. Lo más inquietante, no obstante, era que quizás tuviesen tres.

Piensa en otra cosa.

Buscó a su alrededor, con suerte encontraría algo en lo que centrar la atención. No era sencillo. Su humor amenazaba con oscurecerse. Se preguntó por qué Deborah tardaba tanto. Chasqueó la lengua mientras se incorporaba en el sofá. Entonces su mirada se topó inconscientemente con una foto enmarcada al lado de la gran televisión.

Su madre.

Hacía mucho que no la visitaba. Ya iba siendo hora. Había heredado ciertos rasgos faciales de ella. Le observaba desde el cristal con una expresión risueña, dulcificada por la media melena rubia y voluminosa. Sus ojos azules destilaban ternura. Justo el gesto contrario al que él mostraba en ese momento.

No. No podía ir a verla.

Temía que, si llegaban a intentar algo contra él, el ataque se extendiera hacia la pobre mujer. El chico se empezaba a sentir vulnerable, algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo.

La fotografía recogía muy bien la amabilidad que caracterizaba a Heather. Mostraba una sonrisa perenne. Era una de las mejores personas que él conocía, aun después de todo lo que había tenido que superar.

Anthony, el marido de Heather, había muerto hacía muchos años. En concreto, cuando Annibal tenía dieciséis. No pudo superar el cáncer de pulmón. A raíz del fallecimiento de su padre, el chico tuvo que encargarse de continuar con el taller mecánico que el hombre había regentado hasta entonces. En consecuencia, había tenido que abandonar los estudios a esa edad. Dos años después, Heather perdió a su hija menor, Sylvia, de forma espantosa. Y la mujer creía que él, su primogénito, era un empresario emprendedor que había conseguido amasar una fortuna. No podía imaginarse que era en realidad el jefe de una organización criminal. Tal era la ceguera, que incluso después de que Annibal pasara dos años en prisión, su madre no sospechaba nada. Siempre había atribuido ese período a un error judicial, siempre había mantenido que era inocente. Al fin y al cabo, eso había sucedido hacía mucho tiempo. Scorpio aún no se había hecho con su actual puesto por aquel entonces.

Heather amaba a su hijo más que a nada.

Él haría lo que fuera, cualquier cosa, por su madre.

Ante todo, quería que fuera feliz. Pero ella no era plenamente feliz. Perdió el boleto de la

felicidad completa el día de la muerte de Sylvia.

Annibal procuraba no pensar en su hermana. El dolor se había enquistado y, pese que había puesto de su parte para superarlo, no lo había conseguido. Nunca terminaría de hacerlo. Era un ámbito de su vida privada que se esforzaba mucho en ocultar, una historia cuyos detalles nadie conocía. Nadie excepto el Lobo, quien le acompañó al velatorio y al funeral. Por aquel entonces, Annibal tenía dieciocho años y Rafael uno más. Pensar en ella, en esa cara de niña que jamás abandonaría sus recuerdos, le atormentaba. Y huía de ese dolor. Todas las fotografías que guardaba de Sylvia estaban confinadas en uno de los cajones del gran armario de su habitación, seguras. Si no estaban a la vista, nadie le preguntaría nunca quién era.

Diez años después de su muerte, hablar de ella continuaba siendo una tortura.

Piensa en otra cosa.

Un ruido externo al salón le empujó de vuelta a la realidad. Se sobresaltó. Había buscado distraerse y había conseguido lo contrario. Diez minutos habían bastado para retroceder diez años.

El sonido inconfundible de unos tacones llegó hasta el umbral de la puerta del salón. Scorpio desterró la opaca expresión de su rostro, adoptando neutralidad cuando ella se dejó ver.

—Hola, Anni... —dijo Deborah, sugerente. El tono estaba muy entrenado. Era muy buena en lo suyo.

A Scorpio no le gustaba ese apelativo, ya se lo había dicho en varias ocasiones. Ella no parecía escucharle, como en otras tantas cosas. Era un diminutivo que solo la morena empleaba.

La chica se apoyó en el marco de la puerta. Tan solo vestía ropa interior roja, casi transparente. Apenas dejaba espacio a la imaginación. Típico de ella. El minúsculo tanga dejaba entrever la suavidad de la piel que había debajo. El sostén realzaba sus pechos grandes y firmes. Ambas prendas estaban decoradas con volantes rojos muy pequeños, cuyos bordes eran negros. Sujetos al tanga, se apreciaban unos ligeros unidos a las medias de rejilla gruesa, también rojas. Los zapatos negros finalizaban sus piernas esbeltas. Tacones de vértigo. Scorpio la miró a la cara. El pelo negro, liso y brillante era apenas más largo que la barbilla. La claridad de sus ojos verdes buscaba provocarle. Él sonrió de medio lado.

Deborah se fue acercando con pasos sensuales y pausados. Posaba la mano derecha sobre la cadera, desenfadada. El chico se acomodó en el sofá, colocando los brazos estirados sobre el respaldo. La miraba. De pronto, le invadió el deseo de tenerla entre sus brazos y olvidar. Al llegar a él, la mujer se sentó encima de sus piernas. Continuó con su camisa a medio abrir. Despacio. Con cuidado. Con tacto. Le dejó el torso al descubierto. Deslizó los dedos de largas uñas rojas por el cuerpo del hombre, empezando desde su cuello y bajando. Se detuvo en las marcas de su abdomen, encendida al sentir su piel.

Annibal había empezado a relajarse. Ella siempre volvería a él, se lo demostraba una y otra vez.

Pronto fueron dos las manos que le recorrían. Notó los labios carnosos deslizarse por su cuello, por su rostro, por su boca. Entonces la chica decidió bajar al suelo. Arrodillada, le desabrochó los botones de los vaqueros. Se situó entre sus piernas. Estaba deseosa de quitarle los pantalones. Le miró a los ojos. Con una sonrisa libertina, se humedeció los labios rojo cereza con la punta de la lengua.

Los pensamientos recurrentes de Scorpio le dieron una tregua durante la hora siguiente.

Capítulo 11

La taza de café humeaba encima de la mesa del despacho de Sawyer. Eran las ocho de la mañana del jueves. El sargento no necesitaba cafeína para despejarse, la tomaba por pura rutina. Y para hacer tiempo. La temperatura de aquel líquido de aroma apetecible se asemejaba a la de un volcán.

Desde su silla, miraba el sobre blanco. Contenía el informe de todo cuanto se pudo obtener de la escena del crimen el sábado anterior. Wolfgang entendía que aquel no era el único caso, que los de la científica y del laboratorio debían de estar hasta arriba de trabajo, pero le habían entregado la documentación cinco días después. Bajo su punto de vista, era demasiado tiempo. Y suerte que no habían recibido otro aviso relacionado. De haber sido así, la tarea se habría acumulado. No podían permitirselo. Con todo, los días anteriores se habían centrado en otros asuntos y casi agradecía poder enfocar sus ideas a algo diferente.

Tocó la taza azul con la yema de los dedos. Comprobó que aún ardía.

Tras unos golpes en la puerta, aparecieron Catherine y Roger. Entraban juntos. Seguían esa costumbre desde hacía tiempo, daba una sensación más formal. La confianza no era impedimento para la rectitud. Al menos en el trabajo.

Se sentaron en las dos sillas habituales. Jones, quien había disfrutado de unos días libres desde el viernes, se incorporaba más despejada. Roger, por contra, se mostraba algo adormilado: la jornada anterior le había tenido ocupado hasta las dos y media de la mañana. Bostezó. Al ver la taza de su superior, se le antojó una.

—Por poco no llegan a tiempo para entregarnos el dossier hoy tampoco —se quejó Sawyer. No era muy amigo del sarcasmo, pero estaba molesto.

—Roger me lo ha contado todo. Siento que mis días libres coincidieran con esto —se disculpó Catherine. Se sentía bastante involucrada en la investigación.

—No se preocupe, Jones. Tampoco hubiese podido hacer mucho más. Imagino que ya conocerá las hipótesis que barajamos Rickman y yo. Y, con lo que hay aquí dentro, deberíamos ser capaces de encajar más piezas. —Wolfgang colocó la mano derecha sobre el envoltorio que guardaba el informe completo.

El sargento cogió el sobre y, manipulándolo con sumo cuidado, extrajo los papeles del interior. Él ya lo había leído. Sabía de lo que tenía que hablarles, qué puntos destacar.

—Todos los casquillos encontrados pertenecen a la misma arma. No se ha podido determinar cuál es la marca, pero se dispararon desde un arma corta de nueve milímetros. Las balas del cuerpo de Jay Taylor coinciden con las halladas en la furgoneta. Y todas, a su vez, coinciden con las extraídas del resto de los cadáveres hallados el lunes y el martes —informó Sawyer.

—¿La misma persona está haciendo esto? —se extrañó Jones.

—Eso parece. Por lo menos se trata de la misma pistola, eso seguro —confirmó el sargento—. No sabemos si va acompañado o no. —Echó otro vistazo al informe—. También se ha constatado que la pintura del mensaje de la pared coincide con la de uno de los botes de espray encontrados

metros más allá de la escena del crimen. —Sacó la fotografía de entre todas las que habían adjuntado a los papeles, colocándola de cara a ambos detectives—. Como es de esperar, del bote negro. También se sabe que Taylor murió en el acto por la herida de bala en la sien derecha. —Enseñó una imagen del cadáver—. Se han encontrado hasta tres proyectiles más dentro de su cuerpo. El asesino parece haber querido asegurarse de que estaba bien muerto.

—¿Se ha podido averiguar algo sobre la furgoneta? —se interesó Rickman.

—No mucho. Lo único que sabemos por el momento es que no pertenecía a Taylor. Era alquilada. La empresa que ofrece este servicio por lo visto no cuenta con trabajadores que ayuden a los clientes. Ellos solo facilitan el vehículo. No habrá que descartar seguir ahondando en el tema si se cierran otras vías —contó Sawyer—. Y lo más interesante de todo viene ahora. La sangre encontrada a unos metros del cadáver no coincide con la suya, como ya pensábamos. El análisis, según la base de datos, nos revela que esa sangre pertenece a Rafael Espinosa. El Lobo. Tal y como especulamos la otra noche.

—Así que es verdad que consiguió escapar —afirmó Catherine.

—También se han encontrado huellas de neumáticos unos metros después del lugar de desaparición del rastro de sangre, lo que puede indicar que se marchó en coche. Según el informe, en algunas zonas la marca es más pronunciada, seguramente debido a algún derrape.

—De ahí la pintada en la pared. Joder. Creo que al asesino no le sentó muy bien fallar —intuyó Rickman—. Seguro que estaba convencido de que iba a terminar matándole, como había hecho con el resto.

—Entonces no solo sabe a quiénes está atacando, sino que los identifica perfectamente —apuntó Jones.

—¿Habrán recibido el mensaje? —se preguntó Roger.

—Tal vez no. Después de aquel intento fallido de asesinato, no tendrían ningún motivo para volver allí. A no ser que Scorpio haya querido tomarse la justicia por su mano y hubiese movido algún hilo para averiguar algo —respondió Sawyer.

—Todos sabemos que ese tipo es propenso a hacerlo —protestó Roger.

—Si el Lobo se marchó herido, quizá le alcanzó una de esas balas —dedujo Wolfgang.

—A lo mejor fue él quien se llevó la estrella, en caso de que la hubiera —razonó ella—. Decís que, a diferencia de las otras muertes, no la encontrasteis en esta. Podría haberla recogido.

—El cuerpo de Taylor no muestra heridas por ese tipo de arma —le corrigió Sawyer.

—El asesino podría haber errado y el Lobo solo tener que recogerla del suelo.

—Puede ser. Aunque a lo mejor decidió no lanzarla esta vez. Creo que será otra de las tantas cosas que nos costará averiguar —contestó el sargento—. La implicación de toda esta gente no nos lo pone fácil precisamente.

—Es posible que Scorpio tenga más información de la que nosotros disponemos.

Se hizo el silencio ante la intervención de la detective.

—¿Qué sugiere? —dijo Wolfgang tras unos segundos.

—Está claro.

—¿En serio, Cathy? Annibal no colaboraría con nosotros ni aunque el suelo se estuviese hundiendo —le contestó Roger, torciendo el gesto.

—¿Ni aunque la vida de sus hombres, y no sabemos si la suya, dependa de ello? —insistió Jones.

—Ni por esas. Parece mentira que no le conozcas a estas alturas.

—Creo que, si la sangre sitúa al Lobo en la escena del crimen, es un motivo poderoso para entrevistar personalmente a los posibles implicados —se empeñó Catherine.

—¿De verdad crees que ir a preguntar a Scorpio o al Lobo va a solucionarnos algo? Sabrán que estamos detrás —continuó Roger, obcecado.

—Como si no lo supieran ya.

—¿Sabes dónde nos metemos yendo a hablar con esa gente? Hablar no es precisamente lo que mejor se les da.

—¿Y qué propones tú? ¿Conformarte con las hipótesis? —saltó la mujer—. Te recuerdo que, si hay alguien dentro de este despacho que no ha tenido la oportunidad de estar cara a cara con ellos, ese eres tú. La teoría no siempre es suficiente, Roger.

—Pues entonces deberías saber, ya que tanto sabes, que son criminales. Gentuza. ¿Piensas que por ser policía te van a respetar? —Rickman soltó una risotada—. Para ellos estamos a la misma altura que la mierda.

—Bueno, basta —medió Sawyer—. Vamos a ver. Rickman tiene razón. Scorpio y los suyos no son buena gente, son peligrosos. —Miraba al aludido, quien mostró un pequeño gesto de triunfo—. Hablar con ellos no servirá de mucho, no nos dirán nada, lo sabemos de antemano. —Hizo una pausa, era un asunto sobre el que debía tomar una buena decisión y no actuar a la ligera—. Sin embargo, no podemos quedarnos de brazos cruzados y perder una oportunidad que más adelante podríamos echar en falta. Somos policías. Nuestro trabajo ahora mismo se centra en la investigación. Si por investigar tenemos que hablar con esa clase de hombres, ¿qué problema hay?

Jones sonrió para sus adentros.

—A lo mejor soy yo quien no lo entiende muy bien. No entiendo, sargento, qué ganamos encontrándonos con esos tipos. Si ya sabemos que no van a ayudarnos en nada, y es probable que incluso nos pongan obstáculos, ¿no estamos perdiendo el tiempo? —La lógica que Rickman veía distaba de la que se estaba planteando en ese despacho.

—Ya lo sabemos —repitió Wolfgang—. Pero hay una cosa que no está teniendo en cuenta, detective, y es el estudio del comportamiento. Muchas veces no es lo que se diga, sino cómo se diga. Y es posible que, en ese aspecto, Scorpio tenga muchas cosas que decirnos.

—Alguien como él tendrá estudiados sus movimientos. Qué hacer y qué decir en cada caso. Solo digo que no será fácil —continuó Roger. Tendría que aceptar esa idea temeraria con la que continuaba sin estar de acuerdo. No le quedaba otra opción.

—Alguien como él es humano —le recordó Sawyer.

Los argumentos de Roger Rickman estaban lejos de ensalzar a Scorpio, pero pensaba que un criminal así no había llegado a su puesto por casualidad. No creía que los fallos estúpidos se encontraran entre sus claves del éxito y tampoco veía por qué esa vez sería diferente. Le exasperaba.

—Nos acercaremos hoy e intentaremos hablar con él. Veremos lo que se puede hacer —prosiguió Sawyer.

—¿Y si no estuviera? —planteó Jones.

—Esperaremos un tiempo prudente. Si no aparece, iremos mañana. En cualquier caso, lo que tenga que decir, si es que lo hace, puede ser importante para nosotros.

—Dudo que sirva de algo. —Roger se encogió de hombros.

El detective no quería dar la impresión de que rechazaba la idea de conocer por fin cara a cara al maldito Annibal Scorpio. Tenía que admitir que no le gustaba un pelo, pero no por miedo, sino porque no sabía hasta qué punto necesitaría echar mano del autocontrol. Su placa debería prevalecer. Eran profesionales.

—Ya veremos —zanjó Wolfgang—. Les quiero a los dos esta tarde a las siete y media en la puerta de la comisaría. Iremos en mi coche. Utilizar un vehículo policial nos dificultaría el trabajo, ya de por sí complicado. No quiero que parezca algo estrictamente oficial.

—Si la policía va a su casa, lo mismo le dará que sea oficial o no —apuntó Rickman.

—A las siete y media —insistió el sargento.

Quedaban casi doce horas. Sería una tarde, como poco, interesante.

Capítulo 12

El whisky golpeó el fondo de los dos anchos vasos de cristal, uno detrás de otro. Annibal los estaba sirviendo en la cocina para luego llevarlos a la mesa del salón. También la botella. Después se sentó en una de las sillas. La televisión parloteaba de fondo, no le prestaba atención. El Lobo estaba enfrente. Hacía cerca de una hora que había llegado. Habían estado tratando de evitar la cuestión que protagonizaba los últimos días. No tenían nada nuevo que aportar y rehusaban convertirla en el centro de sus conversaciones. No permitirían tal merma psicológica.

—¿Harrison? ¿Esta noche? —Scorpio repitió las palabras de su amigo. Bebió primero.

—Eso me ha dicho, que tiene un reservado en un local para hoy. Mañana es su cumpleaños y dice que, como se acerca a los cuarenta, hay que celebrarlo —resumió el Lobo.

—Lleva tres años diciendo eso.

—Que le gustaría que nos pasáramos, que va a ir bastante gente. No sé a cuántos piensa meter en ese reservado. A ver cómo es de grande —continuó Rafael.

—No tengo ganas de ir —admitió Annibal. Se pasó la mano por la zona trasera de la cabeza.

—No te creas que yo sí. Lo mismo les da cuándo sea, se pueden tirar todos los días de fiesta. Yo, por lo menos, tengo un límite. Aunque sea la celebración de un cumpleaños.

—No estamos en el colegio para ir a esta clase de cosas por compromiso. Y él también debería tener más cuidado. Exhibirse por ahí de esa manera después de todo...

—Tampoco nos vamos a ir escondiendo —le interrumpió el Lobo. La herida del brazo estaba cicatrizando bien. Era menos profunda de lo que había parecido en un principio.

—Yo no he dicho eso —se defendió el otro. Bebió otra vez. Tenía el paquete de tabaco en la mesa, cerca.

—De todas maneras, si va a estar con tanta gente como dice, será raro que ocurra algo.

—Que se lo digan a los que estaban en el puticlub —recordó Scorpio. Sacó un cigarro. Lo encendió y aspiró.

El telefonillo de la verja exterior les interrumpió. El jefe resopló, empezaba a ser costumbre últimamente. No terminaba de encajar muy bien los acontecimientos inesperados. Antes de levantarse, terminó el contenido del vaso. Sacudió el cigarrillo en el cenicero antes de llevárselo de nuevo a la boca. Fue directo hacia el cuarto de las pantallas de seguridad.

Annibal arqueó las cejas en cuanto comprobó la imagen.

Wolfgang Sawyer, sargento de la Brigada contra el Crimen Organizado.

Le conocía. Por supuesto que le conocía. Lo que no habría adivinado era que tuviese el valor de presentarse en su casa y además acompañado. También reconoció a la mujer. La otra cara, sin embargo, le resultaba desconocida. No daba crédito. No comprendía qué demonios hacían esos allí. Frunció el ceño.

—Buenas tardes, sargento —saludó Annibal, tranquilo. No veía por qué habría de comportarse de otro modo. Su voz se escuchó robótica por el interfono.

—Buenas tardes, Scorpio —le imitó el hombre rubio. Tanto la imagen como el sonido

ocultaban la pequeña tensión que rodeaba a los policías. Verificar que el gánster se encontraba en casa era uno de los motivos—. Queremos hablar con usted.

—¿Traéis una orden judicial? —preguntó el chico sin alterarse lo más mínimo.

—¿Acaso la necesitamos? —respondió Sawyer. Miraba en dirección la cámara perfectamente visible. Esperó unos segundos de cortesía por si le contestaba, pero tan solo encontró silencio a través del telefonillo—. Confiamos en poder tener una charla.

—Me pilláis en un mal momento. Volved otro día.

—No puede ser otro día. Hay cierto tema que ni a usted ni a nosotros nos interesa dejar de lado. —El sargento no podía perder la oportunidad que se le presentaba esa tarde.

Scorpio se fijó bien en la imagen. Ni Sawyer ni los otros dos habían mostrado su placa. Tal vez porque daban por hecho que les reconocería o quizá porque sus intenciones no eran hostiles. En todo caso, se planteó dejarles entrar. Si fuesen a detenerle se lo habría comunicado o, lo que era más probable, le habrían intentado capturar por sorpresa. No lo harían a traición, sabía que no era su estilo. El chico ya había aprendido unas cuantas cosas. Pulsó el botón que abría el cerrojo de la valla metálica y esperó mirando el monitor hasta que vio cómo los tres accedían a su recinto privado.

Regresó al salón con una nueva expresión en el rostro.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —Rafael se dio cuenta.

—La policía.

—¿Cómo?

—Sawyer y dos más están entrando.

—¿Pero han dicho lo que quieren? —El Lobo miró a su alrededor inconscientemente. Pero dada la tranquilidad de su amigo, no había nada a la vista que les pudiera poner en un compromiso. Al menos en apariencia.

—Hablar, dicen. A ver qué tienen que contarnos estos cabrones.

—¿Crees que vienen por los asesinatos? —El hombre de la coleta arrugó el entrecejo.

—Ni puta idea. —Annibal se quedó pensando—. Seguramente.

—Pues igual nos termina viniendo bien.

Sin prisa alguna, el más joven volvió a servir los dos vasos de licor con una cantidad similar a la primera. No sacó otros tres más. Que él recordara, no había invitado a nadie. Después de un tiempo prudencial, el timbre interior sonó por segunda vez. Annibal se tomó los segundos que consideró necesarios para terminar su cigarro.

Se levantó. Al llegar a la puerta, giró el pomo. Eliminó la última barrera que le separaba de los nuevos visitantes.

—Buenas tardes, Scorpio —insistió Sawyer. Su apariencia no revelaba la inquietud que sentía.

—¿Qué queréis? —Fue directo. La hipocresía de lo innecesario no formaba parte de su catálogo.

—¿Vamos a hablar aquí, en la puerta? —le presionó el sargento.

—Confío en que seáis breves —contestó el chico. Miraba a los fríos ojos azules de Sawyer.

—Me temo que tardaremos algo más de lo que espera.

Annibal les dio la espalda y se internó en el pasillo. Ellos le siguieron después de cerrar la puerta. Así llegaron al salón, donde el Lobo también les esperaba. A pesar de su sorpresa, Sawyer

pareció no inmutarse. Sin embargo, Roger miró a su compañera, quien también le buscó. No podían creer en aquel enorme golpe de suerte.

—Podéis sentaros —dijo Scorpio señalando otras sillas vacías. Recuperó el vaso y la botella y se sentó en el sofá de cuero blanco. Esperó a que esa gente se acomodara. Era una situación tan surrealista que en otras circunstancias tal vez le habría parecido divertida. Pero no le hacía ni puta gracia—. ¿Qué coño queréis?

—Tranquilícese, no le he mentado cuando le dije que habíamos venido solamente a hablar —le respondió Sawyer, aunando paciencia. No entraría en su juego, se negaba. Debía controlar la situación para obtener el máximo beneficio.

—Que me tranquilice. —La mueca del anfitrión distaba demasiado de parecerse a una sonrisa—. Todavía no habéis dicho nada que me interese escuchar. —No sabía hasta qué punto tendría aguante suficiente para afrontar aquella conversación—. Pero estoy muy tranquilo, sargento. Estoy jodidamente tranquilo.

—Vámonos. Estamos perdiendo el tiempo —no pudo evitar decir Roger. Ahora que le había visto en persona, le parecía aún más irritante. Le exacerbaba aquella impertinencia. Esos pocos minutos habían bastado para formar el juicio.

—Por una vez estoy de acuerdo con un policía —comentó Annibal. Encendió un cigarro. Miró a Roger. Tenía curiosidad por ese tipo. El detective le sostuvo la mirada sin esfuerzo, pero fue quien la desvió primero.

—Sabemos que alguien está asesinando a hombres que usted conoce —prosiguió Wolfgang. Creyó que era mejor ignorar los comentarios anteriores.

—Cuéntame algo que no sepa —le respondió Scorpio. No estaba por la labor de ser amable. Demasiado previsible.

—¿Qué nos puede decir al respecto?

—No, Sawyer. ¿Qué me puedes decir tú? La última vez que lo comprobé, eras tú el policía —recalcó Annibal. Bebió de golpe el licor que acababa de servirse.

—Aún no sabemos quién puede estar detrás —admitió la detective Jones.

—De eso estoy seguro. —El chico notaba la quemazón del whisky bajar por el esófago.

—¿En qué se basa? —preguntó el sargento. Apoyó los codos en las rodillas y se inclinó unos centímetros hacia delante.

—En que no hace ni una semana del último asesinato.

—¿Entonces admites que tienes conocimiento de esas muertes? —tanteó Roger.

—¿Es que no me estás oyendo? —le atacó Scorpio. La especial antipatía del tipo hizo que no se planteara mostrar contemplaciones.

—Perfectamente. —Rickman entornó los ojos.

De inmediato, Sawyer se percató de que la tensión se disparaba. No era complicado. El carácter de Scorpio y la impetuosidad del detective formaban una combinación arriesgada.

Roger no le quitaba los ojos de encima al gánster. Acababa de confirmar que el desagrado era mutuo. Le reconcomía las entrañas pensar que ese hombre probablemente creyese que podía tenerlo todo, que cualquier cosa estaba a su alcance, incluso despreciar a la autoridad y salir impune. No soportaba esa arrogancia, no podía con ella.

Catherine no sabía si arrepentirse de haber propuesto aquella locura o intentar reconducir el plan como pudiese. Se guardó su respuesta para sí, creía que Sawyer era quien debía intervenir,

reunía más experiencia. Pero, maldita sea, Scorpio lo complicaba demasiado. Pese a tener una mente más abierta, en ese momento entendía muy bien a Roger. Veía un enorme muro de piedra dentro de los ojos oscuros del siempre presunto narcotraficante.

Entonces Annibal se permitió dibujar una tenue sonrisa sin dejar de mirar al líder de ese pequeño grupo policial.

—¿Qué es lo que queréis exactamente? —Sus palabras volaron enredadas en el humo del tabaco.

—Se están produciendo una serie de asesinatos, todos relacionados con hombres que sabemos que tienen relación con usted —repitió Sawyer. No quería tener que decir “sus hombres”. Aunque todos allí sabían cuál era la realidad, no era la mejor manera de afrontar el diálogo—. No le veo muy preocupado al respecto, no parece que le interese mucho el tema

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Annibal. No caería en una burda provocación que consistía en una acusación estúpida.

—No está poniendo mucho de su parte para facilitarnos el trabajo —apuntó el sargento. Se sentía más relajado si Rickman decidía guardar silencio.

—Mi forma de hacer las cosas es bastante diferente a la vuestra —se defendió Scorpio. Levantó las cejas para remarcar la evidencia.

—Tenga cuidado con lo que dice, Scorpio —le aconsejó Sawyer. Se veía obligado a advertirle, pero no le importaba en absoluto que pudiera meter la pata en su afán por situarse un escalón por encima. De hecho, hasta lo prefería.

—Y con lo que haces. —Roger no podía librarse de la necesidad de colocar a ese hombre en el lugar que él creía que le correspondía. Contaba hasta diez, veinte y treinta para no decir algo peor.

—¿Les parece que no tenemos cuidado? —preguntó el Lobo. Fue esa la primera vez que le escucharon. Consideró bueno recordarles a quiénes se estaban dirigiendo, una manera muy sutil de que tuvieran en cuenta que no les podían acusar formalmente de nada.

—No el suficiente, al parecer. Aquí estamos —comentó Catherine con el mismo tono cordial que recibieron esta vez. No tenía por qué perder la educación.

—Le estamos ofreciendo la posibilidad de solucionar esto. Queremos disponer de todos los medios que podamos reunir. —A Wolfgang se le terminaban las opciones.

—¿Me estás diciendo que colabore? —resumió Annibal. Apareció una segunda sonrisa en su rostro, en esta ocasión más evidente y con tendencia a la derecha. Definitivamente, la situación no podía parecerle más absurda.

—Es otra manera de llamarlo. Saldría beneficiado si detenemos a quien está haciendo esto.

—¿Y va a conseguirnos unas identidades nuevas y una casa en las Bahamas? —satirizó el Lobo. No tenía pensado hablar mucho, no consideraba que fuera necesario, pero aquello le resultaba demasiado ridículo.

Scorpio no pudo sino reírse ante la ocurrencia de Rafael. Lo hizo en voz baja y sus dientes blancos quedaron al descubierto. Miró hacia abajo. El whisky estaba haciendo de las suyas. Todavía sonriendo, acercó la mano derecha a la cara y con los dedos índice y pulgar se tocó los lagrimales. Luego apoyó ambas manos en las rodillas y se levantó del sofá, no sin antes sofocar la punta incandescente del cigarro en el cenicero. Caminó hasta la puerta del salón, sabiéndose diana del resto de miradas.

—Cerrad la puerta cuando salgáis —dijo Annibal. Les indicó la salida con la diestra. Era la invitación más cortés que era capaz de manifestar.

Wolfgang fue el primero en seguir la indicación pasados unos segundos. Los detectives le imitaron. No necesitaban más pruebas, la conclusión general se resumía en que era inútil que continuaran calentando las sillas allí. Parecía que era lo único que habían hecho.

De pronto, tras unos cuantos pasos, Sawyer se detuvo en seco.

—¿Qué tal lleva la herida, Rafael? —preguntó el sargento. Le miraba casi sin parpadear. No estaba dispuesto a dejar que se anotaran una victoria absoluta.

—Bien, gracias —respondió este al instante. Medio segundo fue lo que le hizo falta para darse cuenta de que lo sabían. Mentir o elegir los rodeos no arreglaría nada. No tenía nada que ocultar. La tranquilidad con la que afrontó ese nuevo giro de los acontecimientos era una buena mano con la que jugar.

—¿Cómo se la hizo? —insistió Sawyer. Su atención estaba tan solo centrada en ese hombre de indudable inteligencia.

—Tuve mala suerte.

—Dudo que fuese el menos afortunado la noche del pasado sábado —comentó el policía rubio. Al igual que su interlocutor, mantenía su papel de un modo impecable.

—Tenemos pruebas que te sitúan en la escena del crimen, Lobo —le informó Roger sin poder evitarlo.

—Vaya, no se equivocaron con vosotros en las pruebas de selección —comentó Scorpio con desprecio. No tenía ni idea de cómo demonios habían vinculado al Lobo con aquel incidente, pero no le gustó nada. Así que resultaba que al final tenían más información de la que habían fingido poseer. Eso le indignaba incluso más que el hecho de que el maldito Sawyer todavía quisiera buscar los tres pies al gato en su casa. Mantuvo las formas. No era idiota, prefería no tener que enfrentarse a un policía. Era un enredo que no necesitaba añadir a su lista de problemas.

—No estaba hablando contigo.

Las palabras de Roger derivaron en un completo silencio. De los tres agentes de la ley, él era el único que no creía que esas palabras fueran a tener consecuencias. La placa constituía su seguro. Rickman estaba convencido de que, si se dejaba avasallar por gente como Scorpio, su valía como policía era cuestionable. No le asustaba ese hombre. Sawyer entonces aguantó la respiración. El exceso de confianza de Roger era un pecado que en su profesión podía salir muy caro.

Annibal entornó los ojos sin apartarlos de Roger. Una intensa punzada en el centro del estómago le indicó que su débil tolerancia estaba a punto de consumirse. La actitud desafiante que el detective mantenía frente a él incrementaba la magnitud de aquellos picotazos de furia. Bajo aquella máscara inflexible, las llamas eran intensas. Avanzó dos pasos.

—Estás en mi casa. Cualquiera que abra la puta boca aquí, está hablando conmigo. —El veneno que rezumaba la voz de Scorpio amenazaba con intoxicarle. El autodominio se convirtió en una proeza estoica. Entre dientes, la modulación fue más grave de lo normal.

Roger no se movió ni un ápice. No dio un paso atrás ni tampoco tragó saliva. Continuaba empecinado en su desafío. Su intuición le alertó del peligro y pudo sentirlo dentro. Sin embargo, lejos de manifestarlo, alzó la barbilla. A pesar de la sutil diferencia de altura, se estaba encarando al traficante. Ramalazos de tensión sacudían sus fibras.

—¡A tomar por culo de aquí ya! —vociferó Annibal. Perdió la batalla contra sus propios estribos. Señaló la puerta una vez más, pero esta vez de un modo más brusco. Necesitó mucho control para evitar que le acusaran de cargos por agresión a un policía. Se consideraba mucho más inteligente que eso, no cedería a algo tan estúpido e impropio de él.

—Me resulta extraño que, habiendo sido asesinado su compañero estando usted allí, no diese el aviso —continuó Sawyer, incansable. Tenía que arañar esos segundos, debía insistir más allá de aquel enfrentamiento palpable.

—¿Es necesario que llame a mi abogado? —preguntó el Lobo. Era quien se mostraba más calmado. No aclararía que en realidad era otra víctima del asesino fantasma.

—¿Es necesario, Rafael? —repitió Sawyer. Sus engranajes mentales funcionaban al doscientos por cien para grabar todo cuanto estaba aconteciendo allí.

—Fuera. —El tono de Scorpio se mantenía grave, impregnado de témpanos de hielo.

—Estoy seguro de que sabe lo que significa la desobediencia a la autoridad —le hizo frente Wolfgang.

Los ojos oscuros de Scorpio brillaban con absoluta desconfianza. Se ahorró la carcajada despectiva. Sabía que, si quería, el sargento podría aventurarse a llevárselo a la comisaría. Y pese a que no le creía tan imbécil, no era una idea descabellada. Tendría que morderse la lengua a la hora de hablar con esos desgraciados. Cualquiera otro sin placa y pistola ya habría sufrido las consecuencias.

—Perfectamente —contraatacó Annibal. Las ascuas incandescentes volvían a chamuscar su estómago. Luchó por mantenerlas a raya—. Habéis venido a tocarme los cojones y a acusarnos en mi puta cara, Sawyer. ¡En mi puta cara! Id a por la puta orden judicial si queréis volver a pisar mi casa.

—Tenga cuidado, Scorpio.

—¿Es una amenaza, sargento?

—Una advertencia.

—Fuera de mi puta casa. Ya.

Sawyer sabía cuál era el momento de retirarse y determinó que era ese. La tirantez entre ambos bandos era tan espesa que parecía haberse convertido en un participante más. No le había pasado desapercibido el esfuerzo del gánster por no cometer una temeridad, le estaba resultando demasiado fácil leer su lenguaje corporal. La suerte que se había puesto de su lado podría esfumarse en un abrir y cerrar de ojos si el chico decidía dejarse llevar.

Y en la comisaría no habían dejado constancia de la visita.

Con el fin de evitar una posible tragedia, Wolfgang apoyó la mano en el brazo de Rickman. Debían marcharse. Roger aún estaba centrado en Scorpio y, si las miradas matasen, este último habría caído fulminado hacía un rato. La influencia de su superior hizo que el detective abandonase el salón. Jones fue la última en incorporarse a la fila. La mujer miró por última vez a Annibal y después al Lobo. Lamentaba profundamente que no se hubiese llegado ni al entendimiento. En el fondo había albergado esa esperanza.

Scorpio se mantuvo en guardia hasta que los policías abandonaron su propiedad y desaparecieron tras la valla negra exterior, cerrándola.

—Hijos de puta —Annibal regresó al amplio salón.

—No esperaba que hubiesen averiguado que estuve con Jay aquella noche —admitió el Lobo.

Era bastante más hábil que su amigo conservando las formas.

—Saben más que nosotros y tienen los huevos de venir a intentar sonsacarnos algo. ¡Qué colabore, dice! —Scorpio todavía no se había sentado—. ¿Para qué coño me gasto el dinero en un policía de mierda si luego no nos da la puta información?

—Tal vez no se haya enterado.

—Ya.

Annibal apoyó la mano derecha sobre la mesa y bajó la mirada. ¿Tan difícil era pasar una maldita tarde sin contratiempos? Como habría hecho antes de que alguien decidiese declararle la guerra... Solo había pedido una puñetera tarde. Pero no. Al parecer no era suficiente con las muertes de sus hombres, también tenían que llegar esos inútiles con acusaciones y otras tácticas ridículas. Habían intentado ponerles de su lado. ¡De su lado! Se jactaban de conocerle, pero lo cierto era que no le conocían en absoluto.

—Sawyer ha venido para comprobar si sabemos algo —comentó Rafael. Sujetaba el vaso de cristal, donde aún quedaba algo de whisky.

—Eso ha quedado muy claro. Joder, ¿de verdad creía que íbamos a abrir la puta boca? Es gilipollas si no se imagina que, si supiera quién coño me está haciendo esto, no iba a haber una puta muerte más relacionada conmigo.

—Entonces ha venido para ver qué es lo que no sabemos.

—¿Cómo coño saben que te hirieron? —Scorpio tenía la sensación de que todo el mundo tenía más información que él. Le resultaba imposible relajarse.

—No lo sé, Annibal. No sé si quedó algún testigo que pudiera describirme. Puede que hayan encontrado gotas de sangre por el suelo, no me fijé en eso. No me extrañaría, mi coche quedó perdido por dentro. No sé qué pensar. Alguien pudo ver mi matrícula. O habría algún policía por la zona. A lo mejor Sawyer me tiene vigilado —razonó el Lobo. Se encogió de hombros.

—Les habrías visto en el momento. ¿Para qué dejar que te fueras siendo un testigo potencial de lo que había pasado? —El hombre negó con la cabeza—. Sawyer lleva un tiempo obsesionado con nosotros, incluso antes de que toda esta mierda empezara. No iba a dejar escapar una oportunidad así si hubiese sabido desde un primer momento que estuviste allí.

—No lo sé.

—Bueno, no me importa cómo se hayan enterado. Pero la cuestión es que lo saben. En este momento lo que menos necesitamos es que te acusen de algo o que te metan en declaraciones, juicios y otras mierdas —dijo Annibal. Miró hacia otro lado y resopló. Esos policías complicaban la situación.

—Lo que sea que tengan me ha situado en la escena del crimen. ¿Y qué? Yo no maté a Jay, no pueden encontrar pruebas que digan lo contrario. Es probable que lo que tengan sea circunstancial y que pruebe mi presencia allí, pero nada más —explicó el Lobo. Sabía de lo que hablaba. No tenía la carrera de Derecho, pero sí había leído lo suficiente como para saber cómo cubrirse las espaldas. La información era poder.

—Pues el cabrón de Sawyer parecía saber muy bien por dónde tirar. ¿A qué coño venía que debías avisar del asesinato? Este hijo de puta puede verse en un callejón sin salida e intentar inculparte. Me cago en su puta madre.

—A ver, tranquilo. No te preocupes por eso ahora. Puede que hayan probado que estuve allí, y algo consistente tienen que tener porque no se equivocan, pero eso no demuestra que fuese yo

quien matara a Jay. Haber estado en el lugar equivocado en el momento equivocado no me hace culpable. Y no me preocupa, porque no lo soy. Que hagan lo que les dé la gana. Y si me llamasen para declarar o cualquier idiotez similar, yo pude haberme marchado de allí antes de que el otro fuese asesinado —dijo Rafael—. Además, ¿qué clase de argumento es ese? No tiene mucha credibilidad basarse en que no informé a la policía. Yo, precisamente. Se cae por su propio peso.

La firmeza y convicción de Rafael ayudaban a Scorpio a calmarse. No le faltaba razón. Si había algo de su amigo que admiraba, entre otras muchas cosas, era su capacidad intelectual por encima de la media. Su inteligencia se aplicaba a cualquier ámbito, ya fuese teórico o propio de la vida diaria. Había salido de bastantes embrollos gracias a él. El papel del Lobo había sido determinante en el éxito de la organización, e incluso en el suyo propio. Le conocía desde hacía poco menos de veinte años y, desde entonces, también contaba con su amistad. Era el único en el que depositaba confianza absoluta.

—¿Todavía sigue en pie lo del reservado de Harrison? —preguntó Annibal de repente.

—Supongo.

—Llámale y dile que voy.

Ni el hijo de puta que le quitaba la vida a los suyos ni el cabrón de Sawyer iban a influir en sus malditas decisiones. No iban a interferir en su vida, no manejarían los hilos. Saldría a la calle una vez más, se mostraría una vez más. Y estaría deseando que alguien intentase algo contra él. Ansiaba sangre.

Capítulo 13

Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

Los ruidos de la comisaría se filtraban atenuados a través de las paredes. En el despacho de Wolfgang Sawyer el silencio era espeso, igual que en el trayecto de regreso el día anterior.

Roger sabía para lo que estaba ahí, no hacía falta ser muy listo. Ya se lo había adelantado al salir de aquella casa. Había intentado excusarse, pero Sawyer no le había permitido decir ni una sola palabra. Le había dicho que lo tratarían al día siguiente.

Eran las ocho de la mañana. Tanto el detective como su compañera habían llegado con escrupulosa puntualidad.

Antes de prestarles atención, Wolfgang terminó de consultar unos correos electrónicos. La atmósfera era más bien incómoda.

—¿Sabe lo que podía haber organizado ayer, Rickman? —comenzó el sargento. Su seriedad habitual se acentuaba. Con las manos cruzadas sobre la mesa, miraba fijamente a los ojos marrón claro del detective.

—Lo siento —se disculpó Roger. Se arrepentía únicamente por haber propiciado una situación que podría calificarse de peligrosa.

—¿Lo siente? Lo siente ahora, pero la tontería que se le metió en la cabeza pudo haber hecho que los tres nos metiésemos en un aprieto serio. Usted no puede participar en una investigación y meter la pata como lo hizo. ¿Cree que va a algún lado con esa actitud?

—Creí que era conveniente marcar territorio.

—¿Es usted un perro?

—No.

—Pues la próxima vez no piense en marcar territorio, como usted dice. No es lo más sensato. —Sawyer miró a Jones, quien escuchaba prudente—. Si no recuerdo mal, hace un par de días le dijo a su compañera que, y cito textualmente, para ellos no valemos más que la mierda. Lo que me dificulta entender qué es lo que le movió a comportarse de una manera tan poco profesional. Y no me hable de territorios.

—Si para él no valemos nada, supuse que recordarle lo contrario no le vendría mal —expuso Roger. No podía ganar, pero defendería su postura.

—¿Y no se imaginó que podían sacar las pistolas y matarnos? —le reprochó Wolfgang.

—Puede que no nos tengan en alta estima, pero todo el mundo sabe lo que ocurre si matas a un policía.

—¿De verdad cree que somos intocables, sobre todo para tipos como ellos? Bájese de la nube. Si sigue mi consejo, tal vez logre pasar de los treinta años. ¿Por qué piensa usted que esa gente aún no está en la cárcel a pesar de que todos sabemos a lo que se dedican? Ellos, ustedes, yo, el juez. Porque hacen tan bien su trabajo que nunca podemos conseguir pruebas definitivas de sus actividades criminales. Así que dígame una cosa. Si Scorpio y el Lobo hubiesen decidido contestar a sus provocaciones como cabría esperar, ¿cree que alguien habría podido ayudarnos, si

nadie aquí sabía que estábamos allí? ¿Se paró a pensar en ello en algún momento?

—No —admitió Roger. Estaba empezando a ver que a lo mejor se había equivocado.

—No pongo en duda su capacidad de manejar la situación en el caso de que esta se hubiese torcido, ni la de ninguno de nosotros, pero allí estábamos en desventaja. Esos dos hombres no habrían tenido problema alguno en deshacerse de nosotros y nadie podría relacionarles con las desapariciones. Así que un poco de cabeza.

—En definitiva, ¿nunca vamos a poder acercarnos a ese tío sin pensar que estamos por debajo? —se quejó Roger. Se negaba a aceptarlo.

—Hay situaciones y situaciones. Y la de ayer no era la más propicia para intentar demostrar quién es el más gallito del corral. Fuimos a hablar, a intentar avanzar, y lo que hicimos gracias a su actitud fue retroceder. Cuando tengamos que intervenir de forma menos amistosa, será otro cantar. Pero hasta entonces las cosas deben transcurrir con normalidad. ¿Me ha entendido? —Vio cómo el detective asentía con la cabeza—. No tengo intención de prescindir de usted, es un buen policía. Así que confío en que para las próximas veces sepa medir sus palabras. Ya sabe cómo es Scorpio. Sea más inteligente que él. —Sawyer dejó unos segundos en el aire—. En fin. ¿Hay algo que quieran comentar acerca de lo que vimos ayer?

—¿Además de su actitud defensiva? —recalcó Roger.

—¿Acaso esperaba otra cosa? —dijo Wolfgang.

—¿Podría ser verdad que no supiera quién les está atacando? —preguntó Catherine.

—Sí. Tengo la sensación de que, si supiera algo, se habría mostrado más relajado. Seguramente habría sentido satisfacción al ver que somos nosotros los que damos palos de ciego. Pero no fue así como le vi —razonó el sargento. Sacó una pequeña libreta del segundo cajón de su mesa. Hizo unas cuantas anotaciones.

—También es una tontería pensar que el Lobo fue quien se cargó a Taylor. Admitió que estaba herido, no se esforzó en ocultarlo. Sabía que tenemos información. Así que yo descarto que tenga que ver también con el resto de las muertes —opinó Rickman.

—De hecho, dudo que Annibal o sus hombres tengan algo que ver —añadió Jones.

—Hay que estar atentos. Ya dejó caer que se encargaría él si encontraba alguna evidencia de la identidad del asesino —advirtió Sawyer. Para no variar, le irritaba que diera afirmaciones tan explícitas pero que carecían de validez como prueba. Era así como se movía, como se escabullía siempre.

—¿Por eso no le habló de la pintada de la pared? —dijo Roger.

—No lo creí conveniente —admitió el sargento—. Nosotros somos quienes debemos ir por delante, no ellos.

—A lo mejor ya lo sabían —dijo Catherine.

—O no —dijo Rickman.

De pronto, golpes. Alguien solicitaba permiso para entrar al despacho. La puerta se abrió antes de que Sawyer tuviera la oportunidad de darlo.

—Sargento, preguntan por usted —le informó Brian Farrell respetando la distancia. Perteneecía a su brigada.

—¿Quién? —se interesó Sawyer.

—Cindy Carter, periodista.

—¿Periodista?

Wolfgang no tenía noticia alguna de que la prensa ya se hubiese puesto al tanto de lo ocurrido. ¿Cómo era posible que se hubiesen filtrado las muertes? Qué tontería. La calle era un hervidero de rumores. Segundos después se planteó que podría tratarse de otra cosa. En fin. Había más mundo más allá de aquellos asesinatos.

Necesitaba un respiro.

—Dígale que espere. Enseguida la atiendo.

Brian asintió. Después se marchó sin más dilación.

La prensa.

Sawyer no podía evitar sentirse inquieto. Si se confirmaba que los periodistas tenían conocimiento del caso, supondría más bien un perjuicio. Si el asesino llegaba a enterarse de que se encontraba bajo un amplio foco de atención, tal vez pusiera tierra de por medio un tiempo. Podría alejarse aún más de ellos. No podía dejar que la tal Carter indagara demasiado. Si era necesario, recurriría a lo más sencillo: el secreto profesional. A decir verdad, no tenía ganas de atenderla. Pero, si no lo hacía, su evasiva podría desembocar en especulaciones no deseadas.

Cumpliría con lo que se esperaba de él.

—Vayan a atender sus asuntos, ya continuaremos la charla —les propuso Sawyer. Precipitó así un final que aún no debería haber llegado. En cualquier caso, necesitaban una nueva línea de investigación que les ayudara a salir de aquel atolladero.

Pronto, el sargento se quedó solo. Se pasó ambas manos por encima del traje con pretensión de estirarlo, aunque en su impecable vestimenta gris oscura no se apreciaba ninguna arruga. Su imagen era intachable siempre, pero el hombre tenía demasiado apego por la perfección.

Wolfgang abandonó el despacho. Esperaba que la señorita Carter no le quisiera entretener demasiado. No tardó en presentarse en la sala de espera. Había varias personas. No podía perder tiempo, emplearía el modo más rápido y convencional.

—Cindy Carter —llamó en voz alta.

Una chica colocó un marcador en la página de su libro, abierto por la mitad. El sargento vio que se trataba de una de las novelas de Stephen King. No logró leer el título, pues Cindy ya lo había guardado en su mochila rosa y negra. Cerró la cremallera. Sawyer empatizó con ella durante un breve instante, tenía cierta afición por ese autor. La muchacha se levantó con torpeza y se aproximó a él.

—Acompáñeme —le indicó Wolfgang.

Le daría la oportunidad de expresarse. E incluso le explicaría un par de cosas siempre que no comprometiera ninguna de las investigaciones en curso. En especial si se trataba *del* caso. De verdad esperaba que no fuese ese el que la había conducido hasta allí.

Anduvieron por la comisaría. Atravesaron varios pasillos hasta llegar a una sala. Era una estancia sin nombre, pequeña, utilizada algunas veces para reuniones más bien informales. Tenía una pequeña mesa blanca en el centro. Era sobria, plana y limpia, con lugar para cuatro sillas. Estas, blancas también, tenían las patas de metal y un antideslizante negro en las puntas. Sawyer tomó asiento e invitó a su acompañante a que hiciera lo mismo.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita Carter? —Cruzó las manos sobre la superficie impoluta.

—Buenos días, sargento Sawyer.

La joven periodista sonrió. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta. Algunos cabellos sueltos hacían su imagen menos seria, al igual que ciertas irregularidades justo antes de

llegar al coiletero rosa. Tenía el flequillo sujeto hacia atrás con unas horquillas del mismo color. Llevaba unas gafas negras de montura de pasta, grandes. Detrás de los cristales delgados, se escondían unos ojos de un color que el sargento calificó como azul. Su único maquillaje era una suave capa de brillo de labios transparente. Una camisa morada de manga corta, unos pantalones vaqueros y unas deportivas blancas de una marca de difícil identificación eran su indumentaria. No parecía tener más de veinticinco años.

—Aquí tiene mi acreditación. —Cindy sacó del bolsillo pequeño de la mochila la tarjeta que la identificaba como periodista—. Trabajo en el periódico Sun Street. ¿Le suena? —Recibió una respuesta afirmativa—. Me gustaría saber si podría robarle unos minutos de su tiempo.

—Desde luego. Pero sea breve, por favor. Tengo que volver al trabajo —contestó Wolfgang, amable. Le gustaban los modales de la chica, le facilitaban una actitud abierta.

—Muchas gracias, no le entretendré.

Cindy había temido que el policía no pudiera o quisiera colaborar con su pequeño proyecto. No siempre había suerte de que alguien tan ocupado como él concediese una entrevista. Tomó de la mochila unas hojas en blanco unidas entre sí mediante un clip plateado, así como un bolígrafo. Antes de empezar con las cuestiones previstas, probó la tinta en la esquina superior derecha del primer folio. El color negro no se hizo de rogar.

—A principios de la semana pasada se encontraron dos cadáveres en la calle, al parecer por un barrendero. ¿Se sabe algo acerca de las identidades? ¿Se ha encontrado al culpable? Hubo bastante gente que se acercó al lugar del crimen, hay rumores. En el periódico decidimos que lo mejor era venir a preguntarles a ustedes.

—Bueno...

Sawyer no pudo evitar suspirar. Demasiado previsible. Las famosas muertes. Al menos solo había hecho referencia a las dos primeras. Las suposiciones y las preguntas eran inherentes a la naturaleza humana. Aquella periodista se limitaba a hacer su trabajo y le dio la impresión de que no quería enturbiar más el asunto. En cierto modo, eso le aliviaba. Se centraría solo en la información que ella mencionara, no saldría de él hablar del resto. ¿De verdad la prensa desconocía los demás sucesos? No había que adelantar acontecimientos.

—Todavía no hemos detenido al autor. Estamos investigando con las pruebas encontradas, pero es un caso difícil. Necesitamos más tiempo. En cuanto a la identidad de los cadáveres, sabemos que son narcotraficantes.

No era mentira, más bien una verdad a medias. No veía por qué debía esconder a qué se dedicaban, pero no iba a revelar que tenían relación con Annibal Scorpio. Al menos de momento. Aún no les interesaba que ese nombre decorase los titulares de los panfletos. Ya habría tiempo de que se publicara cuando por fin consiguiesen encerrarle definitivamente. O eso esperaba. Observó cómo Cindy apuntaba los datos en los folios, vírgenes hasta entonces.

—¿Narcotraficantes? ¿Diría usted que se trata de alguna pelea entre bandas?

—Podría ser. Peleas por el territorio, ajustes de cuentas, robo de mercancías... No sería raro. Barajamos varias teorías.

Las respuestas de Sawyer eran breves y poco concretas. En realidad, no pensaban en tantas posibilidades como aseguraba, pero sí existía una gran incógnita que les estaba dificultando el trabajo.

—¿Hay algún sospechoso?

—Todavía es muy pronto para señalar a nadie. Tampoco sería correcto divulgar nuestras suposiciones cuando todavía no son más que eso. —Wolfgang sintió de pronto la necesidad de que la conversación llegara a su fin. Nunca debía subestimar la capacidad de improvisación de los reporteros. Pensó que, con la información que le había proporcionado, podría elaborar un artículo. Aunque fuese pequeño—. ¿Tiene alguna pregunta más?

—No, sargento. Muchas gracias por su atención. Ha sido muy amable. —Ella comenzó a guardar sus breves apuntes en la mochila, así como la acreditación que había dejado encima de la mesa. Intuía que no superaría la voluntad hermética de su entrevistado. No le sorprendía. Había aprendido a captar cuándo su presencia dejaba de ser adecuada.

—Un placer.

Ambos se levantaron a la vez, colocaron en silencio las sillas y salieron del austero cuarto. Sawyer, el último, apagó la luz y cerró la puerta. Se despidieron con cordialidad mientras se estrechaban las manos. Después ella se colgó la mochila al hombro y se fue. Mirando cómo lo hacía, el sargento tenía que reconocer que le picaba la curiosidad por leer ese artículo. ¿Se trataría de un texto objetivo o más bien orientado al morbo?

Regresó a su despacho. Solo, se sentó en su silla negra y acolchada, cómoda por la cantidad de horas que tenía que pasar allí. Sacó de un cajón un sobre grande que contenía algunas hojas escritas a ordenador y otras garabateadas a mano. Eran esquemas y datos sueltos. Sus ojos azules se clavaron en un nombre rodeado a bolígrafo rojo varias veces: Annibal Scorpio.

No quería reconocer que aquel caso le absorbía.

Hacía poco, el capitán Bruce Smith le había preguntado por sus avances y él le había confesado la lentitud de los progresos. Smith era un hombre comprensivo, pero le había pedido que continuaran con lo que fuera que tuviesen a mano. Lo que menos necesitaba el sargento era que, desde arriba, decidiesen archivar el expediente. Sawyer había llegado incluso a desear que apareciese una estrella serigrafiada en un nuevo cadáver.

Aquello era de locos.

Capítulo 14

Annibal no necesitaba un motivo de especial peso para organizar un evento, pero en esta ocasión sí lo tenía: un succulento acuerdo empresarial. El domingo anterior había acordado la compra del treinta por ciento de las acciones de una importante empresa de venta de vehículos de alta gama. La inversión produciría más ingresos. Según un breve estudio previo, no tardaría en recuperar el dinero. Sus beneficios aumentarían como la espuma. El dinero hacía más dinero. Era algo que había que celebrar. Un triunfo más. Y como tal, se merecía una fiesta. El sábado nueve de junio por la noche había sido la fecha elegida.

Si había que hacer honor a la verdad, durante toda la semana anterior apenas había pensado en el acontecimiento. Las muertes habían eclipsado el éxito. Extraño. Y hasta que la preparación de la fiesta no había sido inminente, no había movido un solo dedo por ella. Eso no era bueno. Nada bueno. Sin embargo, el hombre demostraría que nada ni nadie iba a paralizar sus planes. Era una cruzada invisible que no estaba dispuesto a perder.

Era inútil creer que no habría comentarios entre sus filas. No podía culparles. Existía incertidumbre al no saber si habría un siguiente elegido y si le tocaría a uno de ellos. Era complicado lidiar con una situación así, lo hacían lo mejor que podían. Con todo, ninguno se atrevía a llevar la contraria a su jefe o a ignorar sus órdenes. Scorpio creía que esa plomiza sensación de vulnerabilidad terminaría en cuanto supieran quién estaba detrás. Por lo que a él respectaba, le colgaría una diana al culpable sobre la que vaciaría un cargador entero de su Desert Eagle.

Había vuelto a reclamar los servicios de seguridad privada para su casa esa noche. Siete vigilantes en el exterior y tres que se repartirían por el interior, además de las cámaras de seguridad. Activaría las que enfocaban a la planta baja. Allí acudiría más gente de la que estaba acostumbrado a recibir. No podría estar pendiente de todo, así que la presencia de protección le tranquilizaba. Había veces en las que pensaba que se estaba convirtiendo en un paranoico. Se recordaba entonces que debía cuidar lo que era suyo. Eso incluía a los hombres que trabajaban para él. No quería ver muerto a ni uno solo más. Ni uno. Por supuesto que quería seguridad. Necesitaba seguridad. El único contratamiento que estaría dispuesto a tolerar sería el del típico idiota que se pasaba bebiendo y al que había que advertirle que, si vomitaba en su casa, lo limpiaría personalmente.

Annibal permanecía sentado encima de su cama, sobre las sábanas negras. Era su color favorito, habría sido un pecado absoluto no haberse hecho con ellas. Si bien su vida nunca fue de color rosa, había elegido el negro al blanco hacía mucho tiempo.

Escuchaba murmullo en la planta baja. Pasadas las diez y media, sabía que la gente ya estaba empezando a llegar. Acudirían varios de sus hombres, bastantes más de los que se reunieron hacía una semana. También algunos colegas externos al negocio. Deborah estaba invitada, y le había dado libertad para traer a las amigas que ella quisiera. Las chicas siempre suponían un reclamo, pero ese grupo en especial solía ponerle la guinda al pastel. Como era lógico, la representación

de la otra parte del acuerdo era imprescindible. Scorpio también les había dado carta blanca para invitaciones por su cuenta.

Él bajaría en un rato, le gustaba tomarse su tiempo. No era el típico anfitrión que esperaba a los invitados bandeja con canapés en mano. ¿Sabrían todos esos lo que estaba ocurriendo a su alrededor? Su mente le volvió a traicionar. Esperaba que las noticias no se hubiesen extendido mucho, consideraba una humillación aquella burla a su organización. Sin embargo, y por mucho que le pesara, no podía controlar la pólvora de la información, los rumores. Confiaba en que nadie fuese tan estúpido como para sacar a relucir el tema. No mostraría debilidad y mucho menos esa noche.

El sonido del gentío se hacía poco a poco más notorio. No había ninguna norma que impidiera acceder a la primera planta, pero estaba terminantemente prohibido entrar a su dormitorio. No había discusión posible. Le daba asco imaginarse a alguien que no fuese él utilizando su cama con fines lúdicos. No lo aceptaba.

Seguramente era el Lobo quien estaba recibiendo a los asistentes y no era cuestión de que ejerciera de criado. Un pensamiento curioso, puesto que él ni siquiera había hecho por cambiarse de ropa. Solo vestía unos pantalones cortos oscuros. Se inclinó hacia delante, apoyó el codo derecho en la pierna y la mano en la frente. Estar rodeado de tanta gente le agobiaba. No era algo que soliese sucederle, pero la situación actual estaba lejos de considerarse normal. Allí arriba, en la soledad que le brindaba su habitación, tuvo que repetirse que no debía dejarse influir. Nunca lo había hecho, ya era tarde para empezar. Unas pocas batallas no determinaban el resultado final de la guerra. Y no estaba dispuesto a perderla.

Caminó por el suelo de madera oscura hacia el armario ancho. Lo abrió. En una de las múltiples perchas divisó el traje que se pondría aquella noche: negro con finísimas líneas claras y verticales. A continuación, descolgó una de sus camisas negras. Alcanzó una corbata del mismo color. Dejó toda esa ropa estirada sobre la cama, cogió el mando del aire acondicionado y lo apagó. No quería congelarse al salir de la ducha.

El lavabo que pertenecía a la habitación era bastante completo. Si esta ya gozaba de un tamaño considerable, el cuarto de baño tampoco escatimaba en proporciones. De mármol blanco, lucía el color opuesto al que predominaba en el dormitorio. Tenía espacio para albergar un armario, una pila amplia sobre la que colgaban tres espejos en la pared, el retrete, un plato de ducha de dimensiones generosas y una decoración minimalista. No se molestó en encender la luz, le bastaba con la que le llegaba desde la habitación. Nadie podría acceder a esta desde fuera, había echado el cerrojo.

Se desvistió y entró al plato de ducha. Cerró la mampara, abrió el agua y esperó a que saliese templada, más bien tirando a caliente. Ardiendo. Si había algo que le relajara, entre otras cosas, era una buena ducha caldeada. Apoyó la mano izquierda en los azulejos inmaculados de la pared y agachó la cabeza. Dejó que las gotas se deslizaran libres por su cuerpo, moldeado por tantos años de entrenamiento. No quería pensar en nada, tan solo disfrutar de aquel placer secreto. No tardó en enjabonarse y lavarse el pelo, tampoco era cuestión de perderse media fiesta. Aun así, pasaron unos largos minutos hasta que decidió cerrar el grifo. Asió una toalla negra. Todavía dentro del plato, se secó la piel por encima y se frotó el pelo. Luego se la colocó alrededor de la cintura. Salió. Se puso frente al espejo y encendió la luz que lo rodeaba.

Miró su reflejo.

Había pensado en afeitarse, pero aquella barba de un par de días no le daba aspecto descuidado. Todo lo contrario. Se ahorró ese tiempo.

Empezó a vestirse. Escuchaba el ruido creciente. En un momento dado pudo distinguir la voz de Deborah. Aguda, femenina, jovial. Desodorante. Se abrochó la camisa. A continuación, la corbata. Regresó al borde de la cama para colocarse los zapatos. Enseguida volvió al baño. Se peinó como de costumbre, con el pelo hacia arriba, de punta. Colonia. Reloj. Durante unos segundos, se debatió entre si ponerse la chaqueta o dejarla allí arriba. Eligió la primera opción: su imagen era muy importante.

Pensó en llevar con él a una de sus gemelas. Cargar con una Desert Eagle, pese a su tamaño, nunca le resultaba incómodo. De hecho, la mayoría de las ocasiones sentía su atuendo incompleto si faltaba. ¿Por qué no llevarla? Notó la familiaridad del arma en la mano. La introdujo entre su espalda y el pantalón del traje. El cinturón hacía que la prenda pudiese soportar mejor el peso y apenas sentía el contacto. Ya estaba acostumbrado. Con la parte trasera de la chaqueta por encima, el bulto era inapreciable. Abandonó la habitación.

No había terminado de bajar las escaleras cuando las primeras personas aparecieron ante sus ojos. El sonido de las voces y los tintineos de copas ya ocupaban la totalidad de lo que percibía. Toda la planta baja estaba habilitada, aunque sabía que la mayoría se concentraría en el salón. Algunos en el jardín. Era imposible que faltara espacio. Una vez abajo y visible, la gente comenzó a saludarle, a darle la mano. Quienes tenían más confianza con él, una palmadita en la espalda. Empezó a charlar con algunos hombres de asuntos banales. Sin darse cuenta, se fue olvidando de la tensión.

—Es lo que pasa cuando uno tiene dinero, que todo es poco para gastarlo —comentaba un hombre llamado Harry Sephard, relacionado con la empresa de coches de alquiler. Se encargaba de las cuentas.

—Es mejor invertirlo. Así no se pierde —apuntó Scorpio.

—Yo tengo algunas acciones de un casino. No es muy grande, pero gracias a eso ya he podido comprarme el Porsche —explicó Bruno Marshall, invitado por la otra parte del acuerdo.

—Llevabas tiempo dando por culo con el jodido Porsche —Peter Chilton rio. Había llegado con Marshall.

Qué bien sentaba participar en un diálogo sin importancia. Suponía un grato soplo de aire fresco. Era así como debía ser.

Entonces llegó un tipo que se calificó a sí mismo como representante de la empresa con la que había firmado el acuerdo. Le comunicó de un modo informal que el directivo principal de la misma iba a llegar en breves momentos. Al parecer, un atasco era el culpable del retraso. Annibal le restó importancia. Había mucha noche por delante. Estaba de buen humor. El representante le dio las gracias, e incluso se quedó unos diez minutos con ellos, pero no tardó en irse a la otra punta del salón tras localizar a una mujer. Scorpio no sabía si el representante, ese tal Zack Collins, la conocía o simplemente había visto que tenía la oportunidad de flirtear. Se encogió de hombros. Como si eso le importara. En resumidas cuentas, para eso estaban allí. Pasarlo bien era una prioridad.

A lo lejos localizó al Lobo hablando con Sandro Biaggi, ambos bebiendo. Se despidió de los otros tipos con la idea de acercarse a ellos dos. Había avanzado uno cuantos metros cuando alguien le cogió del brazo izquierdo, sujetándole. El chico se detuvo al notar el contacto.

—Eh, Annibal. ¿Cómo estás?

La voz de Deborah sonó alegre. Él se situó de frente. La mujer se mostraba muy sugerente. No esperaba menos. Le sonreía traviesa. En su último encuentro, él se había dejado hacer lo que a ella mejor se le daba. Deborah usaba sus armas de tal forma que sabía volver loco a cualquiera. Se lo había demostrado con creces. Esa noche se había engalanado con un vestido rojo tan ajustado que sus curvas resaltaban, casi hipnóticas. Los tirantes finos formaban un escote inflado al que había decorado con purpurina. Sus labios conjuntaban con el carmín.

—Muy bien —contestó él. Ya estaba buscando el paquete de tabaco en el bolsillo interior de la chaqueta del traje. Aún sentía el contacto sobre el brazo—. ¿Qué tal tú? ¿Llegaste hace mucho?

—No podría estar mejor. —Deborah se acercó más. Fue a darle un beso en la boca, pero él se giró. Los labios femeninos se posaron en una de sus mejillas—. Llegamos de las primeras, todavía no había tantísima gente como ahora.

—Espero que hayan venido más amigas tuyas que la otra vez. Algunos de los míos necesitan conocer chicas —comentó Annibal. Intentaba ubicar al grupo que había venido con ella. Conocía de vista a algunas. Pero las únicas mujeres que alcanzaba a ver desde su posición estaban allí para trabajar, y no sirviendo la bebida precisamente.

—Anni, mis amigas no son putas, ¿eh? Que te quede claro —le recriminó con voz suave. Se colocó una mano sobre la cadera y se inclinó hacia delante. Fingía estar molesta. Que la inmensa mayoría de sus amistades fuesen ligeras de cascos no las convertía en prostitutas.

—Oye, deja de llamarme así. No me gusta. No sé cómo hacer que lo entiendas. —Scorpio cogió la barbilla de Deborah con la mano derecha. En la izquierda sostenía el cigarrillo que aún no se había colocado en la boca. Ella sonrió—. Y nadie dijo que tus amigas sean putas. Lo has dicho tú solita. Además, a esas ya me encargo de traerlas yo. No necesitan competencia. Lo que te he dicho es que los hay que quieren conocer chicas por las que no haya que pagar para follar, nada más. No te pongas dramática. —El hombre la soltó con suavidad.

—He traído cinco amigas nuevas. ¿Así está mejor, Annibal? —Enfatizó el nombre, lo que le hizo sonreír al él—. ¿Quieres que las traiga aquí para que les des el visto bueno? —El sarcasmo era una materia que a Deborah no se le daba del todo bien. El tono que había empleado le dio aspecto de una adolescente enfurruñada.

—Será mejor que no. No creo que aprobaran mi examen —respondió el chico, siguiéndole el juego. La indignación interpretada de la morena le pareció divertida, dejó escapar una risa inaudible—. Anda, vete con ellas. Cuando acabe con mis cosas me acerco un rato, si eso. Dime dónde estáis, será más rápido que localizarte por mi cuenta.

—Allí, al lado de la estantería grande, la que está pegada a la puerta —señaló la mujer, acompañándose con el dedo. Le complacía que él dejase abierta la posibilidad de pasar un rato con ella esa noche.

Annibal estiró el cuello para divisar, entre toda aquella gente del salón, el grupo al que Deborah se refería. Siguiendo las instrucciones, por fin las vio. No había reparado antes en ellas. De todas maneras, tal y como le había dicho, no iría todavía. Aún tenía pensado reunirse con el Lobo y Biaggi, y lo único que estaba haciendo Deborah era entretenerle. Fue a decirle algo, pero entonces sus ojos se detuvieron por casualidad en el brillo rubio de un cabello largo. La espalda al aire precedía a un vestido negro que terminaba varios centímetros por encima de las rodillas. Después, unas piernas esbeltas. Ese mismo pelo dorado y liso caía sobre la piel desnuda,

simulando una cascada. La piel blanca destacaba sobre la oscura prenda, adornando un rostro sonriente que conversaba de perfil con otra mujer.

—Deborah, no me has presentado a todas tus amigas —comentó Annibal pasados unos segundos. Su atención continuaba a lo lejos. Guardó el cigarro sin estrenar en el bolsillo, suelto.

—Te lo acabo de decir, pero nunca me haces caso —le reprochó ella, aferrándose con las manos a uno de los brazos del chico. La textura del traje le pareció suave al tacto.

—¿Quién es la rubia? —insistió, haciendo caso omiso.

—Annibal, vino a la última fiesta que diste. Es Diana. Te tiraba los trastos y tú la ignorabas. Incluso trató de subirse a tus piernas cuando estabas en el sofá. ¿No te acuerdas? —Ahora ella se puso de puntillas para mirar también a sus amigas, buscando a Diana con la vista.

—Esa no. La otra, la del vestido negro. —Entonó las palabras de tal manera que quedó claro que era demasiado obvio.

—Ah. Es la primera vez que viene. Se llama Angela. La conozco desde hace unos meses, del gimnasio. Me llevo muy bien con ella. Le dije que podía venir, es buena chica. ¿He hecho mal? —explicó Deborah, extrañada. Le veía serio. Se preguntó si tal vez había metido la pata.

—Preséntamela.

Deborah vaciló. Sintió una punzada ácida de celos. Por lo visto, él no sabía quién era y ya le estaba dedicando más atención que a ella. Bufó. Cuando vio que Scorpio empezó a caminar en dirección a su grupo, le siguió y se colocó a su altura. No fue fácil, pues tuvo que ir esquivando gente.

La repentina presencia del hombre provocó que las chicas dejaran sus respectivas conversaciones. Centaron su interés en él. Luego en Deborah. La mayoría de esas mujeres le conocían, claro. El dueño de aquel lugar, el que manejaba todo eso, el que tenía el poder allí. A eso había que sumarle la atracción que su físico les despertaba. Hacía que desearan perderse con él en algún rincón de su lujosa casa. En la cama, a ser posible. Era algo que Annibal sabía. No ignoraba que se lo comían con los ojos, unas con más disimulo que otras. Nada nuevo. Pero no estaba allí para exhibirse.

—Bueno, eh... —comenzó hablando Deborah, algo confusa—. Angela, voy a presentarte a alguien. —En ese momento se hizo con la atención de la rubia. La del resto ya la tenía—. Él es Annibal.

Hizo la presentación sin ningún tipo de miramientos. A pesar de la consternación, anteponeía el deseo de él al propio. Las finas agujas de celos volvieron a incrustarse en su estómago como si fuesen jeringuillas. Se le clavaron más profundas al observar que Annibal miraba a Angela en lugar de a ella.

Las demás estaban perplejas por lo directo de la situación. Querían ocupar el lugar de la rubia. ¿Por qué no ellas? Había sido él quien se había acercado y no al revés. Solía ser al revés. Todas las de ese grupo que habían intentado seducir al hombre no habían tenido éxito. Ahora los esquemas se desmenuzaban ante sus ojos.

—Encantado, Angela

Él fue el primero en hablar. La vergüenza era una palabra cuyo significado apenas recordaba. Se acercó a la chica y le extendió la mano. La de ella, más pequeña y de aspecto delicado, estrechó la suya con firmeza. La miraba a los ojos. Eran oscuros, incluso más que los suyos. Tenía que reconocerlo, le había impactado. Por alguna razón, le había impactado.

—Igualmente —contestó Angela, sonriendo. Su voz suave era algo más grave que el tono agudo de su amiga morena.

Annibal analizó cada detalle que vio en ella.

Una piel pálida y lisa hacía delicada su apariencia. Era el lienzo de aquellos ojos marrones oscuros que desprendían magnetismo, custodiados por unas pestañas curvas y abundantes. Las cejas claras se alzaban por el extremo más alejado de la nariz, consiguiendo una mirada penetrante. Tenía una nariz sin imperfecciones, recta y con el tamaño adecuado para su rostro. Por debajo se perfilaban los labios, cuyo grosor se le antojó apetecible. Ahora se curvaban en una sonrisa que mostraba sus dientes blancos y alineados.

La trayectoria de sus ojos continuó bajando por el cuello estilizado. El vestido negro se ajustaba a ella como una segunda piel. Los tirantes de encaje enmarcaban un escote que dejaba al descubierto el contorno de unos pechos redondos y firmes. Sabía que no debía detenerse demasiado allí. Y sus piernas. Esas piernas trazadas con suavidad, tonificadas, eran la antesala de lo que el vestido custodiaba. Unos zapatos negros de tacón alto le adornaban los pies.

Si el pecado tuviera cuerpo, pensó, sin duda sería aquel.

Miró su rostro de nuevo. Tenía que hacerlo. Era preciosa.

La sombra negra en los párpados hacía juego con el lápiz de ojos que delineaba el interior de los mismos. El pigmento de sus labios, rojo oscuro, destacaba como una gota de sangre sobre la nieve.

Le gustaba.

Se preguntó su edad. ¿Acaso importaba? Notó cómo burbujeaba un interés creciente por hablar con ella. Todavía no conocía a ninguna mujer que se hubiese resistido a alguna de sus proposiciones. Empezó a desarrollar un impulso que le llamaba a separarla de aquellas lobas. Una sensación poco habitual, por otra parte. La lógica se convirtió en un obstáculo.

Annibal mantuvo una imagen escarchada, un semblante arduo de mantener al notar esa mirada profundizando en sus propias pupilas.

—Señor Scorpio, el señor Leicester está ya aquí.

Zack Collins le arrancó de aquella singular ilusión. No recordaba haber notado su presencia con antelación, sus sentidos se habían olvidado de avisarle. Lo que habían sido un par de segundos, al chico le había parecido mucho más tiempo. Tiempo que se había quedado corto. Tragó saliva. Temía que sus pensamientos hubiesen quedado demasiado expuestos. Sin embargo, a su alrededor la gente no parecía haberse dado cuenta.

Cuando deshizo el contacto con esos ojos oscuros, concentró los suyos en los de Collins. Eran azules y más grandes. Scorpio asintió con la cabeza. Sin mediar palabra, dio la espalda a sus hasta entonces acompañantes. Se marchó detrás del tipo.

Pese a que Thomas Leicester tenía un porte serio e incluso imponente, tan solo era fachada. Resultaba ser un hombre agradable, educado, que en ese momento también gozaba de buen humor. Constituía la otra parte del trato que había propiciado la fiesta de esa noche.

A Scorpio le caía bien el tipo, se notaba que era un experto. Tenía unas ideas fijas a la hora de hacer negocios y eso era algo que él valoraba mucho. Charlando sobre su nueva condición de socios, ahondaron en varios aspectos que les concernían. Enfatizaron mucho el tema económico. Fue una conversación relativamente larga, al menos les robó media hora del tiempo lúdico. Merecía la pena. Relajados, ambos pensaban que habían tomado la decisión correcta.

Leicester no podía estar más satisfecho. La fama precedía a su asociado, pero no siempre por el lado negativo. Que tenía mucho dinero también era noticia. Y si a él le iba bien, Thomas se vería beneficiado.

Brindaron.

Era la primera copa que Scorpio empezaba. Durante la conversación, lo único que había hecho había sido fumar. El representante de Leicester no había estado presente, así como tampoco nadie por su parte. Cuando terminaron, quedaron en que volverían a encontrarse a lo largo de la noche. Ahora que compartirían empresa, tratar solo de negocios generaría una frialdad que en realidad no existía. A ninguno de los dos le interesaba una formalidad forzada. Se estrecharon la mano y se fue cada uno por su lado.

Annibal se quedó un instante pensando hacia dónde debía ir. Se había dado cuenta de que hacía casi una hora que había pretendido reunirse con el Lobo y Biaggi. Deborah entonces le había entretenido, y después... Después había visto a aquella mujer rubia que había despertado su interés.

Se había quedado con las ganas de hablar con ella. Y no veía a sus dos hombres en el mismo lugar donde les había divisado con anterioridad. Ya no sabía dónde estaban. Entre tanta gente, no tenía muy claro cuánto tiempo tardaría en volver a localizarles. Desistió. Ya les encontraría. Ya encontraría a alguien. Pensó que tampoco era tan mala idea buscar a Deborah, así podría continuar con lo que apenas había empezado.

De repente, le golpeó una sensación inusual. ¿Desde cuándo era él el que tenía que ir detrás de nadie?

Quería hacerse con alguna maldita razón que le explicara por qué ahora estaba posicionado al otro lado. La costumbre hacía que Annibal no recordara que, de hecho, era lo que solía suceder cuando algo interesaba: buscarlo. ¿Qué problema había? Ni que fuese la primera que acaparaba su atención. Había conocido a inmensidad de mujeres, algunas consideradas diosas ante los ojos de muchos. En ocasiones se habían acercado ellas, a veces había sido él. El hecho de que predominara el primer caso era lo que le confundía. La atracción que Angela le había despertado había sido intensa desde el primer momento, acentuada al verla más de cerca. Se le hacía difícil aceptar que aquello tan solo formaba parte de la naturaleza humana más primitiva.

Sus enmarañados pensamientos fugaces no le impidieron percatarse de que estaba parado, solo entre tanta gente. Tenía que moverse de ahí.

Definitivamente buscaría a sus hombres.

Tenía sed, quería otra copa. Miró el reloj que descansaba en su mano izquierda: las doce y diez. Le había parecido que era más tarde. Caminó en dirección al jardín. Allí había una mesa larga donde colocaron numerosas botellas alcohólicas para servirse uno mismo. Se prepararía una mezcla de ron con refresco de cola. Cuando apenas quedaban unos metros para llegar a la puerta de cristal que accedía al jardín, tropezó con algo. Perdió el equilibrio y se inclinó hacia delante, lo que le obligó a apoyar la mano derecha en la pared. Suerte que había estado cerca.

Antes incluso de buscar el motivo del traspíe, su cabeza ya trabajaba a toda velocidad en palabras poco agradables. Pero la frase quedó en la punta de la lengua y murió allí, frente al destello rubio.

—¡Oh, lo siento! ¿Estás bien? —se disculpó de inmediato Angela. Había apoyado las manos en el pecho del hombre a modo de reflejo tras el choque. No le había visto.

—Sí, no te preocupes.

Él advirtió que el tono que terminó usando fue drásticamente diferente. Las casualidades existían. Ella, entre tanta gente. Mejor así. Nunca un tropiezo había sido tan afortunado.

—Pero ten cuidado la próxima vez, no me gustaría que todos mis invitados me viesan por los suelos. —Annibal trazó una pequeña sonrisa. No pretendía intimidarla.

—Procuraré hacerlo. —La sonrisa de la joven era algo más tímida, distinta a la que le había ofrecido en la fugaz presentación. Un tenue rubor apareció en sus mejillas.

Se interpuso un silencio roto por la música de fondo. Tan solo la miraba. Pensó que tal vez lo correcto fuese iniciar una conversación. Era lo que él había querido desde el principio, ¿no? Los ojos oscuros de Angela habían ascendido posiciones en su orden de prioridades. Al final el hombre no pudo evitar hablarle.

—¿Te apetece una copa?

—Ya me he servido algunas —contestó Angela, algo insegura. Ni mucho menos estaba borracha, pero sí era cierto que, si continuaba bebiendo, se aceleraría el proceso.

—Ya. Me refiero a una copa conmigo —aclaró Scorpio. Le guiñó un ojo y una nueva sonrisa, hacia un lado, volvió a aparecer en escena.

Angela asintió con la cabeza. La curvatura sensual de sus labios la respaldó. Mucho se temía la chica que, aunque él no le hubiese hecho sentir complicidad mediante el guiño, también le habría seguido.

Annibal encabezó esa fila de dos hacia el cuarto final del pasillo principal. No era tan grande como el salón, pero no se podía calificar como pequeño. Y lo más importante: no encontrarían tanta congestión de gente. Detrás de él, la chica sentía cómo su corazón latía a un ritmo más apresurado de lo normal. Sabía el motivo. Dentro de lo posible, no tardaron mucho en cruzar la masa humana.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Deborah, tras haberles visto por casualidad, les había seguido con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta que comunicaba con el pasillo. Los celos volvieron a aferrarse, virulentos, a su pecho y estómago. Esas zarpas venenosas emponzoñaban sus pensamientos. No podía recriminar nada, sabía que no tenía derecho. Al igual que también sabía que podría ocurrir en más ocasiones de las que su autoestima podía reconocer sin ser pisoteada. Odiaba que esa chica le robara el protagonismo. Apretó los labios antes de volver a colocarse la pajita en ellos, desde donde sorbía ginebra. Muy seria, se dijo que no se permitiría derramar ni una sola lágrima, aunque fuera de rabia. Su maquillaje lucía impecable y no estaba dispuesta a cerrarse ninguna puerta. No después de la que él le había cerrado en las narices. Aunque su despecho servía de bien poco, pues estaba segura de que al hombre le importaba un bledo con quién se acostaba cuando no lo hacía con él.

Suspiró fuerte. Nadie la oyó.

Dejó la ginebra en una mesa durante un momento y se colocó el generoso busto con ambas manos. Procuró que la tela roja no cubriese más de lo que debería. Fred Harrison pasó entonces a su lado. Se puso delante de él, dándole la espalda. Se aseguró de quedar bien cerca. Acercó las manos del hombre a sus caderas. Empezó a bailar. Notaba los pantalones de Harrison en su trasero. Por supuesto, Fred no tuvo ninguna objeción al respecto. Deborah se mordió el labio inferior, coloreado con labial rojo de larga duración, luchando por mantener los ojos secos.

Annibal fue el primero en entrar a la estancia. Giró a la izquierda, hacia el fondo de la

habitación, para lo cual debían de cruzar unos cuantos metros más. Encontraron algunas personas repartidas en los diversos sofás colocados de forma estratégica. Consumían de la amplia colección de botellas que contenía la coqueta barra. Era probable que también estuviesen haciendo lo propio con alguna que otra sustancia de legalidad cuestionable. La luz era azul y tenue, dotaba al lugar de personalidad propia.

Llegaron a un amplio sofá negro adornado con varios cojines blancos. El hombre prefería ese en concreto, le gustó encontrárselo libre. Sugirió a su acompañante que se acomodara mientras él se acercaba a la barra a por bebidas. Ella le pidió un vodka con limón. Él se serviría otro ron bien cargado.

—Así que esta es la primera vez que te trae Deborah —comenzó diciendo Annibal una vez se hubo sentado con ella. Era evidente que no necesitaba la respuesta. Bebió.

—Sí, me comentó que un amigo suyo daba una fiesta en su casa y me preguntó si quería venir. Al principio tenía mis dudas —admitió ella. Le imitó con su vaso. Debía reconocer que se encontraba mejor allí, en un ambiente más exclusivo. La nueva iluminación y la música diferente eran una fuerte contribución.

—¿Dudas por qué?

—Lo típico. No conocía a nadie, solo a ella. No sé. —Angela se encogió de hombros, pero ahora no sentía timidez.

—Me alegro de que al final te decidieras a venir. —Era directo, podía serlo. Continuaba mirándola a los ojos. Era algo que pertenecía a su manera de ser y resultaba intimidante para algunas personas. Al parecer, no para ella. Esto despertó más su curiosidad—. Si no lo hubieras hecho, la noche no estaría siendo tan interesante.

Obtuvo una sonrisa como respuesta y ella miró hacia otro lado, rompiendo el contacto visual. Los incipientes efectos del alcohol y la luz extravagante empezaban a crear un ambiente en el que dejarse llevar era lo más fácil. Angela cruzó las piernas, elegante, mientras se acomodaba en el sofá. La parte más baja del vestido subió unos centímetros sobre su cuerpo. Annibal no quiso evitar la tentación de fijarse en ello durante unos segundos. Llevó los labios al vaso y, con un trago largo, agotó la mitad del contenido. Ella bebía más despacio.

—Espero que al menos no te estés aburriendo. Yo tendría parte de culpa —continuó Annibal. Los rayos índigos incidían en el rostro femenino, remarcando su belleza.

—¿Tu culpa? ¿Y eso por qué? —La chica rio.

—Soy quien organiza esto. Si te aburres es que no lo estoy haciendo muy bien —contestó él. Le gustaba su espontaneidad.

—Tranquilo, no me estoy aburriendo —dijo Angela. Posó los labios sobre el borde de cristal. Y era verdad. La noche estaba tomando un rumbo intrigante—. Incluso reconozco que Deborah no se equivocaba en lo que me contó. —Miró a su alrededor—. Esta casa es enorme. Me gusta. — Otro torrente de vodka bajó por su garganta. Cerró los ojos durante un momento—. Tampoco mintió sobre el anfitrión.

—Ah, ¿no? —preguntó él, divertido. Interesado. Entornó los ojos. Apoyó el brazo encima del respaldo del sofá. No lo hizo a propósito, pero este quedó a pocos centímetros de ella. Ninguno de los dos reparó en ello—. ¿Y qué es lo que te dijo exactamente?

—Bueno, me dijo que... —Hizo una pausa, la expectación subió. Ese hombre provocaba una sensación en ella más intensa de lo que le habría gustado—. Era un chico atractivo... —Silencio

de nuevo, manejaba la situación a su antojo—. Guapo... —Pronunciaba despacio, entre sorbos intercalados. Su vaso casi estaba vacío—. Que es casi imposible no fijarse en él... —Levantó una ceja—. Se nota que le gustas. —Entonó la última frase de forma distinta, rompiendo así la sensualidad que había creado.

A medida que la había estado escuchando, Annibal sentía que debía beber otra vez. Estaba dejándole la garganta casi seca. Acabó con el ron. Los hielos quedaron bailando cuando dejó el vaso encima de la pequeña mesa redonda de cristal que tenían en frente. Esa chica le fascinaba, joder. Se había fijado en sus labios mientras hablaba. Y en cómo el cabello rubio bañaba sus hombros desnudos. Pero la expresión masculina no había cambiado. Era curioso cómo ella había sustituido la aparente timidez por aquella actitud decidida.

—Quizás ahora deberías estar con ella. No soy de esas que van robando los novios a sus amigas. —La mujer terminó la copa y también la dejó sobre la mesa. No tenía que haberse dejado llevar, pensó. Ahora fueron sus ojos los que quedaron entrecerrados.

—¿Cómo? —Scorpio frunció el ceño.

—Me ha dicho que estáis juntos.

Y era verdad. Siempre que le había hablado de él, la morena había repetido una y otra vez, de una forma u otra, que estaba saliendo con él. Angela no había tenido por qué dudar de su palabra. Pero ahora, a juzgar por la reacción del hombre, la información parecía perder fuerza. Le pareció interesante, desde luego.

—Joder. —Annibal retiró la mirada. Ya hablaría unas cuantas cosas con Deborah. Estaba empezando a cansarse de que su fijación por él diese lugar a rumores falsos. Suspiró. Ese tema le aburría demasiado—. Pues no. No estamos juntos.

—¿Por qué debería creerte a ti y no a ella? —preguntó Angela. Pero, por su lenguaje corporal y tono de voz, dedujo que él no mentía. En realidad, era fácil confiar en su palabra. También conocía a Deborah. Sonrió. No pretendía parecer una inquisidora.

—Puedes creer a quien quieras —rio él. Sería una auténtica lástima si al final no conseguía avanzar en esa conversación justo como él quería, pero no insistiría. Él no insistía. Eso sí, si esa mujer espectacular se marchaba sin más, Deborah iba a oírle.

Pero Angela intuía que su amiga no era del todo sincera con ella. A decir verdad, no había visto ni una sola evidencia en toda la noche de que fuesen pareja. Y esas cuestiones éticas habían tomado el camino de arruinar el resto de la noche. Se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que no quería que eso ocurriera. Quería continuar conociendo a ese hombre. Y, qué diablos, el vodka era su aliado.

Mientras ella dejaba que los pensamientos volaran libres por su mente confundida, él se levantó para buscar dos nuevas consumiciones.

—Vale, vale. Tú ganas —admitió la rubia cuando su acompañante regresó al sofá. Levantó las manos y le mostró las palmas en señal de rendición.

—Eso creía. —Annibal continuó con el juego, satisfecho.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas? —se interesó Angela. Mojó los labios en la copa. Tal vez estuviese un poco más cargada que la anterior. Sabía que debía tener cuidado. El licor podría hacerle actuar de una forma con la que la razón no estaría muy de acuerdo.

—Soy empresario.

El narcotraficante estaba encendiéndose un cigarro. Después bebería también. Al fin y al cabo,

la respuesta no llegaba a ser del todo mentira. Una empresa a su cargo y su participación en otra eran la prueba. Ambas legales.

—Eso abarca muchas cosas —protestó ella. No se conformaría con esa contestación. No todos los empresarios tenían esa cantidad de dinero, no era ningún secreto. Desvió la mirada en cuanto Annibal volvió a reír en silencio. Porque, cuando él reía, le gustaba más de lo que quería admitir.

—Coches. Alquiler y venta —aclaró Scorpio. La nicotina reciente ya corría por su organismo. Sus otros negocios debían permanecer en la sombra.

—Suenan interesantes.

—¿Te gustan los coches?

El chico se había dado cuenta de que, al igual que a él le estaba resultando cada vez más difícil guardar las distancias, tampoco ella se estaba quedando indiferente.

—Prefiero las motos.

Cada detalle de aquel rostro parecía provocarla. Deborah podía haberle mentado en cuanto a su relación con él, pero no acerca de lo que se encontraría al tenerle de frente. Ahora mismo ocupaba el puesto por el que muchas suspiraban, lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Era capaz de captar su olor. Tabaco, ron y fragancia masculina. Demasiado agradable para su cordura.

—¿Conduces alguna?

—No. Aún no —respondió Angela. Por el momento no se lo podía permitir.

—Interesante.

—¿El qué?

—No imaginaba que fueras así —admitió el hombre. El impulso volvió a amenazarle con ser más fuerte que él.

—¿Así cómo? —Angela notaba el cristal frío del vaso besándole la mano caliente. Como el resto de su piel.

—Con esos gustos.

—¿Y qué gustos se supone que debería tener? —rió ella. Sin darse cuenta, deslizó la lengua por sus labios. Sintió el sabor del licor transparente coloreado de limón.

Pero él sí se fijó en ese sutil movimiento. El pintalabios rojo apagado no la había abandonado ante la humedad del vodka. Annibal había hablado en serio. Ciertamente era que casi no la conocía, pero las chicas con las que solía tratar parecían encontrarse a años luz. Estas solo se preocupaban de sus uñas, la cita en la peluquería y comprarse ropa con la mínima cantidad de tela. Pero ella, esa preciosa rubia, no tenía pinta de encajar en el tópico. Era diferente ante sus ojos. Una distinción que le seducía.

Ninguno habló.

Angela no dejaba de sorprenderse. Había sido ridículamente fácil caer en las redes del hombre. Tendría que haber sospechado de aquel magnetismo brutal. Pero allí estaba, sin haberlo podido prever. Bebía en exclusiva con él y no tenía ninguna intención de marcharse.

—¿Qué te pasó? —preguntó la rubia de repente. Tenía que hablar, hacer algo. Lo que quiera que fuese que flotaba en el ambiente se hacía cada vez más grande. Ella estaba señalando con el dedo índice en su propio ojo sin llegar a tocarlo, refiriéndose a la cicatriz que cruzaba el de él. La necesidad de intervenir no ocultaba la curiosidad real.

El recuerdo de su hermana irrumpió sin previo aviso en los pensamientos de Annibal. *Sylvia*.

Mierda.

—Me metí en una pelea hace unos años —respondió Scorpio. Se encogió de hombros. Había simplificado la realidad hasta casi lo absurdo, pero no tenía la intención de contar nada acerca del verdadero origen de la marca. El pasado le hacía demasiado daño, no iba a recuperarlo. Y menos aquella noche.

—No te veo con pinta de pelearte con nadie —dijo Angela. Difícil de creer que lo que había escuchado era cierto, a juzgar por la imagen impecable que el chico mostraba. Sonrió justo después de que él lo hiciera.

—Las apariencias engañan. —El narcotraficante bebió. Tenía sed otra vez. Y calor. Esa corbata le apretaba desde hacía un rato. La chaqueta desabrochada se estaba convirtiendo en su enemiga.

—Y tanto. ¿Cómo ha podido convertirse un chico que se mete en peleas en un empresario brillante?

Angela se hundió en sus ojos oscuros. Intensos. Parecían desnudarla. En contra de su voluntad, se ruborizó. Trató de esconderlo de inmediato. Le dio un trago al vodka. Cuando envolvió el vaso con los dedos, la pulsera plateada que embellecía su muñeca derecha brilló con destellos azules.

—Te sorprenderías.

Angela intentaba buscar una explicación a esa atracción. Quería una respuesta que le revelara por qué a cada cosa que él hiciera o dijera, notaba un pinchazo de algo en el estómago. Algo que la incitaba a no querer salir por la puerta de ese cuarto.

—No me sorprendo fácilmente.

Entonces se acercó más a él. Siempre podría echarle la culpa al alcohol.

Despacio, estiró el brazo derecho y apoyó la mano sobre la camisa de Annibal, a la altura del pecho. Percibió las formas que existían debajo de la suave tela negra. Bebió otra vez. Tuvo que hacerlo. Cerró los ojos. Su mente se desinhibía.

—Ah, ¿no? —Scorpio la notó a través de la prenda oscura, cómo le había arañado con suavidad con las uñas pintadas de negro brillante. Le mostró una media sonrisa. Casi había sentido un escalofrío. Cada vez le resultaba más difícil contenerse. Se preguntaba por qué aún no se había lanzado hacia ella.

—No.

Y la chica se atrevió a buscar con el dedo índice el hueco que dejaban los primeros botones bajo la corbata. Se encontró con su piel. Algo la presionaba por dentro fuerte, muy fuerte. En su mente tan solo había cabida para maldiciones, pero poco a poco fue acallando esa voz hasta que se encontró con el silencio. El corazón palpitaba en sus oídos. Sintió un leve vértigo.

—Voy a por otro vodka para mí. ¿Quieres que te traiga algo? —preguntó de repente. Se levantó. Sus piernas esbeltas se podían contemplar en toda su longitud. Llamaron la atención de su acompañante, quien pidió más ron.

Annibal observó cómo la joven caminaba hacia la barra. La tela del vestido se adhería a su cuerpo. Andaba con elegancia desde aquellos tacones altos. Contempló su cabello rubio brillante, largo hasta la mitad de la espalda descubierta. Miró lo que había más abajo. Tenía la sensación de que nunca había necesitado un esfuerzo tan grande para evitar dejarse llevar por el deseo. Aunque no sabía muy bien por qué lo estaba frenando. Tal vez solo esperaba al momento más adecuado. Fuera lo que fuese, no le dio muchas más vueltas. Angela volvió enseguida. Dejó las copas encima de la mesa, al lado de los otros vasos de cristal vacíos. Se sentó en la misma posición anterior,

solo que algo más retirada.

—Tienes que haberte gastado una pasta en todas esas botellas. —Angela, introdujo una pajita roja dentro del vaso. Bebió después. No había cogido otra para él.

Scorpio observó cómo sus labios se cerraban en torno al fino tubo de plástico flexible. Su imaginación estaba adquiriendo matices peligrosos, se disparaba con cada nuevo sorbo de ron. No quería perder el control, aunque le costaba pensar con claridad. No permitiría que su comportamiento fuera como el de aquellos babosos, de los que conocía a varios. Los mismos que perseguían a una mujer como si del mayor triunfo se tratase. Él no lo necesitaba. Pero la necesitaba a ella.

—Me lo puedo permitir. No me supone mucho esfuerzo. —El hombre no solía presumir de lo que tenía, porque a la vista estaba, pero no había sido él quien había abordado el tema.

Angela encontró divertido el comentario y dejó escapar unas pequeñas carcajadas. Las comisuras de los labios de Annibal se curvaron hacia arriba y se preguntó qué era lo que le había hecho tanta gracia. La chica se fijó en que el rostro masculino cambiaba bastante cuando estaba serio a cuando sonreía. En cualquier caso, lo que no variaba era el grado en que lo encontraba irresistible. Se mordió el labio.

—¿Hay algo que te suponga algún esfuerzo? —Ella sonrió tras sorber por la pajita. Levantó una ceja, retándole a responder. En realidad, disfrutaba de aquella conversación. Disfrutaba de la compañía.

—Pues ahora mismo —comenzó diciendo el hombre; consultó su reloj, continuando con su interpretación—, a la una y cuarto de la noche, se me ocurren varias cosas. —Serio, escondía la que ocupaba el lugar central de su pensamiento.

—Seguro que no tantas.

Angela se inclinó un poco hacia delante. El escote se pronunció. Un nuevo silencio. Bebió antes de colocar el vaso encima de la mesa de cristal. Buscó a tientas en el sofá por su lado izquierdo y asió su bolso. Era pequeño y del mismo color que el vestido y los zapatos.

—Annibal... —Qué extraño le resultó pronunciar aquel nombre. Le pareció algo personal. Sintió un hormigueo ascender por su espalda—. ¿Me puedes decir dónde está el baño? —Una mirada más inocente que las últimas se alojó en sus ojos.

—Según sales de esta sala, por el pasillo por donde hemos venido hay una puerta a la derecha. Pasas y hay otro pasillo más pequeño. Entrás y, al fondo a la izquierda, la única puerta que hay allí —le explicó él, ayudándose de algunos gestos con las manos—. No vayas a perderte.

—Tranquilo, no lo haré —le aseguró la chica con una amplia sonrisa. Después se levantó y se dirigió a la salida. No le hacía falta contonearse para que sus andares resultaran sensuales.

Scorpio no fue el único que la miró marcharse.

Solo, el hombre dio un trago largo. Debía empezar a controlarse, ya llevaba encima unas cuantas copas bien cargadas. No le importaba la primera sensación del alcohol, e incluso le gustaba. Pero de ahí a empezar a actuar de formas de las que luego sabía que se arrepentiría, había un paso. Nunca estaba dispuesto a darlo.

Maldijo el momento que Angela había elegido para abandonar la sala. Si hubieran continuado con el juego, la conversación se habría desarrollado no solo con simples palabras. Su pretensión era retomarla cuando volviese. Ciertamente era que la interrupción había disipado el ambiente, pero creía que no sería muy complicado recuperarlo. Se acordó del contraste de luces y sombras azules

sobre el rostro de la chica. Annibal tensó la mandíbula.

No recordaba haberse encaprichado tanto de una mujer como aquella noche. Le desconcertaba. Por un lado, experimentaba una innegable atracción hacia la rubia; por el otro, no terminaba de asimilar las extrañas sensaciones ligadas. Entonces se preguntó si ella en realidad tendría más información acerca de él de la que le había proporcionado. Annibal torció el gesto. Era muy fácil que le llegaran las habladerías en aquel entorno, si es que no las había oído antes. Pero si se guiaba únicamente por Deborah como contacto, lo veía poco probable. Otra cosa no, pero la mujer con la que se acostaba sabía ser discreta. Tal vez le hubiese descrito como “un tío que maneja mucha pasta” o algo así. De cualquier modo, la morena no conocía ni la mitad de todo lo que él podía llegar a abarcar. Así continuaría siendo. Se quedó tranquilo.

Le duró cinco segundos.

Él no era un delincuente cualquiera. En ocasiones su nombre había aparecido en la prensa, por suerte no las suficientes. Y, que él supiera, nunca había formado parte de un titular. A lo mejor sí sabía quién era. Cambió la postura en el sofá, incómodo. Si no lo sabía, bien. Si lo sabía, también.

¿Pero qué le importaba a él? ¿Le importaba que le pudiese importar?

De pronto sintió que la paranoia estaba tomando dimensiones preocupantes. Analizó la situación con frialdad. Se trataba de una chica a la que apenas acababa de conocer, de la cual no sabía nada y con un cuerpo que no tenía nada que envidiar al de muchas que ya habían calentado su cama. ¿Qué la diferenciaba? Para empezar, despertaba en él un deseo demasiado intenso.

Miró el reloj. Hacía unos diez minutos que Angela se había marchado. Teniendo en cuenta la cantidad de gente que había en su casa esa noche, no era de extrañar.

La puerta se abrió. Alguien se adentró en aquel cuarto de luz azul. No pudo evitar que sus ojos corrieran involuntarios al encuentro de esa persona. Se decepcionó.

—¡Hola, Anni!

Al localizarle, Deborah ignoró las emociones envenenadas que le habían atacado al verle marcharse juntos. Tampoco hizo caso a la repetitiva reprimenda que recibía por emplear el diminutivo. Fingía ser la misma de siempre.

—¿Qué tal lo estás pasando? —preguntó la mujer tras sentarse con él en sofá. Claro que sabía lo fantásticamente bien que lo estaba pasando. ¿Qué clase de pregunta era aquella? Una que disimulaba las ganas de gritar, que encubría cuánto le importaba que hubiese elegido a otra. Otra que le había presentado ella.

—Bastante bien.

—Ya veo. —La morena sonrió. En esta ocasión, la forma de los labios no consiguió ocultar la falsedad.

—Has hecho bien trayendo a tu amiga.

—Joder, Annibal, córtate un poco. Me lo dices así, como si nada. —Sus dotes de actriz tenían un límite. Ya no hacía teatro. Estaba dolida de verdad.

—Deborah, ya sabes lo que hay. Siempre te lo he dejado claro. Esto es así. Un día echamos un polvo, otro día tú... —Apareció la sonrisa de medio lado en el rostro de Annibal mientras la miraba fijamente—. Que yo sepa, nunca te juré amor eterno. De hecho, nunca he usado esa palabra en lo que se refiere a ti y a mí.

Estaba cansado, harto de tener que aclararlo un día sí y otro también. No comprendía por qué era tan difícil de entender. Sabía que ella sentía algo más, pero nunca le dio falsas esperanzas.

Trataba de no hacer nada que le hiciese crear expectativas erróneas. No servía.

—Tu amiga me gusta. —La expresión que entonces apareció en la cara de la mujer le resultó algo cómica—. Y será mejor que no hagas algo de lo que te puedas arrepentir, que te conozco.

No sería la primera vez que la chica tratase de estropear lo que fuera que empezase con otra mujer. Él siempre la había perdonado, pero el límite de su corta paciencia se estaba desgastando. No toleraría que Deborah intentara controlar la situación una vez más.

—No voy a hacer nada —se defendió, pero lo había pensado—. Pero, si llego a saberlo, te aseguro que no la traigo.

Esconder sus sentimientos ya no formaba parte del plan. No hacía falta confesarlos abiertamente, nunca lo había hecho, pero quizás, solo quizás, así podría ablandar ese corazón que siempre estaba cerrado para ella. Pensó que ya tendría que estar acostumbrada, que la culpa era suya por mantener viva la esperanza. Seguiría conformándose con acostarse con él. No quería perder eso también.

—No seas cría —le reprochó Scorpio, seco. Le resultaba incómodo que la mujer se pusiera sentimental.

—Y tú no seas capullo —contestó Deborah. Tenía la suficiente confianza como para recriminarle ciertas cosas.

—¿A qué viene que vayas contando por ahí que tú y yo estamos saliendo?

—¿Yo? —se sorprendió la mujer. Pero enseguida supo que no debía fingir. ¿Quién si no? Contra todo pronóstico, las mejillas de la atrevida morena adquirieron un rubor inusual. Le vio levantar las cejas y supo que la farsa era absurda—. Bueno, tú y yo nos acostamos. Y como no lo haces con nadie más, supuse que podía...

—Que tú sepas —le interrumpió Annibal, tajante. Tenía razón, en ese momento solo estaba ella, pero debía cortarle las alas. Estaba lejos de considerar el sexo que tenían como algo más.

—Supuse que podía decirlo —prosiguió la morena, finalizando la frase. Hizo como si no le hubiera escuchado. Se sentía estúpida.

—La próxima vez no supongas nada. —Sus palabras eran duras, no guardaban ningún rastro de tacto o comprensión—. Lo que me sorprende es que te hayan creído. Y ya puedes levantarte y salir de aquí. Este sitio no es para ti.

—Puedes hacer lo que quieras.

—No lo dudes.

Deborah sabía que aquella era una guerra que no podía ganar. Sus intentos de quedar por encima solo le harían parecer más tonta de lo que ya se veía. Pensó que ese hombre era un condenado arrogante. A pesar de ello, no podría evitar que su corazón le anhelase. Se levantó y se alisó el vestido rojo demasiado corto. No quiso dedicarle una última mirada, no quería que viese cómo la impotencia acumulaba lágrimas en sus grandes ojos verdes.

Mientras se marchaba con la poca dignidad que le quedaba, Deborah se preguntó qué era lo que Annibal había visto en Angela. Con desprecio pensó que, por mucho envoltorio que tuviese, nunca le haría disfrutar tanto como ella. Se consideraba una fiera en la cama, así que tarde o temprano él la buscaría. O eso quería creer. Era su único consuelo, no podía darle otra cosa. Él no se dejaba. Y ella recibía su negativa como afilados cuchillos. ¿Qué podía hacer? Siempre le quedaría buscar otra persona, otro cuerpo masculino. Aquel con el que pudiese cerrar los ojos e imaginar que se echaba en los brazos del que denominaba “su hombre”. Nadie podía arrebatarse

sus fantasías.

Annibal observó cómo la morena se marchaba con su habitual balanceo de caderas. Indiferencia. No creía que le hubiese encontrado por casualidad, la había visto demasiado decidida. La misma determinación que empleaba para difundir estúpidos rumores. No podría mantener la mentira mucho más y supuso que, entre otras cosas, por eso estaba resentida. La conocía desde hacía más tiempo que a algunos de sus hombres. Ya eran muchos años. ¿Llegaba a la década? Pero eso no bastaba para dejar que campase a sus anchas. Los hombres no podían controlarle. Tampoco ella.

¿Dónde estaba Angela?

Se preguntó si no se habría valido de una excusa vulgar para escabullirse de su lado. De ser así, le habrían plantado por primera vez en su vida. O por lo menos de la vida que había construido.

Cerró los ojos. El ron corría por sus venas. Era placentero. La vio aparecer en cuanto los abrió.

Caminaba hacia él con paso firme. Ni un pelo más descolocado que otro. Era consciente de que se había convertido en el foco de atención bajo los rayos azules. Su semblante era serio, casi sin expresión. Hasta que le vio y sonrió.

Scorpio entonces se dio cuenta de que no recordaba la última vez que una mujer le sonreía así. No encontró ningún tipo de fin oculto en esos labios. Una sonrisa sincera. En contra de su voluntad, algo hormigüeo por su piel. Entonces él también sonrió, solo que de un modo menos explícito. Angela regresó a su lado. Se colocó el vestido, despacio.

—Me has mentido —soltó Annibal. Ya no sonreía. Había dedicado unos segundos para recorrer con los ojos el delicado rostro de la joven.

—¿Qué? ¿Mentirte?

La pilló desprevenida. No sabía si había hecho algo que le hubiese podido molestar. Milésimas de segundos bastaron para que los pensamientos la bombardearan. No quería que nada saliese mal. Annibal Scorpio le atraía, no podía negarlo.

—Dijiste que no te perderías. Estaba pensando en llamar a un equipo de rescate.

Las dudas de Angela se despejaron.

Los labios masculinos dibujaron otra sonrisa sutil. Era probable que esa noche estuviese sonriendo más que en las últimas semanas. En especial, que en los últimos días. Era muy fácil con el licor bañando sus células. Y con ella delante.

La joven se fijó en los pequeños hoyuelos que se aparecieron durante la breve expresión.

—¿Qué tonto eres! Me habías asustado —protestó Angela. Había fingido ofenderse y le dio un leve empujón en el pecho, echándole unos centímetros hacia detrás. Le escuchó reírse en voz baja —. No me he perdido. —Arqueó una ceja, pero estaba más tranquila—. Había una cola bastante larga, he estado un rato esperando. Debería haberlo previsto.

—Te habría dicho dónde están los demás cuartos de baño.

—Bueno, no me ha importado esperar. Además, así estiraba las piernas y me daba un poco el aire. No sé si lo notarás, pero aquí hace calor. —Comenzó a abanicarse con la mano. No había inocencia. El vodka liberaba sus ataduras. Le miró con fuerte intensidad.

—Eso tiene fácil solución. —Su expresión era igualmente penetrante.

—Tienes que dar ejemplo.

El calor ascendió por el cuello de Annibal y le golpeó en el rostro. La temperatura no solo era alta en el exterior.

Ambos estaban cayendo en la partida de un juego que podría terminar muy bien esa noche. La seguridad que el traficante tenía en sí mismo era férrea. El filamento invisible que unía la oscuridad de ambas pupilas desprendía chispas.

Annibal se incorporó lo justo como para quitarse la chaqueta del traje. Sobraba desde hacía bastante tiempo. La dejó en el respaldo del sofá, estirada. La camisa y la corbata, ambas negras, eran lo único que ahora cubría su torso. Bajo las mismas, se sugerían formas que el ojo no alcanzaba a ver y que, por un momento, ella había tenido la oportunidad de tocar.

La imaginación de Angela se liberó de sus cadenas. Sintió que debía detenerla. Se suponía que todo debía transcurrir más despacio. Pero Annibal lo había asumido hacía un rato. La mujer libraba una cruel batalla en su fuero interno. Luchaba contra el impulso de alargar la mano, tocarle una vez más. No entendía qué era lo que le estaba pasando.

Mentira.

Lo comprendía muy bien, pero no era fácil aceptarlo. Un burbujeo de vértigo ascendió por su garganta. Ese hombre le gustaba mucho. Pero no. Aquello no podía ser. Le acababa de conocer. No era propio de ella. Y, sin embargo, cada segundo la debilitaba más. ¿Cómo iba a haber adivinado, al entrar esa noche en aquella gran casa, que el mismísimo anfitrión iba a hacer añicos sus esquemas? Necesitaba ser fuerte. Debía ser fuerte. Tenía que...

—Parece que ha pasado un ángel —comentó Angela. Quería acallar el hilo de sus pensamientos. Notaba las mejillas calientes. La tensión le resultaba insoportable.

—Y ha decidido quedarse.

Las facciones de Annibal eran impenetrables.

El color rosado fue ganando terreno en el rostro de la rubia. Aquel juego de palabras con su nombre había estado peligrosamente cerca de desarmarla. Los ojos oscuros de Scorpio le quemaban la piel como si de fuego se tratasen. Cayó bajo el influjo de una dulce incomodidad. El control se resbalaba de entre sus dedos cual hebras de agua. Intuía que lo había perdido desde el mismo momento en que había decidido apostar por esas cartas. Había en él algo imprevisto, atrayente. Irresistible. Se mordió el labio inferior, prisionera de aquella trampa.

—¿Por qué haces esto? —Angela no pretendió que la pregunta escapara de sus labios. El raciocinio se había diluido entre las partículas que daban consistencia a los haces azules.

—¿Por qué hago el qué? —Responder con otra pregunta era algo frecuente en Scorpio. Había bajado la voz. Recortó distancia. El perfume de la mujer le llegó con una energía apabullante.

—Esto...

Las cuerdas vocales traicionaron a la rubia. Él se había acercado tanto que temía que pudiese escuchar sus pensamientos. Su corazón bombeaba sangre a la velocidad de la luz. El aroma masculino que le inundó las fosas nasales aflojó la tensión de sus músculos. Quería un remedio ante aquella locura. Era difícil de conseguir cuando el mayor obstáculo era ella misma.

—¿Esto?

La besó.

Fue como si se encontrasen bajo una tormenta eléctrica. Con los labios unidos, aquellos relámpagos invisibles se entrelazaban a sus fibras. El alcohol erotizaba sus mentes, tan ardientes como sus cuerpos. Se sentían flotar.

Annibal no cerró los ojos hasta que vio cómo ella lo hacía primero. Y eso era lo primero que la chica había hecho. Al saborear su boca suave, notó una gran fuerza dentro del pecho. Funcionaba como un imán. Contuvo sus instintos. Le supuso un esfuerzo hercúleo.

Para Angela, la habitación entera giraba en una espiral que empezaba en esa unión. No podía ser solo el vodka. Sentía que empezaría a temblar de un momento a otro. El deseo penetraba su voluntad con garfios candentes. Perdía dominio sobre su propio cuerpo. Sin darse cuenta, contrajo los dedos. Ahora eran puños. Fue un intento muy pobre de no agarrar la camisa negra que tenía en frente.

Él se separó. Pareció una eternidad recogida en el suspiro que ella reprimía. El hombre aún apoyaba las manos sobre los brazos pálidos de la mujer. Encontró brillo en aquellos ojos femeninos de maquillaje ahumado. La sonrisa no existía en el rostro de Annibal. Se había rodeado por una coraza que Angela no podía atravesar.

Ella giró el cuello hacia la derecha, despacio, y miró hacia abajo. No podía, sabía que no podía. Eso no estaba bien.

Deborah.

Ella misma.

Annibal Scorpio.

Al demonio.

El movimiento fue tan rápido que el chico no tuvo ocasión de reaccionar a tiempo. El cuerpo de Angela de pronto estaba unido al suyo. Se había acercado con tal ímpetu que le obligó a apoyar una mano detrás, en el sofá, para no perder el equilibrio. La rubia cerró la mano derecha en torno a la corbata. Le atrajo hacia ella. Agarró su cabello oscuro a la altura de la nuca con la zurda. Hizo que se fundieran sus labios una vez más, abriéndose paso entre ellos con la lengua. Annibal se recostó contra uno de los reposabrazos acolchados. La arrastró con él.

Ninguno de los dos supo que habían despertado el interés de aquellos con quienes compartían sala.

Annibal la estrechó entre sus brazos, todavía era posible sentirla más cerca. La redondez de sus pechos cayó sobre el suyo. La camisa y el vestido resultaban tan molestos... Al igual que el pantalón del traje. La melena lisa de Angela se balanceó y le rozó un lateral de la cara y el cuello. Le erizó la piel. Ambas lenguas batallaban en un pulso húmedo y acompasado. La música ambiental repetitiva guiaba los latidos.

Se fueron quedando solos. Los acompañantes indeseados estaban teniendo la deferencia de abandonar la estancia. Pensaban que no era muy inteligente interrumpir al dueño en su propia casa. Ninguno de los dos escuchó el sonido cuando el último cerró la puerta. Tampoco imaginaron que, como era de esperar, era probable que se convirtieran en el centro de los chismes de los borrachos. Era un diminuto precio a pagar.

Los dedos finos de Angela buscaron los recovecos del nudo de la corbata. Comenzó a desatarlo. Bastante sencillo, demasiado excitante. Él se dejó. Cerró los ojos al sentir los roces en la piel, que continuaron cuando ella se trasladó a los botones de la camisa negra. Uno por uno. Sin pausa. Sin prisa. Mientras liberaba el primero, le atrapó en el interior de sus ojos. La chica captaba el ritmo de la respiración bajo las manos y registraba todo aquel proceso en los mecanismos de su memoria. Era muy consciente de sus acciones. El último botón dejó el torso de Annibal al descubierto. Ella le colocó la mano a la altura del ombligo. Sintió el calor que

desprendía. Despacio, la fue subiendo. El rastro delicado que sus dedos dejaban al reptar estremecía al hombre. Parecían serpientes.

Scorpio no podía separar su boca de esos labios. No quería hacerlo. Angela tampoco era capaz de romper el contacto con la piel tersa del abdomen masculino, y perdía la punta de sus dedos por cada surco que encontraba. Se deleitaba con aquel cuerpo. Annibal acariciaba el de la chica con avidez, como si no pudiese abarcar tanto en tan poco tiempo. Exploraba sus piernas suaves, torneadas. Se aventuró por su cintura, en la pronunciada curva. Se abandonaba ante el tacto de sus pechos. No encontró resistencia. Y volvió a bajar los párpados cuando notó a Angela sobre su cuello, besándole, mordidiéndole. Entonces él se detuvo, cayendo a su merced. Entreabrió los labios cuando una de esas manos sutiles descendió hasta que se topó con el pantalón. La mandíbula de Annibal quedó en tensión.

La rubia jugueteaba con la cremallera entre sus dedos e intuyó lo que encontraría debajo. Podía sentirlo. Le buscó con los ojos. Él tenía la cabeza hacia atrás y la rigidez marcaba los músculos de su cuello, de su pecho, de su abdomen. Angela recibió una corriente de excitación. Se olvidó de todo lo demás. Tiró de la cremallera hacia abajo. Buscó el botón y, a tientas, lo encontró.

La ensoñación se rompió en pedazos.

Se separaron ante el ruido súbito. Giraron la cabeza hacia la procedencia. ¿Qué demonios había sido eso?

Scorpio vislumbró la puerta abriéndose. Profirió un insulto que se perdió entre las notas musicales demasiado altas. Su carácter le advertía de que estaba a punto de ponerse de muy mal humor. ¿Quién se atrevía a molestarles? A su lado, Angela estaba desconcertada. Rápidamente se colocó un mechón de cabello de trigo detrás de la oreja. Pudieron distinguir una silueta.

—No me jodas, Lobo —exclamó el jefe. Resopló. Cayó en la cuenta de que su camisa estaba abierta y de que probablemente se veía despeinado. Carecía de importancia. Precisaba de una maldita excusa—. ¿Qué coño quieres?

—Te estaba buscando, Annibal.

El Lobo entendía que su presencia no era bienvenida. No le había quedado alternativa. Tan solo miraba a su amigo. No era incumbencia de aquella chica.

—Si te fijas bien, estoy ocupado.

La voz del traficante emergió con tal sequedad que incluso Angela se cohibió. Annibal la miró por el rabillo del ojo y vio que se mantenía ocupada creando tirabuzones rubios entre los dedos. No la culpaba del corte que sin duda debía de estar sintiendo. No era para menos. Si el Lobo hubiese llegado unos minutos más tarde, imposible adivinar cuántos, quizás se hubiese encontrado con algo más embarazoso para todos.

—Es importante. —El Lobo recalcó las palabras. Se mostraba impaciente.

Las facciones de Annibal se endurecieron. Rafael no solía mostrarse impulsivo, al contrario. Supo que no podía eludir el encuentro. Antes de levantarse del sofá, volvió a fijarse en la joven. Casi se disculpó en silencio. Ella le dedicó una sonrisa tímida que maquillaba la incomodidad.

El anfitrión caminó hacia el Lobo, sabía que él no se acercaría. No se molestó en abrocharse la camisa, aunque sí la cremallera del pantalón. Esperaba que terminara rápido, no tenía pensado quedarse a medias.

—Venga, sorpréndeme.

Rafael se acercó al oído de su jefe. Los sucesos se sucedieron uno tras otro. El volumen era bajo. A medida que el hombre avanzaba en su corto relato, el rostro de Scorpio iba perdiendo color y expresión. Un bofetón de realidad hizo que los efectos del alcohol se volatizaran de su sistema nervioso. Notó como si un pesado bloque de hormigón se precipitara sobre él, machacándole contra el suelo.

Capítulo 15

Saber lo que se iba a encontrar no bastó. Su primera reacción al situarse delante había sido de quietud absoluta. Parálisis. La mano derecha de Annibal descansaba apoyada en su cadera con los nudillos mientras que la izquierda, en un puño, le tapaba la boca. La gravedad de su expresión era extrema. Aquel espectáculo macabro había atrapado su atención, como si no pudiera dejar de mirarlo.

Como si de pronto fuese de piedra.

Su mente había caído víctima del estancamiento. La única diferencia entre él y una estatua radicaba en la respiración. La lógica no le permitía comprender cómo era posible que tuviese que enfrentarse a eso una vez más. La conmoción impedía que emociones tales como la indignación, la ira, la rabia o la impotencia acudieran a él. Todavía. La engañosa calma que precede a las tormentas.

—Iba a meterme a la habitación con Beverly. Llamé a la puerta y nadie contestaba, supuse que estaba vacía. Le dije que esperase en la puerta hasta que le confirmase que se podía pasar, no fuera a ser que estuviese ocupada y...

Larry Greenwich hablaba con voz trémula, inseguro y asustado. Él había sido el autor del hallazgo. No solo tenía el estómago encogido, sino que desconfiaba de su jefe. No sabía hasta qué punto podía pagarlo con él. Tragó saliva. El recorrido de su nuez fue visible.

—¿Le vio? —le interrumpió Annibal. Su rostro era gélido. Su tono desprendía agujas de hielo.

—¿Quién? —preguntó Larry, precavido. Lo que veía en Scorpio hizo que sus nervios zozobrarán.

—La chica. Dime, ¿le vio?

—No, jefe. Beverly se quedó fuera y me preguntó cuando salí. Yo le dije que había dos montándoselo en el baño de la habitación.

El sudor empapaba el cuello de la camisa rosa pálido de Greenwich. Se alegraba mucho de que aquella fuese la versión real. No quería ni imaginarse qué habría ocurrido si su amante le hubiese seguido al interior del ese dormitorio. Le habrían ordenado quitarla de en medio. Larry recordó la reunión que había tenido lugar hacía una semana. El jefe, y todos en general, mantenían una actitud tajante ante las irregularidades de las últimas semanas.

—Bien. Greenwich, sal fuera. Ponte en la puerta y no dejes que nadie entre aquí bajo ningún concepto, ¿de acuerdo? Si alguien te pregunta, estoy yo dentro. Debería bastar. Echaremos el cerrojo de todas formas. No quiero que te muevas de la puerta, ¿entendido? Repito, bajo ningún concepto —ordenó Scorpio en voz baja—. Tampoco le comentes nada a nadie. Como te vayas de la lengua, el siguiente serás tú.

Annibal no era muy partidario de amenazar a sus hombres. En circunstancias normales le provocaba cierto rechazo. Sin embargo, y una vez más, no había nada de normalidad allí. No podía dejar que se corriera la voz y cundiese el pánico. Las consecuencias del miedo colectivo podrían ser catastróficas. Y no solo eso. Su reputación se vería dañada, sus negocios resentidos.

No. Debía mantener la situación bajo control.

Larry obedeció, aliviado. Todavía le temblaban las piernas. Salió y se apoyó en la pared, a un lado de la puerta. Escuchó el golpe brusco del cerrojo desde dentro. Teniendo en cuenta lo que esa habitación escondía en su interior, le pareció un sonido macabro. La piel de los brazos se le erizó con violencia bajo las mangas de la camisa rosada.

El mutismo era denso. Scorpio no había cambiado de posición en ningún momento. Fue el Lobo quien se encargó de atrancar la puerta. Aquello era lo último que habían esperado que sucediera aquella noche.

Annibal repasó una vez más la escena de arriba a abajo.

Unos ojos cuyo azul se asemejaba a las aguas caribeñas se clavaban vidriosos en el techo. Un corto e impecable cabello excesivamente rubio contrastaba con la colcha de color gris oscuro de la cama. La boca entreabierta jamás volvería cerrarse por voluntad propia. La piel siempre había sido blanca, demasiado, pero ahora la palidez se acentuaba por el inconfundible rastro de la muerte. Las ropas impecables no presentaban ninguna arruga, los zapatos pulcros no dejaban adivinar suciedad. Pero no había elegancia en aquella demostración de la maldad humana. La posición del cuerpo sobre el colchón, si bien no llegaba a resultar grotesca, era forzada, antinatural. La cabeza descansaba recta en la almohada mullida. Un disparo rompía la armonía de la frente nívea. Ríos de sangre oscura surcaban la tez inanimada.

Hans Schneider había sido asesinado.

Scorpio necesitó varios segundos para despertar del estado de incredulidad en el que se había sumido. Caminó hasta el cuerpo de Hans. Era la primera vez que veía el cadáver de uno de los suyos en lo que se refería a esa siniestra cadena de asesinatos. No hacía falta debatir siquiera si el autor era el mismo que en los casos anteriores. Era obvio que sí. Pero no era el muerto en sí lo que le dejaba esa sensación desagradable. Al menos en parte.

Cuando se hubo aproximado lo suficiente, se detuvo para examinar con detalle la herida de bala. A simple vista parecía obvio que había sido la causa de la muerte. La piel que rodeaba el agujero se apreciaba chamuscada. Le habían atacado a quemarropa. Y, además de Greenwich, nadie parecía haberse percatado de nada. No se había dado ningún revuelo. Tal vez la música hubiese influido pero la hipótesis que tuvo más fuerza para Scorpio fue la del uso de un silenciador. Premeditación.

El crimen había tenido lugar allí, en su fiesta. En su terreno. Mientras Schneider perdía la vida, en la planta baja la gente había estado bebiendo, charlando, ligando. Divirtiéndose.

Maldito hijo de puta.

Afloraron los primeros signos de pérdida de consistencia en la calma de Scorpio. Control, necesitaba control. *Uno, dos, tres... Diez... Quince... Veinte...* Todavía contemplaba el cuerpo. Entonces reparó en el rictus de Hans. Sintió un picotazo en el estómago al distinguir una mezcla de sorpresa y miedo en la mueca. Colocó, sin ningún pudor, la mano sobre la del hombre desafortunado. Aún no había perdido el calor. No hacía mucho que Schneider todavía respiraba.

—En mi casa. En mi propia casa —masculló junto a Hans.

Rabia. Rabia contenida que no podía permitirse liberar. Scorpio solía levantar la voz cuando se enfadaba, empleando palabras malsonantes en la mayoría de los casos. Si no era así, significaba que se encontraba cerca del límite. Las comisuras de los labios del chico se inclinaron hacia abajo. El rostro muerto hacía que no pudiera mirar hacia otro lado.

—No lo entiendo. No puedo entenderlo. —El Lobo estaba tan desorientado como él.

—No sé para qué coño pago a esos cabrones de seguridad —soltó Scorpio. Se puso de pie y avanzó hasta Rafael. Sentía el fuego de la ira avivarse en sus entrañas. Despediría a esos tipos a base de golpes si era necesario. No se podían cometer tales errores de vigilancia, y menos si trabajaban para alguien con su categoría.

—Las cámaras han tenido que recoger algún movimiento, por pequeño que sea. Hay que comprobarlas.

—Las cámaras nos mostrarán algo siempre y cuando el hijo de puta haya pasado por los lugares de la casa donde están instaladas y operativas. No hay cámaras en las habitaciones.

Annibal estaba empezando a enfurecerse. Tenía que haber puesto cámaras por todas partes. ¿Cómo no se le había ocurrido que podía pasar algo así? ¡A la mierda la privacidad! Le había costado la vida a uno de sus hombres. A uno de sus amigos. Tuvo que pegar las manos a su cuerpo para evitar que temblaran de rabia.

—Alguna habrá grabado imágenes de las escaleras. No hay otra manera de subir aquí —insistió el Lobo.

—No hay ninguna cámara que apunte directamente a las escaleras. Sí al salón. Pero hay demasiada gente. Teniendo en cuenta que por donde acaba la visión de la cámara se puede acceder a otros sitios además de a las escaleras, podría haber sido cualquiera. Suponiendo que se distinga algo. —Los objetivos grababan en alta resolución, pero temía que no fuese suficiente—. O tal vez entró por la ventana, qué cojones sé. Tenía que haberlo previsto. Con todo lo que está pasando, tenía que haberlo previsto. Joder. Pensé que con los putos seguratas y algunas cámaras sería más que suficiente. Pero soy gilipollas. Es que soy gilipollas. —Annibal hablaba más para él mismo que para su oyente. Sin darse cuenta, levantó el volumen de las últimas frases.

—Podrías haber sido tú el muerto esta noche —afirmó Rafael, sombrío.

—No, Lobo. Ha entrado en esta casa sabiendo que es mía. Si me hubiese querido matar, yo no estaría hablando contigo ahora.

Le recorrió un sudor frío. ¿Por qué ese malnacido no había acabado con él? No sabía quién era ni qué pretendía con todo aquello. Si había sabido sortear las medidas de seguridad, bien podría haberle matado. Pero había elegido a Hans. ¿Por qué a Hans? La burla parecía muy clara. ¿Qué clase de mensaje era ese? No podía interpretarlo si desconocía al autor.

Cerró los párpados. Inspiró despacio. Preso de una gran impotencia, la notó ascender por la garganta. Quería romper, destrozar, gritar. Quería coger al desgraciado y matarlo a golpes con sus propias manos. Los nervios se abrían paso a pisotones a través de la templanza. Si no los conseguía dominar, serían más fuertes que él. No se lo podía permitir. Buscó al Lobo de nuevo. No dejaría que su mente actuara con independencia de la racionalidad. No le haría ningún bien.

—¿Pero cómo coño ibas a saber lo que ocurriría? ¿Cómo ibas a pensar que el tío se iba a meter en tu casa e iba a matar a Hans? ¿Cómo íbamos nadie a saberlo, joder? —inquirió el Lobo. Le conocía desde hacía muchos años e intuía lo que podría estar pasando por su cabeza, incluso cuando apenas lo manifestaba.

—¿Te das cuenta de lo que ha ocurrido? ¿Que han matado a Hans delante de nuestras propias narices? —repitió. Solo retuvo una parte de lo que había escuchado—. Nadie puede enterarse de esto y muchísimo menos la policía. Como se sepa, nuestra imagen va a perder fuerza. Mi imagen. —En ese momento no podía hacer caso a la ética con respecto a Schneider; a fin de cuentas, el

que seguía vivo era él—. En los demás asesinatos yo no estaba presente. Este ha ocurrido en mi puta cara. —Se llevó la mano derecha a la frente, masajeándola mientras volvía a cerrar los ojos—. Me preocupa que Greenwich se vaya de la lengua.

—No lo hará.

—Más le vale.

Ambos hombres enumeraron después las posibles hipótesis acerca de la nueva y maldita muerte. Otra vez hipótesis. Scorpio estaba hasta los cojones de hipótesis.

Fingir que la pérdida no les afectaba era una tontería absoluta. Claro que les dolía. No solo habían estado unidos a Schneider por temas profesionales. Había sido, con un año menos que Annibal, el más joven de los hombres que constituían su círculo más cercano. Pero no era el momento de dejarse llevar por los sentimientos. Tan solo entorpecerían. Hablaron del silenciador y del disparo a tan corta distancia, de la temperatura del cuerpo, de la postura en la cama, de toda la sangre derramada. No importaba. No era suficiente. Les resultaba imposible averiguar algo acerca de la identidad del culpable, no lograban unir detalles con las muertes anteriores.

Era desesperante. La gran concurrencia en la casa no ayudaba.

—Hay algo que no me cuadra —dijo de pronto Scorpio. Frunció el ceño. Se dio la vuelta para quedar de espaldas al Lobo y de frente al triste ocupante de la cama. Anduvo despacio en dirección al cadáver, entornando los ojos—. Sé que el autor es el mismo, pero este no es el procedimiento habitual. Solo ha matado a uno. —Hablabla tan bajo que su compañero tuvo que esforzarse en escucharle.

—También mató a uno en el caso de Jay —le recordó Rafael.

—Pero iba a por vosotros dos. No estaba planeado que escaparas.

—La estrella —susurró el Lobo. La herida de su brazo izquierdo parecía llamarle a gritos.

—Joder.

—Además del disparo, Hans no tiene heridas que le hayan causado la muerte. A juzgar por toda esa sangre, probablemente estaba vivo cuando le dispararon. Fue lo que le mató. ¿Qué necesidad habría entonces de clavarle eso una vez muerto? Y de haber sido así, estaría en un lugar visible para que la encontráramos. Pero no hay nada.

El razonamiento del Lobo parecía tan obvio que escocía no haberse dado cuenta antes. La experiencia era su guía. Con todo, no conseguía deshacerse de la impresión de que se les escapaba algo. Para empezar, la localización de la estrella metálica. A simple vista, no había ni rastro del siniestro ritual del asesino. ¿No era eso, un ritual? Rafael dudó. ¿Y si no fuese el mismo autor? Era algo que no habían contemplado. Lo único de lo que disponían era de un tiro en la cabeza. Nada más.

Scorpio resopló. Se estaba agobiando. No era capaz de entender nada acerca de esa oleada de crímenes.

¿Qué pasó, Hans?

Jamás le respondería. Se fijó en sus ojos, cada vez más espesos. El proceso de corrupción era implacable, incluso habiendo transcurrido tan poco desde la muerte. No era temor lo que experimentaba ante aquella mirada muerta. Había visto demasiados cadáveres a lo largo de su vida como para que otro más le acobardase. Esa era una meta demasiado ambiciosa para el atacante fantasma. Annibal apretó los dientes. Se dijo que jamás nadie iba a someterle. Ni su orgullo ni todo lo que había conseguido se lo permitirían.

Quedarse allí era absurdo. No encontrarían nada más. Y, si pudieran hacerlo, sus intelectos ahora densos no podrían trabajar demasiado. Lo que menos necesitaban era que alguien les echara en falta y se dedicara a hacer preguntas, a buscarles. No querían atraer la atención hacia esa habitación. Aquella casa, su casa, había dejado de resultar segura esa noche. ¿Seguiría el asesino entre toda aquella gente? La sola posibilidad hacía que su autocontrol tambalease.

Pensó en darse media vuelta, bajar las escaleras e ir anunciando el final de la fiesta. Una cosa era aparentar normalidad y otra muy distinta seguir la celebración con el cuerpo de Hans todavía presente.

Le dedicó una última mirada. Era inevitable fijarse en la cantidad de sangre que cubría al pobre hombre. Recorrió el rastro con los ojos. Y se detuvo en un punto. La camisa azul marino de Schneider. En concreto, en la piel que escondía debajo. Algo casi imperceptible había absorbido su atención. Bajo la mirada vigilante del Lobo, Annibal regresó al cuerpo. Alargó los brazos y empezó a desabrocharle los botones de la camisa. Si no tenía cuidado, impregnaría sus dedos de sangre. Estaba tan concentrado que al final no pudo evitarlo. Poco a poco iba dejando al descubierto el pecho cadavérico del hombre rubio. Con una punzada de negra satisfacción, confirmó que no habían terminado. No se habían dado cuenta antes, la sangre había logrado un espléndido trabajo de camuflaje. Tras el último botón, separó los dos extremos de la tela. La parte superior del cuerpo de Hans quedó al descubierto.

Demasiada imaginación. No para el asesino. Aquella obra ponía de manifiesto la mente fría, congelada hasta lo patológico, de su autor. Era inteligente. Original. Tenía recursos. Había continuado con su trabajo y había salido victorioso. Un mórbido calculador. Por supuesto, no podía faltar su firma. Era su creación y debía ser reconocida como tal. El arma arrojada habría sido absurda. Les había regalado algo más acorde a las circunstancias.

La música vaga que les llegaba a través de las paredes conformaba la banda sonora. Siniestro. Ambos hombres observaban en silencio lo que se asemejaba a unos caminos trazados sobre terreno nevado. Cortes a base de cuchilla que habían sido tallados a conciencia. Líneas hundidas y oscuras. El lienzo, carne muerta. El pigmento, sangre. Dos rectas y dos curvas bosquejaban la composición perfecta.

Voilà.

Ahí estaba, observándoles desde las tinieblas de la muerte.

Trece.

Capítulo 16

Después de que el hombre tuviese que marcharse, Angela había esperado un cuarto de hora en la sala de iluminación azulada. Decidió salir al ver que no regresaba. Dejó atrás el sofá que les había acogido en la intimidad. Una cercanía arrolladora. No había querido preguntarle qué era lo que tan urgentemente le reclamaba. A pesar de las altas temperaturas, le había dejado marchar sin más.

Una vez fuera, buscó a las chicas que la habían acompañado desde el comienzo de la noche. Las encontró con relativa facilidad. Para su sorpresa, ninguna había cambiado la forma de comportarse con respecto a ella. Ninguna a excepción de Deborah, que la miraba como si fuese a lanzarse a su yugular en cualquier momento. No podía reprochárselo. No iba a preocuparse por algo tan nimio como el recelo de su amiga. Aunque ya no tenía muy claro si, tras lo ocurrido, podía denominarla como tal. Le había mentido.

Las chicas se estaban mostrando muy interesadas en la historia que había detrás de su ausencia. La voz había corrido como la pólvora y sabían que se había perdido con el dueño de la casa. No daría detalles, a nadie le importaban. Se sentía abrumada ante los recuerdos que rezumaban erotismo. Ahora tan solo parecían un sueño propiciado por el alcohol.

Su lado más sensato le reprochaba que hubiese cedido a los impulsos. Le recordaba que tenía que tener cuidado, aquel no era su ambiente. Sin embargo, el sabor de los labios de Annibal se entrometía en cualquier tipo de tendencia racional. Se descubrió lanzando miradas furtivas a su alrededor, buscándole. Sacudió la cabeza. ¿Acaso tenía quince años?

Alguien la agarró del brazo. Dio un respingo. Notó un cosquilleo en el estómago al comprobar que era él. Ni siquiera hizo caso del murmullo que creció entre las chicas. Sin pronunciar palabra, y con el corazón latiendo a un ritmo que no debía, se dejó guiar a un lugar más apartado. Angela necesitaba beber algo.

Vio que Annibal tenía cara de pocos amigos. O más bien de ninguno.

—¿Estás bien? —preguntó la joven. Se arrepintió al momento. La confianza era muy baja, no creía que fuera a responderle con franqueza. La expresión que veía en él era tan diferente a la del cuarto azul que se preguntó cómo podía tratarse de la misma persona.

—Me ha surgido un imprevisto —le explicó Scorpio. Su voz salió más grave de lo normal. La nueva situación no le hacía olvidar lo que habían estado haciendo. Lo que habían estado a punto de hacer. Parecía haber ocurrido hacía siglos.

—Espero que no sea grave —dijo Angela, cautelosa. No sabía qué hacer. *Estúpida*, se dijo. Las facciones del hombre eran sombrías. ¿Cómo se le había ocurrido decir eso? Se encogió de hombros. No era quién para fingir una complicidad que se había quedado sobre la mesa de cristal frente al sofá.

—No te preocupes, no es nada. —Annibal estaba tan acostumbrado a encubrir sus emociones que la mentira fluyó con naturalidad. Consideró muy egoísta pensar en cómo habría pasado la noche con ella mientras Hans yacía muerto en la planta de arriba. Tenía ganas de mandar todo a la

mierda—. Angela. —Alzó la mano derecha hacia ella y la apoyó en su hombro. Notó la suavidad de la piel como si de crueldad se tratase—. Lo de esta noche... estaba siendo muy bueno. —No hablaba en voz alta, no podía. El efecto del alcohol ya no le nublabla la mente, sabía muy bien lo que decía. Aunque no consideraba que hubiese sentimientos de por medio, nunca se le había dado bien expresarse en el ámbito personal. Y, sobre todo, no le gustaban las tareas pendientes—. No quiero dejarlo aquí. Pero hoy no puede ser.

—Entiendo. —Ella sonrió. Sus ojos no acompañaban.

—Lo siento —se disculpó Annibal. Tal justificación era impropia de él, normalmente no se habría molestado. Pero creía que se lo debía. Tal vez. Su mente blasfemó mientras mantenía la imagen externa inalterable.

Silencio.

Música. Conversaciones ininteligibles.

—¿Volveré a verte? —Tan solo había sido un impulso, pero Angela no había sido capaz de reprimirlo.

Annibal no respondió. Una minúscula sonrisa apareció en sus labios. Ella lo consideró suficiente para contestar a la pregunta, al igual que para romper la extraña calma que la envolvía. De pronto descubrió que los ojos oscuros del chico guardaban negrura.

Silencio.

Música. Conversaciones ininteligibles.

Scorpio se dio la vuelta. No tenía ni tiempo ni interés en dedicarle unas palabras de despedida a las chicas que le observaban desde la distancia. Antes de permitirse el lujo de que la sangre hirviera dentro de sus venas, destinó un último pensamiento hacia Angela.

Por supuesto que volvería a verle.

No fue una sorpresa confirmar que la noticia de la muerte de Schneider no había salido de la habitación que guardaba su cadáver. Se esforzaba en mantener un aspecto despreocupado. ¿No se suponía que una fiesta era un evento agradable? Se mostraba seguro de sí mismo. Pero nada más lejos de la realidad.

Su reloj marcaba pocos minutos después de las tres de la madrugada. Cruzó el amplio salón con decisión en su afán de llegar al cuarto de seguridad. Allí permanecían instalados los distintos monitores que recogían las imágenes de las cámaras. Allí guardaba las grabaciones. Durante el trayecto, se había visto obligado a detenerse unos breves segundos. Si le hablaban, tenía que responder. De él dependía que todo continuase como se suponía que debía.

Cuando por fin llegó a su destino, cerró la puerta y echó el cerrojo. No quería interrupciones, no toleraría ninguna clase de estorbo. Rápido, se dispuso a buscar el área que correspondía a la cámara correcta, a la que apuntaba al lugar por donde se accedía a las escaleras. En realidad, no tenía muchas esperanzas de encontrar algo concluyente. Veía mucha gente. Demasiada. Encontrar a alguien en concreto que pudiese parecer sospechoso no sería tarea fácil. Un vistazo rápido no bastaría.

No se planteó mirar las demás cámaras. Ni siquiera sabía lo que estaba buscando.

Nada.

Aparecían muchas personas en la grabación, incluso varias veces. Hallar una aguja en un pajar habría sido más simple. Suspiró. Adelantaba y retrocedía la reproducción a su antojo. Manejar el tiempo no le servía de mucho si no era en la vida real.

No podía olvidar el crimen. Cuando conseguía apartarlo de su mente, enseguida regresaba. Había cerrado esa habitación con llave. Nunca había estado más satisfecho con la instalación de cerraduras en la mayoría de las puertas de su casa. Esto había simplificado la estrategia. Se alegraba de no haber tenido que colocar a Larry Greenwich en la puerta. Habría sido un comportamiento demasiado artificial y sospechoso.

El Lobo, por su parte, se estaba encargando de rastrear cualquier cosa que considerase fuera de lugar. No tenía que preocuparse por los métodos de Rafael. Si alguien sabía hacer bien su trabajo, era él. Más tarde intercambiarían impresiones. Mucho se temía Scorpio que no tendrían nada nuevo que contarse.

Repitió el visionado del vídeo. Permanecía sentado en un sillón negro reclinable, pero no conseguía estar cómodo. Le dio al *play*. Se dijo que podía mantenerse tranquilo y durante un instante se lo creyó. Pero no podía engañarse a sí mismo. Alguien le seguía los pasos, actuando con eficacia a la hora de dar los suyos. ¿Cómo podía estar tranquilo ante eso? Jamás se había visto envuelto en nada semejante. Y su estilo de vida era peligroso.

Por enésima vez, la pantalla le mostraba un continuo ir y venir de gente. Hombres, mujeres. Conocía a la mayoría. Ningún movimiento delator, nada. Volvió a adelantar las imágenes hasta llegar a lo que podía ser el inicio del período de tiempo exacto, aquel en el que habrían matado a Schneider. Si esa franja horaria no le daba información válida, no tendría forma de saber si de verdad tenía ante sí las imágenes correctas. El brillo del monitor se reflejaba en sus ojos impotentes. Bien podría estar viendo al asesino sin reconocerle.

Rememoró las palabras del Lobo. ¿Por qué no había ido a por él? ¿Qué demonios frenaba a aquel cabrón? Lo único que se le ocurría era que disfrutaba viendo la destrucción de su entorno. ¿Llegaría el día en el que le atacase directamente? Creyó que entonces su muerte ocuparía ciertos titulares en la prensa. ¿Y si en realidad le buscaba a él y, ante tanta gente, había elegido la vía más fácil? Durante el momento del asesinato no había estado accesible precisamente. Y el resto del tiempo no había estado solo. En lugar de disipar dudas, sus nuevas ideas le confundían más.

Le dolía la cabeza. Insistía con la misma secuencia una y otra vez. Se estaba comportando de forma obsesiva. Había llegado a aprenderse de memoria ese tramo concreto. Fuera, la celebración continuaba. Los había que habían comenzado a marcharse. Annibal era ajeno a ello.

Las tres y veinte. Solo habían transcurrido veinte minutos desde que decidiese ponerse con la grabación. Le había parecido una hora. Acercó la mano derecha a la cara y apretó sus párpados con dos dedos. Le escocían los ojos. Sentía pegajoso el interior del cerebro. Profirió un insulto en voz alta.

Golpearon la puerta. Se sobresaltó. Inspiró hondo. Estaba bastante cerca de perder los estribos. Tenía que evitarlo. Había perdido la cuenta de las veces que le había ocurrido esa noche.

—Annibal, abre. Soy yo.

La voz del Lobo le hacía inconfundible. Scorpio se levantó, desatrancó la traba metálica y abrió la puerta. Rafael fue capaz de adivinar el cansancio en el rostro de su amigo. Le pareció que llevaba dos días sin dormir. No dijo nada, tan solo atravesó el umbral y le acompañó hacia los monitores. Annibal había corrido el cerrojo otra vez. El Lobo se hizo con otra silla y se sentó a la derecha.

—¿Y bien? —le apremió el más joven.

—Nada. Nadie parece haberse enterado de lo que ha pasado.

—¿Nadie?

—No.

—Ya.

Otra pérdida de tiempo. Annibal resopló. Le explicó al hombre de la coleta que tampoco él había sacado nada en claro. Se veía como dos tontos jugando a los detectives. Quizá la mejor opción era volver con los invitados que quedaban, aún bastantes, y fingir que todo iba bien. Se sentía agotado. Le dieron ganas de echar de allí a todo el mundo, acostarse y no levantarse en tres días.

Ambos se pusieron en pie y salieron. El propietario de la casa cerró la puerta con llave.

—Scorpio, por fin le encuentro. —La aparición de Thomas Leicester fue inesperada—. Si no fuera porque es su casa, habría pensado que se había escapado a algún otro lugar.

—Estaba distraído. Ya me entiende —mintió. Se había olvidado de ese hombre.

Aquel había sido el típico comentario al que debía seguir un guiño o una sonrisa. Ni lo uno ni lo otro. Luego pensó que no podía permitir que su nuevo socio sospechara algo. Tendría que fingir. Otra vez. Reprimió su malestar.

—Qué cabrón. Le he visto con la rubia. Vaya bombón. No pierde el tiempo, ¿eh? —Thomas tenía la lengua más suelta que en su primera conversación. Los estragos de la bebida.

—Intento aprovecharlo —contestó Annibal, casi sonriendo. Pero no quería hablar de mujeres. No quería hablar de nada. Estaba incómodo. Quería que todo el mundo desapareciera.

—Ya veo. ¿Qué tal es? Esa chica tiene que valer cualquier cantidad que pida —dijo Thomas entre risas.

—No es puta —espetó Scorpio. Su rostro se ensombreció—. Y lo único que usted compartirá conmigo será lo que tenga que ver con el acuerdo firmado.

—Vaya. Lo siento, Annibal. No sabía que se lo tomaría tan mal —se disculpó, cortado. El rubor acudió a sus mejillas al instante. Scorpio asintió. Borracho o no, Leicester sabía que no le convenía tener ninguna clase de problema con ese hombre—. En fin. Solo venía a despedirme. Me marchó. Si no aparezco por casa, mi mujer se va a mosquear mucho. Ya nos veremos. Hablamos a partir del martes. Creo que todos los papeles estarán listos para entonces.

—De acuerdo.

—Hasta luego.

Ambos hombres se estrecharon la mano. Thomas Leicester no quiso alargar la despedida, su socio se había vuelto parco en palabras. Se culpó, había pecado de confianza al hacer alusión a esa chica. Decidió que actuaría como si no hubiese pasado. Esperaba que el otro no continuara molesto en la próxima reunión. De todas formas, era bien sabido que el alcohol afecta a la memoria. A lo mejor tendría la suerte de no acordarse de nada. Y si no, fingiría lo contrario.

Cuando Annibal vio que el ejecutivo desaparecía por la puerta de entrada acompañado de otros hombres, notó alivio. El tipo le caía mejor cuando solo hablaban de negocios.

Sus pasos le movieron por el salón. Vio que el Lobo había empezado a indicar a la gente de forma sutil que aquello estaba terminando. No se tardó mucho en captar la indirecta. Ese tipo de fiestas solían durar más, incluso a veces eran los propios invitados los que ponían la hora de cierre. No esta vez.

Poco a poco, la casa se fue quedando vacía. No debía quedar nadie. Scorpio se sentó en el sofá y su cuerpo lo agradeció de inmediato. Era bueno para la tensión que castigaba su espalda.

Metió la mano en el bolsillo del oscuro pantalón para buscar un cigarro. ¿Qué cigarro? El paquete estaba en el interior de la chaqueta del traje, y esta descansaba en el sofá de la sala de luz azulada.

Ni siquiera protestó.

Se preguntó si algo podía ir peor. Se recostó aún más. Imaginó que se levantaba y echaba a patadas a los que quedaban por allí. No. No sería correcto para su imagen. El evento debía acabar como había empezado. Mirando en silencio a los asistentes, se sorprendió buscando un cabello rubio.

Ryan Coleman y el Lobo encontraron a un tipo borracho que, por lo visto, había vomitado en el pasillo de la entrada. Pese a que se trataba de un problema ínfimo, notó corrientes ígneas descender por sus brazos, acumulándose en las manos. Quería pegar a ese tío. Tuvo la necesidad de levantarse, decirles a sus hombres que se encargaba él y asestarle puñetazos hasta que perdiera el conocimiento.

Aquel hombre penoso no tenía la culpa del asesinato de su colega.

Fue entonces cuando sospechó que debía irse a la cama. Quería acabar el día de una vez. O la noche. O lo que fuera aquello. Se tocó la frente. La mente se resentía más que el cuerpo.

Cuando llegó al pie de las escaleras pensó en Schneider. No habían movido el cadáver. Tenían que sacarlo de ahí, pero ¿cómo? Era impensable salir con el cuerpo sin más. Podrían meterlo en el maletero de alguno de sus coches y llevárselo. Descartado. No era lo más inteligente tras una fiesta, algún estúpido policía podría andar por las inmediaciones. Podría ordenar que se detuvieran y, si les pedían abrir el maletero, no habría excusa posible. Tendrían que hacerlo al día siguiente.

Se dio la vuelta, se acercó al Lobo y lo habló con él. Fue iniciativa de Rafael decirle que a las diez de la mañana se presentaría allí. Avisaría a Sandro Biaggi.

Una vez en su dormitorio, Annibal se encerró por dentro. Le confiaba su casa al Lobo, sabía que se aseguraría de que no quedara nadie allí. Nadie excepto Hans.

Empezó a desabrocharse la camisa. Los movimientos de sus dedos trajeron consigo un recuerdo que no acertó a reprimir. Su torso desnudo bajo las manos suaves de Angela. El torso de Schneider con el número trece acuchillado en la piel. La segunda imagen empañó la primera.

Se miró al espejo. Su rostro acusaba las últimas horas. Estaba demasiado cansado como para sostener la mirada de su propio reflejo.

Se metió en la cama. Un torbellino de pensamientos martilleaba su cabeza. Sonidos, olores, sensaciones. Imágenes. Tenía que centrarse en aquellos que no contuvieran muerte. Era difícil. Miraba hacia arriba en la oscuridad. No aguantó mucho tiempo. Los párpados cayeron, pesados como el plomo. La consciencia fue abandonándole poco a poco. Su respiración era tranquila. El rostro de Hans aparecía en su mente una y otra vez, pero Annibal ya no tenía fuerzas suficientes para desterrarle. Una luz azulada lo hizo por él.

A la mañana siguiente, sujetaba la taza humeante por el asa. De un trago apuró casi la mitad. El café caliente bajó por su garganta. Esperaba que le despejara. Eran las diez menos veinte. Estaba sentado en uno de los taburetes altos de la espaciosa cocina y se sentía como si le hubieran dado una paliza. Apenas había dormido cinco horas, durante las cuales se despertó varias veces. Schneider, aún vivo, le había visitado en sueños. Se dijo que no podía tomarse las cosas como lo estaba haciendo. Debía ser más fuerte. Se exigía ser más fuerte. Pero ahí estaba, viéndose obligado a recordar que, debajo de esa enorme e impenetrable muralla, era humano.

No se le estaba dando muy bien ahuyentar los pensamientos recurrentes acerca de lo sucedido. Alguien había tenido que darse cuenta de algo, lo que fuera. Le dolía la cabeza, pero no tenía resaca. Se pasó la mano libre por el pelo despeinado. Todavía lo tenía húmedo de la ducha que se había dado nada más levantarse. Juntó las cejas con la vista puesta en el líquido oscuro que oleaba en la taza. Descartaba a sus hombres como autores de los asesinatos, era algo impensable. ¿Sus nuevos socios, quizá? Suprema idiotez. ¿Po qué querrían poner en peligro el acuerdo y sus propias vidas? Además, empezó a ocurrir antes del trato. Sabía que las apariencias engañaban, pero no veía a Leicester haciendo esa clase de gilipolleces. Solo tenía que acordarse de cómo había reaccionado al increparle por el desafortunado comentario sobre Angela.

Mierda.

Cuanto más vueltas daba, más se perdía. Las conjeturas empezaban a ser absurdas. Meneó la cabeza hacia los lados, como si así pudiera espantar todas esas sandeces. Tenía ganas de volver a la habitación de las pantallas y ver una vez más la grabación. ¿Y si se había dejado algo? Bebió. Cuanto más bajaba la cantidad de café, más subía su rabia. El último sorbo agotó lo que era su desayuno. No pudo contenerse. Estrelló la taza contra la pared.

—¡Hijo de puta!

Decenas de pedazos blancos se desperdigaron por el suelo como pequeñas trampas puntiagudas. Restos de café resbalaban por la zona del impacto. Después del nombre que se había labrado con sus actos, después de todo lo que había conseguido, después de lograr respeto y temor a partes iguales, la gente moría a su alrededor. Quería golpear esa misma pared hasta que le sangraran los nudillos.

—¡Hijo de la grandísima puta!

El sonido del timbre prosiguió al bramido.

Annibal, ataviado con unos pantalones cortos rojos y negros de los Chicago Bulls y una camiseta negra de manga corta, fue descalzo a abrir la verja exterior. A continuación, la puerta de la casa. No se había olvidado de que esperaba visita, aunque esta llegara un cuarto de hora antes. La noche anterior le había comentado al Lobo que podía utilizar el juego de llaves que le había dado hacía tiempo. Era el único que poseía una copia. Dada la peligrosidad de sus actividades, era útil por seguridad. Pero Rafael había preferido llamar al timbre.

El Lobo y Biaggi accedieron a la casa. Los restos de la fiesta todavía decoraban el interior. Lo único que no se veía era el vómito en el pasillo, alguien lo había limpiado. Ya recogería toda aquella porquería después, había cosas más importantes que tratar.

Ninguno de los tres dio los buenos días. No eran buenos para nada.

—Solo él sabe lo de Hans. —El Lobo señaló a Sandro con la cabeza—. Bueno, además de Greenwich. No he querido decírselo a nadie más por el momento. —Los dos seguían al jefe hasta el salón plagado de botellas medio vacías.

—Has hecho bien —contestó Annibal. Se dejó caer al sofá. Por suerte, la gente no lo había manchado. Se tocó el pelo, casi seco. Sus acompañantes se acomodaron en frente, en sendas sillas.

—No puedo creer que le hayan matado —se lamentó Biaggi. El azul de sus ojos se mostraba abatido.

—Yo tampoco —admitió Scorpio. *En mi puta casa.*

—¿Sigue en la habitación? —preguntó Rafael.

—Sí.

—Había pensado meter mi coche en el garaje para sacarle. He preparado el maletero — explicó el Lobo. Se había levantado antes para cubrir de plástico el maletero de su Mercedes. Así evitaría las posibles manchas y restos orgánicos.

—Me parece bien.

—Así que necesitaré que me abras la puerta luego.

—Vale.

—Annibal, ¿estás bien? —le preguntó Sandro con cautela.

El chico se le quedó mirando. Se le ocurrieron un millón de respuestas y ninguna le valía. Se tocó la frente otra vez y repitió gesto con el pelo.

—Vamos a buscar a Schneider —dijo. Se levantó del sofá.

Ninguno esperaba una respuesta, en realidad.

Los tres hombres subieron las escaleras en silencio. Scorpio se acercó a su cuarto para coger la llave que abriría la habitación cerrada a cal y canto. La había dejado bajo su almohada. Era inverosímil haber dormido con un cadáver al fondo del pasillo. Que fuera de Schneider, irracional.

Annibal introdujo la llave plateada en la cerradura y giró el pomo. El aire del interior les golpeó, viciado. Lo más sensato habría sido dejar la ventana abierta, era junio, pero habían preferido cerrarla y correr las cortinas opacas. Un descuido más habría resultado inaceptable. Ahora acusaban la falta de corriente. No hacía ni doce horas que habían asesinado a Hans, la descomposición debería ser mínima. Sin embargo, un olor corrupto atacó sus fosas nasales. Con la mandíbula tensa, Annibal pulsó el interruptor de la luz. El rubio permanecía invariable. Biaggi se detuvo bruscamente en medio de la habitación, impresionado. Aquellos ojos velados sin vida continuaban fijos en el techo. La boca medio abierta destacaba sobre la tez fantasmagórica. El número sangriento se ocultaba bajo la camisa manchada. La habían cerrado por respeto.

—Joder —murmuró Sandro. Era más duro de lo que había esperado. Acercarse le producía rechazo.

No podían perder más tiempo. Al aproximarse al cuerpo, descubrieron el motivo del hedor. Los pantalones del traje de Hans estaban manchados. La muerte había relajado sus esfínteres. Habrían preferido no tener que presenciar eso.

—Lobo, ve a por el coche. Coge el mando de la puerta de fuera y el del garaje. Están juntos en la entrada —ordenó Annibal. Sonó impersonal. Separó un par de centímetros las cortinas y abrió la ventana de par en par.

—He traído plástico de sobra. ¿Lo subo? —No necesitó especificar para qué.

—No, déjalo. Lo envolveremos con las sábanas y la colcha de la cama. Entre la sangre y... Bueno, han quedado inservibles.

El Lobo salió por la puerta. Los ojos azules de Sandro Biaggi, más oscuros que los del joven asesinado, permanecían igual de abiertos que los cristales que ahora permitían la ventilación.

—¿Cómo es posible? —preguntó el italoamericano.

—Ayúdame con esto.

Scorpio no podía responder a una pregunta cuya respuesta desconocía. Y mataría por conocerla. Literalmente.

Ambos se colocaron al lado del cadáver. Lo más sensato era respirar por la boca, incluso

ahora que recibían aire fresco. Annibal levantó la colcha con la intención de envolver a Schneider. Cuando le dejase dentro, harían lo mismo con las sábanas. Era fundamental que quedase lo más oculto posible.

—Lo vamos a tener jodido —anunció Annibal.

Hans yacía bajo la tiranía del *rigor mortis*. Si bien el cuerpo no mostraba rigidez absoluta, dificultaría sus maniobras. Enrollarlo sería lo de menos, lo complicado residiría en el transporte.

Entre los dos consiguieron cubrirle con la colcha sucia. Las sábanas que colocaron después exhibían ligeros cercos oscuros donde más había calado. Incluso el colchón tenía algunas manchas. No quedaría más remedio que destruirlo.

Esperaron hasta que el Lobo volvió a presentarse allí arriba. Se vieron obligados a atar el conjunto de telas con cinta aislante para no ir perdiéndolo por el camino. Lo aseguraron bien. El Lobo agarró el siniestro paquete por la zona de la cabeza y Sandro lo hizo por los pies. Pesaba mucho, más de lo que esperaban. Tuvieron especiales problemas al bajar las escaleras. Una vez en el piso de abajo, anduvieron por el pasillo que comunicaba con el garaje. Pensaron que la situación no podía ser más desagradable. Cuando llegó el momento de introducirlo en el maletero del Mercedes, se dieron cuenta de que se equivocaban.

—Está demasiado rígido, aquí no entra —comentó Biaggi. No era la primera vez que se deshacía de cadáveres, pero nunca de uno de los suyos. Tenía el cuerpo estragado.

—Tiene que entrar —insistió el Lobo. No había otra manera de sacar a Hans de esa casa sin que les detuvieran en el intento.

—Habrá que intentar doblarle de algún modo —dijo Annibal.

—Es posible que le rompamos algo si hacemos eso —le recordó el dueño del coche.

—Ya no lo va a sentir.

Annibal se arrepintió al momento, la culpa cayó sobre él como una tromba de agua. Pero debían ser prácticos.

Entre los tres intentaron encajar el bulto. Era muy engorroso y tantas capas tampoco ayudaban. Tuvieron que ignorar los chasquidos del interior de las sábanas. El maletero era espacioso y eso fue determinante para que completaran la triste tarea con éxito. Estaban sudando por el calor y el esfuerzo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —quiso saber Rafael. Se pasó una mano por la frente, retirándose el pelo que se le había soltado de la coleta—. No podemos darle el final que se merece.

—No, no podemos organizar nada que llame la atención. Lo más efectivo sería tirarle al mar. —Annibal trataba de imaginarse que no hablaban de un amigo—. Pero a estas horas ya no se puede. Donde quiera que vayamos puede que haya alguien mirando. Y me niego a... —Dejó una pausa, tomó aire—. Me niego a descuartizarle. Tampoco pienso enterrarle en medio de un descampado, como si fuese un cualquiera.

—Conozco a un tipo, Bob, que lleva una incineradora. Me debe una, así que nos haría el favor sin rechistar. Es bastante discreto —informó Biaggi. Primero miró el bulto y después a sus dos oyentes—. No sé si hoy domingo...

—¿Tienes su teléfono? —le atajó Scorpio.

—Sí.

—Llámale.

El hombre de ojos azules sacó el *smartphone* del bolsillo e hizo lo que se le había pedido. Al principio, Bob se mostraba reacio a acudir a su lugar de trabajo en su día de descanso. Utilizaban términos ambiguos durante la conversación. La actitud de Sandro solía ser tranquila, pero sabía cómo hacerse respetar. No necesitó más de un minuto para conseguir el sí. En media hora se encontrarían en la incineradora. Exigió puntualidad. Colgó.

—Habrás que traer las cenizas —dijo el Lobo.

—Le preguntaremos a Erika si quiere tenerlas. Era su novia. —Annibal se encogió de hombros.

—Hans me había dicho que tenía pensado proponerle matrimonio —reveló Sandro. Estaba compungido.

—Joder.

Y aquella fue la última palabra que se escuchó antes de que los otros dos montaran en el coche y desaparecieran de su propiedad.

Solo otra vez, Annibal fue a la cocina. Tenía hambre. Ni siquiera recordaba lo que guardaba en el frigorífico. Cuando lo abrió, vio que no le apetecía nada de lo que había en las baldas. Ni siquiera comprobó las conservas. Pidió una pizza familiar. Guardaría lo que sobrase para la noche, si es que se dejaba algo.

Se sentó en el sofá de cuero blanco. Desde ahí, echó un vistazo al salón silencioso. Tal vez tendría que llamar a alguien para que limpiara y recogiera los restos de la fiesta. No. No lo haría. Prefería que nadie metiese las narices donde no debía. Por esa misma razón, nunca había contratado a nadie que realizara esas labores. Lo haría él mismo y, con suerte, su mente encontraría una tregua. No podía dejarse derrotar en esa guerra psicológica. ¿Era eso lo que buscaba el asesino, hundirle?

Recogió una botella de ginebra del suelo, vacía. Estaba harto, cansado, hastiado de indagar acerca de los motivos. Hechos. Tenía que centrarse en los hechos. Y los hechos eran que ignoraba cuánto quedaba para que el fantasma decidiese convertirle en su próxima víctima.

Capítulo 17

Una semana desde la fiesta y el recuerdo de la misma había adquirido un cariz amargo. Nada que celebrar. Era curioso, pues no había sucedido nada desde entonces. Annibal estaba a la defensiva, no podía evitarlo. Había pasado la mayor parte del tiempo esperando a que sonara el teléfono en cualquier momento, pero no le había llegado ninguna noticia trágica.

La mañana del martes siguiente al asesinato de Hans, Scorpio había convocado una reunión. Los asistentes habían sido los mismos que la otra vez. El líder de la organización había irradiado seriedad tanto en su forma de hablar como en el lenguaje no verbal. Explicó por qué Schneider no estaba ocupando su silla habitual. La revelación había generado un lúgubre estupor. Greenwich se había mostrado cabizbajo en todo momento. La alarma se había disparado entre los participantes. Scorpio había tenido que apaciguar los ánimos. Estaba de acuerdo con ellos, pero no podía permitir que la inseguridad y el miedo reinara entre los suyos. Se había propuesto erradicar los asesinatos. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, estaba perdido.

También había aprovechado ese martes para informarles de lo que hubo tratado con Orlando en Colombia. Necesitaban una dosis de buenas noticias. Les habló sobre la manera innovadora con la que probarían a introducir cocaína en pequeñas proporciones, de forma que siempre tuviesen un fondo seguro. Dejó claro que seguirían moviendo grandes cantidades, como hasta entonces. Acogieron la primicia con cierto entusiasmo. No fue suficiente para evaporar el golpe reciente. Scorpio tuvo que pedirles que continuaran actuando con normalidad. No debían mostrar debilidad, cualquier punto flaco podría suponer una nueva oportunidad para el homicida invisible.

Aquel mismo día por la tarde se había visto con Leicester para acabar de finiquitar los papeleos.

Ese sábado, dieciséis de junio, Annibal tenía planes. El hecho de quedarse en casa le había tentado al principio, pero si quería que sus hombres actuaran con naturalidad, debía predicar con el ejemplo. No era una estúpida marioneta. Había empezado a fantasear incluso con encontrarse de frente con ese miserable. Deseaba agarrarle del cuello y arrancarle la cabeza. Mientras tanto, continuaría con su vida. Esa misma noche se encontraría con Harrison, Biaggi, Greenwich, Coleman y el Lobo. Lo había propuesto al terminar la reunión del martes y todos se habían apuntado.

Montó en su Ford Mustang negro a las once menos cuarto de la noche. Lo condujo en dirección al aparcamiento privado situado al lado del Hot Fire, el local que constituía su punto de encuentro. Normalmente frecuentaba, entre otros, el Black Manor. Era un pub nocturno donde se movía gente que manejaba dinero. Haría una excepción. Había sido Coleman quien había propuesto el lugar. A veces era bueno cambiar de aires.

Scorpio volvía a vestir de traje. Negro, liso. Contrastaba con la immaculada corbata blanca. No se había molestado en afeitarse en un par de días, luciendo la consecuente barba incipiente. El peinado ascendía en pequeñas puntas. En ese momento, con la espalda apoyada en el asiento del coche, le acompañaba una de sus fieles Desert Eagle entre la piel y el pantalón. No le hacía daño.

Sabía que llevar un arma por la calle podría acarrearle complicaciones si le descubría quien no debía. Estaba seguro de que no ocurriría, lo llevaba haciendo demasiado tiempo. El arma de fuego intensificaba su confianza.

El *parking* era subterráneo. Prefirió pagar más por dejar el coche en el sector más exclusivo, donde la vigilancia era mayor. No concebía el descubrimiento ni del más mínimo rasguño en la carrocería. No necesitó una segunda maniobra para aparcarlo. Su Mustang constituía casi una extensión de sí mismo. Comprobó por rutina que el coche quedaba bien cerrado y caminó hacia el ascensor. Una vez arriba, comprobó que había salido muy cerca de la puerta del local, al otro lado de la esquina más próxima. Conforme se iba acercando a la entrada, se fijó en que la cola le haría esperar al menos veinte minutos. La velocidad de avance era irrisoria. No estaba dispuesto.

Ignorando por completo al resto de la gente, se acercó sin prisa a la puerta. Con tono neutral avisó de que tenía una mesa reservada dentro, lo cual no era mentira. El portero era un hombre corpulento de indumentaria oscura y cabello negro engominado hacia atrás, cuya altura sobrepasaba la de Annibal por varios centímetros. Parecía un armario empotrado. El chico calculó que rondaría los cuarenta años. Los ojos claros del portero le miraban con desdén. Lo más seco que pudo, le replicó que le importaba una mierda. Que debía guardar cola, como el resto de los presentes. Scorpio se obligó a encontrar el temple que le permitió no saltar. Atrajeron buena parte de las miradas. Sonrió.

—Yo que tú sería más amable. —Annibal condujo la mano derecha al bolsillo interior izquierdo de su chaqueta.

El portero se tensó de inmediato. Tal vez fue el tono sosegado, el aspecto que presentaba o el esbozo de sonrisa. Tal vez la mezcla de todo. Sus músculos se endurecieron y la pistola comenzó a pesarle dentro de la funda. La sensación de peligro se diluyó al ver cómo el hombre sacaba unos cuantos de billetes para entregárselos después. Con el número cien impreso, contó quinientos dólares. Fue un gesto discreto, aunque no pudo pasar desapercibido para el resto de espectadores. El guardián de la puerta vaciló. Aceptó el dinero. Abrió el cordón y le facilitó la entrada sin más preámbulos.

Una vez dentro, Annibal trató de localizar a sus colegas. Nunca había estado allí, no era un lugar que le resultara familiar. Dedicó unos segundos al reconocimiento. Les encontró enseguida. Vio una mano levantada desde una mesa, pertenecía a Biaggi. Estaban sentados alrededor de una amplia mesa redonda, cerca de un escenario.

—Podríaís haberme esperado —comentó Annibal, despreocupado. Se sentó en la silla que habían dejado libre de cara a la plataforma. La mesa contenía vasos medio vacíos.

—Llegas media hora tarde —le recordó el Lobo.

Annibal levantó las palmas de las manos para seguir con la broma. Risas. Era grato encontrarse un ambiente distendido.

El recién llegado hizo un gesto con la mano para llamar a una de las camareras. Esta no tardó en atender la petición. Cuando la muchacha estuvo a la altura de la mesa, le pidió una copa de ron, bien cargada a ser posible. Aquella era una noche para disfrutar. La chica sonrió a la vez que asentía con la cabeza.

Luego de que ella se marchara, Annibal sondeó el local. Había oído hablar de él y al fin tenía el gusto de conocerlo. Se respiraba una atmósfera atractiva, le gustaba. La tenue iluminación suavizaba unas paredes rojo apagado con diversos espejos alargados. Estos se envolvían por un

marco dorado. El suelo era oscuro y elegante. Contenía múltiples mesas negras y redondas. Alrededor, sillas a juego. En el centro de cada mesa descansaba una vela dentro de coquetos recipientes redondos. La barra estaba situada en uno de los laterales, alumbrada en toda su longitud por luces poco potentes a los bordes. Detrás, reposaba una amplia colección de botellas ordenadas por tipo de licor. En la zona opuesta de la sala se veía el pasillo que conducía a los cuartos de baño. Y, de frente, el escenario.

—¿Hay algún espectáculo? —le preguntó Annibal a la camarera, que había regresado para servirle la mezcla de ron.

—A las doce.

La joven se estaba colocando el cabello pelirrojo detrás de la oreja, rizado hasta los hombros. Los ojos castaños sonreían a la par que sus labios. Tenía un rostro bonito. Al igual que su trasero, escondido bajo la falda corta del uniforme. Al volver a retirarse, llamó la atención de varios de los hombres con los que compartía mesa. La siguieron con la vista hasta que se reunió con sus compañeras detrás de la barra. Él no fue una excepción.

El Hot Fire no tardó en llenarse con toda esa gente que había estado aguardando en la cola de la entrada.

—¿Un espectáculo? A ver si tenemos suerte y salen unas cuantas nenas a hacernos un *striptease* —comentó Harrison tras darle un buen trago a su copa casi vacía.

—Algunas noches salen tías medio desnudas. Para eso están las tarimas individuales de ahí —informó Greenwich, divertido. Él ya lo había visto y siempre que volvía tenía la esperanza de presenciarlo de nuevo.

—Recemos, entonces —dijo Coleman. Hubo risas generales.

—No sé por qué no me sorprende —intervino el Lobo. Se acercó el vaso a los labios. Esbozó una sonrisa discreta.

—¡Eh, que no a todos nos espera alguien en casa para echar un polvo! —le reprochó Harrison, bromeando. Esperaba que el *show* prometido les enseñara carne y, si esta se ponía a su alcance, mejor. Alcohol y mujeres. Para él, un plan casi perfecto.

—Macho, eso es tu culpa. ¡Espabila! —le apremió Biaggi. Le dio con el puño en el hombro. Rieron otra vez.

Necesitaban esas risas. Las necesitaban de verdad. Un descanso en la continua tensión era igual de revitalizante que una bocanada de oxígeno cuando los pulmones arden por falta de aire. Y, por qué no, alegrarse la vista con un puñado de mujeres no venía nada, nada mal. Annibal se vio asaltado por un recuerdo, aquel que hacía referencia a su última compañía femenina. El momento caldeado habría alcanzado la temperatura del infierno si Schneider...

No.

Cada vez que revivía la experiencia incompleta del cuarto de luz azul, la imagen del cadáver de Hans irrumpía en la evocación. Era un maldito bucle.

—... colombianos, ¿no, Annibal?

—¿Eh? —El sonido de su nombre le arrastró al presente.

—Los hombres de Orlando. Por lo visto, la policía tiene vigilada la entrada y salida de barcos por Cartagena de Indias —prosiguió el Lobo. Ninguno mostraba signos de haberse dado cuenta de la breve desconexión del jefe.

—Sí, eso parece. Entre otras cosas, por eso elegimos la ruta del Pacífico para los pequeños

envíos. Pero ya se las apañará para los encargos grandes, siempre lo hace. —Scorpio se sentía algo ridículo por haberse dejado apabullar por los pensamientos.

—José Antonio contactó conmigo ayer. Dijo que necesitaba unos cien kilos para el mes que viene —informó Sandro. Él solía gestionar el trato con España.

—¿El de Galicia? —preguntó Annibal. Mero formalismo, conocía la respuesta.

—Sí —afirmó Biaggi.

—¿Dónde? —preguntó Harrison. Estaba pendiente de que la camarera se acercase para pedir otra copa de whisky.

—España —le aclaró el Lobo.

—¿Tanto? —se asombró Scorpio.

Eso suponía bastante dinero. Cobraba los intereses más altos cuando se trataba de Europa. La posibilidad de que interceptaran el barco en aguas internacionales era mayor, aun con las medidas de seguridad que tomaban para evitarlo.

—Normalmente no pasan de treinta o cuarenta en el mismo envío desde la redada del año pasado —prosiguió.

—Parece ser que más de la mitad irá para Madrid —contestó Biaggi—. De todas maneras, quedó en volver a contactar en un par de semanas.

—Para el mes que viene lo tendrá.

Después de su última intervención, Annibal se quedó en silencio. Ahora sí prestaba atención. Sin contar lo evidente, el resto le seguía yendo bien. Era gratificante. Eso no tenía por qué cambiar. Continuó escuchando lo que sus colegas decían. El tema de conversación pronto se desvió de los negocios de oscura moralidad. El chico apenas participaba. Harrison reía en voz alta.

Sin previo aviso, la luz que había estado bañando el Hot Fire fue degradando su intensidad. Al final, las simpáticas velas de las mesas eran los únicos focos de luz. Murmullos. Eran las doce en punto de la noche. La función inminente levantó expectación.

Al igual que los demás, Scorpio tenía curiosidad. Miró a sus hombres. La cara de Harrison mostraba una ilusión digna de un niño. Solo que un niño jamás tendría una mente tan calenturienta. El resto también estaría esperando un espectáculo erótico, sin duda. Annibal se sorprendió al darse cuenta de que le daba igual. De hecho, pensaba que se trataría de algún mago de poca monta, de esos que no sabían esconder el truco. Algo así. En cualquier caso, si le daban a elegir, sin duda escogería la opción de las mujeres.

Los primeros minutos buscaron alimentar la expectativa sin caer en la impaciencia. El escenario vacío era el centro de todas las miradas. Los cuchicheos pronto se hicieron notar. De pronto, las primeras notas de una melodía. El murmullo se cortó de inmediato. Los acordes dieron paso a una voz. Las ganas del público se tradujeron en silbidos y algunos vítores, aunque la dueña permanecía entre tinieblas. Y esa potente voz inundó el local. Entonces un haz luminoso nació de alguna parte del techo. Fue ascendiendo desde el suelo del escenario.

Aplausos.

Unas botas negras de tacón alto abandonaron las sombras. La luz acariciaba despacio esa figura. Ascendente, siempre ascendente. La voz se estaba metiendo a la audiencia en el bolsillo. Las cañas de las botas terminaban cerca de las rodillas. A continuación, unas piernas desnudas hasta los pantalones de cuero negro demasiado cortos. Estaba de espaldas. El trasero funcionaba

igual que un imán. La cantante estaba de pie frente a una silla. La luz se detuvo. Balanceaba las caderas al son de la música. La tela negra se ceñía a unos glúteos tersos. Así era imposible detener los cuchicheos, pero el sonido de los altavoces siempre era más alto. El haz luminoso volvió a ascender, enfocando la espalda descubierta y blanca. No hubo más prenda hasta llegar al pecho, cubierto por un top oscuro y ajustado. Y, al final, la cabeza. Sin darse la vuelta, ella bailaba con la elegancia de una sirena bajo el agua. Mientras cantaba, la coleta alta y brillante oscilaba de un lado a otro. El cabello dorado emitía destellos. Pero no era el pelo lo que la gente miraba.

El foco se alejó, ahora resaltaba la imagen entera.

Más aplausos.

La mujer apoyó ambas manos en el respaldo de la silla y se inclinó hacia delante. Quedó en una postura muy sugerente. Fred Harrison se llevó los dedos a la boca para emitir un silbido. No fue el primero. La canción entonces se acercó al momento previo al estribillo. Y, cuando estas estrofas llegaron, la artista se giró.

Una fuerza demoledora centelleó en sus ojos oscuros.

Annibal se quedó atrapado dentro de aquella visión. Su ritmo cardíaco alcanzó la velocidad de los meteoritos. Se le secó la garganta.

Angela.

Había pensado en esa mujer más de lo que reconocería y ahora aparecía ante él con esa energía cautivadora. Fijó la mirada en su rostro. El maquillaje se asemejaba al que había lucido cuando la conoció: rojo oscuro en los labios y el color de la noche sobre sus párpados. Las sombras almendraban más sus ojos, la coleta alta concedía desafío a esos iris bañados en chocolate puro. Y si miraba más abajo... Si miraba más abajo encontraba el top anudado al cuello, insuficiente para cubrir unos deseables atributos femeninos.

El narcotraficante por fin halló el modo de llevarse la copa a la boca. El trago fue tan largo que la terminó. Desde la distancia peinaba el cuerpo de Angela, cada centímetro de piel nívea, perfecta. Parecía cubierta de una delicada capa de nieve recién caída. Se detenía en sus curvas, en el vaivén de su danza. Sobre aquel vientre plano se delineaban unos trazos firmes producto de actividad física. Pero no era lo único que le hipnotizaba. Esa voz. Su voz. No habría podido adivinarlo jamás. En definitiva, no sabía nada de ella.

Transmitía seguridad sobre la tarima.

El Lobo se percató de que su amigo no perdía detalle del escenario. A diferencia del resto de los integrantes de la mesa, él sí la había reconocido. No en vano les había interrumpido en una actitud más que cariñosa.

Annibal de repente se acordó de que compartía espacio con decenas de personas dentro de aquel pub. No tenía el control sobre la situación. Experimentó una estocada invisible dentro del pecho.

Los movimientos de Angela frente a la silla, junto con las notas que abandonaban su garganta, hicieron que el chico empezara a sentir calor. Se originó en el cuello y se trasladó a su rostro sin haber pedido permiso. La corbata blanca le impedía desabrocharse los primeros botones de la camisa. A los pocos segundos, el exceso de temperatura se fue acumulando en otra zona de su cuerpo menos apropiada. Se dejaba llevar por cada paso de la rubia, cada contoneo, cada gesto. Y le habría gustado centrarse solo en el sonido de la impresionante actuación, pero captó ciertos

comentarios que se producían a su alrededor. Incluso en su misma mesa. Tuvo que inhibir sus impulsos. Mandarles callar supondría tener que dar explicaciones. No iba a hacerlo. Tensó la mandíbula. Se forzó a centrarse en Angela. Solo en Angela.

Sonaba la tercera canción cuando la cantante reparó en él. Fue por casualidad, no se detenía mucho en el público. Annibal sintió una extraña corriente que le aflojó los dedos de la mano. Sostenía su segunda consumición. No pudo darse cuenta de que ella se sobresaltó, puesto que nada varió en su aspecto ni en su voz. Pero supo que le reconoció. También se percató de que, a partir de ahí, evitaba encontrarse con él. Y cuando lo hacía... Cuando lo hacía sus ojos transmitían algo potente, algo eléctrico, a lo que él respondía con su sonrisa característica, apenas proyectada en los labios. Y ella sonreía también, rompiendo el contacto de inmediato. Scorpio se preguntó si alguien se había dado cuenta de ese juego. ¿Acaso importaba? Los insólitos nervios traicioneros que le habían atacado se fueron convirtiendo en excitación.

El público irrumpió en aplausos y gritos cuando el *show* llegó a lo que parecía ser un descanso. Annibal no hizo ni lo uno ni lo otro. No le hacía falta. Se removió en la silla. Angela desapareció del escenario tras saludar a toda esa gente que reconocía su talento.

—¡Madre mía, cómo se mueve la tía! —comentó Greenwich. Empezó a sonar una música de fondo. Esta duraría hasta la reanudación.

—Vaya culo. Vaya tetas. A esa la metía yo en la cama y no la dejaba salir en dos o tres días —parloteó Harrison. Buscó la complicidad del resto.

La primera reacción de Scorpio fue mirarle como si acabase de blasfemar en territorio sagrado. Si Fred esperaba que esa gilipollez le hiciera gracia, es que era idiota. Aparte de eso, el jefe no dejó entrever ninguna reacción. Incluso tuvo que hacer su expresión más neutral. Estaba empezando a ser consciente del motivo que le generaba ese rechazo.

—¿Y habéis visto? Me ha mirado, me ha guiñado el ojo —continuó Harrison. No podía atribuir al whisky sus intervenciones. Solía ser bocazas siempre.

El Lobo puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Annibal bebió, ignorándole por completo. No sería él quien le sacara de su ridículo error.

—Sigue soñando —rio Biaggi.

—Vaya que no —insistió Fred.

—Pues me suena de algo —intervino Coleman—. Creo que la he visto antes, pero no sé dónde.

—Habrá salido en alguna revista —opinó Greenwich. También se la había comido con los ojos.

—Estáis muy salidos.

El Lobo sabía que no harían todos aquellos comentarios si supieran la identidad de la muchacha. Pero él no era quién para revelar nada si el interesado no lo había hecho aún.

—Como si tú no quisieras tirártela —contraatacó Greenwich, divertido.

—Pues no, no quiero —negó Rafael. No le pareció de muy buen gusto. Larry, al igual que el resto, conocía a Amy.

—Pues serás el único —carcajeó Harrison. Luego se dirigió a Scorpio—. ¿Y tú qué?

—¿Yo qué? —repitió él. Tenía cara de nada.

—¿A ti no te gusta o qué?

—Sí, bueno. Está bien la chica.

El verdadero pensamiento de Annibal era muy diferente, pero no veía por qué tenía que compartirlo. Entonces se preguntó qué clase de problema tenía en la cabeza como para que le molestara que otros se fijaran en ella. Ni que fuera suya. No debía considerarla como tal. ¿En que se basaba, en un par de besos? Joder, ni que fuera la primera vez.

—Por favor —protestó Harrison. Ya estaba creando un plan perfecto para hacerse con esa mujer. Se frotó las manos, convencido de su futuro éxito. Sonrió mientras bebía. La camarera había traído otra ronda.

La música entonces cesó. El escenario consiguió que se fuese haciendo el silencio una vez más. Incluso las mujeres del local voltearon la mirada.

Annibal volvió a experimentar un impulso hipnótico que le atrapaba y le hacía fijar los sentidos a unos metros por delante de él. No acostumbraba a verse tan influenciado, una pequeña lucha estaba teniendo lugar en su interior. Luego salió Angela y esa diminuta belicosidad se borró de un plumazo. Vio que la joven había sustituido la coleta por un sombrero, y el pelo suelto caía en toda su longitud. La nueva prenda era del mismo color que el resto de su indumentaria. Se fijó en su sonrisa, que le dulcificaba los rasgos. Daba la sensación de que los dientes blancos resplandecían bajo el foco. Entonces Scorpio empuñó el cristal de su vaso recién servido y bebió. Era ridículamente fácil sucumbir a la sed cuando la veía. Reparó en que el ron comenzaba a asomarse a su cuerpo con timidez.

La música regresó. La voz cautivadora estaba amplificadas por los altavoces repartidos a lo largo del Hot Fire. Si alguno había creído que el *show* no podía volverse más sensual, se equivocaba. Annibal, con discreción, miró de reojo a los laterales. Fue muy simple leer las caras de la gente: se estaban divirtiendo. Casi podía escuchar los pensamientos de todos ellos. No tenía que haber cedido a la tentación. Se centró en el escenario. Al hacerlo, vio cómo aparecía una segunda figura.

Un hombre.

Angela había sustituido el micrófono fino sujeto a la cabeza por uno convencional. Se sentó en la silla. El tipo que ahora la acompañaba, vestido tan solo con unos pantalones largos negros, se acercó a ella. La cantante no detuvo la melodía. El nuevo se arrodilló en frente y la chica dejó caer la cabeza hacia atrás con suavidad. Mantuvo el micrófono a la altura de su boca. Empezó a tocarla, a acariciarla con sus manos desde los hombros hasta la cintura. Al notar el tacto del compañero, ella arqueó la espalda. Todo formaba parte de una coreografía intencionada. Arrancaron una ovación.

Scorpio, lejos de verse arrastrado por la fogosidad, sintió la ya conocida punción en el pecho. Esta vez la magnitud fue mayor. Cambió de posición en su asiento, incómodo. Apoyó el codo izquierdo en el reposabrazos y se acercó la mano a los labios, consiguiendo un frágil contacto. No se trataba únicamente de una sospecha. Era real.

Estaba celoso.

Era una emoción escondida al fondo de su inventario, cubierta por las telarañas del desuso. Le quemaba por dentro. Cada vez que veía a ese individuo ahí subido, tocándola o, como en ese momento, de pie y muy pegado a ella, le daban ganas de levantarse y apartarle a base de hostias. Tuvo la necesidad entonces de tenerla cerca. Se trataba de un arranque posesivo bastante curioso. Podría ser que ese idiota fuera su pareja. O quizá tuviese a un marido imbécil esperándola en alguna parte. Junto al ron, bajó por su garganta el veneno que rezumaban sus pensamientos.

El traficante estuvo el resto del espectáculo esperando a que se acabase cuanto antes. Si lo hubiese expresado en voz alta, le habrían tomado por loco. Le asaltaban ideas peregrinas acerca de tomar su pistola y dejar al tipo del escenario en fuera de juego. Imposible, por otra parte. Las manillas del reloj parecían retroceder dentro de la esfera de su muñeca.

Hasta que terminó.

Finalmente terminó.

Molesto, bufó sin emitir sonido alguno.

Antes de retirarse del escenario, Angela se besó la palma de la mano, sopló y emuló lanzar el beso al público. Luego guiñó un ojo. Aplausos, aplausos, más aplausos.

La luz poco a poco volvía a la gradación que había mantenido antes de las doce en punto de la noche. La música ambiente sonó como si nunca se hubiese marchado. El local regresó a la normalidad. Annibal bebió antes de levantarse.

—Ahora vengo.

No tenía por qué haber avisado, pero lo hizo. Costumbre, tal vez. Ellos asintieron y continuaron a lo suyo, inmersos en la continuación de tan magnífica velada.

Puso rumbo a la barra, pidió otra copa. Sería la cuarta. Igual debía ir pensando en beber más despacio. Si bien era cierto que tenía un aguante notable para la bebida, no quería sobrepasar la línea. La camarera, esta vez una morena de ojos oscuros, ya estaba mezclando el ron para él. Scorpio apoyó los codos sobre la limpia superficie lisa y se inclinó hacia delante.

—¿Dónde está la chica? —se interesó Annibal. Aun con la barra por medio, había recortado bastante distancia con la camarera, quien eligió no apartarse.

—¿Qué chica? —preguntó. Recorrió con sus ojos azabaches la cicatriz. Le habría mirado de cuerpo entero si la longitud entre ellos hubiera sido la adecuada. Cuando él alzó las cejas, supo que era evidente a quién se refería—. Ah. Se está cambiando. Ahora sale.

—Ve a decirle que la estoy esperando. —El hábito hizo que la orden saliera de forma natural.

—No puedo, tengo mucho trabajo —respondió la camarera tras unos instantes de duda.

—Ve a decirle que la estoy esperando. Por tres minutos no te van a despedir.

La chica volvió a vacilar. Al final terminó accediendo. Eso no formaba parte de las funciones de su puesto de trabajo, pero salió de detrás de la barra y fue hacia una puerta situada en la pared izquierda. La abrió y desapareció. Él la siguió con la mirada. La tranquilidad que ahora reposaba en su interior contrastaba con todas esas sensaciones generadas durante el espectáculo. Se mojó los labios con la nueva bebida y cayó en la cuenta de que no le había dicho su nombre a la camarera. No creía que tuviese importancia, estaba seguro de que la empleada encontraría alguna manera de describirle.

La portadora del recado no tardó en aparecer. Venía sola.

—Cinco minutos —le comunicó cuando se hubo situado en su lugar habitual. Acompañó la información con una sonrisa amable. La luz de la barra le iluminó la cara. Era menos agraciada que su compañera pelirroja.

—Gracias. —Él sacó el dinero de la cartera para pagar la consumición y le señaló que se quedara con las vueltas—. Por las molestias.

A Scorpio le dio la sensación de que la espera guardaba muchas similitudes con la eternidad. Desde allí, apoyado con el codo izquierdo en la barra, podía observar a sus hombres en la mesa. Reían con ganas, charlaban animados. Su círculo de confianza concentrado en el mismo lugar.

Notó la ausencia de Hans. Su estómago se resintió. No debía pensar en eso. No esa noche. Dio un pequeño sorbo.

Le tocaron el brazo. Se giró hacia la izquierda. Ahí estaba. Sonreía. Su belleza etérea se acentuó.

—Hola, Annibal. —Su mano delicada descansaba sobre la manga de la chaqueta.

—Hola.

El hombre la miró de arriba a abajo. Se había puesto unos pantalones vaqueros con aspecto desgastado y una ceñida camiseta de tirantes roja. El escote enseñaba menos que el top de la función, pero más de lo que era sano contemplar. Destacaban los estilizados tacones de sus zapatos negros. La melena larga, lisa y dorada le otorgaba un halo casi angelical que pugnaba con lo bravío de su maquillaje.

—¿Qué tomas?

—¿Ya no te acuerdas? —Angela arqueó una ceja, pícara.

—Un vodka con limón. —Le pidió el chico a la camarera morena. ¿Qué iba a hacer sino sonreír al escucharla? Se giró hacia la rubia—. No me habías dicho que cantabas.

—Bueno, el otro día no hablamos de muchas cosas. —Su semblante era difícil de interpretar—. Tampoco surgió el tema. Además... —Cogió el vaso que le dio su compañera. Esta rechazó el dinero que él puso sobre la barra, pues para ella era gratis al trabajar allí—. Bueno, me da algo de vergüenza. —Confesó tras probar el líquido amarillo pálido debido al limón.

—¿Vergüenza? —repitió Annibal, incrédulo. La imagen de esa mujer sobre el escenario estaba lejos de coincidir con su definición de vergüenza—. Pues nadie lo diría.

—Intento no pensar en ello una vez arriba, ni mirar mucho a la gente. Luego se me va pasando —explicó ella. Sus recuerdos también se activaron y le mostraron el instante en que le descubrió entre los espectadores—. Vengo dos sábados por la noche al mes.

—Me alegro de haber coincidido —A la una y diez de la noche era más fácil hablar, sobre todo si tenía la cuarta copa en la mano y su estado no se acercaba a la ridícula embriaguez—. No sé por qué te avergüenzas. Seguramente eres mejor que mucha de la mierda que se vende ahora.

—¡No te burles de mí! —le recriminó Angela. Bromeaba.

—No me estoy burlando. Puedes preguntárselo a cualquiera de los que te han visto. No te quitaban el ojo de encima. Algunos necesitaban un bozal.

—Daños colaterales —rió ella. Probó del vaso otra vez y después se pasó la lengua por los labios—. Muchas veces es así. No te imaginas las cosas que he llegado a escuchar desde el escenario. —Se tocaba el pelo con la mano libre—. ¿De verdad todos estaban pendientes de mí?

La verdadera intención de esa pregunta no coincidía con la apariencia inocente de la misma. Scorpio la supo interpretar. Le pilló fuera de combate. ¿Qué tenía que decir a eso? Si respondía que sí, se incluía a él. Si respondía que no, sería todavía más absurdo. Esa mentira no tendría consistencia alguna. No importaba lo que contestara, no sabría lidiar muy bien con la incomodidad. Se resistía a reconocer que esa mujer le causaba un efecto casi desconocido.

La miraba a los ojos y Angela no rompía el hilo visual, desafiante. Ella elevó sus cejas finas y rubias, esperándole.

—¿Vienes? —preguntó entonces Annibal. Señaló con la cabeza la dirección de su mesa.

Ella echó un vistazo al lugar indicado. Ya sabía dónde estaban, desde el escenario había tenido el placer de encontrarles. El hombre se dio la vuelta y comenzó a alejarse. La chica le

seguía sin poder reprimir una sonrisa.

Cuando llegaron al destino, los ocupantes de la mesa no se dieron cuenta de inmediato. Debían de haber hecho algún chiste hacía poco, porque Harrison reía a mandíbula batiente. El escándalo se amortiguaba gracias a la música ambiente. La situación, sin embargo, cambió en cuanto se percataron de que la chica que tanto les había impresionado acompañaba al jefe. Casi todos se quedaron petrificados. Fred el primero.

—Pues ya estamos todos —comentó el Lobo. No se había inmutado.

Mientras los demás guardaban silencio, Scorpio acercó una silla vacía y la colocó junto a la suya tras hacer hueco. Habían bebido, pero no tanto como para que alguno profiriese una estupidez de la que luego pudiese lamentarse. Se sentían cohibidos. Qué menos después de ciertos comportamientos.

—¿Os ha comido la lengua el gato? ¿Ahora que la tenéis aquí ya no queréis decirle nada? —Annibal metió baza. Se escuchó la risa discreta del Lobo de fondo. Miró a Angela y encontró una expresión animada en su rostro.

—Es igual, si ya les he escuchado. —Ella le siguió el juego.

—Eh... Bueno, es que lo estabas haciendo muy bien —admitió Coleman, el primero en reaccionar. Sonaba a disculpa. Tenía rojas hasta las orejas.

Angela y Annibal se miraron de reojo después de observar sus caras. Se salvaban Biaggi y Rafael. Entonces ella no pudo contenerse más y rompió a reír. Algo estrujó a Scorpio por dentro al escucharla. La tensión que en realidad nunca existió se disipó. Algunos se unieron a las carcajadas. Annibal tan solo mostró una sonrisa de medio lado.

Al principio, Angela se dedicaba a escuchar. No sabía hasta qué punto podía intervenir en sus conversaciones. Se sentía una extraña allí. Pero los hombres la hicieron partícipe en diversas ocasiones. Para el resto, el jefe solo había conseguido que se uniera a ellos. El Lobo era el único que sabía lo que podía haber detrás. La chica no iba a engañarse: se lo estaba pasando mejor de lo que había creído en un primer momento.

—Sí, estuve en la fiesta el sábado pasado —explicó tras que Coleman le preguntara.

—Pues qué calladito se lo tenía. No nos había dicho que te conocía —añadió Harrison.

La chica no supo cómo tomarse esa revelación. Así que, para no meter la pata, optó por sonreír, encogerse de hombros y beber vodka. Evitó mirar al hombre que se sentaba a su lado, el de la corbata blanca.

—No pensé que fuese importante —se escudó Annibal. Por supuesto, esa no era la verdadera razón.

—Joder —se sorprendió Greenwich.

—¿Que no es importante? Estuvimos al lado de una estrella y no nos dimos ni cuenta —prosiguió Harrison. De vez en cuando echaba vistazos fugaces al escote de la única chica de la mesa.

—¡Qué exagerado! —exclamó ella. Aún sentía la extraña sensación.

—Sigo sin acordarme —admitió Biaggi.

—Tampoco estuve mucho a la vista —comentó la rubia. Bebió.

Dejó el vaso en la mesa, encima del cerco húmedo. Se había quedado algo fría ante la imperturbabilidad de Annibal. No se atrevía a dar ningún paso. Le desconcertaba que pareciese tener una actitud diferente a la que había creído ver en la barra, tras que mandara a buscarla. En

cierto modo, se sentía tonta. Se acomodó en el respaldo y los reposabrazos de la silla recibieron su piel blanca. No había buscado el contacto con la mano masculina, pero este se produjo. Tragó. Él no retiró los dedos. Durante un breve instante la miró, pero la vista de Angela estaba fija al frente.

Scorpio experimentaba sensaciones difusas, sin saber dónde terminaba una y empezaba la siguiente. Le resultaba difícil estar sentado al lado de esa mujer y fingir indiferencia, mostrarse impasible. Porque no lo estaba. Joder, no lo estaba. Cuando notó que le tocaba, deseó intimidad con tanta fuerza que le abrumó. ¿Qué le separaba de hacerle saber que quería volver a tenerla tan cerca como hacía una semana? Él y su estúpida manía de querer que no se dieran cuenta de... ¿De qué? Eran incontables las veces que se había mostrado acompañado de una mujer. ¿Por qué era diferente ahora? Porque él lo estaba haciendo diferente. Reprimía sus deseos sin conocer muy bien el motivo.

Después de beber ron, pasó el brazo derecho por detrás de la espalda de la chica y la atrajo hacia él unos centímetros.

Un escalofrío nació en el cuello de Angela y se extendió por su cuerpo como el fuego sobre gasolina. La sensación chispeante consiguió ponerle la piel de gallina. Sus mejillas se tiñeron de un leve rubor. Confió en que las luces suaves no la delataran. No podía decir que no lo había estado esperando. Apenas hacía dos minutos que había dejado el vaso encima de la mesa y ya lo volvía a coger. Lo necesitaba. Cerró los ojos un instante e inspiró en silencio. Estar tan cerca de él hacía que pudiese respirarle. Su atracción se disparó. Cayó en la cuenta de que sería capaz de abandonarse otra vez, tal y como había hecho una semana atrás. Se apoyó contra el costado masculino, cubierto por el traje. No le miraría, se dijo. No le miraría.

Le miró.

Annibal le guiñó un ojo.

—Deja un poco para los demás, ¿no? —reclamó Harrison. Así, había interrumpido la conversación amena que se estaba manteniendo. En su ignorancia, no podía evitar estar decepcionado.

—Suponiendo que yo quisiera estar con los demás —le contestó Angela, anticipándose. No toleraba muy bien los comentarios que la dejaban en un lugar donde no tenía ni voz ni voto.

Esas últimas palabras arrancaron risas generales. Scorpio ya había preparado una respuesta nada más escuchar a Fred, pero la que ella había lanzado le parecía, con diferencia, mejor. Lo único que pudo hacer fue mirar a Harrison y sonreír. Era indiscutible que el otro había recibido lo que se merecía.

La anécdota se quedó allí. El autor de la interrupción fue el mismo que cambió de tema. Y, aunque Harrison no le daba mayor importancia, tampoco le había sentado demasiado bien haber sido el centro del chiste.

—¿Sabes? Me alegro de que las casualidades sean a veces tan caprichosas —susurró Angela al oído de Annibal. Los demás seguían charlando.

—¿Casualidades? —Él inclinó un poco más la cabeza para mantener la confidencialidad.

—Sí. Que vinieras aquí esta noche.

La joven enroscó sus dedos atrevidos en torno a la corbata blanca. Se acomodó mejor, más cerca. Era muy fácil volver a decirse que aquella velada estaba transcurriendo de un modo muy positivo. El azar podía llegar a ser muy afortunado. La evasión de su mente, provocada en gran

parte por el vodka, le traía de vuelta las ganas irrefrenables, esas que creía que no volvería a sentir. Era su segunda consumición, pues la primera la había repartido entre el comienzo de su actuación y el descanso. Especialmente en el descanso.

De vez en cuando intervenía en el incesante coloquio. Era curioso cómo se hilaban temas de forma que el último apenas tenía nada que ver con el primero. Para nada había previsto esa situación, pero eso no significaba que no pudiera disfrutarla. Sus ideas tendían a evadirse, alejarse de esa mesa, pero de lo único de lo que no podía escapar era de saberse tan cerca de él. Podía percibir los músculos del brazo bajo la tela oscura y elegante de la manga. Podía notar la mano del hombre en su costado. Era una locura. Se sorprendió rememorando el contacto de sus labios.

Sin previo aviso, Annibal sintió cómo los dedos Angela se adentraban entre los botones de su camisa, bajo la corbata, y se encontraban con la piel del pecho. Ese contacto discreto le sorprendió. Volvió a girar la cabeza para mirarla, pero ella no hacía lo mismo, pues contemplaba un horizonte imaginario. Estaba seria. Le acariciaba muy despacio. El movimiento de las yemas de los dedos le estaba provocando un hormigueo placentero. Todavía la miraba cuando Angela levantó los ojos. La expresión indescifrable de Scorpio se veía rota por su boca entreabierta al mínimo.

Un terremoto a pequeña escala sacudió a la cantante. Fue en ese preciso momento en el que se dio cuenta. *Ya está.* Había terminado de caer en su red. Una brizna de vértigo le hizo preguntarse si no había alcanzado un punto irreversible.

—Annibal, nosotros nos vamos a ir yendo.

Sandro Biaggi rompió el hechizo. Scorpio levantó el brazo izquierdo y miró el reloj. Las tres y media. ¿Las tres y media? ¿Cómo demonios había pasado el tiempo tan rápido? Si parecía que solo había transcurrido escasa media hora desde que había vuelto de la barra. Decidió que él también se marcharía. Su instinto le llamaba a quedarse así, tal y como estaban, pero alguna vez había que irse. Prefería hacerlo cuando él eligiera y no cuando el local les obligara. Se incorporó en el asiento, muy parecido a un sillón. La arrastró con él, aún permanecía apoyada.

—¿Te vas tú también? —preguntó Angela. La desgana empapó su voz. Despacio, retiró los dedos.

—Sí, esto está ya medio vacío.

Quedaba más gente de la que había sugerido. Se irguió del todo. No fue una buena idea hacerlo tan deprisa, pues su cabeza afectada por el alcohol no lo recibió bien. La sensación pasó a los pocos segundos. Se puso de pie. Le tentaba mucho, muchísimo, seguir disfrutando de su compañía. Ni siquiera sabía por qué no lo hacía, era un buen momento.

—Aquí no queda mucho que hacer.

—Entonces yo también me marchó. No me voy a quedar aquí sola —Angela se encogió de hombros. Se levantó también. Se esforzó por ocultar la decepción.

—No te preocupes por eso, seguro que hay miles de tíos que estarían dispuestos a hacerte compañía. —Sus palabras funcionaron como un veneno autoinoculado. Aparentó indiferencia.

—Pero el tío con el que yo quiero estar esta noche se marcha —respondió tajante—. Voy a buscar mi chaqueta, no tardo nada.

—Te espero fuera —le avisó Annibal.

Angela se alejó en la penumbra mientras que él caminó hacia la puerta del Hot Fire y salió.

Allí ya estaban los demás. El gánster se fijó en que el portero se mantenía en su puesto de trabajo. Justo cuando el tipo fue a saludarle, Scorpio miró a otro lado.

—... vine aquí, fue en viernes. Así que debe de ser los viernes cuando las chicas bailan en la tarima. O no sé —Oyó a Greenwich a medida que iba acercándose a sus colegas.

—Vaya mierda. Me apetecía ver tetas —bromeó Harrison.

—Vámonos —sugirió Coleman, una vez vio al jefe.

—Estoy esperando a Angela —dijo Annibal.

—No sabía que estabais juntos —se disculpó Greenwich. No le habían escuchado afirmararlo, pero la actitud tan cercana entre ellos les había dado qué pensar.

—No estamos juntos. —El hombre metió las manos en los bolsillos del pantalón, incómodo.

—Pues qué bien te lo montas —carcajeó Harrison.

—Sí —asintió Annibal. Miraba con insistencia a la puerta.

Si le decían eso, dedujo, tal vez desde fuera se veía que estaba más pendiente de ella de lo que lo que pretendía mostrar. Fred abrió la boca para soltar algo más, pero la poca receptividad por parte del aludido hizo que se retractara.

Pese a que estaban a mitades de junio, esa noche no era calurosa. Hacía viento y la temperatura era más baja de lo normal. Tal vez fuese porque las nubes habían cubierto el cielo durante buena parte del día.

Angela salió. Se acercó a ellos. Se frotaba los brazos por encima de las mangas. El fresco se acusaba al abandonar el ambiente del local.

—¿Dónde has dejado el coche? —le preguntó el Lobo a Scorpio. Se protegía las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta marrón oscuro.

—En el *parking*. —No tuvo que especificar cuál, por allí cerca solo había uno.

—Vale. Nosotros nos vamos, tenemos los nuestros a unas dos calles —dijo Rafael. Los demás levantaron una mano para despedirse.

—Ojo —les previno Annibal.

No hacían falta las explicaciones, captaron el mensaje.

Los cinco hombres comenzaron a alejarse y les dejaron solos. Angela se puso en frente, aproximándose a él. Apoyó las manos pálidas y frías en la chaqueta del traje del chico y luego agarró las solapas frontales. Eran suaves bajo sus dedos.

—¿Cómo has venido? —preguntó Scorpio. No tenía muy claro si quería que jugueteara con su chaqueta. No podía clasificar lo que le hacía sentir. Le inquietaba.

—Andando. No vivo muy lejos de aquí.

—Ven conmigo. Te acerco yo.

—No hace falta, pue...

—No era una pregunta.

No iba a dejar que se fuera sola a casa con toda la mierda que había por la calle. Él lo sabía muy bien. Desconocía cómo se las había apañado otras veces, pero ahora que estaba en su mano su seguridad, iba a proporcionársela. La chica decidió no decir nada. Le siguió. Primero caminaba un par de pasos por detrás, luego se colocó a su altura. Se sentía mal porque se tomara tales molestias. Pero esas dudas no tuvieron la fuerza necesaria como para que se diera media vuelta.

El frescor de la ciudad nocturna les ayudaba a despejar la mente, pintando sus ideas con más claridad. El silencio entre ellos acentuaba el eco de los pasos. Llegaron al aparcamiento. Bajaron

en ascensor al nivel correspondiente. No había pérdida.

—¡Vaya coche! —exclamó ella en voz no muy alta, impresionada. Acarició el capó del Ford Mustang con una mano. La negrura del mismo brillaba bajo la luz del techo.

Annibal sonrió. No quiso comentar que en casa le esperaban dos maravillas más. Pulsó el botón de la llave y desbloqueó el cierre centralizado. Se escuchó el sonido sutil de los seguros al desactivarse. Abrió la puerta del conductor, no sin antes hacerle un gesto para que hiciera lo mismo por el otro lado. Una vez estuvieron acomodados y con las puertas cerradas, se abrocharon los cinturones.

Angela le miró de reojo. Luchaba consigo misma.

—¿Cuál es tu calle?

El hombre estaba poniendo en marcha el GPS del ordenador de a bordo. No recibió respuesta. Con los brazos cruzados, ella miraba a través de la luna delantera. Parecía que atendía a algo muy interesante al otro lado. Pero no había nada. Annibal no sabía si le había escuchado. Dejó pasar unos segundos.

—¿Angela?

—Llévame a tu casa.

No se inmutó. Había reunido el valor suficiente como para que la petición se materializase en voz. Se estremeció al escucharle pronunciar su nombre.

Scorpio se quedó quieto. No lo había esperado. Quería haberlo sugerido un par de veces, pero algo le había impedido hacerlo. Y, sin embargo, a diferencia de él, ella no había dudado. Ni siquiera había sido una pregunta, se trataba de una orden.

Hizo contacto con la llave y el motor les recibió con un rugido suave. Desactivó el freno de mano. Dio marcha atrás. Cuando hubo abandonado la plaza del aparcamiento, metió primera y pisó el acelerador. No iría muy rápido, sentía el alcohol por sus venas.

Una vez en la calle, el narcotraficante encendió la radio. La música *techno* les acompañó en el silencioso viaje. Subió el volumen. La vibración del sonido podía palpase en la estructura interna del vehículo. Guiando el volante con suavidad, trataba de no pensar. No quería anticiparse a lo que pudiese ocurrir en su casa.

Las ganas que Angela tenía de llegar le impedían preguntarse si no se habría precipitado. Como ya venía siendo costumbre desde que dio el paso en aquella fiesta, dejaba la razón a un lado. Ese hombre la había seducido sin que apenas pudiera darse cuenta. A lo mejor no había querido darse cuenta. Entendía la fama de la que le habían hablado con respecto a las mujeres. ¿Qué hacía entonces con ella?

La ausencia de tráfico a esas horas de la noche consiguió que el trayecto transcurriese en menos tiempo del empleado en la ida. Scorpio accionó el botón que abrió la parte de la verja habilitada para los coches. Esta se cerró a sus espaldas. Entraron al garaje. Impulsada por un sensor de movimiento, la luz se encendió. Una vez aparcado, se bajaron. El dueño comprobó que el Mustang había quedado bien cerrado. Sintió satisfacción al descubrir grata sorpresa en ella tras contemplar la pequeña colección de vehículos.

Cruzaron puerta del pasillo que conectaba con el resto de la casa. Divisaron el salón. Angela recordaba muy bien esas paredes. Ordenada y sin gente, parecía aún más grande. Se quedó mirando al tramo del pasillo que conducía al cuarto donde el sábado anterior...

—¿Quieres beber un poco más? —le ofreció él mientras se desabrochaba los botones de la

chaqueta.

—Vale.

Annibal desapareció unos minutos y regresó con una botella de vodka, refresco de limón que aún conservaba de la fiesta y dos copas largas de cristal. Las sirvió. Al mirarla para entregarle la suya, le guiñó un ojo por segunda vez aquella noche. Angela necesitaba saber cómo un simple gesto podía ocasionarle tal seísmo. Los tacones la condujeron a su lado. Subieron las escaleras. Una vez arriba, giraron a la izquierda y caminaron hasta el fondo. En el lateral izquierdo del corredor se emplazaba la habitación. Cada uno llevaba su copa. Con la mano libre, el chico abrió la puerta. Entró primero.

La mujer supo que ya no había vuelta atrás. Al ver el dormitorio, se impresionó una vez más ante el tamaño. El color negro predominaba en la estancia. Le gustaba, era elegante.

Colocaron las nuevas consumiciones encima de la mesita de noche más cercana a la puerta. Angela no se percató del momento en el que él se despojó de la pistola y la dejó en uno de los cajones. Después, Scorpio se sentó en la cama, cerca del pequeño mueble coqueto. Ella vaciló. De nuevo, vértigo. Pero se dejó caer junto a él. El perfume masculino volvió a abrazarla.

El reloj digital marcaba las cuatro y diez de la mañana.

Después de dejar la chaqueta sobre la colcha, le facilitó una de las copas y ella la asió con cuidado. No tenía sed, pero Angela se dijo que lo necesitaba. Estaba nerviosa y debía ocultarlo. Para empezar, dejando de hacer tanta presión con los dedos sobre el tallo de cristal.

—Seguro que esto es mejor de lo que nos hemos tomado allí —dijo el hombre. Si era verdad o no, poco le importaba. El hielo no se rompería solo.

—No lo dudo —coincidió la mujer con una sonrisa—. ¿Vas a mezclar?

—¿Por qué no?

Annibal se llevó el vodka con limón a los labios. Llevaba bastante más refresco que alcohol; después de los que habían tomado en el Hot Fire, abusar podría arruinar lo que quedaba de noche. Ella le imitó. A medida que tragaba el líquido, Angela notaba cómo los nervios se aplacaban. Cerró los ojos y, cuando los abrió, vio cómo él se aflojaba la corbata. La franja blanca continuaba destacando sobre el resto de prendas negras.

La única iluminación que incidía en aquella habitación era la que se filtraba por la ventana, procedente de las farolas de la calle.

—¿Y bien? —preguntó el chico. Había apoyado la corbata en los hombros, de manera que los extremos caían hacia el pecho.

—¿Qué?

Angela miraba sus labios. Buscaba algo que decirle, pero no encontraba nada que fuese mejor que el silencio. Se sentía como una imbécil. Ahora que se encontraba allí sentada con él en aquella cama, no se atrevía a manifestar lo que el cuerpo le pedía.

Scorpio tampoco entendía muy bien la situación. Lo único en lo que podía pensar era en aquellos segundos valiosos que se escurrían entre sus dedos. Se acercó a ella sin pensárselo dos veces. Le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Los centímetros se convirtieron en enemigos. El corazón de la joven comenzó a latir con violencia.

Entonces Angela no pudo soportarlo más y le besó.

Annibal cerró la mano en torno a la camiseta roja, sobre la espalda. La lengua de la muchacha se encontró con la suya. El ritmo acompasado inicial se transformó en un torbellino. Lo salvaje

encubrió cualquier rastro de romanticismo. La liberación de los sentimientos reprimidos se llevó por delante la voz de la razón. Angela le robó la corbata y se deshizo de ella. Le desabrochó los botones de la camisa negra tan rápido como la exaltación le permitía. La abrió. Se la arrancó. Y contempló la desnudez de su torso, esculpido como recordaba. Entonces Scorpio le quitó la camiseta ceñida. Se notó arder al ver el sostén negro de encaje. Las manos de Angela cedieron a sus deseos y acariciaron la piel tersa que encontraba a su paso. Primero recorrió el pecho, después el abdomen. Ambos constituían una vorágine de formas perfectas que la hicieron vibrar. Caminaba sobre fuego, el mismo que ambos compartían.

Se tumbaron en la cama, despacio, paralelos a la almohada. Los labios de la joven descendieron hasta su cuello, rozándole, probándole. Al igual que durante aquel instante en la fiesta, ese contacto le detuvo y se dejó hacer sin resistencia. Le arañó suavemente con los dientes. La piel de su nuca se erizó. Una vez tendidos del todo, la joven se apoyó encima mientras todavía le besaba. Con los dedos recorría buena parte del cuerpo descubierto. Las uñas rasgaban la superficie de su piel, delicadas, provocándole un amplio abanico de sensaciones. Scorpio se estremecía. Angela había tomado las riendas y la excitación se alzaba como las llamas de un incendio. Subió hacia sus labios y en ellos se detuvo todo cuanto quiso. Le agarraba el pelo oscuro y corto con la mano. Y le miró. Le vio con los ojos cerrados y la mandíbula en tensión. Sonrió al besarle otra vez.

De pronto, Annibal hizo un movimiento tan rápido que apenas dejó tiempo para que ella reaccionara. La colocó boca arriba. Le atrapó las muñecas entre sus manos y la cama, a ambos lados y a la altura de los hombros. Angela perdió el aliento. La luz blanquecina del exterior iluminó el rostro del hombre y ella vio cómo el juego de sombras acentuaba la cicatriz del ojo izquierdo. Sin liberarla, Scorpio se inclinó y la besó en el cuello. Lo hacía con suavidad, como si temiera que se fuese a romper si empleaba más fuerza.

Se volvía loco y la volvía loca a ella.

Condujo los besos hacia su pecho, deteniéndose. Angela sentía cómo la barba incipiente le raspaba la piel. Él la escuchó suspirar. Continuó su recorrido e hizo que curvara la espalda. Bajó hasta aquel vientre femenino que era tan suave como parecía a simple vista. Lo cubrió de besos. Un escalofrío arrollador golpeó cada célula de la chica.

El calor les mantenía prisioneros de la pasión.

Regresó a sus labios entreabiertos y los recorrió con la punta de la lengua. Probó el sabor del vodka. Y, despacio, le liberó las muñecas. Ella tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, le rodeó la ancha espalda con los brazos. Clavó allí sus manos y volvió a atraerle hacia abajo. Sintió la piel de su pecho en contacto con los suyos.

Era como si no pudieran separarse, como si una fuerza mayor entrelazara las fibras de sus cuerpos. Parecía que, si deshacían el contacto, jamás podrían volver a recuperarlo. Eran llamaradas de delirio.

La mano derecha de Angela resbaló por la espalda de Annibal. Cruzó el costado, el abdomen y acabó en sus pantalones. Desabrochó el botón y bajó la cremallera. Un potente chispazo atravesó la columna vertebral del hombre, quien aún permanecía con los marcados brazos estirados y apoyados en la cama. La rubia introdujo los dedos por debajo del pantalón, encontrándose con la textura de unos *boxers*. Él hizo lo mismo con sus vaqueros, tirando hasta quitárselos. Ella se deshizo de los zapatos usando los pies. Un tanga negro de encaje quedó

expuesto. Era la pareja del sujetador y ambos constituían una explosión de sensualidad. A Scorpio también le sobraban los pantalones, que arrojó al suelo tras deshacerse de sendos zapatos y calcetines. Incorporó a la mujer y le desabrochó el sostén con destreza. Los tirantes resbalaron por sus brazos sedosos. La prenda cayó sobre la cama. Aquella visión provocó una combustión que se extendió hacia el rostro de Annibal, abrasándole. Los pechos de Angela azuzaron el motor masculino.

Les cubría una única prenda.

La tensión sexual era inaguantable.

Annibal volvió a inclinarse hacia delante, obligándola a que se tumbara. Ella le agarró del pelo otra vez y le llevó hacia su terreno, besándole de nuevo con furia. Tan cerca, el hombre sintió su cuerpo casi desnudo contra él. Los efectos del alcohol hacían ese momento más desinhibido, más pasional. Más sexual. Él se liberó del beso y bajó hacia el pecho desprovisto de barreras. Angela dejó escapar un sonido casi inapreciable que no hizo sino avivar el incendio. Se movía bajo sus besos. Y aquella zona se hizo poco para Annibal.

Descendió más.

Llegó al ombligo y dibujó círculos con los dedos alrededor. Después completó el mismo recorrido con los labios. La chica dejó escapar el aire entre los suyos. Annibal buscó a tientas la única pieza de ropa interior que ella vestía. Comenzó a bajar el tanga. Despacio, muy despacio. Lo dejó caer al suelo. Angela no se resistió.

Y ahí la tenía.

Su cuerpo entero para él. Lo contempló en toda su perfección. Le excitaba demasiado. No más que aquellos ojos mirándole, peligrosa. El color se arremolinaba rosado en las mejillas femeninas y su cabello rubio le caía sobre los hombros como aguas bravas. La mujer se mordió el labio inferior, todavía pintado de rojo oscuro, y se incorporó. Se sentó sobre la cama. Él se había puesto de pie en el suelo. El montón de ropa le rozaba los pies. Entonces ella le liberó de los *boxers*. Empezó a tocarle. Él echó la cabeza hacia atrás y los músculos de su cuello se marcaron. Le ocurrió lo mismo en la espalda cuando comenzó a recibir otro tipo de caricias, más cálidas, más húmedas.

Scorpio espiró más fuerte de lo normal cuando notó su lengua. Poco a poco se fue dando cuenta de que su capacidad de reacción estaba estancada a causa del placer. Las sensaciones le arrollaban con la fuerza de un tsunami. Sin detenerse, ella apoyó las manos firmes en la parte de atrás de las piernas masculinas. Él había cerrado los ojos y tenía los labios entreabiertos. Respiraba por la boca, en silencio.

Tras unos largos minutos, demasiado cortos, notó cómo la chica rodeaba su muñeca con la mano y le guiaba hacia la cama. Le tumbó. Y continuó.

Angela comprobó de reojo cómo se aferraba fuerte a las sábanas. Verle así le provocó una sensación que la recorrió entera. Empezó a arañar con suavidad las zonas de los costados a las que podía acceder por su posición. Creyó escuchar su voz durante una milésima de segundo. El pecho de Annibal bajaba y subía con más continuidad que antes. Pequeñas gotas de sudor reflejaban la escasa luz que atravesaba la ventana.

Solo entonces ella decidió detenerse.

Annibal necesitó un instante para ser capaz de abrir los ojos. La miró fijamente.

Ahora jugarían con sus reglas.

Serio, había inclinado la cabeza unos centímetros hacia atrás. Apoyó la punta de la lengua sobre el labio superior. Se acercó a ella. La expresión de Angela era demasiado provocativa. No podía soportarla sin intervenir. Volvió a besar las curvas de su cuerpo, ávido de avanzar por su piel. Bajó. Bajó.

Primero la acarició con la mano. Después con la lengua. Ella se abandonó. Angela estiró aún más su cuerpo sobre la cama. Aquel placer rozaba lo prohibido. Resopló. Scorpio solo se detendría cuando se lo pidiera. O tal vez las súplicas no serían suficiente. Los jadeos crecientes de la dueña de ese cuerpo alimentaban su ego. Se hicieron más audibles.

Paró.

La dejó a las puertas. Le dio lo que había recibido. Annibal sonrió. Se colocó a su altura. Le encantó encontrar su rostro teñido de lujuria, agitada. La besó en los labios.

—¿Quieres más? —le susurró en el oído. Un escalofrío sacudió la piel de la chica. Ella abrió la boca para contestar, pero la cortó antes—. No, espera. No respondas. No hace falta. —Volvió a buscar su cuello.

Angela, presa de unas sensaciones que rozaban lo sobrenatural, ardía en deseos de que volviera a explorar su cuerpo. Estaba tan solo a un paso de perder la cabeza. Pero no tuvo tiempo de pensar más, las manos del hombre ya se movían por su pecho.

Scorpio entonces sacó un preservativo de una de las mesitas auxiliares. Mientras lo abría, observaba cómo la hermosa mujer permanecía tumbada con los ojos cerrados. Hizo que los abriera cuando traspasó el límite.

Encima de ella, y con los cuerpos entrelazados, se besaban. La voluntad del hombre marcaba el ritmo. Era su prisionera. Llamas, un infierno de placer casi insoportable. Al principio, Angela no articulaba sonido. Pronto fue incapaz de controlar la voz. Annibal no podía recordar otras sensaciones con una carga tan intensa.

Los dedos de la rubia se deslizaban por la espalda de Scorpio como si fueran agua. Las altas temperaturas bañaban la habitación. Los constantes movimientos consiguieron que Angela perdiese el control. Estiró los brazos, desplegó su cuerpo. Él no se detuvo. Y entonces, desde abajo, su voz inundó el cuarto. Para él fue un aliciente y empujó más fuerte, arrancándole gemidos. Annibal no podía dominarse, no podía parar, cautivo de una pasión devastadora. Hasta que sintió la explosión ardiente dentro de él. Le arrebató la poca cordura que le quedaba.

Fue perdiendo fuerza. Se vio obligado a tumbarse en la cama, junto a ella. Su acompañante todavía se esforzaba por domar la respiración. La chica se colocó de lado. Le miraba. Sus cuerpos perlados refulgían bajo la suave luz exterior. Alargó la mano y se adentró por el pecho de Annibal. El itinerario que seguía no ayudaba al hombre a calmarse. Ella no podía recuperar la razón si le veía temblar bajo sus dedos.

—¿Cómo estás? —preguntó Angela. Sus palabras zozobraron. Le acarició la nuca. Él se encogió de hombros—. No, espera. No respondas. No hace falta.

Annibal le mostró la que fue su sonrisa más abierta hasta entonces. Desde luego, era una chica con recursos. Abrió los ojos y giró la cabeza hacia ella. Vio su cuerpo desnudo de lado, rociado de humedad. La curva que descendía desde la cadera hasta la cintura trazaba una pronunciación perfecta.

Sabía que debía levantarse para ir al cuarto de baño, pero no quería moverse. La visión femenina le ataba a la cama. Tuvo que reunir fuerza de voluntad para incorporarse. Y cuando se

estaba levantando, ella le tumbó otra vez con un pequeño empujón en el pecho. Mientras él caía, Angela le buscó.

—¿Vas a dejarme aquí sola? —Cada letra exudaba sensualidad. Jugeteaba con los dedos sobre sus músculos abdominales. Deslizó la punta de la lengua por el lóbulo de su oreja.

—No voy a irme muy lejos, tranquila.

Volvió a tumbarla boca arriba sin que ella pudiera anticiparlo. Le sujetó las muñecas del mismo modo que justo antes de dar rienda suelta a la pasión. Ella jadeó, temiendo que todo volviese a empezar. Deseándolo. Lo único que él hacía era mirarla con una intensidad apabullante.

Scorpio se levantó torpe a causa de la transitoria debilidad derivada del éxtasis. Se adentró en el lavabo una vez hubo encendido la luz del mismo. No se molestó en cerrar la puerta, no tenía sentido. Lo que había por ver ya se había visto.

Angela, aún de lado, se lo comía con los ojos. Observaba su pelo negro, ahora más revuelto. Comenzó en la nuca y descendió por la espalda, por cada uno de los relieves. Repasó la línea marcada de la columna vertebral. Al llegar al trasero, se detuvo cuanto quiso. A continuación, las piernas. Jamás había tenido entre sus brazos un cuerpo como aquel. Hasta esa noche. Se dejó caer boca arriba y su mente cayó en una dulce espiral. Saboreó el recuerdo de haberle tenido dentro.

Desde la habitación se escuchó el agua de la cisterna y después el chorro sobre la pila del lavabo. Annibal no tardó mucho en salir. Se vistió con una nueva prenda de ropa interior. Fue hacia la cama, abrió un hueco entre las sábanas y se introdujo dentro. Miró el reloj digital. Había transcurrido una hora y media. Para ellos, quince minutos.

—Puedes venir, no muerdo —la incitó Annibal.

—Eso habría que verlo.

Scorpio se rio por lo bajo mientras Angela reptaba por la colcha. Se metió con él bajo las sábanas negras. Descubrió que se encontraba muy cómoda, sobre todo si volvía a contactar con su piel caliente. Él estaba tumbado boca arriba con ambas manos detrás de la cabeza. La chica se apoyó en su pecho. Ya que había decidido actuar sin pensar, lo haría bien. Y es que seguía sin poder resistirse. Sintió cómo el chico le acariciaba el pelo, sedoso al tacto. Ella volvió a cubrir de caricias su abdomen. Le encantaba hacerlo.

—Yo... no suelo hacer esto. —Por alguna razón, Angela tuvo la necesidad repentina de aclararlo.

—¿El qué? ¿Follar? —Annibal notaba las formas desnudas contra su cuerpo.

—No, no me refería a eso. —Angela soltó una risotada suave—. No me meto en la cama con el primero que pasa.

Esa era una pequeña confesión que Scorpio no habría hecho, así que le extrañó. Pero la aceptó de buena gana. Tampoco admitiría que le hizo sentir halagado.

—¿Así que soy el primero que pasa? —bromeó, levantando un poco la cabeza para mirarla.

—No seas tonto —rio Angela. Le dio un golpecito en la tripa con la mano. Le resultaba tan fácil dejarse llevar que le daba miedo.

—No te he pedido explicaciones.

—Ya lo sé —contestó ella. Dejó una pausa—. ¿Te tiras a Deborah?

—¿A qué viene eso?

—Curiosidad. —Angela pudo notar el descenso de temperatura. Prefirió no darle importancia

—. De algún sitio tuvo que sacar que estabais saliendo.

—Sí, me la tiro —reconoció Annibal sin tapujos. No veía por qué no debía ser claro—. Y lo sacó de su obsesión conmigo.

—¿Debería sentirme celosa? —preguntó Angela, sonriendo. Quería saber la respuesta. Le interesaba.

—¿Deberías?

Scorpio volvió a utilizar ese tono de voz que, en secreto, tanto atraía a su acompañante. La chica se acercó y le dio un fugaz beso en los labios. La presencia del alcohol no se había evaporado todavía.

—No siento nada por Deborah y se lo he dicho millones de veces, pero es muy pesada —concluyó—. Además, ¿qué coño importa? No voy a ponerme a hablar de ella ahora. Me corta el rollo.

—Ah, ¿sí? —Traviesa, arañó el surco central de su abdomen. No pudo evitar volver a encenderse al ver la característica sonrisa de Annibal en la penumbra. Era una locura.

—¿Tú qué crees?

Él sacó las manos de detrás de la nuca y con ellas buscó el cuerpo de Angela. Rastreaba su geografía. La piel suave amenazaba con volver a estimular sus sentidos. Los labios de la cantante buscaban ávidos los de Annibal, como si no hubiese tenido suficiente. No sabía encontrar el límite de lo que consideraba suficiente.

Se tumbó encima de él, ambos cubiertos por las sábanas de seda negra. Los dedos masculinos abandonaron su espalda para buscar a tientas una zona más cálida. Angela sabía que volverían a caer.

Scorpio notaba una poderosa sensación eléctrica que, con origen en sus dedos ágiles, se extendía por cada una de sus células. Su prioridad ahora era hacer suspirar a ese ángel carnal. Lo volvía a conseguir. Ver cómo ella cerraba los ojos con fuerza hacía que los suyos echaran chispas. La joven se aferraba a los brazos del narcotraficante. Buscaba liberar tensión, una vía de escape. Pero no quería escapar.

Al hombre le había gustado haberla dejado al borde del clímax al principio y ahora lo repitió. Supo que ella se acercaba porque notaba cómo le clavaba las uñas. La rubia redujo la fuerza. Abrió los ojos. No encontró la sonrisa que esperaba. Vio cómo las sombras acentuaban la cicatriz que le cruzaba el ojo izquierdo.

Manteniendo el contacto visual, Angela se fue deslizando hacia abajo. Lenta, como un río de lava. Quedó cubierta en su totalidad por las sábanas. Scorpio dejó caer los párpados cuando recibió su boca húmeda y caliente otra vez.

Capítulo 18

La oscuridad era densa, afilada. Todo cuanto alcanzaba a ver se difuminaba en sombras. El tiempo sufría una distorsión extraña. Aunque no miró el reloj digital que descansaba en su mesita de noche, parecía como si los números se hubieran detenido. Congelados en verano. Era complicado averiguar cuánto quedaba para el amanecer sin mirarlos. Quizá ya hubiese amanecido.

Le dolía la cabeza. Annibal primero se llevó una mano a la frente y luego se revolvió el pelo. Las dos copas vacías de vodka permanecían juntas, silenciosas. Sintió frío. Se levantó de la cama y fue a cerrar la ventana del dormitorio. No recordaba en qué momento la había abierto, tenía que haber sido ante la necesidad de disipar el calor húmedo acumulado.

Cuando se asomó a la calle a través del cristal, vio que clareaba. Las estrellas empezaban a desaparecer, preparadas para cubrirse con el manto del cielo diurno. Tampoco es que se vislumbraran muy bien durante la noche a causa de la contaminación lumínica de la ciudad. ¿Qué le importaban a él las estrellas? Tan solo quería seguir durmiendo. Le ponía de mal humor despertarse sin razón aparente. A lo mejor había sido el dolor de cabeza, que le aporreaba las sienes. Cerró la ventana, corrió las cortinas. No necesitaba un exceso de luz. Tampoco importaba la hora a la que se levantase más tarde.

Entonces rememoró el motivo por el que había trasnochado. Miró la cama, al extremo que normalmente permanecía vacío. No esa noche. Ella se escondía bajo las sábanas oscuras.

Regresó a su hueco, aún caliente, y se arropó. Tardó un rato en desprenderse de los restos de frío. Al cabo de unos minutos, molesto por no poder conciliar el sueño, se giró hacia Angela. Quería acercarse. Agarró la parte superior de las sábanas para colocarlas. No pudo resistirse a la tentación de mirarla.

Se quedó paralizado.

El color huyó de su rostro, blanco como el papel. El corazón le golpeaba el pecho con violencia extrema, intimidándole. Las costillas parecían frágiles frente a aquella agresión indómita. Le faltaba el aire, se le secó la boca. No podía moverse. No se atrevía. Mantenía los ojos fijos contra su voluntad, contemplando el terror en estado puro. Un zumbido agudo penetraba sus oídos. Era, junto con los latidos dolorosos, lo único que podía escuchar. El pánico anquilosaba sus miembros, le impedía reaccionar. Su retina grababa la imagen al rojo vivo en su cerebro. Luchaba por mirar hacia otro lado. Las náuseas ascendían por su garganta como el contenido de un géiser. Pudo controlarlas a duras penas. El mareo le golpeó con un puño invisible.

Miles de recuerdos, uno tras otro, se agolpaban ante la espantosa escena.

No era la silueta tersa de Angela la que yacía en su cama. Era otra persona, un cuerpo sin vida.

El cadáver de Sylvia.

Su hermana mantenía los ojos fijos en el techo, a medio abrir. Los párpados casi escondían el iris marrón. El blanco de los ojos estaba cubierto por una niebla pastosa. Monstruosas salpicaduras de sangre invadían la piel lechosa. Un pequeño agujero estropeaba el centro de la

frente lisa. Otro rompía la armonía de la mejilla derecha. Sus pantalones vaqueros estaban manchados de tierra, el abrigo azul oscuro con capucha absorbía la sangre. La sudadera rosa pálido asomaba por debajo. Tenía el largo cabello negro enredado y sucio, polvoriento.

Annibal, rígido por el pánico, localizó manchas húmedas de textura viscosa alrededor de la niña. Impregnaba su cama. Le impregnaba a él.

No podía huir, los barrotes de terror le tenían prisionero. Violentos temblores se adueñaron de su cuerpo. Los arrugados ojos de Sylvia se giraron. Le miraron. Su estómago entró en caída libre.

Scorpio empezó a gritar.

Angela se sobresaltó de tal manera que acabó sentada en la cama. Su pulso galopaba tan rápido como un bólido de carreras. Adoptó una posición defensiva. Trató de adecuar su visión a la oscuridad, desorientada. Miró a su izquierda. Encontró a Annibal en la punta opuesta de la cama. Estaba sentado, dándole la espalda. Tenía el cuerpo crispado de tensión. Escuchaba la respiración agitada, visible en sus hombros.

—Annibal —le llamó. No recibió respuesta. No sabía si acercarse. Esperó unos segundos. Nada—. Annibal, ¿qué pasa?

Silencio. Dudó. Al final avanzó hacia él por la cama. Insegura, posó la mano sobre su hombro. Estaba sudando. Tiritaba.

—Nada.

Ambos sabían que era mentira. Ella no insistió.

Aquella sobrecogedora pesadilla hostigaba la mente de Scorpio. Despierto, casi podía percibir el hedor del cuerpo de su hermana. Le temblaban las manos. Las cerró con fuerza. Se había despertado con su propio grito y agradecía profundamente que hubiera sido así. Sabía muy bien que los sueños en los que aparecía Sylvia solían arrancarle lágrimas.

El nudo de la garganta le dificultaba la respiración. No vivía imágenes mentales tan aterradoras desde hacía mucho tiempo. Todavía tenía que contener las náuseas. La angustia desbarataba cualquier intento de recobrar la serenidad. Se revolvió el pelo con una mano otra vez. Le hacía daño en algunas partes de la cabeza como consecuencia del gel fijador que había utilizado la noche anterior. Notó los dedos de Angela deslizarse con timidez desde el hombro hacia la espalda. Fue el único movimiento que tuvo lugar en varios minutos.

Annibal se levantó de la cama. El reloj marcaba las siete y media de la mañana. Había transcurrido una hora escasa desde que se habían dormido. Se encaminó al baño del dormitorio, callado, y cerró la puerta. Abrió el grifo, buscó el agua caliente. Acostumbrado a utilizarla fría para apaciguar sus ánimos, lo que ahora necesitaba era algo que calmase la escarcha que le cubría por dentro. Apoyó ambas manos en los bordes blancos de la pila del lavabo y se miró al espejo. Las gotas transparentes resbalaban por su cara. El recuerdo desempolvado, deformado en su nivel más grotesco, latía detrás de los ojos. Dolía.

Volvió a la cama cuando se secó el rostro con una toalla.

—¿Qué ha pasado antes? —Angela era prudente, alertada por la intuición.

—No te preocupes —contestó él. No consiguió una voz firme. Se tumbó y se tapó hasta arriba. Parecía mentira que fuese junio.

—¿Seguro?

El hombre no respondió. Angela volvió a desistir. Nada le indicaba que quisiera confiarle lo que le había alterado tanto. No se conocían. La intimidad que habían compartido no incluía ese

ámbito. La chica se acomodó también. Lejos de apartarse, se arrimó a él. En un acto de valentía, apoyó la mano sobre su pecho. Si Annibal agradeció o no ese contacto, no se lo mostró. Pero sí rodeó su fina cintura con el brazo derecho. Acurrucada en su piel, no tardó en volver a dormirse.

Scorpio quería dejarse vencer por el sueño, pero su mente activa le castigaba repitiendo una y otra vez la horrible imagen. No tenía muchas armas con las que combatirla, así que decidió usar el raciocinio. Necesitaba averiguar la razón por la que había soñado con el cadáver de su hermana. La frecuencia de ese tipo de pesadillas había descendido mucho desde que el suceso real ocurriera diez años atrás.

Temía dormirse y revivirlo de nuevo. No quería verla más.

Recordó el asunto que le envolvía desde hacía unas semanas. Recordó la obsesión del loco que había decidido atacar su sistema. Atacarle a él sin llegar a rozarle. Todavía. Era posible que las muertes de sus hombres hubieran desempolvado el rincón más oscuro de su mente, aquel que guardaba la pérdida que le había marcado de por vida.

Se negaba a evocarlo otra vez. No quería pensar en su hermana. No quería pensar en nada. Quería dormir sin soñar.

Se movió con cuidado en el sitio. Acomodó la almohada con la mano que tenía libre. Se forzó a cerrar los ojos. Unos agónicos minutos bastaron para que consiguiera escapar del estado de vigilia.

Capítulo 19

Annibal se despertó el domingo casi a las cinco de la tarde. De buena gana se habría quedado durmiendo hasta el día siguiente. No había descansado bien. Lo primero que hizo al regresar a la realidad fue mirar al lado de la cama donde debía encontrarse Angela. Bajo las sábanas negras, sin embargo, solo estaba él.

Aquel vacío le decepcionó.

No le había dado la oportunidad de despedirse. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso era esa una situación nueva? No. De hecho, estaba acostumbrado a amanecer solo tras una noche de sexo. ¿Entonces por qué se preguntaba dónde estaría? Tal vez en la planta baja desayunando. Más bien comiendo, por las horas que eran.

Al fijarse en la almohada, se percató de que allí había algo. Lo cogió. Descubrió que era un papel. Una nota en concreto. La ausencia de luz a causa de las cortinas le obligó a acercarla para poder leerla. Aquella debía de ser la letra de Angela. Había escrito, con bolígrafo azul, que había pasado una noche maravillosa y que sentía marcharse sin haberse despedido, pero que no le había querido despertar. “Por si te apetece volver a verme” fue la frase que precedió al número de teléfono móvil garabateado. Una sonrisa diminuta le suavizó el rostro. Cuando se dio cuenta, la borró. Dobló el papel.

El primer lugar al que acudió fue al plato de ducha. Bajo el chorro caliente, rememoró las escenas que había vivido en su cama hacía unas doce horas. No pasaba por alto ningún detalle. A pesar del alcohol, recordaba todo a la perfección. Esas imágenes le activaron el cuerpo. Se dejó llevar por sus impulsos.

Al salir se colocó una toalla alrededor de la cintura. La ducha le había despejado y le había ayudado a aplacar el dolor de cabeza. La resaca no le había perdonado esta vez. Se miró al espejo, por lo menos no tenía ojeras. Deslizó la mano por el pelo mojado y, echándolo hacia atrás, hizo que se levantaran las características puntas. Preparó las cosas para afeitarse.

Se vistió con unos pantalones cortos negros de estilo boxeador y una camiseta granate. Después bajó a comer algo. Casi eran las seis de la tarde, se moría de hambre. Tras preparar una buena cantidad de huevos con beicon, fue con el plato al salón y lo dejó encima de la mesa. No se molestó en colocar un salvamanteles. Se sentó en una silla y empezó a comer. Mientras tanto, buscaba algún canal que emitiera algo interesante en la televisión. Al final optó por las noticias, llevaba un par de días desconectado del mundo.

El teléfono móvil empezó a sonar. Durante un breve instante, el contenido de la nota atravesó su mente como un rayo. Se sintió estúpido al comprobar el nombre en la pantalla. El Lobo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Annibal. El beicon del tenedor quedó a mitad del recorrido.

—Hola a ti también —protestó Rafael.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada. ¿Qué te pasa?

—Déjalo —comentó Scorpio. Le estaba cogiendo tirria al teléfono visto lo visto las últimas

semanas.

—¿Qué tal estás? —preguntó el Lobo, algo confuso.

—¿Yo? Bien. ¿Por?

—Tranquilo, no muerdas. ¿No puedo llamar a mi colega para ver qué tal le fue la noche?

—Ah. Bien.

Era como si Rafael tuviese un radar. Pura lógica, en realidad. Recordó a Angela una vez más. Suspiró en silencio. Por supuesto, su amigo no podía saber nada acerca de la pesadilla. Se introdujo el tenedor en la boca. Masticó con desgana. Negó con la cabeza mientras pinchaba un trozo de huevo. Necesitaba vacaciones.

—Vino a mi casa. Se quedó a dormir —prosiguió. No necesitaba dar más detalles.

—Lo suponía. No te imaginas lo pesado que estaba anoche Harrison con tu rubia. —No le sorprendió la nueva información.

—Llevaba una cogorza importante. No sé ni cómo se tenía en pie.

—No pudo volver solo. Tuve que llevarle en coche hasta su casa y por poco me lo vomita. La tapicería se salvó de milagro. Cuando abrió la puerta al llegar, lo echó todo fuera —le contó Rafael. No quería ni pensar qué habría hecho si le hubiese manchado el Mercedes.

—Parecía un puto adolescente —dijo Scorpio masticando huevo.

—Y que lo digas. La próxima vez que le lleve otro. O que pida un taxi.

—Vaya tela.

—En fin. Llamaba para ver si todo estaba bien. No pienses mal —le previno el Lobo, anticipándose a cualquier posible respuesta.

—No iba a pensar mal —se defendió Annibal.

—Ya nos veremos.

Escueto, como siempre. Colgó el teléfono y lo volvió a dejar encima de la mesa. Miró el plato. Quedaban algunos trozos.

Al día siguiente madrugó para acercarse al despacho de Leicester. Debía recoger una copia de los papeles de lo que ahora, por derecho, era suyo. Tenía que encargarse como era debido de ese treinta por ciento. En la oficina también se encontró con Zack Collins, el hombre que le avisó de la tardanza de Thomas durante la fiesta de aquel sábado. Estrechó la mano de ambos, cordial. Por lo que parecía, todo marchaba sin contratiempos. Así era como le gustaba trabajar.

Annibal había notado cómo Leicester estaba más pendiente de él de lo necesario. Lo atribuyó a la ahora lejana metedura de pata, aquella en la que había insinuado que Angela era una prostituta. No dijo nada. A fin de cuentas, no era un mal tipo, solo trataba de enmendar su error. Incluso se había ofrecido a invitarle a tomar algo antes de comer. El chico le rechazó, aún no tenían la confianza suficiente como para darle el rango de colega.

Al cabo de tres cuartos de hora de atascos insufribles, Annibal aparcó el Ford Mustang en el garaje. Apenas había entrado al pasillo principal de la casa cuando llamaron a la puerta exterior. Puso los ojos en blanco. No esperaba a nadie. Fue a mirar por la pantalla y comprobó que se trataba de Deborah. Resopló. Con la paciencia mermada por las anteriores condiciones del tráfico, esperó al lado de la puerta principal.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Scorpio, seco.

—Hola, ¿puedo pasar? —Deborah se mostraba tan cantarina como siempre. Se había propuesto que no le afectara su actitud. Ni el tono que acababa de recibir.

—¿Desde cuándo te molestas en hacer esa pregunta? —Le hizo un gesto con la mano para que entrara. Estaba empezando a aborrecer las visitas sorpresa.

—Supongo que nunca hay que perder los buenos modales. —Le siguió hasta el amplio salón. Allí se sentó en el sofá de cuero blanco, con él.

—Acababa de entrar en casa. ¿Cómo...?

—Vine hacía un rato. Llamé y no estabas. Así que decidí esperar fuera a que llegaras. Cuando te he visto pasar con el coche, he dejado tiempo para que te bajaras y luego he llamado —le interrumpió la morena. Hablaba como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Y qué querías? —Annibal decidió ignorar que podría haber estado esperando horas. Prefirió no pensar en que aquel había sido un comportamiento que rozaba el acoso.

—Verte. —Deborah habló sensual y después se acercó más. Le puso la mano en el cuello y le acarició. Este se echó hacia atrás para liberarse del contacto—. Pues sí que estás irritable hoy.

—Sí, lo estoy. —Era una verdad a medias.

—¿Ha pasado algo?

—¿Es que tiene que pasar algo?

—Si lo supiera, no te preguntaría.

—Pues no, no pasa nada.

Annibal estaba demasiado acostumbrado a sus manías cargantes, pero ese día le estaban molestando de más. Esperaba que se diera cuenta ella sola. No quería llegar hasta el punto de tener que echarla.

—¿Entonces? Podemos pasar un buen rato... —sugirió Deborah. Casi se le había subido encima. Demasiado directa. Le besó en los labios.

—¡Que no, coño! Quita.

La apartó. Annibal no sintió ni un ápice de culpabilidad. Todavía le duraba la huella impresa de la noche del sábado. Era imposible que Deborah llegase a la altura. La morena perdía la comparación por goleada.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

—Te estoy diciendo que no. Y tú sigues, y sigues, y sigues. Siempre haces igual, joder. A ver cuándo te enteras de que, si digo no, es no.

—Pues bien que te gusta cuando te la chupo. O cuando follamos. —La mujer estaba dispuesta a ganar el asalto. Por lo menos a intentarlo.

—Tampoco es para tanto.

En honor a la verdad, no había sido muy justo. Deborah era muy buena en la cama. Pero la posibilidad de que le estuviese dejando de atraer crecía por momentos. No le interesaba su plan lascivo.

—¿Por qué eres tan mentiroso?

—¿Otra vez? ¿En serio? Me estoy cansando de repetirte siempre lo mismo. Lo que tú esperas de mí, ni puedo ni quiero dártelo. ¿Lo entiendes ya? Así que déjame en paz, me hartas. Y mucho.

Annibal no reparó en lo duras que sonaron sus palabras. Los intentos de la morena de conservar su dignidad estaban quedando por los suelos. Era el cuento de nunca acabar. Ya no sabía cómo abordar la situación, estaba visto que ningún modo era efectivo. Tal vez entrara en razón con poco tacto. Nulo. Ni por esas.

Deborah no se molestó en ocultar las lágrimas. Pronto resbalaron por sus mofletes. La

abrumaba una enorme impotencia. Nunca era capaz de ablandarle, daba igual lo que hiciera. No era tonta, él nunca la había alentado a pensar que podría haber algo más. Pero si tan solo le dejara atravesar esa barrera...

Despacio, la morena agarró el asa del bolso que había dejado apoyado en el sofá. Se levantó. Los tacones le estilizaban las piernas. Empezó a caminar en dirección al vestíbulo. Se detuvo de repente.

—Es por ella, ¿verdad? —dedujo la morena, fría como el invierno. Su mueca de desdén dejó muy claro a quién se refería.

—Deborah... —Scorpio, cansado, pensó en explicarle que eso no era asunto suyo. Decidió advertirle con silencio. Era inútil malgastar saliva, le entraría por un oído y le saldría por el otro.

—Qué ironía que me digas que tú no puedes dar ciertas cosas cuando vas babeando detrás de esa tía.

—No digas gilipolleces. —Levantó el dedo índice, señalando hacia ella.

—Gilipolleces, sí.

—No tienes ni puta idea.

—Ah, ¿no? —dijo Deborah, impertinente—. Tú verás lo que haces, pero alguien como tú no puede permitirse tener puntos débiles.

—Y seguro que prefieres ser tú mi punto débil —atacó Scorpio. Había perdido su escaso aguante. Se levantó del sofá y se quedó de pie, quieto—. No se te ocurra volver a meter las narices donde no te llaman. No puedes venir aquí y decirme lo que te dé la gana. ¿Quién te crees que eres para cuestionar lo que hago? Vete de aquí. Y no te vuelvas a presentar sin avisar.

Ella no respondió. Le miraba con los ojos muy abiertos, con perlas húmedas y brillantes en ambos. Le temblaba el labio inferior. Había vuelto a hacerle daño. Se dio media vuelta y reanudó el paso sin regresar la vista en ningún momento. Salió de la casa con un portazo. Aún parecía escucharse el sonido de sus tacones airados repiqueteando contra el suelo.

No iba a seguirla. No era habitual que Deborah le hablase así. Siempre lo había hecho sensual, animada, con buen humor. Ahora solo era un manojito de celos enrabiados.

Annibal no reconocería que podría estar en lo cierto. Él no era un hombre que pudiera permitirse, por su propio bien, tener ningún punto débil. ¿Qué le había hecho pensar que Angela podría ocupar tal lugar? Le pareció una absoluta sandez. Estaba claro que la rubia no le hacía sentir indiferente. Pero, de ahí a esas acusaciones, existía lo que él pensaba que era un abismo.

¿Estaba seguro de que solo se trataba de eso?

¿Qué demonios podría ser si no?

Todo el mundo, incluida Deborah, daba por sentado que mantenía algún tipo de relación con Angela. ¿En qué se basaban? Nunca le había interesado demasiado lo que comentaran sobre él, hacía tiempo que había aprendido a no darle importancia. ¿Qué hacía que esta vez fuera diferente?

De nuevo esa pregunta.

Se estaba esforzando en encubrir algo que no entendía muy bien. Podía aceptar y aceptaba que la chica le gustaba, ya le había ocurrido con otras mujeres.

¿Seguro?

De pronto, una sombra anidó en su pecho. Su enemigo invisible había localizado a sus hombres. Podía localizarla a ella. No. No tenía sentido. Angela no pertenecía al negocio.

Maldita Deborah.

Capítulo 20

—No esperaba que me trajeras a un sitio así —admitió Angela una vez estuvo acomodada en la silla. Acarició el tenedor plateado con la mano izquierda mientras que posaba la derecha sobre el immaculado mantel blanco. Estaba impresionada.

—Alguna vez teníamos que vernos sin alcohol de por medio —respondió él, mirándola a los ojos. Era demasiado fácil sostenerlos.

—Eso es vino. —La joven señaló la ostentosa botella que había encima de la mesa, casi riendo.

Annibal mostró una media sonrisa, esa que la dejaba paralizada durante milésimas de segundo.

Había decidido invitarla a cenar. Se encontraban en el restaurante situado en la última planta de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Las paredes eran de cristal blindado. Las luces nocturnas brillaban a su alrededor, la mayoría a niveles más bajos. Conformaban un espectáculo de colores. Desde ahí arriba, el resto del mundo parecía demasiado pequeño.

El día anterior, jueves, había terminado llamándola. Para hacerlo, había necesitado tomarse unos minutos en los que había debatido si era una buena idea. Además de una copa. Ella había aceptado nada más escuchar sus intenciones. Así, quedaron en que ese viernes se verían a las ocho y media de la tarde. Scorpio la había pasado a buscar con el coche. Había elegido sacar a la calle el Lamborghini Murciélagos. Era negro, haciendo juego con casi todo lo demás. Y, cuando había aparecido por la dirección que le facilitó el día anterior, Angela ya le esperaba en la acera. Con una sorprendente sensación de poder propiciada por las miradas de los transeúntes, la rubia había accedido al asiento del copiloto. Era la primera vez que tenía la oportunidad de montar en un vehículo de tan alta gama. Hasta el sonido del motor le había resultado placentero.

Annibal no le había revelado nada acerca del plan de esa noche de viernes hasta que se hubieron bajado en la puerta del hotel. Una vez allí, el hombre le había entregado las llaves al empleado de turno para que aparcara. El movimiento vertical con el que las puertas se abrían no pasaba desapercibido. ¿Había elegido el Lamborghini para impresionarla? Se dijo que no le hacía falta, tenía otras cualidades no materiales con las que llamar su atención. Sin embargo, había dado un rodeo grande e innecesario por la ciudad. El motivo no había sido su afición por conducir, sino porque ella había manifestado cuánto le gustaba ese coche.

—Espero no haberte desilusionado —comentó Annibal, confiado. Sabía que recibiría una negativa.

—¿Desilusionarme? ¿Estás de broma? —Levantó una ceja sin borrar la sonrisa—. Esto es mucho más de lo que me podría permitir con mi sueldo.

—¿Tan poco te pagan en el Hot Fire?

—Lo que me pagan allí es un complemento. En realidad, soy... Bueno, trabajo en la recepción de una clínica por las mañanas y dos tardes a la semana. No está mal —reconoció ella. Se sintió incómoda, fuera de lugar.

—¿Por qué iba a estar mal? —preguntó Annibal. Vio cómo se mordía el labio inferior.

—Porque mi trabajo no está a la altura de todo esto —admitió ella. Trató de sonar distendida—. De todo lo que tú tienes, en realidad.

—Voy a hacer como si no hubiese escuchado nada.

—¿No te importa? —Angela se estaba recriminando por permitir que la timidez guiara sus palabras. No era la actitud que necesitaba ofrecer.

—Sí, me importa. Vete —soltó Scorpio, serio. Después relajó la expresión—. Me da igual, Angela. —Dejó una pausa—. Además, así tendrás que venir a verme si quieres disfrutar de lo que yo tengo, como tú lo llamas.

La forma en que la miraba puso nerviosa a la chica. No era intimidación, no era inquietud molesta. Lo que Angela sintió fue análogo a si él se hubiera acercado hasta quedarse a apenas centímetros. Empezó a recordar cómo la había besado hacía menos de una semana, la forma en que... Le ardieron las mejillas. Debía detener aquellos pensamientos, se arriesgaba a desconectar de la conversación.

—Sí, no estaría mal. —La nueva sonrisa de la rubia disipó sus inseguridades—. Debe de irte muy bien en tus negocios de alquiler y venta de coches.

—No me puedo quejar.

—Después de lo que he visto, me imagino que serás el jefe o algo así —comentó Angela. Entonces el camarero le trajo el primer plato. Era una ensalada que contenía, entre otras cosas, frutas exóticas.

Annibal no respondió.

Estaba claro que, si pretendía que las cosas no empezaran mal desde un principio, la mentira no era buena aliada. Pero decir “en realidad dirijo una organización de tráfico de cocaína” tampoco suponía una buena carta de presentación. Al menos de momento. El silencio era una mejor alternativa.

Esperó paciente a que el personal le sirviera su plato de pasta acompañado de salsa parmesana. No habló hasta que les dejaron solos otra vez.

—Espero que te guste la cena. No tengo por costumbre hacer este tipo de cosas. Así que, para una vez que lo hago, como no te guste me hundes —bromeó.

—Entonces voy a ser una crítica estricta. —Elegió coger con el tenedor un poco de lechuga con lo que parecía ser piña, ambas bañadas con una salsa acuosa de aroma dulce. Se lo llevó a la boca y lo masticó despacio, disfrutando del festival de sabores. Luego tragó—. En fin. No está mal. —Observó la expresión de su acompañante. No sabía si era de verdad o le estaba siguiendo el juego, pero le resultaba gracioso—. ¡Está muy bueno! —Al final no pudo aguantar la risa—. ¿Ya habías venido aquí?

—Sí, para alguna cena de empresa. —Prefería llamarlo así. Cuando comió de su plato comprobó que estaba a la altura de las expectativas—. Me alegro de que te guste. —Había estado tan pendiente de su reacción que era casi como si hubiera preparado él esa ensalada.

Annibal miró a su izquierda. Allí quedaban los grandes ventanales del restaurante. La mesa estaba situada justo al lado, tal habían sido sus instrucciones a la hora de reservar por teléfono. El conjunto de luces resaltaba la jungla urbana. El chico no era muy amigo de las alturas, pero al menos un edificio se encontraba siempre sujeto al suelo.

Continuaron con sus platos mientras mantenían una conversación amena. Saltaban de unos temas a otros con mucha facilidad.

—... así que estuve a punto de no haber ido a la fiesta —confesó Angela después de limpiarse los labios con la servilleta de tela.

—No me digas eso —se quejó él. Todo habría sido muy diferente si ella nunca se hubiese presentado allí. Ya daba igual, era una posibilidad muerta.

—Pero ya sabes cómo es Deborah. Me insistió tanto que al final no pude resistirme. Además, quería que te conociera. —Recordaba haberle comentado algo así la primera noche que estuvo con él—. Y que conociera a sus amigas. Son simpáticas.

—Creo que ahora se arrepiente de habernos presentado —comentó Scorpio, sonriendo. Después de cómo había reaccionado la última vez, era una certeza.

—Me ha dejado de hablar.

—Como si fuera una cría estúpida.

—Bueno, al menos ha merecido la pena. Terminé conociendo al anfitrión. —La mirada femenina se cargó de significado.

—Supongo que ese anfitrión del que hablas estuvo a la altura.

—Ya lo creo que lo está. —Se llevó la última porción de ensalada a la boca—. Me causó muy buena impresión. Tanta que acabé repitiendo. Si le ves, coméntaselo de mi parte.

—Tranquila, lo haré. Aunque creo que ya lo sabe. —Le divertía seguir aquel juego. Resultaba tan fácil dejar a un lado la tensión a la que estaba tan acostumbrado...

—Eso espero. —Angela sonrió entornando los ojos. Sus largas pestañas destacaron. El maquillaje suave que había elegido para esa noche le otorgaba un encanto especial—. ¿Por qué dices que se arrepiente de habernos presentado? ¿Te ha dicho algo a ti?

—Nada importante. Vino el lunes a mi casa, se puso pesada y terminamos discutiendo.

—¿Fue a tu casa?

No había terminado de preguntar cuando supo que no tendría que haberlo hecho. Ni siquiera había planeado pronunciarla con ese cambio de tono. No pretendía que sonase como un interrogatorio. Había ido a su casa, ¿y qué? No era una sorpresa. Ya le había dicho que se acostaba con Deborah, no debería importarle. Pero sí le importaba. Se guardó la punzada amarga, se la tragó junto con parte del vino tinto de su copa. No fue suficiente para hacerla desaparecer.

—Sí. Tuve que echarla al final —respondió Scorpio. No alcanzó a captar el matiz de la anterior pregunta.

—Bueno, algo habría hecho. —Con la nueva información, Angela fue capaz de dominar un poco mejor el altercado repentino.

—Meterse donde nadie la había llamado, como siempre —protestó el chico. Había terminado el primer plato, como acababa de hacer ella, y el servicio retiró ambos de encima de la mesa.

—Es curioso. No termino de imaginar una discusión contigo.

—Pues no sabes las broncas que puedo llegar a tener —admitió Annibal. De inmediato se dio cuenta de que se le podía malinterpretar con facilidad—. Mi trabajo a veces es muy estresante.

—No sé. —La rubia hizo una pausa—. De todos modos, no es discutir lo que se me ocurre cuando te veo. —Asió la elegante copa de cristal y volvió a beber.

El camarero llegó con los que serían sus segundos platos. Ella había elegido una receta de salmón mientras que él prefirió un entrecot de ternera en su punto sazonado con especias. Para acompañar, dos tarros de cerámica en el centro con diferentes y exquisitas salsas. Por como olían, sin duda debían de ser un regalo para el paladar.

Volvieron a quedarse solos.

—Me tendrás que explicar qué cosas son esas. —Annibal prefería escucharlo de sus labios. Cogió ambos cubiertos y empezó a seccionar el filete humeante. Apenas había que hacer fuerza con el cuchillo, la carne jugosa casi se cortaba sola.

—Creo que no hace falta. —Durante un instante, los ojos oscuros de Angela escudriñaron el interior de los del hombre con la fuerza de un torbellino.

—No pierdes el tiempo.

—Ni tú tampoco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él. Esas pupilas le habían causado el mismo efecto en la piel que un contacto físico.

—En la fiesta te propusiste que terminase contigo y así fue. En el Hot Fire conseguiste que me sentase en vuestra mesa. Y hoy estoy aquí.

—¿Y te molesta?

—No. Me gusta.

Angela sabía muy bien la dirección que estaba tomando, el camino que estaba eligiendo. No era una niña.

—¿Qué te gusta?

—Tú.

La luz ambiental se reflejó en el líquido color sangre de la copa que la rubia sostenía contra sus labios. Aquel desparpajo atraía a Scorpio. Él solía tener respuestas para todo, pero no en ese momento. No lo había esperado. ¿Qué debía hacer ahora? Le sostuvo la mirada hasta que ella la apartó para concentrarla en el salmón rosado, del que extrajo otra porción. Si él hubiese sido de rubor fácil, su rostro le habría delatado.

—No creo que sea una novedad. Apuesto a que estás acostumbrado a estas cosas —prosiguió Angela. Miró a las luces animadas y parpadeantes del exterior. Seguía sorprendida por su propio arrojito. Pero no podía soltar algo así y fingir que no había ocurrido.

Annibal permanecía en silencio, sin palabras otra vez. ¿Qué respuesta tenía que elegir? Podría decirle que sí, que era habitual que las mujeres se le acercaran. No era mentira. Pensó en que podría contestar que ella era la mujer que más le había interesado desde hacía mucho tiempo. También era verdad. El gran fallo de ese plan fugaz era que no se atrevía a reconocer algo así en voz alta. Se le daba peor que mal.

Suspiró sin hacer ruido.

Para la cantidad de experiencia acumulada con el género femenino, tenía una iniciativa muy pobre cuando se trataba del terreno emocional. No quería abrir la boca y arrepentirse después. Se veía en un callejón sin salida.

—En realidad... —Tenía que decir algo coherente sin exponerse demasiado, pero sin dar pie a pensar que era un estúpido insensible—. Sí, a veces pasa.

Su misión fracasó con estrépito. No se vio capaz de expresarse como quería.

—¿Con qué te la hiciste exactamente?

Angela levantó el dedo de la mano derecha y trazó una línea vertical sobre su ojo derecho, aquel que hacía espejo al izquierdo masculino. Hacía alusión a la cicatriz que tanto seducía su atención. Ya le había preguntado por ella cuando le conoció y la respuesta que entonces había recibido fue escueta. Pero tenía que cambiar de tema. Se sentía ridícula. ¿Qué esperaba? En serio,

¿qué era lo que esperaba? ¿Creía que podría acceder a un trato especial porque se habían besado, porque se había acostado con él? ¡Menuda idiotez! No quería caer tan bajo como todas aquellas que se creían únicas y afortunadas solo porque él les había sonreído una vez.

Luego pensó que la que estaba allí esa noche era ella.

No sabía cómo, pero la conversación parecía haber tomado un sendero complicado para Annibal. Tampoco tenía respuesta para eso. Sí la había, pero no quería compartirla. No quería recordar aquella escena. No quería.

—Una pelea.

Pese al alcohol de entonces, se acordaba muy bien de que le había respondido eso mismo en la sala de luz azulada. No le había aclarado nada.

Las circunstancias jugaron a su favor: el camarero regresó a por los platos vacíos. Les preguntó que si la comida había sido de su agrado y después les ofreció la carta de postres. A ella se le antojó helado de cacao cubierto de chocolate caliente. Estaba deseando probar aquella capa fundida que se convertiría en crujiente por el contacto frío. Él se decantó por un café solo, no le importaba que fuese de noche.

—En su día dolió bastante —prosiguió el traficante cuando el camarero hubo desaparecido. No solo hablaba del daño físico.

—Me imagino —empatizó Angela. Seguía aturdida por el giro extraño del diálogo—. No te queda mal. Te da un toque más... interesante.

No te haces una idea, pensó Scorpio.

Hablaron algo hasta que llegaron los postres. La nueva conversación consiguió solventar parte de aquella tensión rara. En secreto, ella todavía se sentía algo intimidada. Annibal le hablaba a veces de un modo demasiado cortante. Se esforzaba, pero le resultaba imposible saber qué era lo que le estaba pasando por la mente.

Él notaba el malestar causado por el bloqueo del recuerdo hiriente. Decidió centrarse en ella. Vio cómo sus labios habían quedado pintados por el chocolate en algunas zonas. La imaginación fue más fuerte que él y le situó en frente, besándola, atrapando el dulce sabor. Se limitó a coger la taza vaporosa de café. Apuró la mitad. Desabrochó el primer botón de su camisa blanca. Esa noche no llevaba corbata. El calor incipiente fue abriéndose paso a raíz de unas imágenes mentales que no había pedido. Miró a través del gran ventanal. Tenía el ceño fruncido.

—Angela.

Scorpio experimentó un efecto curioso al escuchar ese nombre con su propia voz. Le hizo verse rematadamente imbécil. Fortificó la barrera invisible de sus facciones. Estaba inquieto. No sabía si era porque ella pudiera reconocer algún síntoma de esa lucha interna o porque su propio intelecto le revelase una verdad que no quería reconocer. Carraspeó antes de proseguir.

—Estaría bien que, cuando terminemos y salgamos, vinieras otra vez a mi casa. —Annibal se sintió idiota hasta el extremo.

—No veía otra forma de acabar la noche. —Angela saboreó despacio los restos de helado que quedaban en su cuchara.

Joder.

Cada actitud atrevida hacía que él tuviera la necesidad de acercarse a ella y quitarle la ropa. Tenía algo, además de ese cuerpo, que desafiaba a su capa de hielo. No era un descubrimiento nuevo, ya lo sabía casi desde el principio. Annibal apoyó el codo izquierdo encima de la mesa y

la mano quedó a la altura de los labios. Ocultaba su boca con el dedo índice apenas apoyado.

—Voy al lavabo. No tardo nada —anunció Angela con una sonrisa.

Scorpio vio cómo se levantaba y se alejaba a paso decidido. Tuvo que mirar aquellos pantalones cortos vaqueros de color blanco que destacaban su silueta, no había podido evitarlo. También vestía unas sandalias de color marrón oscuro de tacones altos. Al haberla tenido de frente durante toda la velada, lo único que había quedado a la vista había sido la blusa fina y negra sin mangas.

No era el único que se había fijado en su espalda cubierta por la melena rubia y sedosa. Y más abajo.

Tal y como había asegurado, no se retrasó.

—Voy a pedir la cuenta —informó el chico.

Cuando localizó al camarero, hizo un gesto con la mano para que se acercara. Servicial, el trabajador obedeció. No tardó en traer la factura sobre una bandeja diminuta y plateada. La dejó sobre el mantel. El tamaño del papel era inversamente proporcional a la cantidad a pagar.

Annibal no permitió de ningún modo que Angela contribuyese. Pagó con billetes, no empleaba tarjeta de crédito desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera le gustaba ir dejando rastro con un nombre falso. A nadie le importaba lo que hacía, dónde iba o lo que compraba. Cuando trajeron las vueltas, dejó una cantidad generosa de propina.

Fue a levantarse de la silla cuando, de repente, notó una vibración en el bolsillo del pantalón del traje. El teléfono. No había melodía, le parecía de mal gusto que sonara en un lugar como aquel. El hombre torció el gesto aun sin saber quién estaba al otro lado. Cuando lo comprobó, se quedó parado. La vibración era constante. Angela le miraba con expectación, pero él no se daba cuenta. Solo estaba centrado en las letras.

Acercó el pulgar al botón verde de su *smartphone*, deteniéndolo segundos antes de iniciar la conexión.

Capítulo 21

Había estacionado en el aparcamiento vacío que descansaba justo detrás del edificio. Si no fuese porque se había acercado hasta allí en un coche que no valía gran cosa, se habría preocupado por la seguridad del vehículo. No merecía la pena. Por allí no había casi nadie. Tan solo el polvo tenía algo que decir, y lo máximo a lo que aspiraba era a ensuciar la carrocería.

Al bajarse del auto y cerrar la puerta, contó hasta un total de tres coches más. Sin duda, era un lugar perfecto. A las afueras de la ciudad, el HK Empty Road estaba situado en la orilla de una de las carreteras secundarias que desembocaban en la principal. Unos cincuenta kilómetros separaban esta vieja construcción de la urbe. En sitios así, de mala muerte, se solía hacer la vista gorda siempre y cuando el dueño se llevara el importe de la noche consumida.

Las paredes de los moteles acostumbraban a ver de todo.

A sus treinta y siete años, Larry Greenwich estaba más que acostumbrado a realizar esa clase de menesteres. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que le daba la sensación de haber nacido sabiendo. Estaba orgulloso de pertenecer a la organización de Annibal Scorpio. Tenían fama y poder. Y eso le daba un buen estatus. No obstante, quería seguir ascendiendo dentro de aquella jerarquía piramidal. Su puesto acarreaba gran responsabilidad, pero no la suficiente como para eludir trabajos de campo como el de esa tarde.

Habían sido muchas las veces en las que había demostrado su valía. Scorpio, casi diez años menor que él, tendría que haberse dado cuenta ya. Era muy capaz de abarcar más. Larry siempre mantenía la esperanza de que el siguiente encargo tuviese más caché que el anterior. Era una situación que nunca llegaba. ¿Y se quejaba? ¿Acaso se quejaba? Nunca se quejaba. Tal vez ese fuera el problema. Quería un puesto como el de Sandro Biaggi, como el de Hans Schneider antes de que les dejara de aquel modo tan trágico.

Quizá dependía de él. Tenía que hacerse valer más. Pero temía que, si aspiraba a mucho, perdiese sus privilegios actuales. Su superior no confiaba en todos los que trabajaban para él en la red organizacional. Al menos le llenaba de orgullo ser uno de los responsables directos dentro del acuerdo de armas ilegales. Así que podía hacerlo solo, no necesitaba compañía.

Exhaló el aire de sus pulmones haciendo ruido. Descartaba confesar todo esto delante de Scorpio. En el mejor de los casos, le mandaría a la mierda tras decirle que si quería llegar más alto debía trabajar más.

Cuando Greenwich estuvo en frente del ruinoso motel, subió las escaleras mohosas que accedían a la larga fila de puertas de habitaciones. Los peldaños de madera que en su día debió de estar barnizada crujían bajo sus pisadas. Y eso que no era un hombre corpulento. Inspiraba más confianza caminar sobre la superficie congelada de un lago. Casi se arrepintió de apoyar la mano sobre la barandilla. Se le llenó la palma de polvo. Que él supiera, la antigüedad no tenía por qué estar reñida con la limpieza. Decidió llegar cuanto antes al pasillo superior, tenía la impresión de que la estructura del motel iba a desplomarse ante la mínima ráfaga de aire. No quería quedar sepultado bajo kilos y kilos de madera en mal estado, yeso descascarillado y metal oxidado.

Se dispuso a buscar la habitación correcta una vez se encontró sobre la tarima del primer y único piso. Había reservado la ciento diecisiete. Hacía un par de días, Larry acordó con Nelson Austen que entraría él primero a la habitación y que diez o quince minutos más tarde pasaría el otro. Así, las posibles sospechas que pudieran suscitar serían menores. Tampoco quería que cualquier testigo pusiera en duda su condición sexual.

Ciento ocho. Le habría gustado que alguien le explicase por qué aquel corredor era tan largo cuando las habitaciones serían más pequeñas que su propio cuarto de baño. Debían de encontrarse amontonadas.

Ciento once. Con un movimiento disimulado, se acercó la mano derecha a la espalda, a la altura del cinturón. Ahí descansaba, oculta bajo la tela del polo verde oscuro de manga corta, la culata de su Colt 1911. Había tenido muchas oportunidades de cambiar a un modelo más sofisticado, pero siempre se había negado. Le gustaba esa. Se sentía seguro ante el tacto duro de la pistola. Aumentaba su confianza.

Ciento catorce. Aunque su paso no era lento, el pasillo sucio parecía ganar metros. Eran las ocho y media de la tarde del viernes. El calor casi sofocante estaba menguando, pero el polo se adhería a su piel debido al sudor. Se habían formado cercos de humedad más oscuros bajo las axilas. Echaba de menos el frescor del aire acondicionado de su casa.

Ciento quince. Pensó en Beverly y en la noche que le había asegurado antes de salir a cumplir con aquel trabajo. Estaba deseando acabar para volver con ella y consumir su promesa. Tenía ganas de perderse entre esa ciento quince de pecho.

Ciento dieciséis. Una puerta más y ya podría introducir la llave que había recogido antes de aparcar el coche. Un hombre demasiado ocupado como para levantar la vista del periódico se la había facilitado en una casucha a la entrada, parecida al autoservicio de un restaurante de comida rápida. En unos segundos estaría dentro, sentado en una cama de colcha apolillada cuyos muelles probablemente chirriasen más de lo que a cualquier pareja le gustaría. Vería la televisión hasta que Nelson se dignara a aparecer. ¿Habría televisión?

Ciento diecisiete.

Ya estaba frente a la portezuela de madera de aspecto descuidado. Con un gesto triunfal, sacó la llave del bolsillo del pantalón vaquero. Había sido todo un logro llegar hasta allí sin morirse de aburrimiento por el camino. Antes de introducirla en el pomo de la puerta, examinó la cerradura durante unos segundos: empezaba a mostrar indicios de óxido. *Vaya mierda de negocio*. Si tenía suerte, en menos de cuarenta y cinco minutos estaría soltando esa roñosa llave en recepción. Si es que podía llamar así a aquel cuchitril.

Hizo coincidir la parte dentada con el hueco del picaporte polvoriento. A pesar de las apariencias, la llave penetró en la cerradura. Suave como la seda. Pero, al girarla, se trabó justo antes de que sonara el característico *clic*. Con la mano izquierda todavía en la llave, empujó la puerta con la derecha. No pesaba mucho, la pieza era de todo menos maciza. Dio un paso hacia adelante y pisó lo que ya era territorio privado.

La oscuridad que reinaba en ese antro, pues era el único nombre que lo describía, hacía juego con el olor a cerrado. Larry no podía hacerse una idea del tiempo que ese espacio había permanecido sin ventilación alguna. Cerró la puerta. El deseo de abandonar el lugar creció. Entornó los ojos, quería distinguir algo antes de encender la luz. A tientas, buscó el interruptor. Esperaba no tocar algún insecto repugnante por el camino.

Ya era tarde cuando percibió la figura entre las sombras.

No se molestó en alcanzar la Colt. No le daría tiempo, lo sabía. Y no se equivocó.

Primero, el estruendo. Después, un intenso y punzante dolor extendiéndose por el pecho con dedos monstruosos. Apenas duró cinco segundos. Por último, nada. Cayó exterminado al suelo, como un muñeco viejo. Un objeto quedó adherido a su cabeza tras el impacto. Nunca lo llegó a sentir.

Larry Greenwich había muerto.

Capítulo 22

Un aviso telefónico sirvió para que los agentes acudieran a la emergencia. Después avisaron a Wolfgang Sawyer.

El sargento subió a su coche y condujo hasta el lugar del crimen. Catherine Jones y Roger Rickman le acompañaban. Los tres viajaban juntos, la presencia de los detectives era indiscutible. El nombre y apellido que Sawyer había recibido por radio le indicó que había vuelto a suceder.

En cuanto llegaron a las inmediaciones del motel HK Empty Road, pensaron que la denominación del mismo era muy acertada. El conductor no estacionó el Mercedes en el triste aparcamiento, sino en el descampado terroso situado delante del edificio. Quedó apenas a unos metros de los tres coches patrulla que habían acudido antes. De momento, no había rastro del juez que ordenaría el levantamiento del cadáver ni de los encargados de recogerlo después. Pero el grupo forense parecía estar trabajando allí desde hacía un rato.

Los tres policías se apearon del vehículo gris metalizado del sargento y se aproximaron caminando al centro de la actividad. Aún no se dirigieron a las escaleras que subían al largo corredor. No faltaba el grupo de curiosos. En un lugar tan solitario, solo podían ser los demás inquilinos del motel. Roger frunció el ceño, sorprendido de que hubiese gente que reservara allí. Localizaron a un hombre de mediana edad ataviado con prendas que necesitaban un par de lavados. Hablaba con unos agentes, inquieto. Decidieron acercarse.

—Escuché un fuerte ruido en la zona de las habitaciones. Estaba seguro de que había sido un disparo. Salí corriendo de recepción hacia allí. —Omitió que su falta de valentía le había hecho no acudir de inmediato—. No tuve que buscar mucho. La única puerta que estaba abierta era la de... —Se espachurraba las manos, nervioso—. Estaba tirado en el suelo. Cuando llegué, ya estaba muerto. No había nadie más. ¡Hacía apenas un cuarto de hora le había dado la llave! —La voz del empleado se volvía aguda por momentos. Tan solo era otro infeliz que había presenciado algo para lo que no estaba preparado.

—Tranquilícese —le sugirió el sargento—. Quédese aquí con la detective Jones, le va a hacer unas preguntas. Cállese y explíqueme a ella lo ocurrido de la forma más precisa que pueda para que le tome nota. Cualquier detalle que recuerde, por insignificante que pueda parecer, coménteselo.

A Catherine siempre se le había dado bien el trato con los testigos. Les inspiraba confianza desde el principio, tal vez por el tono que empleaba al hablar o quizá por su lenguaje no verbal. La mayoría de las veces resultaba una ventaja para la consecución de sus objetivos.

Roger y el sargento empezaron a subir por las escaleras de aspecto pútrido, temiendo que en cualquier momento los tabloncillos cedieran. Sabían a qué habitación debían ir: la única que recogía el movimiento de la policía científica. Habían acordonado la zona desde los laterales de la puerta hasta la barandilla oxidada del corredor. Sawyer y Rickman se agacharon para franquear la banda de plástico.

Ni el recepcionista ni sus compañeros les habían revelado muchos datos acerca del presunto

cadáver, así que no sabían el verdadero estado del mismo. Al situarse bajo el marco, divisaron el cuerpo. La luz amarillenta de la habitación contrastaba con la creciente oscuridad exterior, aun cuando varias farolas lamentables iluminaban el entorno del motel. Los *flashes* de las cámaras creaban juegos de luces y sombras. Se acercaron. No pretendían entorpecer a sus compañeros, pero necesitaban ver al muerto y confirmar su identidad.

Aún no se había enfriado.

Debían tener mucho cuidado para no contaminar la escena del crimen. Con la cantidad de sangre que rodeaba al hombre sin vida, era fácil pisarla. No necesitaban huellas falsas.

Era fácil divisar el agujero que atravesaba su pecho. Con toda seguridad habría un proyectil alojado en su interior. Quedaba bien poco del color verde oscuro del polo: la sangre teñía el tejido. Confirmaron que aquel rostro blancuzco pertenecía a Larry Greenwich. Otro asesinato perteneciente a la “Cadena del Trece”. Era así como habían bautizado al conjunto de las escabrosas muertes. Hasta esa tarde, el último que había protagonizado la lista que habían elaborado fue Jay Taylor. El artefacto clavado en la frente de Greenwich le encasillaba dentro de la teoría.

Wolfgang pensó que el asesino había bajado el listón al terminar con Greenwich. Recordaba muy bien que, en la anterior ocasión, el Lobo casi acaba siendo un nombre más de aquel siniestro catálogo. ¿Qué había cambiado? No mucho, en realidad. El nuevo cadáver también había formado parte del círculo cercano al jefe. Pero eso solo corroboraba lo que ya sabían. El gran interrogante continuaba. Desconocían la autoría.

—Otro lacayo de Scorpio —dijo Sawyer sin emoción alguna.

—Qué novedad.

Por supuesto que Roger también le conocía. Después de haber leído y releído informes con fotografías y detalles, como para no hacerlo. No sentía ningún tipo de lástima por ese desgraciado que yacía muerto a sus pies.

—¿Qué cojones hacía él aquí solo? —continuó el detective.

—Podría haber estado haciendo mil cosas y, probablemente, ninguna de ellas buena. Por el momento no hay evidencias de que viniese con ninguna mujer. Y parece que los testigos tampoco escucharon nada que la situara en esta habitación. Además, el asesino no la habría dejado escapar. Greenwich estaba solo cuando lo mataron.

—Tampoco se defendió. No hay ningún arma a la vista, ni ningún objeto que pudiera haber usado para agredir. Tampoco signos de violencia, además de los evidentes —expuso Roger mientras miraba en derredor. Había presenciado tantos escenarios mortales que muchas veces no le resultaba difícil hilar las pruebas a simple vista—. Habrá que esperar a ver si los forenses encuentran algún tejido bajo las uñas.

—Parece que no esperaba el ataque. El autor tampoco se demoró, le mató nada más que Greenwich entrara en la habitación. El cadáver está muy cerca de la puerta y, por la orientación, no creo que estuviera saliendo —dedujo Sawyer.

—Si hubiese esperado a que entrase más, el disparo no se habría escuchado tanto. Pero qué se yo, si estas paredes parecen papel de fumar.

—El asesino tenía un objetivo muy claro, que era acabar con este tipo. Cuanto antes mejor —supuso Wolfgang—. Sin embargo, el procedimiento ha cambiado. No eran dos los que estaban aquí cuando se ha producido la muerte. Y, en principio, no hay pruebas de que hubiese otro más,

como ocurrió en el caso de Rafael. Y teniendo en cuenta que estaba solo...

—Tenemos que verificarlo.

—Así es mientras no tengamos más información —insistió el sargento—. Pero podemos esperarnos cualquier cosa. Voy a decirle algo. Esta gente tiene el dinero suficiente como para permitirse algo mejor que un motel baratucho y sucio. Tienen casas grandes, buenos coches. Si el encuentro hubiese sido con alguna amante, le digo yo que habría reservado la habitación de un Hilton. Como mínimo. No, dudo mucho que estuviese aquí por un encuentro amoroso.

—Pero, aunque no veamos indicios de compañía, creo que sí había tenido pensado un encuentro de otro tipo. Si se llegó a dar, no lo sabemos.

—Claro. ¿Qué iba a hacer este hombre aquí si no? Pongamos que, por lo que sea, necesitase pasar una noche fuera de casa sin compañía. Este es el último lugar al que acudiría.

—Negocios.

Demasiado obvio.

—Es la teoría con más peso —le apoyó Sawyer—. Hay pocos sitios mejores que este para evitar preguntas incómodas ante una actitud sospechosa. Si pudiéramos saber con exactitud cuáles eran las intenciones y, llegado el caso, con quién, podríamos estar más cerca de resolver todo esto. ¿Pretendía reunirse con el que terminó siendo su asesino?

—¿Está diciendo que tanto Scorpio como sus hombres conocen al homicida y no lo saben?

—Solo estoy suponiendo, como llevamos haciendo desde que aparecieron los dos primeros cadáveres en aquel callejón. Si de verdad se encontró con quien le mató, lógicamente no conocería su verdadera identidad. De otro modo, habría sido un suicidio. No son tan estúpidos. Otra posibilidad que se me ocurre es que el autor supiera que iba a venir aquí y llegase antes.

—Entonces el asesino conoce los movimientos de estos tipos —consideró Rickman.

—Si fue así, la persona que debía acudir al encuentro debería aparecer por aquí.

—No si nos ha visto. Incluso si estuviésemos aquí por algo que no tuviera nada que ver con Greenwich, no se arriesgaría a encontrarse con la policía. Vamos, digo yo. —Roger miraba el cadáver como si de un momento a otro fuese a darles la pista que tanto necesitaban.

—Sargento —les interrumpió uno de los de la científica—, ya tenemos los primeros datos. El disparo parece haberse producido a media distancia. Ni tan cerca como para que se considere a quemarropa ni tan lejos como para que la bala hubiese perdido cierta fuerza. Seguramente fue desde la distancia de la propia habitación. Arma corta, bajo calibre. Cuando extraigamos la bala podremos tener más información al respecto. Y clavaron esto en la cabeza del muerto, creemos que *post mortem*. —Mostró una bolsita hermética, dentro de la cual se podía ver la estrella afilada con el célebre número grabado—. No podemos adelantar mucho más, tendremos que esperar a la autopsia. Trataremos de hacerla rápido, así como el estudio del arma blanca y demás cosas que podamos llevarnos de aquí.

—Perdone, ¿ha dicho que la estrella fue clavada cuando ya estaba muerto? —repitió Sawyer. Algo había hecho *clac* en su mente.

—Tenemos que comprobarlo, pero lo puedo afirmar casi con toda seguridad. A juzgar por el aspecto de la zona alrededor de la herida, la pincharon en la cabeza con un ángulo y una fuerza que es imposible que sea la misma que si la hubieran arrojado. Es una punzada limpia, seguramente la víctima ya estaba inmóvil en el momento del impacto. Y apenas está hundida.

—Interesante —murmuró Sawyer. Se pinzó la barbilla con el dedo índice y pulgar de la mano

derecha, pensativo—. Muchas gracias. No olviden enviarme una copia del informe forense a mi despacho.

Después se despidió de ellos con la cortesía habitual e hizo un gesto con la mano a Rickman para que le siguiera. Salieron de la habitación y recorrieron el extenso pasillo hasta llegar a un punto intermedio entre la ciento diecisiete y las escaleras. Allí no tenían mucho más que hacer, el trabajo que quedaba ya estaba en manos de los especialistas.

—Al tío le estará siendo tan fácil cargarse a esta gente que se habrá aburrido. No le habrá merecido la pena tirarla y la habrá dejado clavada —rio Roger.

—A lo mejor no deberíamos referirnos al asesino, sino a los asesinos.

La mente del sargento trabajaba a velocidades desorbitadas. Por lo que había visto hasta el momento, si por algo se caracterizaba la metodología era por ser la misma siempre, de una manera u otra. No se repetía velocidad de lanzamiento de la estrella metálica. No se repetía doble asesinato, o al menos su intento. No sabía hasta qué punto eso era bueno o malo. Desde luego, añadir azar no les beneficiaba en absoluto.

—Joder. —La desgana de Roger camufló al asombro—. ¿Y si de verdad estamos ante una guerra de bandas? —Le empezó a doler la cabeza. El caso se iba enredando cada vez más.

—Scorpio parecía no saber quién estaba acabando con los suyos —recordó Sawyer.

—Pero Scorpio puede mentir.

Wolfgang se quedó mirando al detective mientras valoraba toda la información. En su momento había estado convencido de que, por una vez, Annibal había dicho la verdad. Por lo menos en cuanto a su falta de información. Y todavía le seguía creyendo. ¿Le seguía creyendo?

No quería perder más tiempo en medio de ninguna parte. Los dos hombres bajaron las escaleras endebles para reunirse con su compañera. Catherine aún permanecía con el extraño recepcionista. Su conversación también parecía estar llegando al final. Sawyer esperaba que el tipo hubiese visto u oído algo que les ayudara a salir de ese vórtice de incertidumbre.

—Me ha dicho lo mismo que al principio. Creo que su testimonio no puede ayudarnos. Básicamente escuchó el disparo, salió hacia las habitaciones y vio el cadáver. Nada más. Ha comentado que nos llamó cuando asimiló que había un muerto en el motel. Según cuenta, luego no percibió nada fuera de lo común, tan solo que los pocos huéspedes se asomaron para ver qué había pasado. Son los que vimos nosotros al llegar. Le pregunté si había escuchado algún motor cerca que pudiera indicar que el culpable estaba huyendo, pero nada. No escuchó nada. Es como si el asesino se hubiese esfumado en el aire —les informó Jones. Se encogió de hombros y cruzó los brazos—. ¿Qué tal ahí arriba? ¿Se confirma que es Larry Greenwich?

—Buff, si yo te contara —resopló Roger.

—Sí, se trata de él. Ya tenemos otro para añadir a nuestro expediente particular —confirmó Sawyer. Estaba cansado y con la cabeza aturullada—. Le daremos los detalles en el coche. Seguro que le encantará oírlos.

—¿Nos vamos ya a la comisaría? ¿No deberíamos quedarnos por si el presunto autor está deambulando por aquí? —se preocupó la mujer.

—Ya se quedan ellos, todavía no han terminado. —El sargento señaló a los demás agentes que continuaban trabajando en el esclarecimiento de los hechos—. Además, casi ha pasado una hora de la muerte. Lo más probable es que el tipo esté ya lejos de aquí. Y no vamos a comisaría.

—¿No? —se extrañó Rickman. Giró el cuello para mirar a su superior antes de montar en la

parte trasera del vehículo plateado.

—Vamos a ir a ver a un viejo amigo —anunció Sawyer.

—¿Otra vez? —bufó el detective.

—Otra vez —insistió Wolfgang.

—¿A estas horas? —Roger miró su reloj de muñeca. Las diez y diez de la noche. Se acomodó en el asiento tras cerrar la puerta y se abrochó el cinturón de seguridad. La placa, colgada al cuello por medio de una elegante y larga cadena, se balanceó.

—No veo por qué no —contestó Wolfgang. Ya estaba poniendo en marcha el Mercedes.

—Podría haber salido, es viernes —señaló la detective.

Jones no tenía muchas ganas de encontrarse de nuevo con ese criminal después de lo que había ocurrido en su domicilio. Al parecer, no serviría de nada rebatir.

—Si ha salido, esperaremos. Creo que es bueno que sepa lo que ha ocurrido hoy.

Capítulo 23

—¿Sí?

Habría sido más adecuado utilizar una palabra menos impersonal. Ya sabía quién era. No había descolgado hasta que se hubo alejado a una zona más apartada, concretamente a la terraza. Su función principal era acoger a los fumadores. Aprovechó para encender un cigarro. Excepto una mujer de mediana edad, allí no había nadie. Mejor. Prefería la compañía de las luces y los ruidos de la urbe nocturna.

Angela le esperaba dentro.

—¡Annibal, hijo! ¿Cómo estás? —le saludó su madre desde el otro lado de la línea, tan alegre como siempre. Le hacía ilusión oír esa voz masculina que echaba tanto de menos.

—Hola mamá —dijo el chico. También le alegraba saber de ella. Siempre que se comunicaban a distancia, lo hacían a través del teléfono móvil. Con ella no era peligroso. Él siempre había rehusado instalar una línea fija en casa. Solo quería conexión a Internet.

—¿Estás ocupado? ¿Te molesto?

—No, no. Qué va. Estaba en una cena, pero ya terminábamos. ¿Ocurre algo?

—No, tranquilo. Solo quería hablar contigo. ¿Es una cena de empresa? ¿Cómo te va con los coches? Desde que te rodeaste de lujos ya no te acuerdas de tu pobre madre —le reprochó Heather. No podía mantener una fachada seria ni siquiera por teléfono. Las suaves carcajadas respaldaron la broma.

El narcotraficante resopló en silencio. No contemplaba la opción de que su madre se enterase de la realidad. Tenía que justificar de alguna manera todo su dinero y posesiones, así que había optado por contarle acerca de las ocupaciones legales que figuraban a su nombre. Y así debía seguir siendo. Bastante mal lo había pasado la mujer durante aquellos dos años en los que él se vio recluido en prisión.

No. No era necesario crearle más preocupaciones.

Sentía lástima por ella cada vez que tenía que seguir adelante con la mentira de una vida que no era la suya. Pero eso era mejor que contarle la verdad. Annibal no sabía cómo reaccionaría ella si se enterase. Tal vez lo entendiera. O tal vez renunciase a volver a hablar con él avergonzada de su hijo. Quizá ya lo sabía y mantenía esa gran farsa porque era lo más adecuado para todos. Al fin y al cabo, le habían nombrado en la prensa un par de veces o tres.

Putra prensa.

Una cosa era mantener el nombre dentro de su propio mundo y otra muy distinta alimentar a esos carroñeros. Nunca estaría dispuesto.

En cualquier caso, esperaba que su madre continuara en la ignorancia. Se trataba de una de las pocas personas cuya opinión era importante para él. Tampoco quería perder al único miembro de su familia que continuaba con vida.

—Mis coches van bien, hay bastantes ventas. —El hombre consideró demasiado complicado hacer un resumen de sus últimos movimientos legales—. Pero la cena no es de empresa. Estoy con

unos amigos —mintió.

—Con unos amigos —le reprochó ella—. ¡Ay, Annibal! ¡A ver cuándo sientas la cabeza y me traes a una chica en condiciones!

Heather pensaba que solo se dedicaba a sus negocios y a las fiestas. Con lo poco que le contaba, era la única imagen que podía tener de él. Pero no perdía la esperanza de que su único hijo pensara en el futuro de una vez por todas y le diese nietos de quienes cuidar. A lo mejor así podría paliar la continua falta de su hija pequeña. La mujer no era capaz de establecer una relación entre ambas ideas.

—Vale, mamá.

Annibal quería zanjar el tema. La pareja más estable que había tenido apenas le había durado un año y fue hacía bastante tiempo. Otras habían entrado y salido de su vida en pocos meses. Semanas. No contaba aquellas mujeres con las que solo había mantenido relaciones sexuales. Nunca se había planteado hablar con ella de todo esto, le incomodaba mucho. Igual que en ese momento.

—¿Y tú? ¿Qué tal te va? ¿Todo bien?

—Mejor que nunca, hijo.

—Vaya, me alegro —admitió Annibal, sincero. Creía que, si alguien se merecía ser feliz, esa era su madre—. ¿Y eso? ¿Te ha tocado la lotería?

En cuanto a dinero se refería, no permitía que le faltara de nada. Incluso cuando la mujer trataba de evitarlo. Ella decía que prefería que se lo quedara, que no lo necesitaba. Él siempre fingía no escucharla.

—No, hombre. Sabes que nunca tengo suerte en esas cosas. Tengo buenas noticias —adelantó Heather. Hizo que su tono de voz se deslizara de la alegría al misterio.

—Venga, di. No te hagas de rogar, no te pega —le premió su hijo. Sonrió al escucharla reír.

—Me caso.

Se escuchó un par de coches tocando el claxon a lo lejos, en algún lugar de la selva de edificios.

La sonrisa desapareció.

De todas las posibles noticias que le podía haber transmitido, esa era la última que esperaba. Fue como si, de repente, hubiese dejado de ser veintidós de junio. La temperatura pareció descender.

—Hijo, ¿estás ahí?

—¿Cuándo?

—Nos han dado fecha para dentro de seis meses. Será en diciembre. Ayer fuimos William y yo a reservar el día —detalló Heather. Su entusiasmo era ajeno al mal cuerpo que había dejado a su oyente.

—¿William? No sabía que estuvieses saliendo con ningún William. De hecho, no sabía que salieses con alguien. —Su voz se endurecía con cada palabra.

—Bueno, llevamos casi siete meses juntos —contó la mujer. Esta vez sí se dio cuenta del cambio—. Al principio no te quería decir nada porque no estaba segura de si iba a funcionar. También porque apenas hablamos. No encontraba la ocasión adecuada.

—¿Siete meses? ¿Solo siete meses y vas a casarte?

—Bueno, nos llevamos bien y nos queremos. ¿Qué más da el tiempo? ¿No te alegras?

—Sí. Me alegro, mamá. —Annibal no era del todo franco, pero debía tragarse sus recelos si no quería estropear aquel momento sin duda tan especial para ella—. Enhorabuena.

Se preguntó si el tipo ese trataría bien a su madre. Apagó los restos del cigarrillo en uno de los ceniceros del amplio balcón. Lo espachurró sin necesidad.

—Me habría gustado decírtelo en persona, pero no sabía cuándo íbamos a poder vernos. Prefería decírtelo con antelación, aunque fuese por teléfono.

—No pasa nada.

—Me gustaría que te acercaras pronto por aquí para que os conocierais. Es un hombre encantador. Te caerá bien. —Su madre había recuperado la tonalidad jovial.

—Seguro que sí.

Pero Annibal lo había descartado. No accedería a esa petición con tanta facilidad. Tendría que dejar un tiempo para asimilar que tendría un futuro padrastro. Ese término hizo chirriar a todas y cada una de sus neuronas. Le produjo repulsión. Cuando formalizaran el matrimonio, para él solo sería el marido de su madre. No hacía falta esperar seis meses para saberlo. Incluso si resultaba ser el hombre más simpático del mundo.

Pospondría la fecha del encuentro cuanto pudiera.

—Ya hablaremos de esto con más detenimiento. Me están esperando.

—Vale, no te preocupes. Cuando puedas venir, avísame. No te quiero molestar si estás ocupado. Dímelo con algo de tiempo para planificar las cosas, ¿de acuerdo? Organizaré una comida para los tres. ¿Qué te parece?

—Sí, es una buena idea. Ya te diré cuándo puedo ir.

—Estupendo. Espero tu llamada entonces. Cuídate, hijo.

—Tú también. Hasta luego.

Sintió alivio al colgar. No le apetecía seguir aparentando que quería acudir a ese evento. Alguna vez se había imaginado que su madre rehacía su vida, pero no era lo mismo encontrárselo en la realidad. La sola idea de hallarse cara a cara con el hombre que ocuparía el lugar de su padre le provocaba rechazo.

Estuvo tentado a encender un nuevo cigarrillo, pero recordó a su acompañante. Además, no entraba en sus planes darle vueltas a la nueva noticia. Sin embargo, sus pensamientos rondaban en torno al trato que Heather estaría recibiendo. Se había mostrado ilusionada y feliz, nada le indicaba que tuviese que preocuparse. Pero lo hacía. Debía deshacerse de esas ideas si no quería que anclaran en algún lugar de su mente y crecieran envenenadas sin fundamento alguno.

Regresó al restaurante. El *smartphone* ya descansaba en su bolsillo, a diferencia del de Angela, quien tecleaba en la pantalla táctil buscando distracción.

—Siento haber tardado —se disculpó Annibal. Cogió la chaqueta del traje del respaldo de la silla. No se la puso. El Rolex le informaba de que ya eran las diez y veinticinco de la noche.

—No te preocupes.

Angela se levantó. Creyó verle más serio que antes. No preguntó, no pensaba que fuera de su incumbencia.

—Era mi madre —informó él, neutro, como si le hubiese leído el pensamiento.

Caminaron hacia la puerta de salida del restaurante, desde donde accedían al ostentoso pasillo que comunicaba con el ascensor.

—¿No te llevas bien con ella? —se atrevió a preguntarle la rubia. Pulsó el botón cromado del

elevador.

—Sí nos llevamos bien. ¿Por qué?

—Bueno, no traías muy buena cara.

Se abrieron las puertas. Accedieron y comenzaron a descender hacia el vestíbulo del hotel. Viajaban solos.

—Ah —dejó escapar Scorpio. ¿Tanto se le notaba? Carraspeó—. Hacía mucho que no hablaba con ella y me extrañó que me llamara, eso es todo.

Angela no insistió. No terminaba de creerle. Todo el mundo tenía sus lances con la familia.

Aquel era un edificio bastante alto, tardarían unos segundos largos en salir de aquel cubículo acristalado. La joven se acercó a Annibal y apoyó la mano en su pecho sobre la camisa blanca.

—Me ha encantado la cena. Muchas gracias por invitarme. —Sonrió. Deslizaba el dedo índice sobre el tejido impoluto.

—Gracias a ti por aceptar la invitación —contestó Annibal. Apoyó la mano en la parte baja de la espalda femenina. La acercó a él. El perfume de la mujer le embriagó.

Ese hombre encontraba siempre la manera de que fuera ella quien iniciara el beso. Juntaron los labios. Una vez más, el fuego anidó en el pecho de Angela. La encendía. Un imán frente a una mina de hierro. Sintió el relieve de la barba naciendo en su piel. Ella alzó la mano libre para acariciarle un lateral de la cara. Él la estrechó más fuerte.

El recorrido del ascensor resultó ser demasiado corto. Se separaron en cuanto el sistema electrónico les anunció que abriría sus puertas en la planta baja. La chica se atusó el cabello y estiró hacia abajo la blusa negra sin mangas. Al mirarla, Annibal percibió cómo su tez de porcelana había adquirido el color del atardecer.

Una vez en el mostrador, el hombre pidió de vuelta el Lamborghini. El mismo chófer que se lo hubo llevado a la llegada se encargó de traerlo hasta la misma puerta. Por supuesto, con el máximo cuidado. Todo eran sonrisas por parte de los recepcionistas, instándoles a volver a visitar las instalaciones cuando gustasen.

Montaron en el vehículo.

Angela aún no se había acostumbrado al lujo de aquel deportivo. El motor aulló cuando Annibal pisó el acelerador. Ella tenía la sensación de que no rodaban por la carretera, sino que se deslizaban por el aire. Miró a los curiosos que contemplaban aquella belleza negra.

—Bueno, ¿cuál es el plan para esta noche? —preguntó Angela una vez hubieron dejado atrás el hotel.

—No me importaría terminar como el otro día —reconoció Scorpio. Miraba al frente y dibujó una media sonrisa.

—¿Tanto te gustó? —Adoraba provocarle.

—¿A ti no?

Annibal se giró unos segundos antes de volver a centrar los ojos en la carretera. Angela notó en silencio la corriente, presente incluso cuando ya no había contacto visual. Un chispazo golpeó el interior de su pecho al recordar lo acontecido entre las sábanas hacía casi una semana. Se mordió el labio inferior.

—Fue increíble.

El hombre, satisfecho, pensó que esa noche tendrían muchas más horas por delante. Quería sentirla otra vez. Aumentó la presión de las manos sobre el volante.

El aire acondicionado ayudaba a mitigar el calor veraniego, no así las repentinas temperaturas internas.

Hablaban. Angela se dio cuenta de que Annibal tenía más sentido del humor del que aparentaba a simple vista, aun cuando no era muy expresivo. Notaba en él algo diferente a lo que encontraba cuando estaban acompañados de más personas. El conductor, por su parte, descubrió que las suaves carcajadas de la mujer de su derecha le provocaban... algo.

Solo se dieron cuenta de que estaban llegando cuando faltaban un par de giros para la calle de la casa de Scorpio. También podían entenderse bastante bien en otros ámbitos distintos al puramente físico. Angela estaba diciéndole algo, pero de pronto se calló. Él se extrañó y la miró.

—Policías —anunció la joven en voz baja.

—¿Qué?

La vista de Annibal regresó a la luna delantera enseguida. Había un coche a unos metros de la alta y oscura verja que rodeaba su propiedad. No se trataba de un vehículo patrulla, sino de uno de apariencia normal con una sirena de luz azul sobre el techo. No emitía ningún sonido, tan solo iluminaba. Reconoció a los tres individuos que habían salido fuera. El rostro del narcotraficante se ensombreció.

El interrogante en la mente de Angela era claro. Frunció el ceño y tragó saliva. Se fijó en cómo Annibal había cambiado. Su nueva expresión consiguió inspirarle algo de temor.

Scorpio aminoró la velocidad del Lamborghini de un modo considerable. Se vio obligado a frenar cuando esos tres policías caminaron hasta interponerse entre la entrada y el vehículo. No pulsó el mando que activaría la abertura de la valla. El hombre soltó un improperio.

Sawyer dio un paso hacia adelante, acercándose al deportivo. Los otros dos le imitaron. Mostró la placa de tal manera que era imposible no verla desde el interior del coche. Al conductor le pareció una acción estúpida. Como si no le conociera. La formalidad de ese hombre le resultaba tan absurda que le ponía nervioso. Impaciente, Annibal apagó el motor y bajó la ventanilla automática de su lado. El calor del exterior contrastó con el aire acondicionado.

—Deténgase, por favor —le ordenó el sargento. Un nuevo paso le dejó tan cerca que, si extendía la mano, podía tocar el brillante capó negro.

—Ya estoy parado —contestó Scorpio de malas maneras. Cada día que pasaba le consideraba más idiota. No podía creer que volviesen allí después de cómo acabaron la última vez.

—Joder —farfulló Roger. Trató de ocultar la impresión ante ese coche.

—Bájese del vehículo —continuó Sawyer. Esperaba colaboración. No tiraría la toalla.

—Annibal, ¿qué ocurre? —preguntó Angela. Estaba inquieta incluso cuando consideraba que no tenía motivos. Desabrochó el cinturón de seguridad y también bajó su ventanilla.

Ninguno de los policías se extrañó de que Scorpio no estuviera solo. Predecible. Pero las miradas se detuvieron en la chica poco tiempo. No estaban allí por ella, ni siquiera la conocían. Lo primero que hizo Roger fue preguntarse si se trataba de su novia o de una de las tantas conquistas que se le atribuían. No quería aceptar ese picotazo de envidia que hirvió a causa del coche y de la mujer. Definitivamente, le detestaba.

—No te preocupes, no es nada —le aseguró Scorpio a la rubia. Se tomó su tiempo y abrió. La puerta se alzó en vertical y se bajó del coche. Se colocó frente al sargento—. ¿Se puede saber qué es esto?

—Cálmese. Venimos para hablar con usted. —Sawyer estaba dispuesto a ser él quien

manejara la situación.

—Yo estoy muy tranquilo. —Annibal aborrecía la manía de pedirle calma que ese tipo se había atribuido últimamente—. Sois vosotros los que tenéis que relajaros. Esa obsesión conmigo no puede ser sana. —Entrecerró los ojos.

El sargento no se dejó intimidar.

Entonces Angela también salió. Se situó a su lado. No trató de convencerla para que regresara dentro, iba a presenciar la escena de todas formas.

—¿Me podrías decir qué cojones es tan urgente como para venir a joderme a estas horas? —arremetió Scorpio. Tal hostilidad impactó a su acompañante.

—No se pase de listo, como habitúa a hacer. Yo que usted no malgastaría energías despotricando ahora. Tenemos información. —Wolfgang se propuso estudiar cada una de las reacciones.

—Enhorabuena —se burló Annibal, altanero. No estaba dispuesto a que le estropearan la noche—. Si me disculpáis, me gustaría entrar en mi casa. —Enfatizó el pronombre posesivo.

—Déjese las tonterías para otra ocasión, Scorpio —insistió Sawyer. Apartó la amabilidad para poder encontrar el modo de armarse de paciencia.

—No creo que tengáis nada que pueda interesarme.

—¿Seguro? Me imagino entonces que no sabrá que ha vuelto a ocurrir.

—¿De qué estás hablando?

El movimiento que hizo Sawyer para acercar la mano al interior de su chaqueta puso en tensión al que había formulado la última pregunta. Este se relajó al ver que el policía solo sacó un teléfono móvil. Se lo tendió. Desconfiado, Annibal miró el aparato. Se fijó en el sargento, luego en el móvil otra vez. Roger y Catherine, que se habían aproximado a su superior, presenciaban expectantes la escena. Todos aguantaban la respiración, incluida Angela.

Transcurrirían unos segundos más hasta que Scorpio decidiera cogerlo. Aquella situación anómala, se dijo, no podía traer nada bueno. Agarró el *smartphone* con cuidado. Scorpio solo tuvo que deslizar el dedo sobre la pantalla táctil para que el fondo negro desapareciera.

Un instante bastó para que el hombre reconociera lo que apareció ante él.

Una sensación de amarga angustia trepó por el estómago de Annibal en dirección a la garganta. Sin embargo, su compostura era la misma que la de una estatua de sal. Una pesada fuerza gravitatoria atraía la trayectoria de sus pupilas hacia el cadáver que se apreciaba en primer plano. Los movimientos sutiles del pulgar hacían que las fotografías se sucedieran una detrás de otra. Lo veía desde planos diferentes. El cuerpo ensangrentado de Greenwich revolvió el suyo. Notó cómo su corazón bombeaba más deprisa. Hizo un gran esfuerzo para no dejarse llevar por la impresión. Para no desatar la cólera. Alzó la cabeza despacio.

—Nos dieron el aviso hace más de una hora. Ha aparecido muerto con un impacto de bala en el pecho. Ya ha visto usted lo que tenía en la cabeza —informó el sargento—. ¿Sabía algo de esto?

—Angela, espérame dentro.

Annibal ya no veía conveniente la presencia de la chica. No estaba dispuesto a involucrarla en aquello. Era demasiado escabroso, además de que implicaría tener que explicar una serie de cosas. Los nubarrones negros regresaron al estado de ánimo del hombre. La seguridad en sí mismo empezó a cojear. Intentó ocultarlo.

—¿No se lo has dicho? ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que la chica se entere? —espetó Roger.

El policía no había podido contenerse, aun a riesgo de poner en peligro las intenciones del sargento. Disfrutaba de ese pequeño momento de gloria.

Scorpio le fulminó con la mirada.

En el rostro de Sawyer anidó una mueca de desaprobación. Lo había considerado fuera de lugar. Parecía que el detective continuaba despreciando la seriedad del asunto. Con los brazos cruzados, Jones cambió el peso de su cuerpo al otro pie, molesta.

Angela miró a Annibal juntando las cejas. Esperaba una respuesta. Las palabras del policía habían dislocado sus pensamientos. Quizá la mejor opción era obedecer y meterse en la casa.

—Ve dentro, por favor. Espérame allí, no tardaré —repitió mientras le entregaba las llaves. Le señaló en voz baja cuáles tenía que utilizar para abrir las diferentes puertas. Ella accedió sin más, abrió la entrada más pequeña de la verja y se dirigió hacia el interior—. No vuelvas a hablarme así. —Alzó el dedo índice a media altura en dirección a Roger. Había esperado a que la chica quedara fuera del alcance de audición.

—¿Quieres intimidarme, Scorpio? —pinchó este. No hizo caso al sentido común.

—No me hace falta.

Annibal deseaba agarrar ese estúpido pescuezo, apretar y retorcerse hasta acabar su vida. Pero era un policía. Lo que menos necesitaba era más mierda. No dejó traslucir el asesinato que estaba teniendo lugar en su imaginación.

—Ya está bien —intervino Sawyer, impaciente. Tendría que advertir al detective que ese comportamiento bien valía una amonestación. No era el momento—. Scorpio, se lo repetiré una vez más. ¿Sabía algo de este homicidio? ¿Por qué Greenwich se encontraba en el motel HK Empty Road?

—¿Cómo coño quieres que sepa lo que hacía allí? —Sin darse cuenta, había adoptado una actitud defensiva. Le devolvió el teléfono a su dueño.

—No sería de extrañar que usted le enviase.

—¿Con qué fin?

—Eso me lo tendrá que decir usted. —Wolfgang ya contaba con que se encontraría con un muro. A la vista estaba que la única información útil que se llevarían de allí era que el hombre no había sabido nada hasta entonces. Suspiró, cansado—. Mire, creo que le interesa tanto como a nosotros que...

—Sawyer, ahórrate toda esta mierda. Creo que no os quedó lo suficientemente claro el otro día. Dejadme en paz de una puta vez. —Annibal no gritaba. No les daría el gusto de que vieran que la información le había afectado—. Me parece muy bien que investiguéis. Haced vuestro trabajo, para eso os pagan. No tengo ni puta idea de por qué Larry estaba allí hoy. Y, si lo supiera, no iría corriendo a buscarte. —Su irascibilidad iba en aumento, necesitaba perderlos de vista—. Ya me encargaré de buscar por mi cuenta.

—Puede meterse en problemas —le recordó Wolfgang. Tenía la impresión de estar hablando más para un chaval que se iniciaba en la delincuencia que para el jefe de una banda organizada. Se había percatado de la diferencia en la disposición del hombre con respecto al pasado día.

—Y ahí estarás tú para celebrarlo.

El sargento fingió no haberle escuchado. Por supuesto que lo celebraría. Se resignó, seguir intentando razonar era una absoluta pérdida de tiempo, como siempre.

—Usted mismo. Que tenga una buena noche —se despidió Wolfgang. Fue pura educación, le

importaba un bledo si era así. Puso rumbo al coche.

—No será gracias a vosotros —masculló Scorpio. Después, dos o tres palabras malsonantes. Sintió las llamaradas de una hoguera en el interior del estómago.

—Algún día se te acabará la suerte y entonces veremos si sigues teniendo tanta soberbia —le atacó Roger cuando estuvo a la altura de la puerta trasera del vehículo. Le había escuchado. Se había esforzado por no escupirle un insulto.

—No creo que lo veas.

Scorpio regresó al Lamborghini negro. No le resultó demasiado fácil contener el ímpetu de asearle un puñetazo. No sonrió, aun sabiendo que sería una nueva provocación para ese policía. Tenía cosas más importantes que atender.

Una vez apoyado en el respaldo del asiento, cerró la puerta del conductor. Pulsó el botón del pequeño mando de control remoto y la porción de verja preparada para la entrada de coches comenzó a abrirse. Esperó a tener el paso libre. Puso en marcha el motor, aceleró y se metió en su recinto sin mirar si los policías se habían marchado. Le daba exactamente igual. El sensor de la puerta corrediza captó que el vehículo ya la había cruzado y activó el cierre. Pronto quedó sellada. Allí dentro, Annibal se lo tomó con calma. Ir más deprisa no iba a cambiar la realidad. Estacionó el deportivo en el garaje con una única maniobra. Retiró las llaves del contacto y se quedó en silencio, quieto. Lo único que escuchaba era el sonido tenue de la puerta del garaje bajando.

Las imágenes nefastas de aquella pantalla táctil paseaban libres por su cabeza.

Con las manos todavía en el volante, apoyó la frente en ellas. Notó cómo sus nervios despertaban. Ignoraba por qué Sawyer y sus secuaces se habían molestado en ir hasta allí para darle la noticia. ¿Pensaban que debía saberlo? ¿Querían comprobar si ya lo sabía? ¿Seguían con la estúpida idea de que podría ayudarles de la forma que fuera? Ilusos. Si no hubiese sido por ellos, se habría terminado enterando por otro medio.

Estaba encarando el problema por el lado equivocado. Lo único que merecía su atención era la nueva baja. Otro muerto. Otro insulto a la seguridad de su estructura. Había hablado con Greenwich hacía dos malditos días. ¿Cómo habría podido prever que sería el siguiente? ¿Era así como transcurrirían los días, sabiendo que habría una próxima e ineludible muerte sin tener modo alguno de evitarlo? El recuerdo de Schneider se unió. Se dio cuenta de que empezaba a sentir fragilidad en su entorno. En el centro de su pecho crecía una gran impotencia que se expandía a pasos agigantados. ¿Qué coño podía hacer? Hacía tanta fuerza con los dedos sobre el volante que los nudillos ya estaban blanquecinos.

El maldito número trece emitía siniestras carcajadas desde algún lugar que no era capaz de reconocer. Estaba dispuesto a pagar una cantidad ingente de dinero por saber quién era el hijo de puta que se escondía detrás. Los muertos no podían ayudarle a averiguarlo. Le asaltó la oscura idea de que lo único que podía hacer era sentarse mientras todo su alrededor se derrumbaba. Esperar a que llegara su turno. Carecía de pistas que le indicaran un camino a seguir. Cerró los párpados con fuerza y empezó a golpear el volante. El grito se escapó entre sus dientes apretados y duró hasta que sus pulmones pidieron oxígeno. El silencio regresó cuando volvió a apoyar la frente sobre las manos. Respiraba con dificultad. Intentaba recobrar la calma. Complicado.

Los nervios atacaban la mano derecha del chico como si de punzantes y finas agujas se tratasen. La usó para sacar el teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Llamó a aquel contacto que

sabía que era adecuado. Como siempre.

—Dime —contestó una voz masculina después del cuarto tono. Podían apreciarse ruidos animados de fondo.

—Lobo, necesito hablar contigo.

—Espera un momento. —Este se alejó del foco del sonido para facilitar una mejor conversación. Se dio cuenta al instante de que algo no iba bien. La frase que acababa de escuchar carecía de entonación. El verbo “necesitar” se lo confirmó—. Dime.

—Han asesinado a Greenwich —disparó a bocajarro. El mensaje era simple. No le preocupó darlo por teléfono. Su pequeña paranoia le recordaba que, si alguien ajeno escuchaba esa conversación, no descubriría nada nuevo.

—Joder, Annibal —articuló por fin Rafael después de un instante de pesado silencio interminable. Casi había podido notar el jarro de agua fría derramándose por su cabeza y empapándole el pelo largo—. Joder...

—La policía ha tenido la amabilidad de decírmelo personalmente. —La ironía no conseguía camuflar el impacto.

—¿La policía?

—Sí. Sawyer me estaba esperando en la puerta de mi casa con los otros dos.

Se callaron otra vez. Los segundos transcurrían sin que ninguno interviniera, la conversación se reducía a lo absurdo. La mente de Annibal trabajaba a destajo. Tenía que exigir a sus ideas que se ordenaran con tranquilidad, esa ansiedad no le conducía a ninguna parte.

Entonces, todavía al volante del deslumbrante Lamborghini Murciélago, advirtió de pronto que algunas piezas encajaban. Se atraían unas por otras como si fueran polos opuestos.

—¿Quién era exactamente el tío con el que Larry tenía que reunirse hoy? —Se sentía imbécil por no haber sido capaz de dar con esa asociación antes.

—Es verdad, era hoy. Joder. —El Lobo comprendió por dónde iban los tiros. Hizo memoria. Recordaba que el propio Greenwich había mencionado el plan para esa misma tarde. Había sido una recomendación aceptada por todos el informar de sus movimientos dados los recientes acontecimientos—. Austen. Nelson Austen. Trabaja para O’Quinn.

—Pues me cago en todos sus muertos, porque Sawyer no me ha dicho que hubiese ningún otro cadáver —soltó Scorpio. La policía podría no haberle dicho muchas cosas—. ¿Y si son ellos? ¿Y si es verdad que al final ese hijo de puta está detrás de los asesinatos? —Le repugnó la mera idea.

—No podemos saberlo. Puede que ese no tenga nada que ver —reconoció Rafael, conector del aborrecimiento que su interlocutor sentía por ese desgraciado. Pero no había que precipitar las cosas—. Tal vez Nelson también esté muerto. O...

—Sawyer lo habría mencionado.

—No tiene por qué si cree que no está relacionado contigo.

—Si estaba relacionado con Greenwich, lo estaba conmigo. Además, tenía la estrella en la cabeza. Si hubiese habido más muertos, habría hecho la relación. Estoy seguro.

—No lo sé. A lo mejor no fue Austen quien se presentó. Joder, podrían ser un millón de cosas —argumentó el Lobo con la esperanza de apaciguar los ánimos de su amigo. Su indignación era notoria, pero sabía de lo que era capaz Annibal cuando estaba fuera de sí. Temía que tuviera dificultades para controlarse. También era consciente de que seguían en línea.

—Mañana os quiero a Biaggi y a ti a las seis y media de la mañana aquí. Podéis aparcar

dentro cuando saque el coche. A las seis y media en punto, Lobo. Habrá que ir a hablar con él.

—¿Cuándo me has visto llegar tarde? —se escuchó. Entendió a la perfección el mensaje que se escondía detrás de esas palabras.

—Encárgate tú de avisar a Sandro.

Scorpio colgó sin más.

Tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar. Se frotó despacio la frente con la mano derecha una vez hubo guardado el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. Se disponía a trazar un plan para el día siguiente cuando, de pronto, el rostro de Angela le asedió.

Mierda.

Se había olvidado de ella por completo.

Sin perder más tiempo, se bajó del coche. Lo cerró. Caminó hasta la puerta que conectaba el garaje con el interior de la casa. No sabía cuánto había transcurrido desde que la chica se había metido allí sola. Le había dicho que no iba a tardar mucho. No iba a hacerse la pregunta de si algo más podía salir diferente a lo planeado, intuía la respuesta. Una vez dentro, empezó a buscarla por los lugares por los que iba pasando. No la encontraba, no escuchaba nada. Se estaba inquietando. Hasta que la vio. No pudo evitar sentir alivio. Angela estaba en el salón, paseando de un lugar a otro. Parecía preocupada. Echaba vistazos rápidos a la ventana. Enseguida se percató de su presencia.

—¡Annibal! —exclamó Angela. Fue hacia él. Cuando llegó a su altura, dudó. No sabía si contaba con el derecho de abrazarle. Al final lo hizo—. ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, no ha sido nada —mintió él, por enésima vez. Buscaba convencerse a sí mismo. El abrazo le había sorprendido. No acostumbraba a recibir muestras de cariño sin pretender algo a cambio—. La policía tiene por costumbre tocarme los cojones.

Ella sabía que seguir preguntando no serviría de mucho. Le había llamado la atención cómo los policías no habían sacado a relucir la bravuconería ante las malas formas del chico. Por lo que había entendido, no era la primera vez que se dirigía así a ellos. También sentía curiosidad por saber qué hacían esos agentes allí. Hasta donde había podido presenciar, habían mostrado un teléfono cuyo contenido no había visto pero que había cambiado la actitud de Annibal. Había escuchado que eran imágenes de un cadáver. Y todavía recordaba cómo uno de ellos había dejado caer que ella podría no conocerle. No se arriesgaría a preguntarle al dueño de la casa qué era lo que significaba. Tampoco pediría información acerca de ese muerto.

No sabía qué hacer.

Estaba más pendiente de cómo se mostraba él que del supuesto hombre asesinado. Intuía que Scorpio no era transparente con respecto a sus emociones. Sin embargo, era evidente que no estaba igual que antes del encononazo. Fue desagradable para ella sentir una dentellada de ansiedad.

—Había escuchado el motor del coche, pero no lo veía fuera. Estaba preocupada —confesó, evitando mirarle. Tenía la cabeza apoyada en su pecho. El sentimiento negativo se resistía a desaparecer.

—No he estado mucho tiempo con ellos. Al rato he pasado al garaje y me he quedado ahí hablando por teléfono, por eso he tardado más.

Odiaba haber visto a Larry en ese estado. Odiaba que la mujer hubiese tenido que asistir al inicio de la inoportuna escena. Pero le abrazaba. Notó que ese pequeño gesto le ayudaba a

mantener toda esa rabia dentro de unos límites, evitado el desbordamiento. Sentía las manos finas sobre su espalda, a través de la chaqueta y el blanco tejido de la camisa. Sin pensarlo demasiado, envolvió el cuerpo de Angela, más pequeño, con sus brazos. Se sintió algo mejor.

Permanecieron así unos segundos largos y silenciosos. Habría sido el momento perfecto para cerrar los ojos y dejarse llevar. Por el contrario, la mente de cada uno funcionaba muy rápido y en diferentes direcciones. Se separaron. Cuando Angela por fin miró hacia arriba, encontró una expresión adusta.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó la chica. El volumen no fue muy alto.

—¿Quieres irte? —se extrañó él. Arrugó el ceño.

—No. Pero no tienes buena cara... —titubeó ella—. No sé muy bien lo que ha pasado ahí fuera, pero tal vez quieras estar solo. No quiero molestarte. —Notó un peso creciente entre sus costillas.

—Si me molestaras te lo habría dicho. —Alzó la mano derecha lenta e insegura hacia el bonito rostro. Le acarició la mejilla con el dedo índice. Provocó en Angela una intensa sensación.

—De verdad, yo no quiero...

—Shhhh... —Apoyó el pulgar de la misma mano en sus labios, sellándolos. No quería que se marchara. La noche había tomado un curso desde el cual ya no había retorno, pero ella era la única persona que podía hacerle olvidar que no estaba bien—. Quédate.

El susurro viajó por los oídos de Angela. A continuación, un escalofrío. Cerró los párpados despacio, permitiendo por un momento que ese efecto gobernara su cuerpo. Cuando abrió los ojos otra vez, se encontraron de frente con los suyos. La mujer sentía el peligro de ese contacto, pues no podía dominar la parálisis. Esa dulce parálisis.

Scorpio se dio la vuelta y fue hacia la puerta de entrada para cerrarla a cal y canto. Sin mirarla, puso rumbo a las escaleras y las subió. Esperaba que le siguiera. Así fue. El autocontrol que utilizó para no dejar que los últimos sucesos regresaran a su mente fue implacable. Al llegar a su habitación se desvistió hasta que quedó en ropa interior. En el lavabo terminó de prepararse con intención de meterse en la cama.

Estaba muy cansado.

Ella había entrado hacía unos segundos. Se quedó mirando su cuerpo bajo la iluminación que se colaba por la ventana. No se sorprendió de que no encendiera la luz del dormitorio. Él reparó en que le observaba y le dedicó una sonrisa casi inexistente. Era la primera vez que lo hacía desde la presencia policial. Angela le correspondió mientras sujetaba con elegancia el bajo de la fina camiseta sin mangas, tirando hacia arriba para desprenderse de ella. Se deshizo de sus sandalias de tacón antes de quitarse los pantalones cortos blancos. Ahora estaban en las mismas condiciones.

Scorpio no había sido capaz de mirar hacia otro lado desde que la joven se había despojado de las prendas. Él estaba dentro de las sábanas. Ella hizo lo propio por el lado contrario, aquel situado más cerca de la ventana. Recostándose contra el hombre, le parecía difícil de creer que estuviera allí una vez más. El roce con la cálida piel de Annibal le causó un diminuto vuelco en el corazón. Se acercó más. Él apoyó la mano derecha en el suave hombro de Angela. Sintió los labios carnosos presionar su pecho en un delicado beso. Él maldijo en silencio a todo ser vivo sobre la faz de la Tierra por tener a esa mujer medio desnuda entre sus brazos y no poder disfrutarlo a causa del malestar. Notó cómo crecían unas ganas súbitas de destrozar cosas a

golpes. Pero el tacto aterciopelado bajo sus dedos las apaciguó.

—En unas horas me tengo que levantar —le comunicó él. Miró el reloj. Exactamente seis—. Tengo que ocuparme de algo. Cuando vuelva, ya será por la tarde. —Vio que ella abría la boca, pero continuó hablando—. Tú puedes quedarte aquí y levantarte a la hora que quieras. Puedes coger lo que te apetezca para comer.

—¿Seguro? —Aunque mostraba dudas, su inconsciente ya había elegido. Se dio cuenta de que había empezado a fantasear con la idea de despertarse a su lado. Se reprochó con dureza, no tenía que alimentar ninguna ilusión.

—Sí —asintió Scorpio. No temía que Angela pudiera encontrar algo que le pusiera en un compromiso. No cometía ese tipo de fallos.

Se relajó cuando notó la lengua jugueteando justo donde antes había estado besándole. No pudo sino dejarse llevar otra vez bajo su hechizo.

En contra de lo que había pensado, los estímulos que estaba recibiendo le subían el ánimo. Angela sabía que ella tenía el poder y eso le excitaba. Que él experimentara esas sensaciones era tan solo obra suya. Le escuchaba respirar en el silencio de la habitación.

Sin que sus besos cambiaran de lugar, empezó a acariciarle el cuello, la nuca, el pelo. Bajó por los hombros, cruzó otra vez su pecho y recorrió sus costados. Annibal inclinó la cabeza hacia atrás en la mullida almohada. La tensión del cuello atrajo la atención de la mujer, a quien el calor ya estaba atacando. Se inclinó sobre los labios entreabiertos del hombre. Las manos de Annibal se activaron y sujetaron la cintura femenina con firmeza. La idea que había tenido al meterse en la cama había sido la de tratar de conciliar el sueño. Ahora le parecía ridícula. Era imposible dormir sin haber saboreado a esa diosa primero.

Con brusquedad, le arrancó el sujetador y le hizo perder el minúsculo tanga. Notaba cómo la rabia acumulada durante esa noche se estaba transformando progresivamente en pasión desenfrenada. La estrechó todavía más entre sus brazos y hundió el rostro en su cuello. Sentía todas y cada una de sus formas contra su cuerpo. Perdió los dedos entre el sedoso cabello rubio mientras que con la otra mano buscaba sus pechos. El chico continuaba descendiendo. Buscó la calidez entre sus muslos. Cubrió sus labios de besos sedientos.

El contacto se hizo más profundo.

La muchacha suspiró. La exaltación crecía. Se hacía cada vez más grande. Los dedos del hombre fueron los que marcaron el camino a seguir. Angela se retorció de placer. Le resultaba imposible guardar silencio. Annibal se inclinó sobre ella y la miró a los ojos mientras la chica luchaba por mantenerlos abiertos. Rozó la boca de Angela con la lengua mientras los movimientos enérgicos se prolongaban en el tiempo. La rubia cerró las manos en torno a la cascada de sus cabellos. No sabía cuánto tiempo más aguantaría sin perder la razón.

Scorpio durmió media hora esa noche.

Capítulo 24

Sábado por la mañana.

Annibal llevaba despierto desde hacía poco más de treinta minutos. Había sacado el Ford Mustang a la calle. Lo aparcó en una plaza libre a unos metros de la puerta de su casa. No lo tendría mucho tiempo allí. Vestía una camiseta negra y lisa de manga corta, vaqueros y deportivas negras. Había guardado las gafas de sol en la guantera del coche, pues todavía era pronto para que los madrugadores rayos despuntaran en el horizonte.

Estaba impaciente.

Decidió esperarles sentado en los dos escalones que llevaban a la puerta principal de la casa. Aspiraba el humo del primer cigarro del día. Ya se adentraban en la recta final del mes de junio, pero hacía algo de fresco por la mañana. La piel de sus brazos se erizó.

A las seis y media en punto aparecía el Mercedes negro del Lobo. No le acompañaba ningún otro coche, con lo que supuso que Sandro Biaggi se encontraría con él. La noche anterior había ofrecido espacio en su garaje para dos coches, pero cómo se organizaran no era su problema. Se puso en pie y facilitó la entrada a través de la primera barrera de su propiedad. El Lobo conocía ese camino casi como la palma de su mano, así que no vaciló a la hora de estacionar el vehículo a buen recaudo dentro del recinto. Annibal se aproximó al garaje para recibirles y comprobar que la puerta quedaba bien cerrada.

—¿Se lo has contado? —le preguntó el jefe a Rafael. Estaban caminando por el ancho espacio habilitado para la entrada de coches. Se dirigían al exterior. No había tiempo que perder.

—No. Pensé que era mejor hacerlo cuando estuviésemos aquí.

—¿Qué hay que contarme? —Biaggi bostezó. Sintió curiosidad.

—Anoche mataron a Larry —escupió Scorpio. Tenía la sensación de que solo hacía cinco minutos que había dejado de hablar con el estirado de Sawyer.

—¿A Greenwich? —repitió el italoamericano. Se atragantó.

—A Greenwich.

Silencio en dirección al Mustang.

Sandro estaba aturcido. Muy serio y ahora bien despierto, había acercado el puño a la altura de sus labios. Aquella situación era ya insostenible. Sabía, por los gestos de sus acompañantes, que pensaban lo mismo. Aún era de noche y solo habían contado con él. Intuía que algo harían al respecto. No preguntó el qué.

—¿Tienes la dirección? —inquirió Annibal a la vez que se abrochaba el cinturón de seguridad. Mientras que su mano izquierda descansaba sobre el volante, con la derecha comprobaba que el espejo retrovisor central reflejaba la imagen correcta.

—Aún no.

El Lobo se acomodó en el asiento delantero libre. Por teléfono no habían podido hablar con libertad, pero Annibal había mencionado “hablar con él”. No le cupo duda de que se refería a hacerle una visita al desgraciado de Austen. Se había tomado la libertad de mover sus hilos.

—Lo único que sé es que vive en Johnson City, a unas tres horas y media de aquí. Pero no te preocupes. Ayer, nada más colgar, me puse en contacto con Dave. A la media hora me encontré con él. Le di el nombre, el apellido y la ciudad para que se encargara de buscar la dirección exacta del tipo. No creo que tenga muchos problemas para hacerse con la información. Sabe lo que hace.

—¿Y cómo coño va a darte la dirección? —preguntó el que iba a ser el conductor. Ya estaba girando las llaves para dar el contacto.

—A mitad de camino nos pararemos a desayunar. Le llamaré desde un prepago.

—De acuerdo —aceptó Annibal. Antes de quitar el freno de mano, introdujo el nombre del pueblo en el GPS para seguir la ruta marcada. Lo detallaría una vez que supiera la calle y el número. No esperaba menos de su amigo. Cuando Rafael hacía algo, lo hacía bien.

—¿A quién buscamos? —preguntó Biaggi, sentado detrás del Lobo. No terminaba de comprender la situación.

—Nelson Austen —contestó Scorpio. Ya habían abandonado el aparcamiento. El coche iba adquiriendo velocidad sobre la amplia calle casi desierta.

—¿El de O'Quinn?

—Sí. Ayer tenía que reunirse con Larry. Y no tenemos constancia de que Nelson apareciera muerto. Algo tendrá que decirnos al respecto —expuso Rafael. Prefería no sacar conclusiones precipitadas, pero él también tenía la impresión de que todo apuntaba a un mismo lugar.

—¿Lo saben los demás? ¿Cómo os enterasteis?

—Solo lo sabemos nosotros tres —afirmó el Lobo.

—Da igual cómo nos hayamos enterado. Eso no cambia los hechos —se apresuró a responder Annibal. No tenía por qué esconder que la policía le había facilitado la información, pero airearlo podría dar lugar a más interrogantes.

Sandro había comenzado su día con demasiados datos para procesar. La muerte de su colega le había saturado la cabeza. No era fácil asimilar que O'Quinn pudiese estar detrás. Recordó aquella reunión, que ahora parecía tan lejana, en la que debatieron el tema. Ese día el Lobo se había librado por poco, y Hans y Larry continuaban con vida. Allí, el propio jefe había descartado la intervención de esa gente en los crímenes. ¿Y si se había equivocado? De reojo miró a Scorpio, quien no apartaba la vista del frente. El amanecer todavía no iluminaba la carretera. Entonces Biaggi pensó que, si el hombre sospechaba que el autor se encontraba tan cerca, se lo estarían llevando los demonios. A él también le sucedía.

Pero Annibal prefería no construir castillos en el aire. Debía acumular sangre fría, toda la que pudiera, en lugar de permitir que se rompiera el dique y liberar toda esa ponzoña que le envenenaba. Le intoxicaba poco a poco desde las primeras muertes. Tendría que valorar los hechos una vez escuchara a Austen, era importante no hacerlo antes. No obstante, no podía ignorar el cúmulo de casualidades que apuntaban con una flecha halógena a ese miserable. La música *techno progressive* sonaba desde la emisora sintonizada. El conductor se centró en ella para intentar evadirse. No podía dejarse caer en un ciclo de pensamientos sin sentido durante las tres horas y pico que tenían por delante.

De repente, y con los ojos centrados en el asfalto oscuro, recordó lo acontecido en su cama. El semblante concentrado ocultaba la atmósfera erótica de unas cuantas horas atrás. No era el mejor momento ni lugar para ahondar en ello, pero prefería recordar el placer que recrearse en las

emociones negativas. Angela parecía, de algún modo, envolverle en un extraño encantamiento del que no podía escapar. Del que no quería escapar.

Buscó a tientas con la derecha en su pantalón vaquero para sacar el paquete de tabaco. Cogió un cigarro y guardó la cajetilla en la guantera. Bajó la ventanilla de su lado hasta la mitad. Sujetándolo con los labios, prendió el extremo con el mechero del coche.

La primera hora transcurrió tranquila. En la carretera, el flujo de automóviles no era demasiado y les permitía viajar a una alta velocidad constante. Alrededor de las siete y veinte de la mañana, el cielo que ya clareaba desprendía sus primeros rayos por el este. El conductor entonces asió las gafas de sol y se cubrió los ojos con ellas. No hablaban mucho. Tal vez por la naturaleza del viaje o quizá porque todavía era demasiado pronto. Poco a poco comenzaron a surgir temas de conversación entre los tres hombres que hicieron los minutos más llevaderos. Scorpio no quería caer en la monotonía al volante, pues la escasa media hora que había dormido podría jugarle una muy mala pasada. Se ayudaba de la nicotina del tabaco para luchar contra el sueño, que de vez en cuando osaba aparecer.

Transcurrirían otros treinta minutos hasta que decidieran que era un buen momento para pararse a estirar las piernas, desayunar y hacerse con la información prometida. Diez después, encontraron un lugar idóneo. Se toparon con un restaurante de carretera que incluía una gasolinera. El depósito no necesitaba un aporte extra, así que fueron directamente a comer algo. A las ocho de la mañana, los tres tenían hambre. Había algunos coches ya aparcados, no eran los primeros madrugadores que hacían un alto en aquel lugar ese sábado. Por el aspecto exterior, parecía un buen sitio. Entraron.

Era un local más bien amplio, limpio, ordenado, donde primaban el rojo y el plateado. Había una línea fina de pequeños y alargados espejos que quedaban a la altura de la cabeza de los clientes, una vez estos se sentaban. Se acomodaron. Se acercó una camarera. A diferencia de ellos, mostraba una sonrisa amable. Todos coincidieron en el café como bebida: mientras el Lobo y Biaggi lo eligieron con leche, Scorpio lo prefirió solo. Rafael pediría un par de tortitas con sirope de chocolate y nata; Sandro, un donut casero; Annibal, un plato de huevos, beicon y patatas fritas. Los desayunos estuvieron en la mesa en menos de diez minutos. El aspecto, el olor y más tarde el sabor, hicieron que la comida desapareciera en un suspiro. No charlaron, estaban demasiado ocupados masticando.

El primero en levantarse fue el Lobo. Dejó encima de la mesa el dinero correspondiente a su parte, luego se marchó. Entretanto, los otros dos hicieron tiempo con una conversación trivial. Esperaron a que la jovial camarera se acercara a cobrarles. Les despidió con la misma amabilidad. Biaggi abandonó la cafetería y Scorpio lo hizo después, tras visitar los lavabos. Al salir, sus hombres le esperaban cerca del coche. El Lobo todavía guardaba el teléfono desechable en la mano. Sin mediar palabra, se introdujeron en el Mustang.

—Esto ya es otra cosa —comentó Biaggi cuando hubieron tomado de nuevo la carretera. El agradable desayuno le había despejado.

—¿Qué te ha dicho Dave? —quiso saber Annibal. La luz del día revelaba el paisaje. La música de fondo sonaba igual de repetitiva

—Austen vive en la calle Saint Charles, número setenta y cinco.

—Mete los datos en el GPS —le pidió el conductor a Rafael.

—Me ha dado también la dirección de un bar que, por lo visto, está a su nombre. Se llama El

Halcón y está casi en la otra punta de Johnson City. Por si acaso —explicó el Lobo.

—¿Y para qué quiere este un bar? —preguntó el jefe con desprecio. Su propia lógica dedujo la respuesta antes de escucharla de boca del copiloto.

—Blanqueo.

El avance de la mañana quedaba patente no solo en el ascenso del sol, sino también en el aumento del tráfico. Por lo menos no se estaban creando retenciones. Aunque nadie les esperaba, querían llegar cuanto antes y esclarecer lo ocurrido. Annibal mantenía la mayor velocidad que podía conforme a las características de la circulación. No era un problema para él sobrepasar los límites. Corrían por el carril izquierdo, adelantando a todos aquellos que encontraban por el camino. El café solo fue útil al principio. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, el conductor necesitó un nuevo cigarro.

Cuando el navegador anunció que quedaba menos de media hora para entrar en el pueblo en cuestión, empezaron a analizar los detalles. Scorpio decidió que pasaría por delante de El Halcón por curiosidad. Si Austen no se encontraba en casa, sería el primer emplazamiento donde buscarían después. Desconocían cómo iba a desarrollarse el encuentro. Suponían que le harían las preguntas pertinentes al sospechoso y observarían sus reacciones. Los tres hombres contaban con altos niveles de desconfianza y se sentían preparados para buscar cualquier indicio de mentira. Se lo debían a los que habían muerto y a quienes peligraban por mantenerse vivos. Se trataba de ponerle fin a los malditos ataques. Si Nelson tenía la clave para conseguirlo, se la sacarían a la fuerza.

Pasadas las diez menos cinco, el cartel de bienvenida se abrió ante ellos. La temperatura exterior ya era más cálida. Scorpio ahora conducía a una velocidad moderada. Johnson City recogía las vidas de los habitantes entre sus calles. Gente paseando a sus perros, deportistas que corrían por las aceras tranquilas, algunos niños de la mano de sus padres. No había bullicio.

Se desviaron a propósito para pasar al lado de El Halcón. Cerrado.

Continuaron por Corliss Avenue, todo recto. Aquel era un pueblo donde abundaban los jardines. Los vecindarios estaban formados por casas de estilos individuales separadas entre sí. Las distintas clases de árboles otorgaban personalidad a las viviendas, unas más elegantes que otras. Pronto llegaron a una zona donde se encontraron varios recintos de aparcamiento. Según el GPS, ya estaban muy cerca. Debían girar en la siguiente calle a la derecha. Entraron en Saint Charles. Se dieron cuenta de que el número setenta y cinco quedaba en la acera contraria. Mejor así, no buscaban llamar la atención. Aparcaron en frente. El motor quedó en silencio.

Aquella era una estructura sencilla, las habían visto más grandes en su recorrido por Johnson City. De la acera partían unas escaleras con una barandilla metálica en el centro. Un buzón simple de color blanco se situaba al pie de estas. Algunos matorrales y tres o cuatro árboles espigados adornaban el exterior. Un pequeño porche y una gran ventana era lo que se podía ver de la planta baja en la parte frontal de la casa. En la segunda, una cristalera más pequeña. En lo que debía de ser el desván, dentro del tejado en pico, aparecía otra menor aún. Las paredes estaban revestidas por tablones oscuros y barnizados, colocados de forma horizontal.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sandro. Junto con los otros dos, vigilaba el setenta y cinco.

—Ahora esperar —contestó Annibal. Tenía el codo izquierdo sobre la base de la ventanilla bajada. Movía el dedo índice con impaciencia.

—¿Cuánto tiempo esperamos? Si no sale de su casa, deberíamos ir nosotros y llamar a la

puerta. Suponiendo que esté —opinó el Lobo.

—Esperaremos —insistió el jefe. No estaba por la labor de dejarse ver tan pronto por esas calles.

Pero ese plan solo era efectivo si conocían la rutina de Austen. No era el caso. Además, Scorpio tenía el inconveniente de que, aunque sabía la identidad del objetivo, nunca le había visto. Tan solo el Lobo recordaba el aspecto de un par de veces anteriores, así que dependían de su buena memoria. Corrían el riesgo de darle un susto a alguien que no correspondía.

El reloj iba reflejando con precisión el paso del tiempo. Los primeros cinco minutos se transformaron en diez, esos diez en quince y esos quince en veinte. No podían permitirse el lujo de distraerse y perder la oportunidad de ver a Austen, si es que llegaba a salir. Aun así, estuvieron hablando para combatir el aburrimiento. Para Scorpio, esto no conseguía ahuyentar el pesado sueño. Apretó los ojos con fuerza e introdujo dos dedos bajo las gafas de sol para frotarlos. La situación empeoraba su estado de ánimo. Estaba cada vez más irritable y lo sabía. El asiento era demasiado cómodo. Se incorporó. Se dijo que solo daría de margen otro cuarto de hora más.

Solo fue necesario un tercio del ultimátum.

La puerta del setenta y cinco, de color blanco bajo el porche, se convirtió en el foco de atención cuando se abrió. La persona que salía por ella era ajena a su nueva popularidad. La distancia que guardaban desde el coche era la suficiente como para no perder ningún detalle que pudiese resultar crucial. Una camisa azul de manga corta era el complemento de los pantalones negros que vestía el tipo.

—Es él —confirmó el Lobo. Disparó la tensión.

Pero no era la vestimenta de Nelson la que destacaba. Tampoco lo hacía su apariencia de sobrepasar los treinta y cinco años. Ni la forma cuadrículada sobre sus facciones. No despertaba el interés su altura media que acompañaba a una complexión delgada. No eran dignas de consideración las llaves que portaba en la mano derecha, ni su andar tranquilo hacia el buzón para recoger el correo.

La atmósfera se enrareció dentro del Mustang. Annibal no podía despegar los ojos del sujeto. Bajo los cristales oscuros de las gafas, estos se habían achicado. Los engranajes de su adormecido cerebro se pusieron a funcionar, despertándole. Una sensación visceral germinó en su estómago y se empezó a propagar por cada centímetro del cuerpo, terminando en la punta de los dedos y dejando tras de sí un rastro abrasador. Era incapaz de detenerlo.

Olvidó que no estaba solo. Se bajó del coche. Cerró con un portazo.

—Pero ¿qué hace? —se alarmó Biaggi. Se acercó a la ventana contraria dentro de la parte trasera del vehículo.

—Mierda —soltó de repente el Lobo. Un par de segundos le habían bastado para atar cabos —. ¡El pelo!

Scorpio solo había podido fijarse en ese simple detalle.

La información que su amigo reveló la noche en la que fue herido acudió a él como una exhalación. Recordaba que había descrito una melena caer por debajo del casco de moto bajo aquella oscuridad que casi le había costado la vida. Caminaba rápido, se dirigía a la puerta. Austen estaba a punto de cruzarla. Annibal no podía pensar con claridad, la falta de sueño y la horrible furia se lo impedían. Era incapaz de ver otra cosa que no fuera la espalda y el cabello castaño claro. Embebido como estaba leyendo el correo, Nelson había empujado la puerta sin

mirar hacia atrás. Scorpio no reparó en que sus dos hombres avanzaban varios metros por detrás, tratando de alcanzarle. El recién llegado evitó que la puerta se cerrara, la golpeó con una patada violenta. La madera maciza chocó con la pared en medio de un estruendo. El atacante se metió dentro de la casa. La puerta completó el recorrido de vuelta y se cerró sola. El Lobo y Biaggi quedaron fuera.

Nelson giró sobre sí mismo, asustado. Se encontró de frente con el hombre.

—¡Sal ahora mismo de mi casa! —chilló Austen. A medida que Annibal fue acercándose con pasos enérgicos, el inquilino comprobó que conocía aquella identidad. La cicatriz que cruzaba el ojo izquierdo era demasiado distintiva—. ¡Oh, joder!

Ocurrió demasiado deprisa, el tipo no pudo reaccionar a tiempo. El narcotraficante había descargado el puño sobre su cara. La fuerza del impacto fue brutal. Nelson cayó hacia atrás, derribando un perchero de madera.

—¡Cállate, hijo de puta!

Annibal se agachó en busca de Austen, le agarró por la camisa y le puso en pie con un tirón enérgico. Una vez arriba, volvió a derribarle con otro estacazo. El del pelo largo gritó y el atacante sintió cómo algunos dientes se habían partido bajo sus nudillos.

Scorpio quería más.

Austen intentó incorporarse del parqué, defenderse de aquella agresión atroz. Se vio obligado a arrastrarse, ponerse en pie tan solo le haría perder tiempo. Escupió sangre al suelo. Esta se mezcló con la que manaba de sus orificios nasales. Iba dejando restregones rojos a su paso. Temblaba de miedo. Nelson únicamente consiguió rebasar la entrada al salón, Annibal no le permitió ir más allá. Le agarró del pelo. El herido volvió a gritar, luchando con todas sus fuerzas por escapar del huracán. Pronto se vio de pie una vez más, y una vez más le derribó de un puñetazo. Gimoteó. Ese sonido enfureció a Scorpio, quien notaba torrentes desbocados de adrenalina por sus venas. Volvió a arremeter contra él. La energía que empleaba era salvaje.

Otra parte de la dentadura cedió.

La sangre de ese miserable manchaba las manos y la ropa de Annibal. Le pegó de nuevo. Nelson quedó tumbado en el suelo, consciente del horror. El temblor era visible. Trató de abrir la boca, pero sentía demasiado dolor. Y demasiado miedo. Le atemorizaba su agresor, sabía que no se caracterizaba por la compasión. Scorpio se abalanzó sobre él y empezó a ensañarse. No le ofreció la posibilidad de defensa. Recordaba a cada uno de los suyos que habían caído en aquella cadena de asesinatos. Necesitaba esa venganza.

Un golpe detrás de otro, un crujido detrás de otro. Ruidos fatales que señalaban roturas. La nariz de Austen se había partido hacía un rato. Apenas era capaz de respirar bajo la espantosa agonía. Ya no podía hacerlo por la vía nasal y su salvoconducto, la boca, se estaba inundando de su propia sangre. Boqueaba como pez fuera del agua. Escupió, salpicando a su verdugo. Scorpio le agarró del cuello de la camisa sucia y le estampó la parte de atrás de la cabeza contra el suelo. El frenesí guiaba sus actos, no podía controlarlos. Eran impulsos más poderosos que su humanidad.

El jefe se bajó del tipo aturdido. Cuando se levantó, le cogió por la pegajosa melena. Tirando de ella, le remolcó dentro del salón. Sin miramientos, le alzó por la tela de la camisa sangrienta. Tomó impulso, le arrojó contra las estanterías que adornaban las paredes. Estas se partieron y dejaron caer todo lo que llevaban encima: libros, adornos, numerosos álbumes de música y demás

artilugios. Al precipitarse, los objetos cayeron sobre Nelson. Su rostro estaba perdiendo los rasgos identificativos.

Fuera de la casa, el Lobo y Biaggi permanecían inquietos. No habían contado con que habría un cambio de planes tan inesperado. Cuando la puerta se hubo cerrado en sus narices, supieron de inmediato que debían guardar la compostura para no levantar sospechas a su alrededor. Había que tener en cuenta que ya eran más de las diez y media de la mañana, cualquier transeúnte podría pensar que algo no iba bien. Al menos la urbanización era tranquila. Se preguntaron qué debían hacer. Desde luego, quedarse allí fuera esperando sin hacer nada no era una opción viable, y más desde que escucharon estruendos en el interior de la vivienda. Sandro se prestó voluntario para forzar la cerradura. Siempre se le habían dado bien esas cosas. Solo tenían que encontrar algún cachivache que hiciera las veces de ganzúa.

El salón de Austen recogía un espectáculo despiadado. Scorpio estaba fuera de sí. El aspecto físico de ese hombre había funcionado como detonante y, desde ese momento, ya no había sido capaz de detenerse. Le haría pagar por su osadía. Le torturaría en nombre de las humillaciones recibidas. Al parecer, ese desgraciado no era tan listo como pensaba. Se había delatado él solo al reunirse con Greenwich. Annibal volvió a lanzar a Nelson por los aires, haciendo que cayese de espaldas contra uno de los picos de la mesa de madera y cristal. El alarido sonó acuoso. El hombre maltrecho volvió a caer al suelo. Torpe, se colocó de lado para respirar. Tosió en repetidas ocasiones, expulsando sangre en todas ellas.

Para el narcotraficante, aquello no había terminado. Ni mucho menos.

—¿Qué se siente ahora, cabrón?

Annibal fue acercándose despacio. Jadeaba alterado por el esfuerzo físico. Le resbalaban gotas de sudor por ambas sienas. La sangre que le impregnaba las manos, también heridas en los nudillos, se había ido deslizando poco a poco hasta los codos. Su ropa recogía salpicaduras que apenas eran apreciables debido a la oscuridad de los tejidos. Algunas gotas rojas teñían pequeñas zonas en su rostro.

Ver cómo se aproximaba fue desesperante para Austen. Tras los párpados hinchados, a duras penas podía ver sus facciones. Pero percibía el odio, aquella cara era el vivo reflejo. Fue en ese mismo momento en el que se dio cuenta de que el chico que actuaba como un bárbaro no se detendría hasta haberle matado. Deseó con todas sus fuerzas que fuese pronto. La sangre se escurría de los labios de Nelson sin control. Escupió por enésima vez. Expulsó dos piezas dentales. El terror no le permitía darse cuenta de que había mojado sus pantalones.

—N—no s—s—s... —tartamudeó el hombre malherido entre gorgoteos de sus propios fluidos sanguíneos. La falta de dientes trababa la pronunciación.

—¿Todavía tienes ganas de hablar? —gruñó Scorpio conteniéndose y con la mandíbula tensa.

Le propinó una patada en el estómago. El aullido y el posterior sollozo fueron lastimeros. Nelson no podía parar de toser.

Annibal utilizó ese breve espacio de tiempo para descansar. Se llevó la mano derecha a los ojos, que había cerrado fuerte, y después a la frente. En algún momento había perdido las gafas en el recorrido dentro de esa casa. Se manchó aún más el rostro. La ira era extrema. Miró con un desprecio infinito al tipo medio destrozado que, desde el suelo, luchaba por su patética vida. ¿Ya? ¿Así de fácil?

No era suficiente.

Los jadeos agonizantes de Nelson inundaban la escena salvaje.

El jefe miró hacia los lados. Buscaba algo que le ayudara a terminar lo que había empezado. Localizó un utensilio que podría servir. Una idea estaba tomando forma en el interior de su mente enajenada. Scorpio caminó con tranquilidad. No tenía que preocuparse de un ataque por la espalda, ese desdichado rozaba el borde de la inconsciencia. Se aproximó a una de las esquinas del salón destruido. Era sorprendente que esta se mantuviera intacta. Allí se podía observar lo que parecía ser la maqueta de un barco de madera. El tipo de escala solo podía deducirse a simple vista si uno era un experto. Aquella embarcación, como la vida de su dueño, quedaría a medio construir. Annibal cogió unos alicates que acompañaban a otras herramientas dentro de la respectiva caja. Sintió la textura fría y metálica del instrumento. Tomándose su tiempo, regresó al punto inicial.

Nelson abrió los ojos maltratados. Se estremeció al encontrar al hombre de pie frente a él, muy cerca. Prefirió no haber visto lo que llevaba en la mano. El verdugo se agachó, volvió a sentarse sobre él a horcajadas y le miró fijamente. Estiró la mano izquierda hasta la boca entornada del moribundo y metió los dedos para abrirla más. Los restos puntiagudos de los dientes partidos le rasgaron la piel al rozar con ellos. Scorpio le agarró la lengua sin contemplaciones y se la sacó fuera. Austen intentó, sin éxito, cerrar la boca. Dos lágrimas se diluyeron en la sangre de su rostro desfigurado. El narcotraficante no se detuvo a descifrar los sonidos incomprensibles que emitía su víctima. Le acercó la mano derecha, la que portaba los alicates, a la boca. Todavía notaba cómo le herían los trozos afilados que aún quedaban en las encías, pero no sentía dolor. Cuantos menos centímetros separaban la herramienta de la boca, más intentos de resistencia inútil encontraba. Le estiró la lengua todo lo que pudo y la pinzó con los alicates. Procuró una sujeción firme del músculo húmedo.

—A ver si quieres hablar después de esto. —El susurro del agresor fue gélido y desprovisto de emoción alguna. No dejaba de ejercer presión.

Apoyó parte de su peso sobre la frente de Austen con la mano izquierda, manteniendo la cabeza sujeta contra el suelo, y tensó la derecha. Miró al hombre aterrorizado durante unos segundos. Los temblores de la víctima crecieron, asemejándose a espasmos.

Scorpio actuó.

Un tirón enérgico, rápido y seco bastó. Tuvo que emplear bastante fuerza. Sintió las fibras ceder. El berrido que escuchó a continuación consiguió atravesar sus escudos, provocándole un escalofrío de repulsión.

Sandro Biaggi consiguió desvelar el secreto de la cerradura minutos después de que encontrasen dos alambres sueltos de la valla del número setenta y siete. Se introdujeron en la casa, cerrando la puerta con cuidadoso sigilo. No habían avanzado ni dos pasos cuando escucharon el aullido estremecedor. Ambos hombres se miraron, alarmados. Continuaron el camino marcado por los alaridos dementes. No tardaron en encontrar el origen. El Lobo y Biaggi se quedaron en el umbral de la puerta del salón. Veían la espalda de su jefe, sentado encima del autor de esos gritos insoportables. Pero él no se inmutaba. No alcanzaban a ver por qué chillaba.

Un océano de sangre se acumuló dentro de la garganta de Nelson. Se estaba ahogando. Lloraba. Se asfixiaba entre ruidos repugnantes. Berreaba. Tan solo era un guiñapo. Annibal mantenía la fuerza con la que cerraba la mano derecha. Su pecho subía y bajaba mediante una respiración pesada. Lo único que hacía era mirar a Austen. La opacidad de sus pensamientos no le

había dejado advertir que sus dos hombres se situaban varios metros por detrás de él.

Los gritos atronadores pronto se convirtieron en lloriqueos quejumbrosos. El muy desgraciado se resistía a morir. Tendría que ayudarlo.

—Annibal, tenemos que irnos de aquí —intervino el Lobo. A pesar de que no estaba horrorizado, aquel caos sangriento le daba impresión. Todavía no había visto qué era lo que su superior portaba en la mano derecha.

Scorpio no se sobresaltó. Giró la cabeza para poder mirarles por encima del hombro. El contacto duró un par de segundos. Condujo la mano izquierda hasta la parte de atrás del pantalón vaquero. Empuñó la Desert Eagle. No estaba acostumbrado a utilizar la zurda en el manejo de armas, pero en ese momento carecía de importancia. La sostuvo con naturalidad. Se fue poniendo de pie despacio, ayudado únicamente de las piernas. Una vez arriba, estiró el brazo armado y apuntó a la cabeza del moribundo.

El dolor taladraba al habitante de Johnson City desde el hueco vacío de la lengua. No tenía fuerzas ni para satisfacer a sus pulmones. Notó cómo la consciencia empezaba a esfumarse. Rezaba por su muerte.

Tronó un disparo. El proyectil impactó en la frente. Los ojos del muerto se desenfocaron en medio de aquel aspecto roto.

Annibal devolvió la pistola a su sitio. Luego se quedó inmóvil. Tragó saliva, intentando recuperar la calma. De algún modo fue sencillo. No volvió a mirar el cuerpo. Se dio la vuelta. Caminó hacia sus hombres. En lugar de pararse junto a ellos como ambos esperaban, pasó entre medias. Dejaba un fino reguero de sangre tras de sí. El Lobo y Biaggi le siguieron con la mirada. Repararon en lo que su jefe acarreaba en la mano derecha. Los alicantes sangrientos todavía guardaban entre sus fauces la lengua desgarrada. Las náuseas acudieron veloces a Sandro.

El transcurso de los segundos aumentaba la apatía que se iba acomodando en el interior de Scorpio. Calma. Ya no había prisa. Seguía el camino que le llevaría de vuelta a la puerta exterior. Dadas las circunstancias, era sensato pensar que el disparo podría haberse escuchado fuera, o que parte de su ropa y de la piel al descubierto estaban manchadas de sangre. Iba a llamar la atención de una manera espantosa. Sin embargo, no había sensatez en el chico. Se percató de que no llevaba encima las gafas de sol cuando casi las pisó cerca de la entrada. Se agachó y las cogió con la mano izquierda. Se las puso. Sin inmutarse, salió a la calle.

Un par de personas caminaban por la allí. Sin embargo, andaban tan enfrascados en las pantallas de sus teléfonos que no repararon en él. Pero en la acera de enfrente una mujer de mediana edad le vio. Le miró aterrada y se dio la vuelta, echando a correr todo lo deprisa que sus tacones le permitieron. Annibal no se fijó en nada de esto. Solo tenía ojos para su coche. Cruzó la carretera tras asegurarse de que ningún vehículo le pondría en peligro. Una vez paralelo al Mustang, el cristal tintado del lado del conductor le enseñó su apariencia. Vio que algunos mechones de pelo habían dejado de estar de punta para regresar a su posición original. Ignoró la cantidad de sangre que le cubría. Rebuscó con la zurda las llaves del coche en los bolsillos de sus vaqueros. No las encontraba. Profirió dos insultos. No quería regresar al interior de la casa para buscarlas. No le quedaba más remedio.

Cuando se giró para hacerlo de mala gana, se encontró a Rafael delante de él. Le miraba muy serio mientras le enseñaba las llaves colgando de un dedo. El jefe fue a cogerlas, pero el Lobo las retiró de su alcance. Lo siguiente que hizo fue arrancarle de la mano los alicates. Annibal no se

acordaba de que aún los llevaba. Rafael abrió la puerta del asiento trasero y, firme, obligó a su amigo a meterse dentro. Este obedeció sin resistencia. Después, el hombre de la coleta anduvo hasta el cubo de basura más cercano, cogió una bolsa usada cualquiera y la vació. Utilizó ese plástico para guardar los alicates y su contenido dentro. Lo enrolló bien y lo llevó consigo hasta el maletero.

Sandro fue el último en subir al coche. La imagen que había visto dentro de la casa le había revuelto el estómago. Al final no había podido contener las ganas de vomitar. Estaba apoyado en un árbol cercano. Tuvo que retirar los pies para no mancharse los zapatos.

No era la primera vez que el Lobo se ponía al volante del Mustang. Su forma de conducir distaba notablemente de la del dueño. Rafael lo manejaba de un modo menos agresivo.

El viaje de regreso guardaba cierto ambiente fúnebre. De vez en cuando, los dos hombres que ocupaban las plazas delanteras comentaban algo en un volumen no muy alto. Lo recién acontecido, por supuesto, no salió a flote. Les acompañaba la radio, sintonizada en la misma emisora.

—Que sirva de aviso para el resto —sentenció de pronto Scorpio con voz ronca.

No se giraron para mirarle.

Detrás, Annibal se había acomodado en los asientos. Tenía la espalda reclinada sobre la esquina de la puerta trasera derecha, con la pierna izquierda apoyada encima del asiento de cuero y la otra abajo. Su codo izquierdo descansaba en el respaldo y dejaba caer esa misma mano sobre los ojos protegidos por las gafas. Notaba una apacible tranquilidad que le hacía quedarse traspuesto. Estaba agotado.

Resultaba difícil de creer que hubiesen terminando con el problema. Ahora, sin embargo, surgía otro cuya trascendencia aún era desconocida. El muerto pertenecía al grupo de O'Quinn y era posible que no tuviera ni motivos ni agallas para actuar por libre. Quizá tan solo había eliminado la punta del iceberg. Quería pensar que no, que con el cruel asesinato de Austen pondría fin a los ataques. Esperaba no tener que enterarse de que el viejo O'Quinn se encontraba detrás, porque en ese caso no tendría infierno suficiente para huir.

Le dolía la cabeza, no quería pensar en nada más. Ya habría tiempo. Intentó dejar la mente en blanco. Esa era una tarea muy, muy complicada a causa del altercado. El resultado de su obra macabra se paseaba de un lado a otro ante sus ojos cerrados. No sentía culpa. Le había dado a ese hijo de puta lo que se merecía. Tampoco era el primer hombre al que mataba.

Se fue evadiendo de la realidad sin apenas reparar en ello. El sonido familiar del motor, el suave movimiento del coche y el colosal cansancio acumulado acabaron haciéndole presa del sueño. Se quedó dormido mucho antes de llegar a la mitad del recorrido.

Capítulo 25

Annibal ni siquiera se despertó cuando el Mustang quedó aparcado en el interior del garaje. Tuvo que ser el Lobo quien sacudiese suavemente a su amigo tras abrir la puerta trasera izquierda. El chico se echó hacia atrás con brusquedad nada más despertar. Cuando consiguió ubicarse en el tiempo y en el espacio, se levantó con cuidado y salió del vehículo. Le pidió disculpas a Rafael, quien le restó importancia. Scorpio se pasó los dedos por la cabeza y supo que ya nada quedaba del peinado impecable con el que había salido por la mañana. Luego se miró las manos. Teñidas de sangre seca, estaban doloridas. Presentaban múltiples contusiones derivadas de los puñetazos, así como cortes debido a los afilados restos dentales. Pensó en que tendría que limpiar muy bien los asientos del coche para eliminar cualquier posible rastro indeseado. Pero no sería ese día.

Eran las dos y cuarto de la tarde. Los tres entraron directos al interior de la casa. El Lobo encabezaba el grupo y Biaggi era quien lo cerraba. Cuando llegaron al pasillo principal, se pudo escuchar el sonido de la televisión. Tan solo el dueño no se extrañó.

Angela salió a su encuentro.

La mujer solo vestía una camiseta blanca prestada que cubría lo justo. La sonrisa de sus labios murió antes de nacer. Que Annibal hubiese aparecido con dos de sus amigos no significaba nada en comparación al aspecto que este presentaba. Sin poder controlarlo, su corazón empezó a latir muy deprisa. La expresión del chico, al igual que la de sus compañeros, era lúgubre. Se fijó en que él ahora llevaba el pelo revuelto. Unas manchas extrañas se apreciaban sobre la tela oscura de su ropa. Sangre. La misma que ensuciaba su rostro, brazos y, sobre todo, manos. La primera reacción de Angela fue quedarse quieta, sin poder hacer otra cosa que mirarle. Una alarma se encendió en su cabeza. Pensó que podría estar herido. Quería acercarse, pero no se atrevía. Ignoraba cuál podría ser su reacción.

Annibal supo que necesitaba un pretexto. ¿Qué excusa podría haber para alguien cubierto de sangre que no presentaba una herida importante? Rehuyó su mirada. No era así como debía haber ocurrido. Él no tendría que haber vuelto a casa con esa apariencia y, de haberlo hecho, le tendría que haber dado tiempo a limpiarse antes. Pero ya no había vuelta atrás.

—Podéis marcharos, ya me apaño solo —anunció Annibal. Aún tenía la voz rasgada.

—Como quieras —respondió Sandro. No le había sorprendido que la belleza rubia que conoció hacía una semana estuviese en aquella casa y ligera de ropa. Sin embargo, le inquietaba cómo podría responder su jefe ante ella. Deseaba que no cometiese ningún disparate.

—Estamos en contacto —propuso el Lobo.

—Mañana —impuso Scorpio.

Antes de marcharse, Rafael le dio una pequeña palmada en el hombro. Annibal agradeció en silencio aquel gesto cargado de significado. Tenía muy en cuenta la actitud de ambos en tales circunstancias. El sonido de los pasos se desvaneció en la distancia, siendo el golpe de la puerta el final de la melodía. Lo único que se escuchaba eran las voces del televisor.

—¿Qué... te ha pasado? —se animó a preguntar Angela. Intentó ocultar los rastros de temor,

pero no le salió muy bien.

—Nada —soltó él, seco. Creyó que era lo mejor para ella. Sin más explicaciones, comenzó a andar hasta el amplio cuarto de baño del piso inferior. De repente se vio con un desorden enorme dentro de la cabeza. Quiso que la chica no fuese detrás, pero no tuvo tanta suerte.

—¿Cómo que nada? ¡Estás lleno de sangre! —exclamó ella. Caminaba a paso ligero para poder seguirle el ritmo. Él no contestó y eso la puso todavía más nerviosa—. ¡Joder, dime algo! —La respuesta no llegaba—. ¡Annibal!

—Déjame en paz.

El hombre se arrepintió de inmediato. Le hizo sentir aún peor.

Abrió la puerta del lavabo, encendió la luz y entró. Angela se quedó en el umbral, mirándole. Ahora tenía que afrontar la nueva situación y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Desde luego, no podía pasar por alto que le hubiese visto con ese aspecto.

—No me hables así, no tengo la culpa de lo que te haya pasado —le soltó Angela, molesta. Esa manera de dirigirse a ella le había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir ante sí misma.

—Pues deja de preguntar, coño —gruñó Scorpio mientras abría el grifo y dejaba caer el agua sobre sus manos machacadas. El contacto frío del líquido le hizo daño. Cerró los ojos un segundo. La sangre seca teñía de escarlata la corriente. Las heridas de los nudillos se apreciaban mejor una vez limpias. Escocía. Procuró no manifestarlo.

—¿Cómo quieres que no pregunte viéndote así? —La entonación que utilizó la rubia en esta ocasión fue tan desagradable como la que acababa de escuchar. Podía llegar a entender que no estaba en su mejor momento después de lo que fuera que hubiese ocurrido, pero no tenía por qué aguantar que la tratase así. Y no se iba a quedar callada.

—Hay cosas que no tienes porqué saber —aseguró Annibal. Le sorprendió tal carácter. Sabía que ella tenía razón, pero le agobiaba la insistencia. Debía controlarse. Y tenía que pensar muy bien qué camino quería tomar.

—No te preguntaría si no quisiera saberlas —le recordó la mujer. Se adentró en el cuarto de baño hasta situarse a su altura.

—No era una sugerencia.

Angela ignoró esa nueva salida de tono. El gesto de su rostro se agravó. Le miró las manos. Vérselas dañadas hizo que acercara las suyas para cogerlas bajo el agua fría. Él hizo el ademán de retirarlas por puro reflejo, pero no completó el recorrido. Sentir los dedos suaves cerrarse en torno a su piel irritada supuso alivio, no tanto en las manos como en el ánimo. Reparó en cómo procuraba no tocarle las heridas. Se estaba calmando.

—Es mejor así —añadió el chico. Acontecía una poderosa lucha en su interior cuyos bandos enfrentados eran la seguridad de la chica y la propia. El hecho de que estuviera allí con él en lugar de haber salido corriendo dificultaba sus decisiones. Respiró profundamente.

—¿Tan malo es? —preguntó Angela. Estaba preocupada. Abrió las puertas de los pulcros armarios del lavabo en busca de algo con lo que sanarle los cortes. Encontró alcohol.

—No te haces una idea.

Annibal pensó que, si la mujer hubiese presenciado lo que había hecho por la mañana, no querría ni acercarse a él. Buscó los iris oscuros con los suyos marrones. La luz blanquecina del lavabo intensificaba el color. A pesar de que la pistola reposaba en su espalda, se sintió

desarmado frente a ella. Rompió la conexión al notar el contacto del etanol con sus lesiones. Cerró fuerte los ojos. La intensa quemazón hizo que contrajera los dedos. Consiguió mantener las manos bajo el chorro con estoicismo. Angela le cubrió la piel con agua fría para aplacar el dolor. Vio que apenas quedaban manchas rojas en las manos, a diferencia de los brazos y el rostro.

A la chica no le cupo ninguna duda: esa sangre no era de él. Contuvo un estremecimiento.

Scorpio cerró el grifo. Se apoyó en los bordes de la pila del lavabo. Dejó caer la cabeza hacia delante y sus hombros quedaron en una posición más alta.

—¿Me vas a contar qué te ha pasado? —la improvisada enfermera rompió el extraño silencio. No confiaba en que llegara a responderle, pero resultaría forzado fingir que no había visto nada.

—¿Por qué no puedes simplemente pasar del tema, Angela? —El traficante volvió a ser brusco. No entendía el motivo que la impulsaba a pedir explicaciones. Nunca nadie las requería y mucho menos él las contestaba. Pensó que la culpa era solo suya por dejar que se quedara la noche anterior. Pero tampoco había previsto que la visita a Johnson City acabaría así.

—Porque no. Porque no es normal ver que el hombre con el que te estás acostando aparece por la puerta cubierto de una sangre que probablemente no sea suya —le reprochó Angela. Había alzado la voz. De pronto advirtió que podría estar metiéndose en pantanos peligrosos.

—¿Qué sabrás tú lo que es normal? ¿Follamos dos veces y ya estás exigiendo? —gritó Scorpio.

La nueva e incipiente furia no impidió que otro golpe interno le reprendiera por ese comportamiento. Su orgullo hablaba por él. Volvía a perder los papeles. No supo frenar el impulso que le recorrió como un latigazo y descargó su puño derecho sobre el espejo. Reventó el centro y resquebrajó el resto. Le ardieron los nudillos. Se le clavaron algunos fragmentos de cristal. Reprimió un quejido y retiró la mano. Cayeron abundantes gotas de sangre sobre la pila blanca.

—Cúrate tú solo. —La rubia le tiró el bote de alcohol al pecho. Este rebotó y cayó al lavabo, manchándose de rojo. Ya había aguantado suficiente—. Que te jodan.

Angela se dio media vuelta. Se sentía muy estúpida. Cuando estuvo de espaldas notó, impotente y asustada, cómo los ojos empezaban a picarle. Él estaba en lo cierto. Se conocían de apenas dos semanas y nada de lo que habían hecho le otorgaba ningún derecho. Pensaba que entonces nada la hacía especial ante sus ojos. Solo era... sustituible. Se sintió más ridícula todavía. ¿Cómo era posible que estuviese pensando eso? Para su desgracia, acababa de descubrir que le afectaba de aquella forma porque sentía cosas que no debía. Se mordió el labio inferior. No tendría que haber sucedido, tendría que haber sido solo sexo. Pero no lo había podido controlar. Se dispuso a salir del cuarto.

—Espera, joder.

Más que una orden sonaba como una petición.

Tras debatir en milésimas de segundo si hablar o no, Annibal al final había cedido. Había tenido que tragarse su terquedad para no dejar que las cosas se truncasen de un modo irreversible. Estaba acostumbrado a que Deborah, la mujer que más le conocía, acatara sus malas maneras sin apenas replicar. Sin duda, el temperamento de Angela no era igual. Si la chica salía por esa puerta, con toda seguridad no volvería a verla. O eso pensaba. No sabía muy bien por qué, pero no quería dejarla escapar.

Angela se paró. Dudó. Resignada, se dio cuenta de que había esperado que la detuviera. Se

giró tras la pausa. Había enfado en el modo de mirarle. Sus pestañas parecían desprender escarcha.

Scorpio la encontró irresistible, tan seria.

Él volvió a abrir el grifo para lavar la sangre nueva de sus nudillos. Golpear el espejo no había sido la mejor idea. Otro componente de la casa que tendría que cambiar. Cortó la corriente cuando creyó que la hemorragia se encontraba bajo control. Se secó las manos con una toalla beige que colgaba cerca. Tiñó las zonas que estaba tocando. Le dolía.

—Siento... haberte hablado así. No he tenido un buen día.

Si alguien que le conociera le hubiese escuchado, no se lo creería. Se le había olvidado la última vez que su orgullo le había permitido disculparse en circunstancias parecidas. Tenía tanto mérito como no haber saltado cuando la mujer le había encarado.

Se acercó a ella y se paró en frente. Le acarició una mejilla con la mano fría. Había sido un gesto tan delicado que parecía imposible que perteneciera al mismo que había cometido el brutal asesinato por la mañana. El roce despertó una nueva vibración dentro de Angela. Pero no se movió, tan solo le miraba.

—Será mejor que te cambies de ropa.

Él había vuelto a ganar.

Lo primero que hicieron después fue comer. Ella le había estado esperando y él no había probado bocado desde aquella cafetería de carretera. Prepararía algo rápido. Estaba cansado y no le apetecía esmerarse demasiado. No sentía la necesidad de sorprender a la mujer con sus dotes culinarias. En veinte minutos tuvo listos dos platos de macarrones con tomate y un par de filetes de pollo a la plancha. Angela se había encargado de preparar la mesa. Apenas hablaron. La serie de televisión que estaban emitiendo salvaba ese momento incómodo. Annibal apenas prestaba atención al diálogo entre aquellos dos personajes de comedia fácil.

Ella acabó de comer primero. Cuando lo hizo el otro, la mujer se levantó de la silla y recogió los platos y demás enseres que habían utilizado. Antes de marcharse a su habitación, él terminó de llevarse a la cocina lo que quedaba.

Angela había estado repitiendo mentalmente la discusión. Al final decidió ir tras él, no tendría sentido quedarse sola allí abajo. Cuando llegó al dormitorio, abrió la puerta con cierta timidez. Le encontró rebuscando en su armario. La joven se sentó a los pies de la cama. Resultaba extraña la distancia que de repente parecía haber entre ellos. Cuando el hombre hubo recopilado algunas prendas, las dejó en el sillón de la esquina. A continuación, cansado de darle vueltas a lo mismo, se sentó a su lado.

—En ningún momento quería que pasara esto —se sinceró Annibal. Se le daba peor abordar esa conversación que terminar con la vida de un hombre. Tenía la mirada fija en algún punto del suelo.

—¿Que pasara el qué? —También ella encontraba interesantes otros lugares de la habitación. No se le había escuchado muy bien.

—Es demasiado pronto, joder.

—Creo que a los dos nos ha quedado claro que solo han pasado dos semanas desde que nos conocemos. —Se encogió de hombros.

—Precisamente.

Aquello no tenía manual de instrucciones. No comprendía por qué tenía que ser tan

complicado. El hecho de que ella se terminase alejando y se acercara a la policía era posible. Lo más inteligente por su parte sería tomar cartas en el asunto y silenciarla para siempre. No. No podía hacer eso. Tan solo le había visto cubierto de sangre, nada más. Lo que le pedía el cuerpo era afrontar la realidad de otra forma. Una forma menos suya. No entraba en sus planes hacerle daño. Era una situación que se había adelantado muchísimo. Tenía que tantear el terreno.

—Hay cosas que...

—Déjalo. No tienes que explicarme nada.

—Angela, necesito saber que puedo confiar en ti.

—¿Te fías de mí? Solo hemos follado un par de veces —le citó. No pudo evitarlo, aun a riesgo de empeorar el curso de la tarde. Era un comentario que la había herido.

—Necesito oírte decir que puedo confiar en ti —insistió el chico. Contó hasta tres mentalmente para no responder a la provocación.

—Annibal, puedes confiar en mí.

Eran simples palabras, pero él tenía la imperiosa obligación de creerlas para resistirse a actuar como su instinto le ordenaba. Había llegado a la conclusión de que merecía la pena darle una oportunidad. Debía llevar la cautela al extremo.

—¿Lo que ocurrió esta mañana tiene que ver con los policías de anoche? —osó preguntar Angela. Se vio a sí misma caminar por el filo de una cuchilla gigantesca.

—Algo tuvo que ver, sí. —Para Scorpio fue bastante violento reconocerlo. No hablaba de sus asuntos con gente que no fuera de su estricta confianza.

—No te dedicas al negocio de los coches, ¿verdad?

Casi pudo escucharse el sonido de un vasto bloque de hielo precipitarse contra el suelo oscuro de la habitación. Pese al calor veraniego, les llegaba el frío del iceberg invisible. Fue la primera vez que se decidió a mirarla desde que se había sentado en la cama. Angela apenas pestañeaba. Él se fijó en aquellos labios apetecibles. Desechó de inmediato el capricho loco de besarlos. Sabía que era una mujer muy avispada, su conclusión no le sorprendió.

—No te mentí en eso —aseguró Annibal. Odiaba aquel sábado. Leyó entre líneas las intenciones que se escondían detrás de la pregunta. De nada serviría seguir utilizando el doble sentido.

—Seguramente no esté bien que hable de esto, pero creo que hay algo más. —Angela se esforzaba por permanecer imperturbable.

No quería decirlo en voz alta. Al menos no hasta que él confirmase o desmintiese. Volvió a saberse al borde del abismo.

Scorpio retiró la vista. Supo que no lo tenía que haber hecho cuando ya era demasiado tarde. ¿Qué era lo que ella sabía? ¿Serían solo teorías? ¿Prefería que terminara enterándose por terceros? ¿Y hasta qué punto eso le importaba a él? No le parecía correcto dejar que fuesen los rumores los encargados de presentarle, solían distorsionar la información. En cualquier caso, era ridículo actuar como si lo que Angela había planteado fuese una locura. La chica había tenido el valor de poner la cuestión encima de la mesa, tenía que responderle a la altura.

No tenía muy claro cómo debía empezar, qué palabras emplear para explicarse sin desvelar nada más allá de su intención. Tal vez ella se asustara. Tal vez estuviese a punto de cometer la mayor estupidez de la historia. No se iba a echar atrás. Y, como no encontraba la expresión adecuada que resumiera lo que tenía en mente, optó por quedarse en silencio. Por lo menos al

principio. Condujo la mano derecha a su espalda, empuñó el arma sujeta por el pantalón y la sacó.

Al ver la Desert Eagle, Angela se sobresaltó. La piel de su rostro adquirió un matiz más pálido en cuestión de segundos. Se relajó cuando observó que Scorpio cogía la pistola despreocupado y sin apuntar hacia ella. Solo se la enseñaba. La rubia se fijó en él, en sus gestos, en el modo en el que dejó el arma encima de la cama. Intentó adivinar lo que pensaba. Una pérdida de tiempo.

—No voy a hacerte daño —aclaró Annibal. No dejaría que existiera ni la más remota posibilidad de que hiciera conjeturas erróneas—. Me extraña que Deborah no te contara nada. — No dudaba de la lealtad de la morena, estaba probando a la mujer de su izquierda.

—Por supuesto que Deborah no me ha dicho nada —se apresuró a responder. Esa no había tenido nada que ver—. Uno de mis trabajos es en un pub nocturno. La gente habla.

—¿Y crees todo lo que la gente dice?

—Solo lo que puede ser verdad.

—¿Qué has escuchado? —se interesó Scorpio sin alterarse. No era ninguna novedad que pudieran comentar sobre él en entornos que no controlaba.

—¿Quieres saberlo? —Era una cuestión más bien retórica. El hombre asintió con un leve movimiento de cabeza—. Narcotraficante.

El hombre suspiró sin emitir ningún sonido. Era chocante la pasmosa tranquilidad con la que Angela había pronunciado la última palabra. Notó cómo descendía su nivel de tensión, igual que lo hacía el mercurio de un termómetro en invierno. Era como si ya hubiese hecho la mitad del trabajo, salvo porque la desconfianza no le permitía relajarse.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Angela. Tenía la pistola tan cerca que podía cogerla si estiraba la mano.

—¿Qué quieres que te diga? —No iba a negarlo—. ¿Quién te ha dicho eso?

—La noche que vinisteis al Hot Fire —respondió la chica. Lo recordaba como si fuese el día anterior. En ambas ocasiones había terminado en aquella misma cama—. Me vieron contigo y, en una de las veces que fui al baño, me preguntaron que si no sabía quién eras. Algo me comentaron y me dijeron que tuviera cuidado.

—¿Cuidado? —repitió él con cierto sarcasmo.

—Annibal, me da igual. Me da lo mismo que seas... Me da lo mismo lo que hagas.

Era algo inverosímil para él. Respiró más tranquilo. Ella se lo había tomado sorprendentemente bien. Había sonado muy natural, supuso que había tenido tiempo para pensar. Y se encontraba allí a pesar de todo.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Scorpio.

—Porque no es algo de lo que se hable. ¿Me lo habrías contado si no te hubiese visto hoy así?

—No.

—Lo habría terminado sabiendo.

Un nuevo silencio. Se escuchaba un repiqueteo suave en el cristal de la ventana abierta de la habitación, así como en el alfeizar y en la lejanía de la calle. En algún momento de la tarde las nubes se habían hecho con el control del cielo. La brisa les llevaba el inconfundible olor de la lluvia. Ambos se dieron cuenta de que habían llegado a un punto muerto.

Angela se sintió como una adolescente. No creía que su opinión pudiese importar demasiado cuando el hombre se dedicaba a esa actividad desde muchísimo antes de conocerla a ella. Su

dinero y sus bienes eran la prueba. Pero no había mentido: no le molestaba. Y, sinceramente, le creía cuando había dicho que no le haría daño.

—No te lo montas nada mal.

La cantante se encogió de hombros. Allí ya no había lugar para el nerviosismo, no después de la sinceridad de la reciente conversación. No cambiaría su forma de pensar sobre él. Creyó que ya era mayorcito para saber lo que se hacía.

Los labios de la mujer se transformaron en una amplia sonrisa que descubrió sus dientes blancos. Se colocó un mechón de cabello dorado detrás de la oreja. Cruzó las piernas suaves y desnudas terminadas en pies descalzos. Consiguio que él también sonriera por primera vez desde que había vuelto a casa.

—Y, a juzgar por la fiesta en la que te conocí, debes de ser de los importantes. —Angela dibujó una mueca casi pícara. Recordó las caras avergonzadas de los hombres aquella noche en el Hot Fire, cuando habían llegado juntos a la mesa.

—Eres muy observadora. —Scorpio rio por lo bajo. No le pasaron desapercibidas las rápidas conexiones que debía de estar haciendo. No escucharía de su boca que se trataba del líder de la organización. Ni siquiera había admitido de forma explícita sus actividades.

—No voy a preguntarte sobre lo que sea que hayas hecho esta mañana. No me interesa saberlo —decidió ella. Había cambiado sin querer “lo que te ha pasado” por “lo que has hecho”. Entendía que los asuntos turbios en los que estuviera implicado solo le concernía a él y a la gente con la que trabajaba. Con la confirmación por su parte, todo era más fácil.

—Me alegro de que pienses así —admitió Annibal. Iba dándose cuenta del intelecto de su compañera de cama, pero posiblemente todavía no conocía el alcance de lo que esa cualidad suponía en ella. Le resultaría interesante descubrirlo. Ensombreció la mirada—. No creo que haga falta que te diga esto, pero tengo que hacerlo. Comprenderás que tienes que tener la boca cerrada. —Remarcó la última palabra—. Es muy importante, Angela. No puedes decir nada a nadie de lo que sabes o lo que creas que sabes. Me importan una mierda las conjeturas de los imbéciles a partir de lo que han oído, pero las afirmaciones directas no son una opción. Tú hoy no has visto nada. De lo contrario, me veré obligado a hacer algo que te juro que no quiero. Me entiendes, ¿no?

—Perfectamente.

No le había afirmado, con esas mismas palabras, que si hablaba iba a tener que matarla. No hizo falta. El siniestro mensaje fue comprensible. El vello rubio de la mujer se erizó. Angela sabía que, llegado el caso, lo cumpliría. Pero se dijo que no tenía por qué preocuparse, no estaba en sus planes cometer una metedura de pata tan nefasta.

—¿Alguna pregunta más, señorita? ¿O me deja libre ya? —bromeó Annibal. Su media sonrisa había regresado.

—No, no. Puede marcharse. Si se me ocurre alguna otra cuestión, ya volveré a ponerme en contacto con usted.

Angela había hablado con tal naturalidad que el hombre pensó que bien podría ganarse la vida como actriz. Pero la risa la delató.

—Bien. Pues entonces voy a ducharme.

Antes de levantarse, Scorpio cogió su pistola de encima de la cama. Se la llevó al cuarto de baño de su habitación. No tenía miedo de que ella la pudiese coger, no creía que la supiese utilizar, pero prefería tenerla a su lado y bien visible. Era una de sus manías. Cerró la puerta una

vez estuvo dentro.

Angela no se movió del sitio. Se sentía bien por haber accedido a él, por la confianza que había depositado en ella. Si rememoraba el transcurso de la conversación, veía que el hombre no le había dicho nada en absoluto. Todo habían sido meros dobles sentidos y datos que daban por hecho otros. La forma de manejar la información y la ausencia de negación hablaban por sí solos. Al igual que también hablaba por sí sola la estúpida sonrisa que de repente descubrió en su cara. La hizo desaparecer. Era evidente que el físico imponente ya no era lo único que le atraía de él. Procuraba, por su propio bien, controlar ciertas emociones.

Bajo el agua caliente, Annibal estaba disfrutando de un placentero estado de relajación. Los restos de sangre de sus brazos y rostro ya habían desaparecido. Lo primero que había hecho fue enjabonarse para borrar esas marcas. Ponía especial cuidado en que los chorros no incidieran directamente en sus manos, le hacían daño. Evitó pensar en nada de lo acontecido ese día. Apoyó el hombro en los azulejos mojados de la pared. Sintió fría la superficie. Estaba tan a gusto que, si dispusiera de una cama allí dentro, se quedaría dormido. El cuarto de baño pronto empezó a inundarse de vapor. El agua estaba muy caliente.

De pronto escuchó algo dentro del espacioso plato de ducha. Sonrió. No se movió. Notó un roce en la espalda que se inició a la altura de los hombros y le recorrió toda la columna vertebral. Su cuerpo se erguía con el paso de los dedos. Todavía no quería darse la vuelta porque, si lo hacía, lo que vería prendería fuego incluso debajo del agua. Se propuso aguantar unos minutos más. Era una ardua tarea con las manos de Angela deambulando por su cuerpo sin restricciones. Ella se recreó cuanto quiso en su espalda. Luego se aproximó tanto que notó las formas femeninas presionar contra él. Desde esa posición, la mujer llegaba a acariciar su abdomen marcado.

Annibal apoyó ambas manos en la pared blanca que le quedaba enfrente. Los rasguños se hicieron notar, sobre todo los que herían sus nudillos. La joven buscó los brazos masculinos y le arañó con suavidad la cara interna de los bíceps. Él no necesitaba mucho más para perder el contacto con la realidad. Solía sucederle cada vez que tenían sexo. No recordaba que ninguna otra mujer se detuviera tanto en los preliminares como lo hacía ella. Y habían sido muchas. El hombre había descubierto que le encantaba que fuera así. Maximizaba su excitación. Como ahora. Angela, a sus espaldas, buscó su zona más erógena. Una descarga le recorrió por completo. Se dejó hacer.

Hasta que se dio la vuelta.

Quedaron cara a cara. Scorpio inspeccionó cada centímetro de la mujer. Era la primera vez que la observaba desnuda bajo una luz más brillante. Vio cómo el agua acariciaba su contorno perfecto. El cabello húmedo y dorado se adhería a su aterciopelada piel. Advirtió que la coloración de sus labios era más rosada. La visión era demasiado estimulante.

Ella no aguantó más, no tuvo suficiente fuerza de voluntad. Se lanzó a su boca. Annibal la arrinconó en la ducha. La buscó con la mano derecha. La intensidad con la que la miraba sobrecogió a Angela.

Comenzó el juego.

La chica sintió una gran sacudida. No pudo acallar las cuerdas vocales. Era presa de la agitación. Cuanto más exaltada estaba, más rápido actuaba él. Con la espalda todavía apoyada en la pared, Angela se inclinó hacia delante y le rodeó el cuello con los brazos. Le clavaba las uñas, pero su acompañante estaba demasiado ocupado para hacer caso del dolor.

Cuando él se dignó a detenerse, la miró. Se veía sonrojada y con los párpados entornados.

Jadeaba. Estaba preciosa a través de la humedad y las gotas cristalinas. Annibal levantó de nuevo la diestra y movió los dedos índice y corazón. Angela negó con la cabeza mientras intentaba recomponerse. Sabía que, si él quería, no le quedaría otra. Eso le excitaba aún más. Se liberó de él y se colocó bajo el agua. Se atusó la melena empapada y revuelta. Sus pupilas destilaban erotismo cuando las centró en Scorpio. No las retiró en ningún momento en la bajada. Quedó de rodillas en el plato de ducha.

No salieron hasta una hora después.

El vapor era denso. Se secaron con sendas toallas. Él le dejó otra camiseta para que se vistiera y estuviera cómoda, esta vez de color azul. Sobre su cuerpo, la prenda había adquirido un matiz sensual del que siempre había carecido. Angela después se colocó el largo cabello humedecido en un lado, situándolo por delante del hombro. Empezó a secarlo. Las gotas que caían mojaban la camiseta. La tela se adhería en aquellos lugares que las recibían.

Scorpio volvió a acercarse a ella sin previo aviso. La empujó hacia la cama e hizo que se tumbara. La desnudó otra vez.

Capítulo 26

La mesa de ébano volvía a reunir a los hombres alrededor. No les había convocado desde la muerte de Schneider. Greenwich había sido uno de los asistentes por aquel entonces. Aquella tarde de martes destacaba su ausencia. Sin embargo, eran uno más que la última vez.

Scorpio ocupaba el lugar de costumbre, presidiendo la mesa en uno de los extremos. El Lobo se sentaba a su derecha. Había llegado antes de la hora citada, tal y como habían acordado, para tratar una serie de asuntos. La izquierda, antaño de Hans, ahora pertenecía a Biaggi. Eran, junto con Harrison y Coleman, los originales que quedaban. Luego, dos caras nuevas.

—Hay noticias

El jefe comenzó así con la orden del día. Los diálogos cesaron, acaparó toda la atención. Hacía muchos años que el hombre había dejado atrás el miedo escénico. Se fijó en todos los componentes que rodeaban el gran tablero oscuro brillante. Dedicó unos segundos más a los noveles.

—El asunto de los ataques ha rebasado los límites y hay cosas que tenéis que saber. —Pausó. No buscaba expectación, pero la consiguió. Como siempre, sería directo—. Larry Greenwich fue asesinado la semana pasada. El viernes.

Harrison se llevó la mano a la frente. Coleman negó con la cabeza y miró hacia abajo. Los dos hombres situados a ambos lados de Annibal, los únicos que lo sabían de antemano, se quedaron en silencio.

No hubo palabras malsonantes que simbolizaran el impacto.

Los nuevos intuían el alcance del suceso. Las habladurías habían comenzado junto con los primeros ataques. Conocían a la víctima, aunque no tanto como para sufrir por su muerte. Aun así, no pudieron evitar contagiarse de aquel ambiente sombrío. Tenían muy poca información acerca de ese peligro que parecía acecharles a todos.

—Disparo en el pecho, estrella en la cabeza —puntualizó el dirigente. Los presentes en la última reunión recordaron el artefacto con el que habían atacado al Lobo. Pudieron verlo de cerca entonces—. No hace falta que os diga quién fue el autor.

—Espero que ese hijo de puta disfrute lo poco que le queda, porque cuando le pillemos no le va a reconocer ni su madre —escupió Ryan Coleman entre dientes. El destino del pobre Larry le había llenado de rabia.

—¿Pero se sabe ya quién está haciendo esto? —preguntó uno de los que asistía por primera vez. Era rubio. El hermetismo que se ordenaba desde arriba hacía que le faltaran muchos detalles.

—Por desgracia, aún no lo sabemos —se lamentó Harrison. Le ponía furioso que alguien que actuaba desde la penumbra fuese capaz de tenerles en vilo. Y lo que más le enfadaba era la incapacidad de poner remedio.

—Sí lo sé —le corrigió Annibal, imperturbable—. Coleman, te aseguro que al cabrón no le reconocerá ni su madre.

Tanto Rafael como Sandro se enfrentaron a la escena de ese hombre cubierto por la sangre de

Nelson, alicates en mano. El de raíces italianas, pálido, vetó el recuerdo para evitarle un mal trago a su estómago. La lengua arrancada suponía tan solo el broche del deplorable estado final en el que quedó el cuerpo. La brutal paliza había transformado aquella cara en una masa sanguinolenta.

—¿Y por qué no nos avisaste el viernes, joder? ¿Quién era? —se indignó Harrison. Enseguida se dio cuenta de que debería haber moderado el tono.

—Porque no eres tan importante como para ser de los primeros en entrar en mis planes —le acalló Scorpio, glacial. Volvió a centrar su atención en el resto de presentes—. Larry tenía que reunirse con Nelson Austen, un hombre que trabaja para O'Quinn. —El apellido del viejo le despertó un suave murmullo—. Habían quedado en un motel a las afueras de la ciudad. Fue donde le mataron. Fui a visitar a Nelson personalmente, con Lobo y Sandro. —Estos acapararon las miradas durante breves instantes—. Cuando le vi supe que era él. Le maté. Fin de la historia.

Los hombres necesitaron un breve espacio de tiempo para asimilar la última novedad.

—Lobo, ¿le reconociste como el que te atacó? —Coleman rompió el silencio. No se sorprendió de la presencia de Rafael en la operación. Ninguno lo hizo.

—Esa noche no se veía bien. Solo vi que tenía el pelo largo, como ya os dije. Nelson tenía el pelo largo. Y, después de lo de Greenwich, ya no había dudas.

—Hijo de la grandísima puta —murmuró Harrison. Sus puños eran visibles sobre la mesa.

—¿Trabajaba solo? —quiso saber el nuevo restante. Era más rechoncho que el otro. Lo que estaba escuchando esa tarde le permitía ir atando cabos.

—No sabemos si O'Quinn y sus hombres estaban al tanto de lo que Austen había estado haciendo, pero puede ser que sí. Ese desgraciado, que sepamos, no tenía motivos. No se puede decir lo mismo de su jefe. Si se confirma, habría que seguir tomando cartas en el asunto —declaró el Lobo. Sonaba más grave de lo habitual.

—Dijiste que O'Quinn no podía estar detrás —le recordó Harrison a Scorpio. Se preguntó qué hubiera pasado si no le hubiesen descartado desde un principio. Tal vez su colega seguiría vivo.

—No es del todo seguro —se apresuró a contestar Rafael, adelantándose al hombre de su izquierda.

—Pero estaba a las órdenes de O'Quinn.

—Tú estás a las mías y no soy responsable de todas las gilipolleces que haces —le atacó Annibal. Estaba cansado del afán de Fred por superar a todo el mundo en opinión—. Quiero pensar que el viejo no tiene nada que ver. —Le avergonzaría que así fuera debido a su pasado con ese hombre—. Desde que le jodimos la estructura y le perdoné la vida porque Orlando me lo pidió, se ha mantenido al margen con lo que a nosotros respecta. Sigue pagándome su porcentaje mensual. ¿Por qué mataría a los nuestros?

—A lo mejor se ha hartado y quiere dejar de pagar —opinó el nuevo de cara rolliza.

—¿Qué gana matando a gente que trabaja para Annibal si fuera por ese motivo? Lo suyo sería matarle a él y así ya no le debe nada —planteó Biaggi.

—Tuvo la oportunidad en la fiesta y eligió a otro —recalcó el Lobo. No necesitaba nombrar al que cayó esa noche.

—Pero Nelson no estuvo allí. Alguien le habría visto, joder —dedujo Coleman.

El jefe asintió, dándole la razón. No le había localizado en la grabación. Pero ¿cómo iba a verle? Antes del sábado pasado no había tenido ni idea de su aspecto.

—No si no le interesaba que le vieras. Se lo montaba muy bien —apuntó Sandro.

—Eso ya da igual. No se puede cambiar lo que ocurrió —zanjó Annibal—. No quiero conjeturas ridículas. La última vez que lo hicimos no nos sirvió de nada. —Trató de mantenerse objetivo, pero su animadversión por O'Quinn se lo ponía bastante cuesta arriba.

—Tú le quitaste lo que era suyo. Puede que esté haciendo lo mismo —se obcecó Harrison.

—¿Y por qué ahora? —le cuestionó Biaggi.

—¿Y por qué no? —continuó Frederick—. ¿O es que tiene que pedir la vez para jodernos?

—En su día no encajó nada bien el asesinato de Kreamer. No creo que le hiciera mucha gracia que mandaras a tomar por culo la reputación que se había creado. —El Lobo centró los ojos en Annibal—. ¿Podría ser esta su venganza? —Pronunciadas por él, las palabras adquirirían más lógica.

—¿Cuatro años después?

Scorpio estaba confundido. Por mucho que le pesara, debía otorgarle a ese inútil el beneficio de la duda. De otra manera, sin asegurarse de que era realmente culpable, podría iniciar una guerra cuyo alcance era imprevisible. Y además podría truncar su buena relación con Orlando. Debía andarse con pies de plomo.

Su parte más visceral le sugería todo lo contrario. No se le olvidaba que, cuatro años atrás, le habían secuestrado y torturado en nombre de O'Quinn. El viejo siempre había jurado que no había tenido nada que ver.

—Estas cosas se sirven en un plato frío —le recordó Rafael.

—Ahora en serio, ¿de verdad estamos hablando de O'Quinn como potencial sospechoso? —Ryan quería estar seguro de que tenían un motivo de peso para dejar de subestimar a aquel tipo.

—¿Es que no has estado escuchando? —le reprendió el hombre de la cicatriz—. A mí también me parecía imposible hasta que supe lo de Austen. ¿Tienes algo mejor? Porque si tienes algo mejor, me encantaría escucharlo.

—Maldito cabrón —dijo Coleman. Le había convencido.

—La otra vez acabaron muy mal. Si piensan que ahora va a ser diferente, están muy equivocados. —Annibal habló en plural porque, visto lo visto, sabía que ese idiota no podía trabajar solo.

—Si no recuerdo mal, hace cuatro años fue a por ti después de que te cargaras a Kreamer... —empezó diciendo Biaggi.

—¿Pero no quedó claro que lo hicieron a sus espaldas? —se asombró Harrison.

—No estoy tan seguro —le corrigió el Lobo. Recordaba a la perfección ese momento exacto del pasado. Annibal había estado un par de días sin dar señales de vida por aquel entonces. Nunca había terminado de creer la versión del viejo.

—Después de que te cargaras a Kreamer —reanudó Sandro—, lo pagó contigo. ¿Podría estar haciendo lo que le hicimos nosotros después? ¿Desmantelar el grupo?

—¿Y hacerlo por la espalda? —preguntó el rubio nuevo.

—Típico de O'Quinn —bufó Coleman.

—Al menos nosotros fuimos de frente —añadió Harrison.

—Es un puto rastro —señaló Sandro.

—Si se confirma, tendré que volver a encargarme de él. Y esta vez tendrá el mismo destino que el hijo de puta de Austen.

El aire flotaba tenso.

Tenían que pensar como si de verdad el viejo pudiera encontrarse detrás de todo aquello.

Scorpio, que procuraba mantener la serenidad, no podía ocultar el enorme rencor que le perforaba por dentro. Era consciente de que, si O'Quinn había sabido llegar por medio de un solo hombre, bien podría atacar de nuevo en cualquier momento. Cualquier otro podría sustituir al muerto. No era descabellado pensar que, a raíz del descubrimiento, el siguiente atentado fuese directamente contra él. Empezó a preocuparse por su propia seguridad, más que en todo ese tiempo atrás.

Quizá fuese más vulnerable de lo que quería aceptar.

—De todas formas, en el hipotético caso de que sea cierto que O'Quinn no sabe nada, tendrá que dar la cara por lo que ha hecho un hombre que trabajaba a su cargo —dijo el Lobo.

—Intentaría lavarse las manos —comentó Coleman.

—Está de mierda hasta el cuello —añadió Fred Harrison.

—No quiero que dejéis de estar atentos a vuestro alrededor. Puede que Nelson tan solo fuese uno de los asesinos. O puede que el viejo se haya enterado y envíe a otros. Esto no ha terminado todavía —avisó Annibal. Le habría gustado poder tranquilizarles con lo contrario.

—Pero no hay que olvidar que a lo mejor Nelson actuaba por su cuenta —recordó el novel grueso.

—Es mejor prevenir. En este negocio, uno suele caer pronto si es confiado —le contestó Rafael.

—Os habéis fijado en que el siguiente en morir fue Greenwich? —saltó Biaggi de pronto.

—¿Y? —dijo Harrison.

—¿No era quien se había quedado en la puerta mientras vosotros estabais dentro de la habitación con el cadáver de Hans? —Sandro miró al Lobo y a Scorpio.

—Sí, fue él —reconoció el jefe. Frunció el ceño. No había caído en ese detalle.

—¿Creéis que le eligió por eso? —Ryan Coleman no salía de su asombro.

—Me imagino que el tipo mató y se fue, no se quedaría observando lo que ocurría por allí. ¿Cómo iba a ver que fue Larry el que se quedó fuera? ¿Y qué importancia tiene eso a la hora de elegir a la víctima? —repuso, escéptico, el Lobo.

—¿Y si Larry le vio? ¿Y si vio al asesino? —se le ocurrió a Harrison.

—No. Me lo habría dicho —negó Annibal, tajante. Se estaba saturando. Se llevó la mano izquierda a la frente. Con la derecha sostenía un cigarrillo recién empezado.

—Creo que es solo casualidad —concluyó Rafael.

—Ese tío era un puto loco —soltó Coleman.

—Loco o no, sabía por dónde colarse para sortear las cámaras de vigilancia —siguió el hombre de la coleta. Todavía no habían logrado descifrar cómo lo había conseguido aquella noche.

—Tendría que tener alguna idea de cómo es la casa —añadió el rubio nuevo. Tanto a él como al otro que se encontraba en sus mismas condiciones les había impresionado enterarse del asesinato en la fiesta. Para ellos había sido una gran noche.

—Tiene razón —afirmó Fred.

—No lo sé. Joder, no lo sé —se quejó Scorpio. Notaba las ideas más espesas—. Espero que no. —Vaciló—. Si él lo sabía y O'Quinn está detrás, le habría hablado de nuestros movimientos.

Si es que no lo hizo ya con el resto de asesinatos.

—Si saben cómo acceder aquí... —dijo Rafael.

—No voy a irme de mi casa. Es lo que me faltaba.

—Pero es que desde Schneider pudo entrar otra vez y no lo ha hecho. Fue a por Larry —recordó Biaggi, apoyando al jefe.

—No vamos a darle más vueltas a eso —atajó Annibal—. Si alguien más viene a mi casa a matarme, le estaré esperando.

—Habrá que darle a Larry algún tipo de despedida —propuso Harrison. Sonó más apagado.

—¿Conocéis a algún familiar que pueda reclamar el cuerpo? —inquirió el Lobo.

—Tenía una amante. Beverly. —Fred se encogió de hombros.

—No creo que sepa nada de su muerte —dijo Coleman.

—La policía habrá ordenado una autopsia y todas esas mierdas. Me pasaré yo a preguntar cuándo estará disponible para recogerle y organizarle un entierro como se merece —se ofreció Harrison.

Todos se mostraron de acuerdo. La muerte de su amigo había hecho que Frederick presentara un aspecto más serio de lo habitual. Tenía los ojos algo enrojecidos. De los allí presentes, era el que había mantenido una relación de amistad más estrecha con el último hombre asesinado.

—Cambiando de tema —prosiguió Scorpio. Un mutismo alicaído había invadido la sala—. Antes de terminar, quería hablaros de las sustituciones. Alguien tiene que ocupar el puesto de los que ya no están. Me imagino que os lo habréis imaginado, pero lo harán estos dos hombres. —Les miró—. Para quienes no les conozcáis, son Benjamin Paul y Henry Baker.

Benjamin Paul era un hombre corpulento, tal vez con algo de sobrepeso. Sus afables facciones estaban enmarcadas por un pelo cobrizo que se peinaba con la raya en medio. El color azul de sus ojos era claro. A sus treinta y cuatro años, no destacaba por su atractivo. No lo necesitaba para pertenecer a ese grupo de élite. A ojos de su superior, se trataba de un tipo bastante bueno en su trabajo. Ya era hora de darle la recompensa que merecía. Lideraría la sección que había pertenecido a Schneider.

Henry Baker, un año mayor que el anterior, no era ni ancho ni escuchimizado. Tenía la mirada marrón claro y un cabello rubio en el que se podían adivinar tímidas entradas. Su altura se acercaba al metro ochenta, pero se quedaba corto por un par de centímetros. Su rostro se veía más astuto que el del otro ascendido. Contaba con un amplio conocimiento en armas. Sería un buen sustituto para Greenwich.

—Ahora ocupan las dos vacantes que han quedado libres. Os dirigiréis a ellos en igualdad de condiciones —les habló Scorpio al resto—. Todo tiene que funcionar con normalidad, como siempre. El Lobo ya os informará de vuestras competencias. —Volvió a centrarse en los protagonistas improvisados—. Vuestros nuevos cargos tienen el listón muy alto, pero confío en que os adaptaréis rápido.

Antes de dar por concluida la reunión, Coleman preguntó sobre qué iba a pasar con O'Quinn ahora que estaba en el punto de mira. Scorpio no tenía ganas de volver a hablar de ese desgraciado, así que simplemente respondió que ya se encargaría él. Era lo que tenía pensado desde un principio. Todo a su tiempo.

Pronto llegaron las seis y media de la tarde. Los asistentes comenzaron a levantarse de las sillas. Ryan Coleman se acercó a Paul y a Baker para estrecharles la mano, felicitándoles. El

siguiente turno fue para Harrison. Después, Annibal. Se mostró tranquilo. Ellos le dedicaron unas palabras cordiales, incluso le trataron de “usted”. De inmediato, el chico se encargó de recordarles que no hacía falta tanta formalidad. Ahora eran parte de su círculo más cercano.

Henry Baker se sintió cómodo con aquella conversación. La imagen que siempre había tenido de Scorpio era la de un hombre blindado e inaccesible en cuanto a negocios se refería, además de con un carácter difícil. Le gustó saber que con ellos no solía ser así.

Mientras todos fueron abandonando la casa, el jefe les comentó a Rafael y a Sandro que no se marcharan. Quería hablar con ellos. Biaggi era el único de los dos que no estaba acostumbrado a que contara con él de un modo tan exclusivo. Se sintió complacido. Los tres se reunieron en el salón una vez que ya no quedó nadie más. Annibal buscaba un ambiente más informal.

—Podrían habérselo tomado peor —comentó el Lobo cuando se sentó en el sofá. Biaggi había hecho lo propio a su lado.

—La verdad es que todo ha ido bastante bien. —Scorpio se había sentado en una silla de cara a ellos. Se colocó en la boca la parte anaranjada de un nuevo cigarro. Lo prendió con el Zippo—. Aunque Fred ha estado un poco gilipollas hoy.

—No se lo tengas en cuenta. Se ha quedado jodido por lo de Larry —intercedió el italoamericano.

—Tampoco era agradable para el resto —protestó Annibal. Posiblemente estuviese en lo cierto. A fin de cuentas, Harrison y Larry habían sido muy amigos.

—Es una lástima que hayan tenido que morir para poder encontrar al culpable —se lamentó Rafael.

—Me jode mucho no haber sido capaz de dar con ese hijo de puta antes —confesó Annibal.

—No lo supimos hasta el viernes pasado. Tampoco te martirices —le aconsejó su mano derecha.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Sandro.

—Le haremos una visita a O’Quinn.

La respuesta era obvia. En el fondo ya la sabían.

Annibal había tomado la decisión hacía un rato, aunque en la pequeña asamblea no hubiese hablado de fechas. Abordaba los contratiempos de frente. Biaggi admiraba esa determinación, incluso cuando a veces pudiera confundirse con temeridad. Entre otras cosas, tal actitud había hecho que Scorpio ocupase el lugar que mantenía desde hacía cuatro años.

—Me parece bien —dijo el Lobo.

—Es mejor no dejarlo para más tarde. Esto hay que aclararlo ya —puntualizó Annibal—. Id armados.

—¿Vamos a matarle? —preguntó Biaggi.

—No lo sé. Si después de la explicación creemos que miente, nos lo cargaremos —contestó el jefe.

—Si no nos espera, no podrá preparar nada —comentó Rafael.

—En eso también jugamos con ventaja —dijo Biaggi.

—No si se ha enterado de la muerte de Nelson y sabe que fui yo —rebató Annibal—. De cualquier forma, en su casa estamos en su terreno. Tal vez sea la oportunidad que estaba buscando si él está detrás de las muertes.

—¿No se lo pondremos demasiado fácil entonces yendo allí? —se preocupó Sandro.

—Tendrá que enseñarnos de lo que es capaz.

Capítulo 27

—Dos heridas de bala en el pecho y una en la cabeza. Lo encontraron en el rincón de un garaje, en el segundo sótano —informó Roger. Leía del expediente que tenía en la mano.

—¿Tiene algo que ver con...? —inquirió el sargento, sentado en la silla de su despacho. No fue necesario terminar la pregunta. Le parecía estar inmerso en una espiral interminable. A veces tenía la sensación de que todo lo que escuchaba se relacionaba con el caso infame, aquel que no eran capaces de resolver.

—No, no. O al menos no lo parece. Juliet me entregó el informe al medio día y me ha dado tiempo a hacer mis averiguaciones. Se llama Wayne Ford. Llevaba la documentación encima. Por lo que he podido comprobar, no estaba relacionado con Scorpio. No hay constancia de ello en ninguno de los archivos. El tipo tampoco aparece en nuestros ficheros de antecedentes, tan solo en los antiguos. Lo único que he encontrado es de cuando tenía diecinueve años, por un robo con intimidación en unos ultramarinos. Cumplió cuarenta y uno este año.

—En fin. Es bueno saber que hay vida después de Scorpio —suspiró Sawyer. Durante los últimos días había tomado la mala costumbre de dejar en un segundo plano aquellos casos que no tuviesen relación con el narcotraficante. Se había propuesto cambiar eso, pero nunca le parecía un buen momento.

—No para Ford.

Pese al ingenio de Rickman, el sargento no tenía humor ni para esbozar una sonrisa. Dormía poco. No podía dejar el trabajo fuera de casa, se estaba obsesionando. También se le acumulaban las tareas. Le habían propuesto tomarse unos días libres, pero se había negado.

La detective Jones apareció por la puerta. Portaba un sobre del tamaño de un folio. Informó de que se trataba de la autopsia completa de Larry Greenwich. Dejó el envoltorio encima de la mesa. Sawyer no creía que les fuese a dar nuevos datos que arrojaran luz a la investigación, pues así había ocurrido con los anteriores. La mujer tomó asiento al lado de Roger. El hombre de mayor rango lo cogió y lo abrió sin más dilación.

Mientras Wolfgang leía, se escuchaba el característico tic-tac del reloj de pared. Eran las cuatro menos cuarto de la tarde. Ambos detectives podían ver los ojos azules de Sawyer pasear de un lado a otro por las letras impresas. Sus cejas rubias se aproximaron entre sí en un momento concreto. Dejó el informe sobre el escritorio minutos después. Apoyó los codos encima y entrelazó los dedos. Miró el primer folio, luego a ellos.

—¿Y bien? —se impacientó Roger.

—Confirma lo que nos contaron los forenses mientras examinaban el cuerpo de Greenwich *in situ*. Primero le dispararon en el pecho, lo que le mató, y después le clavaron, que no arrojaron, la estrella en la cabeza. No presenta más contusiones, además de las propias del golpe tras caer al suelo —resumió Sawyer con tranquilidad.

—No sé por qué aún esperaba que nos pudieran decir algo distinto —se lamentó Catherine.

—Pero eso no es todo —añadió Wolfgang, haciéndose de nuevo con el interés—. En uno de

los bolsillos del pantalón del cadáver encontraron una nota.

—¿Una nota? —repitió Rickman.

—Sí. “A la segunda va la vencida”. Eso decía. Escrita a ordenador y, por supuesto, sin huellas.

—¿Y eso qué demonios significa? —se extrañó el detective. No quería más acertijos.

—¿Ustedes qué creen que significa? —les animó a pensar el sargento. Para él estaba claro.

—Obviamente no iba dirigida a Greenwich. No tendría sentido. Es para alguien más, alguien relacionado con él. Alguien que, aunque posiblemente no encuentre la nota porque lo habríamos hecho nosotros antes, se terminaría enterando del contenido —razonó Jones. Había apoyado el dedo índice en la barbilla.

—¿Scorpio? —escupió Roger.

—¿Encuentra alguna similitud entre el mensaje y la situación de Scorpio? Piense, Rickman —le corrigió Sawyer.

—El Lobo —se adelantó Catherine.

—Exacto.

—¿Cómo lo sabías? —le preguntó Rickman a su compañera, asombrado.

—Porque ya lo hizo una vez —le recordó ella.

—Sí, claramente se ve la referencia al Lobo ahí. No cabe duda —satirizó Roger. Había esperado algo más explícito—. Eso podría ir para cualquiera.

—¿Seguro? —intervino Sawyer. Levantó la ceja derecha—. ¿Acaso no encontramos la sangre de Rafael? ¿Y acaso no coincidió con que el asesino había dejado el primer mensaje escrito con un bote de espray negro?

—“Aúlla mientras puedas” —citó Jones.

—Debe de sentirse molesto por no haberle matado cuando tuvo la oportunidad. Y, al igual que hizo en la ocasión anterior, habrá decidido dejar un aviso. Puede que busque atemorizarle, o simplemente es un juego siniestro, tomando el rol del gato que va tras el ratón —dedujo el hombre rubio.

—Vale, vale. Queda claro que el más tonto de los tres soy yo —bromeó Roger—. No sabía que soy el único al que le falta un máster en interpretación de notas de psicópatas.

—Era obvio —respondió la mujer, sonriendo. Consiguió una pequeña mueca de burla por parte de su compañero.

—¿Y me podría explicar alguien por qué tiene esa fijación por el Lobo? Puestos a apuntar a lo grande, qué mejor que cargarse al mandamás. Vamos, digo yo —dijo Rickman.

—Si tuviéramos esa información, no estaríamos aquí sentados —contestó el sargento. El otro hombre resopló.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con la nota? —preguntó Catherine.

—¿Cómo que qué vamos a hacer? Dejarla con el resto de pruebas —respondió Wolfgang.

—Me refería a que, bueno... —La detective se planteó si debía decir lo que pensaba, pues no sabía a ciencia cierta la reacción que conseguiría. Al final continuó—. Supongo que el aludido tendría que tener conocimiento de esto.

—No necesariamente. No le dijimos nada sobre el primer mensaje y no tenemos por qué hacerlo con el segundo —decidió el superior.

—No me parece bien que, si puede llegar a producirse un ataque hacia alguien en concreto, no

le pongamos sobre aviso. Por lo menos para que tenga cuidado —insistió Jones, seria.

—¿De verdad piensas que esa gentuza se merece que les digamos algo así? —inquirió Roger. Se había ofendido—. Creo recordar que, cuando fuimos a avisar a Scorpio de algo que le concernía a él, no fue lo que se dice amable con nosotros. Y la vez anterior ni te digo.

—Eso no es una razón. Si no lo hacemos, ocultamos datos que podrían salvar la vida de un hombre. —A la mujer no le parecía ético.

—¡Qué exagerada eres! —exclamó su compañero—. Bueno, ¿y a ti que más te da?

—Somos policías y no podemos dejarnos llevar por prejuicios ni opiniones personales. —Catherine percibió extrañas sus propias palabras, pero seguiría hacia delante con sus convicciones.

—No son prejuicios, Cathy. Son mafiosos —apuntó Roger. Parecía un adulto explicando algo a un niño pequeño. Trataba de que entrara en razón.

—Y nosotros policías —repitió la detective. No estaba acostumbrada a que se refiriese a ella con tal apelativo—. ¿Acaso dejarías de salvar a alguien de un atraco solo porque el día anterior le escuchaste decir que la policía es una mierda? Yo no lo creo.

—Creo que los dos estáis en lo cierto —medió Sawyer—. Si en nuestra mano está conseguir que no muera nadie más, debemos hacerlo. Pero este es un caso especial. Si les revelamos algo, Scorpio podría actuar por su cuenta. Eso podría poner en peligro nuestra investigación. Estoy seguro de que Rafael se sabe cuidar muy bien, sobre todo desde que le alcanzaron. Si tenemos que decirles esto, que sea más adelante. Primero tenemos que avanzar nosotros para poner facilidades a otros, ¿no le parece, Jones?

—Un buen momento para comunicárselo sería cuando estén enterrando al Lobo —ironizó Catherine. No eran habituales en ella los comentarios de tal índole, pero esta vez no pudo reprimirse.

—Lo siento. No puedo estar de acuerdo con usted en esta ocasión —reiteró Wolfgang—. Creo que ya han quedado claros los motivos. —A su juicio, aquella era la opción más correcta de las que disponían.

—Pues nada.

Jones se levantó de la silla. Había cosas que iban en contra de sus principios y esta era una de ellas. No quería convertir la conversación en discusión. Se marchó del despacho. Pensó que quizás ellos lo creyesen exagerado, pero no lo era. No lo era en absoluto. Le parecía mentira ser la única con aquella moral. No le sorprendía por parte de Roger, pero había esperado más de su superior. Se sentía impotente. Por norma general, no le costaba acatar órdenes en su trabajo. No era así en esta ocasión.

—En fin —suspiró Roger. Negó con la cabeza.

—Ya se le pasará —dijo Sawyer. Cogió las páginas del informe forense y, mediante pequeños golpecitos en la mesa, los alineó para meterlos de nuevo en el sobre—. Es normal. Tenemos algo que nos indica que en algún momento Rafael volverá a ser el objetivo. Pero la investigación es más importante.

—Sinceramente, no se merecen que les digamos nada. Scorpio es un auténtico imbécil. Solo hay que ver cómo se comportó las dos últimas veces. Yo a ese no le doy ni agua —protestó el detective.

—Creo que su última reacción podría haberse debido al impacto de la noticia. Desde luego,

quedó bastante claro que no se la esperaba.

—No es excusa, sargento. Ese tío es gilipollas y punto.

—La única razón que se me ocurre para los asesinatos es que podrían tratarse de un medio para un fin. —Wolfgang cambió el curso de la conversación para evitar que las únicas intervenciones del otro fueran insultos. No conducían a nada—. Y la insistencia con los mensajes hacia el Lobo confirman mi teoría, puesto que él es el hombre más cercano a Scorpio. Creo que podrían estar atacándole de un modo indirecto, acabando primero con los suyos. —Ni siquiera se había percatado de que ya no hablaban del caso de Wayne Ford. Lo había vuelto a hacer.

—Tiene lógica. Ya tiene que montárselo bien para que no le pillen. ¡Coño, que estamos hablando del crimen organizado! Me parece increíble que una sola persona sea capaz de llevar a cabo todos esos homicidios y seguir en la sombra.

—Pediré que hagan un estudio más exhaustivo de la bala hallada en el cuerpo para ver si coincide con las encontradas en otros escenarios. Como ya dije, la estrella estaba pinchada y no arrojada. Puede que avancemos si nos muestra que podría haber varios atacantes, tal y como sospechamos.

—¿Cree que quien está haciendo esto busca terminar con la organización de Scorpio para sustituirle con la suya? —se le ocurrió a Roger.

—No lo descarte.

—Quizás aún no le han atacado porque buscan capturarlo y no han tenido la oportunidad. Por lo que he leído en el dossier, ya le ocurrió en el pasado. —Aún recordaba cuando le asignaron al intrincado caso y tuvo que leerse aquel grueso expediente.

—Aquello sucedió cuando aún no se había labrado el nombre que tiene ahora. ¿Para qué querrían capturarlo? No es el tipo de persona que se secuestra por una recompensa. Precisamente se llevarían a alguien de su entorno para obligarle a él a pagar una cuantiosa cantidad por recuperarlo. Y, si quiere que le diga la verdad, dudo mucho que haya alguien por ahí con agallas suficientes como para atreverse a hacerlo sin esperar consecuencias —explicó Sawyer. Pero a partir de ahí, nada. Continuaban en punto muerto—. La premeditación y destreza del asesino es enorme. Está consiguiendo despistarles a ellos, pero también a nosotros.

—¿Y sabe algo más sobre la investigación por los alrededores del motel? ¿Se descubrió algo? —se interesó Rickman.

—Ayer el agente Morrison vino a verme a última hora de la tarde. Me estuvo comentando que a un kilómetro aproximadamente del HK Empty Road descubrieron huellas de un vehículo. Parecen pertenecer a un todoterreno, por el tamaño y el grado de profundidad del dibujo. Estaban relativamente recientes en el momento del hallazgo. Podría tratarse de una pista. Puede que se sea el rastro de alguien que pasara por allí por casualidad y no tuviera nada que ver, o tal vez fuera el asesino. Ya están buscando el tipo de rueda que encaje con las marcas encontradas. Pretenden descubrir los posibles modelos de todoterreno. Cuando nos hagamos con ello, comprobaremos el número de vehículos que cumplen las características en un radio a determinar. Y a quién pertenecen. Por desgracia, habrá que ir por partes.

—¿Y qué harían a un kilómetro de la escena del crimen? —Pero Roger se respondió solo—. Intentar pasar desapercibidos.

—Exactamente eso si se confirma la relación. Tanto si el autor tenía que reunirse con Greenwich como si era una tercera persona, sabía perfectamente a lo que iba y evitaría por todos

los medios dejar pistas —razonó el sargento.

—Supongamos que el asesino no era quien tenía que reunirse con el tío este. Si al final Greenwich estuviera allí para encontrarse con alguien, ¿por qué no se presentó? ¿Dónde está ese individuo? ¿Sabía lo que iba a ocurrir?

—Podría haber ido allí y que nosotros no lo sepamos porque no haya nadie que lo hubiese visto. Es que nos falta muchísima información. Podemos ir deduciendo solo a partir del resultado de las pruebas y las investigaciones. Mientras nos falte el denominador común, no podremos hacer nada productivo.

—Hay que joderse —se indignó Rickman. Contuvo un manotazo encima de la mesa—. ¿De verdad cree que Scorpio no sabía con quién iba a reunirse Greenwich? —Consideraba que era una pregunta tonta, pero sintió la necesidad de saber si su jefe pensaba lo mismo.

—Por supuesto que sí lo sabía, otra cosa es lo que nos dijera a nosotros. Dudo mucho que no estuviese al corriente de sus propios negocios, pese a que fuese solo un peón quien se encargase de ellos. No se trataba de “tiempo libre”, tal y como nos quiso hacer creer. Lo único que él desconocía de esa actividad era que quien iba a llevarla a cabo estaba muerto.

—Pues deberíamos volver. O mejor aún, traerle aquí.

—No podemos hacerlo basándonos en una idea preconcebida o en sospechas. No nos diría algo diferente. Y, siendo sinceros, su paso por comisaría sin una buena razón de peso no nos haría ningún favor a nosotros. Que Scorpio se fuese tan tranquilo de aquí serviría tan solo para dejarnos en ridículo por librarse una vez más —argumentó Sawyer. No era un secreto que Roger se dejaba influir por su opinión tan negativa, pero él intentaba no perder la objetividad. Logro muy difícil de completar a veces—. Debería saber que ese hombre siempre se las arregla para sortear este tipo de circunstancias y salir airoso.

Sawyer llevaba bastante tiempo detrás del criminal. Con amargura, recordó que se habían dado incluso casos en los que se le había señalado como culpable y que, por alguna razón desconocida, se había conseguido modificar la sentencia tras haberla apelado previamente. A esa “razón desconocida” Wolfgang siempre la había llamado dinero. El narcotraficante contaba con uno de los mejores abogados que conocía y eso también contribuía a hacer de él un hombre casi intocable. Todo eso, por supuesto, suponiendo que se demostrara que no era inocente. Otra tarea hartamente difícil.

Entendía al detective.

—No tenemos por qué tener nada contra él si solo le llamamos para que declare. Sería un complemento a nuestra investigación —insistió Roger. Aborrecía ese aspecto de la justicia. Saber quién era alguien y, como no había “suficientes pruebas sólidas”, no poder hacer nada para encerrarle. Tampoco soportaba su maldita arrogancia, pero eso ya era más personal.

—¿Y qué cree que nos va a contar?

El detective no respondió. Más mentiras, eso era lo que les diría. Pero como no tendrían manera de probar el engaño, no podrían tacharlas como tales. Cerró las manos con fuerza, deseando poder hacerlo en torno al cuello del tipo.

—Le digo lo mismo que a su compañera Jones. No vamos a hacer movimientos innecesarios, bastante tenemos con saber cuáles son los correctos. Cada cosa tiene su momento. Por ahora pretendo que nos centremos en la investigación de las huellas del todoterreno —dijo Wolfgang. Se estaba levantando para salir del despacho. Tenía más cosas que hacer y la

conversación ya no les ofrecería nada nuevo.

—Espero que estemos yendo por el buen camino. —Roger le imitó.

—Yo también. No quiero que nos veamos obligados a archivar el caso. Fíjese. Si alguien es capaz de asesinar a los hombres de Scorpio sin que este les haya cogido ya, no es conveniente que tipos así anden sueltos por ahí. Podrían ser más peligrosos de lo que en un principio hayamos podido pensar.

Capítulo 28

Las pistas se sucedían unas tras otras en el ordenador. Resultaba casi imposible distinguir cuándo terminaba una y empezaba la siguiente, eran músicas muy parecidas. Pero, lejos de aburrirle, le motivaban. El ritmo marcaba las repeticiones dentro de cada serie. Cada mancuerna pesaba veinte kilos.

Annibal estaba sentado en uno de los bancos de aquella sala amplia de su casa que hacía las veces de gimnasio. Con el codo apoyado cerca de la rodilla en el interior del muslo, subía y bajaba el peso. Ya estaba terminando la última tanda del ejercicio de bíceps, al fallo. Apenas podía con las últimas repeticiones. A pesar de que ejercitaba su cuerpo unas horas cada día, ya estaba cansado. Esa tarde había estado corriendo cuarenta y cinco minutos en la cinta a la que le sacaba tanto partido. Luego había continuado con ejercicios de espalda y de brazo. Tenía previsto terminar con una sesión de abdominales y lumbares, como acostumbraba a hacer. Era una manera muy efectiva de descargar tensiones. Sobre todo, cuando pegaba al saco de boxeo. Lo había utilizado el día anterior, horas antes de que sus hombres acudieran a la reunión.

El timbre de la verja sonó en el momento en el que dejaba caer la mancuerna al suelo. No esperaba a nadie. Terminaría con lo que había programado. Volvieron a llamar. No le gustaba perder el ritmo. Pero insistieron. Annibal resopló y se levantó del banco. Se acercó a una pequeña estantería donde guardaba varias toallas y cogió una de color rojo. Se secó el cuello y la dejó ahí apoyada, con los extremos cayendo a ambos lados sobre el pecho.

Se dirigió al cuarto del piso inferior donde reposaban los monitores. Escuchó otra vez el timbre antes de que le diera tiempo a llegar. Alzó las cejas ante la imagen. Pasó la mano por el corto cabello despeinado.

Le parecía inaudito.

—¿Qué quieres? —Había pulsado el botón del interfono. Se saltó la costumbre de saludar primero.

—Ábreme.

—Vete.

Pero la policía de pelo capeado y oscuro no se movió del sitio. De vez en cuando echaba vistazos fugaces a su alrededor. Más que enfadado, el chico estaba desconcertado.

—Ábreme, Scorpio —repitió esta con determinación.

—Fuera.

—Vengo a hablar contigo.

Insólito. Tanto, que Annibal continuaba sin reaccionar. Observaba fijamente a la mujer. No parecía ir acompañada, lo cual era más raro aún. Aunque sus gestos eran impacientes, se veía tranquila.

—Abre, por favor.

Era educada.

El hombre evaluó la situación. Permitirle la entrada a su recinto no parecía entrañar peligro

alguno. Pero seguía siendo policía. La curiosidad que le picó entonces le movió a activar el mecanismo que abrió la puerta para esa mujer. Esperaba no tener que arrepentirse. No haber visto al metódico sargento ni al otro inútil le había ayudado a tomar la decisión. Se quedó un rato parado en medio del cuarto de seguridad.

Fue a abrir la puerta una vez escuchó cómo la golpeaba con los nudillos.

—Os pasáis más tiempo dándome por culo que en la puta comisaría —comentó Annibal cuando tuvo a la detective enfrente. Su arrogancia ocultaba que estaba a la defensiva.

Catherine Jones, que se cuestionaba si había hecho bien, le miró impasible. El hombre vestía una camiseta blanca que se ceñía al cuerpo sin dejar holguras innecesarias. Los pantalones eran cortos, anchos y negros. Las zapatillas deportivas eran en su mayoría blancas también. Algunos mechones de pelo oscuro se presentaban rebeldes. Tenía la frente húmeda de sudor, al igual que los brazos. Era obvio que le había interrumpido alguna sesión de ejercicio. Se lo confirmó la toalla que le colgaba del cuello. Desde luego, no era la típica imagen a la que les tenía acostumbrados.

Los pensamientos que la asaltaron fueron los menos adecuados que había tenido en mucho tiempo. Se reprendió con gran dureza.

—Déjame pasar —ordenó Jones. Sonó más autoritaria de lo que había pretendido, pero no fue a propósito. Debía evitar a toda costa que se notara que se estaba poniendo nerviosa. Confiaba en que accediera.

—Creo que no te he escuchado bien. ¿Dónde piensas que estás? ¿Con quién te crees que estás hablando? —atacó él. Le importaba muy poco que se tratara de una mujer, él solo veía un uniforme. Incluso cuando no lo llevaba puesto. Sus maneras no entendían de género. Continuaba sorprendido, también harto de tener a esa gente pegada a los talones. Frunció el ceño—. ¿Acaso tienes alguna orden?

—No. Pero quiero que me dejes pasar. —La voz de la de ojos verdes no temblaba.

—¿Así, sin más? —Annibal esbozó una pequeña sonrisa burlona—. Venías a decirme algo, ¿no? Pues dímelo aquí fuera. O espera. Si vas a detenerme por lo que quiera que os hayáis inventado ahora, por lo menos déjame arreglarme un poco.

—Scorpio, agrádeceme que esté aquí, porque no debería. Si me ven, puedo meterme en un problema —admitió Catherine.

—No sé por qué debería importarme.

—Porque seguramente le esté salvando la vida a Rafael —determinó la policía. Vio cómo la expresión del gánster cambió. Había logrado borrarle la sonrisa de la cara. Aprovechó el momento—. Déjame pasar.

Annibal dudó. Podría tratarse de un farol, podría haberse ayudado de esas palabras para conseguir lo que quería. ¿Pero qué quería? Había ido sola, ¿qué clase de trampa cabría esperar de aquello? No creía que se inventase algo así. Entrecerró los ojos y examinó el rostro de la mujer. No era la primera vez que le facilitaban información de su interés, a pesar de que él no quería tener nada que ver con ellos. Y esa información había resultado verídica.

Después de unos segundos eternos, se echó a un lado. Catherine casi hubiese preferido tener la oportunidad de pensárselo dos veces, pero sabía que era mejor así. Scorpio cerró la puerta en cuanto ella estuvo dentro.

Jones se quedó parada en medio del hall, esperándole. Empezó a recibir gritos de su parte

racional reprochándole que estaba cometiendo una locura. Lo sabía, claro que lo sabía. Su nerviosismo crecía. Al fin y al cabo, estaba allí sola. El narcotraficante tomó rumbo al salón. Ella caminaba detrás. Vio cómo cogía la toalla y se frotaba el pelo. Fue demasiado incómodo para la detective comprobar que, mientras él entraba por la puerta, le miró de cintura para abajo. Corrigió la trayectoria con urgencia.

Cuando llegó al salón, Catherine vio que permanecía exactamente igual que aquella primera y última vez.

—¿Dónde te has dejado a tus amiguitos? —preguntó Annibal. Había pronunciado el diminutivo con desprecio. Se sentó en el sofá. Notó la textura del cuero blanco en las piernas. Aquello era demasiado surrealista.

—Mis “amiguitos” no saben que estoy aquí. No eran partidarios de venir a verte —explicó Jones, todavía de pie. No estaba muy segura de cómo debía proceder.

—Hacen bien. No te cortes, puedes sentarte aquí.

Al hombre le resultó gracioso la forma en que ella levantó ambas cejas.

Catherine le miró con desconfianza. Terminó accediendo. La placa ganó peso en su bolsillo y le hizo cobrar algo de seguridad, al igual que la pistola. Se sentó en medio del hueco que quedaba entre él y el otro brazo del sofá. De pronto se dio cuenta de que tenía que haberse quedado de pie. No quería que Scorpio tuviese la sensación de que manejaba la situación. Pero ya no podía levantarse, resultaría extraño. La mujer, muy a su pesar, advirtió que no estaba empezando muy bien.

—Tú dirás.

—Hace unas horas recibimos los resultados de la autopsia de Larry Greenwich —reveló la detective. Vio cómo una mueca casi imperceptible recorrió la boca de Scorpio—. Ya sabes cómo murió. Pero hay algo más. Los forenses encontraron una nota en un bolsillo de su pantalón. Pensamos que está dirigida al Lobo. —No iba a jugar a las adivinanzas.

—¿Cómo que una nota? ¿Qué ponía? —se sorprendió Annibal. Por un momento, dejó a un lado las diferencias que les separaban. Su expresión era impenetrable. Le parecía aberrante que el hijo de puta de Nelson se hubiese mofado de esa manera

— “A la segunda va la vencida”.

—¿Y eso qué tiene que ver con el Lobo? Podría referirse a cualquier cosa, podría dirigirse a mí. Podría ser que incluso Larry lo llevase antes de ir allí.

—Es posible. Pero no se trata del primer mensaje —descubrió Jones, pendiente de la reacción.

—¿Qué?

Scorpio se quedó de piedra. Comprobó que, efectivamente, la policía conocía datos que él ignoraba. Ocultó esa repentina y punzante percepción de inferioridad. Aguardó antes de sacar conclusiones precipitadas. Volvió a notar algunas gotas de sudor en la frente. Utilizó la toalla.

—Fue la noche en que asesinaron a Jay Taylor y presuntamente hirieron a Rafael. —Catherine miró de un modo significativo a su oyente—. Encontramos una pintada en la pared de la escena del crimen. La hicieron con espray. Era reciente. Alguien había escrito “Aúlla mientras puedas”. —Dejó una pausa durante la cual se dio cuenta de que el hombre no había tenido conocimiento del hecho hasta ese mismo instante—. Creo que es evidente, ¿no? Estoy... Estamos seguros de que ambos mensajes van dirigidos a la misma persona. Rafael.

—¿Te importa que fume? —preguntó Annibal. Ella negó con la cabeza. Había pedido su opinión por pura cortesía, pues ya tenía el cigarro en la mano. Lo encendió. Saboreó la primera calada con los ojos cerrados. Aún estaba procesando la información.

—Annibal, ¿atacó a Rafael ya una vez? —probó suerte Jones. No acostumbraban a utilizar ese nombre, sino su apellido. Si le respondía la verdad, podría hacerlo en otras cuestiones.

—¿Por qué me preguntas algo que ya sabes?

Sawyer se había encargado de dejar claras sus sospechas durante la primera visita. De no ser por esas conjeturas, habría resultado complejo asociar el segundo mensaje al primero, y el primero al Lobo. Le interesaba esa conversación incluso tras haberle arrancado la vida a Austen. Si era verdad que O'Quinn estaba detrás, todo conocimiento al respecto era poco. Y más teniendo en cuenta que irían a visitarle al día siguiente.

—Sí, esa noche le atacaron —reconoció Annibal. Lo sabían, no servía de nada fingir lo contrario.

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar detrás?

—Esto ya se ha convertido en un interrogatorio. No has venido a eso —se cerró él. Expulsó con suavidad el humo por la boca, levantando un espectro entre ellos.

—Deberías tener en cuenta que, si hubiese sido por mis compañeros, no te habrías enterado de nada de esto. Así que no te vendría mal colaborar un poco en algo que además te interesa a ti —le recriminó Catherine.

—Ya no sabéis qué más hacer, ¿eh?

Scorpio dejó escapar una pequeña risotada. Después, sin previo aviso, se acercó hasta quedarse apenas a veinte centímetros de ella. Al momento se percató de lo incómoda que estaba, pudo leerlo en su expresión. Los ojos verdes de la detective vacilaron, pero no se apartó. Bien. La llevaría a su terreno.

—Dime, Jones. Si no querían que yo me enterara, ¿qué haces aquí conmigo?

Scorpio estaba tan cerca que Catherine podía incluso captar su olor. El ejercicio previo no lo convertía en desagradable. Al contrario. La mujer se dio cuenta del enorme peligro que entrañaba aquella situación. La inesperada acción le había disparado los nervios. Contuvo el aliento sin atreverse a realizar ningún movimiento. Quería apartarle de un empujón, pero no lo hizo. Tenía que fingir que todo iba bien, que no la intimidaba. Sabía que buscaba romper su tranquilidad.

Annibal se separó. Dibujó una sutil sonrisa inclinada a la derecha. Sacó otro cigarro de la cajetilla de Lucky Strike y lo encendió. La miró con indiferencia.

—Parece que no soy solo yo el que se niega a responder. Hay que predicar con el ejemplo, ¿no crees? —comentó Annibal. Ni siquiera la estaba mirando.

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió Catherine. Hizo verdaderos esfuerzos por no dejarse llevar por la irritación. Casi los mismos que necesitó para controlar su respiración. Había endurecido el gesto.

—No vuelvas a tratarme como si fuera gilipollas —contraatacó él, más áspero—. ¿Crees que puedes llegar aquí y contarme esto para luego decirme que lo has hecho a espaldas de los otros? ¿Qué es, una especie de favor? No me hagas reír. Nadie hace favores gratis y menos la policía. ¿Qué esperabas, que iba a contarte todo lo que supiera? ¿O qué es lo que vas a pedirme? ¿De verdad sigues esperando que colabore?

—¿Has pensado que quizás te trato como lo que eres? —le espetó Jones, airada—. He venido

a tu casa arriesgándome a que mis compañeros, contrarios a avisarte, me descubran. Y arriesgándome a ti. —Enfatizó—. No sabía ni cómo reaccionarías ni si estarías solo. Simplemente quería avisarte para que tuvieseis cuidado. Me parecía que era lo correcto. Estoy corriendo un riesgo que ni siquiera me corresponde para evitar una posible muerte y tú te comportas como un idiota. Quizás te vayan mejor las cosas cuando aprendas a ver más allá de tus narices.

La detective pensó que Sawyer había estado en lo cierto. No le entraba en la cabeza cómo había llegado a pensar que aquello era una buena idea. Se dijo que lo tenía merecido. Se levantó.

Scorpio podía contar con los dedos de una mano las personas que se atrevían a hablarle de la forma en que lo había hecho la policía. Estaba sorprendido. No podía decir que no tenía agallas, pretendía marcharse sin darle la oportunidad de responder. Una parte de él ansiaba enseñarle, por la vía fácil, que debía respetarle. Se contuvo. De nuevo, atacar a una agente de la ley no era la idea más adecuada. Y ella era la única que iba armada. Además, aunque reconocerlo abrasaba su amor propio, Jones tenía razón. La vida del Lobo era demasiado importante, incluso con Austen muerto. Le había proporcionado una información muy valiosa.

Se levantó y fue tras ella. La alcanzó enseguida.

—¿A dónde vas? —preguntó Annibal. De camino a la entrada había logrado controlar los impulsos. Era lo mejor para ambos.

—Creo que es evidente —soltó Catherine, seca. Le hizo sentir insegura una vez más. Nunca podía predecir a ciencia cierta cuál sería su siguiente movimiento. Sabía que era un hombre de escrúpulos casi inexistentes. No veía el momento de abandonar aquella casa.

Él se colocó delante de la puerta principal, cruzado de brazos. La detective tuvo que obligarse a mirarle a la cara. Esperaba que se diera por aludido y se quitara de en medio.

—Y no sé lo que te pensabas, pero no vuelvas a acercarte a mí de ese modo, Scorpio.

—No sé de qué hablas. —Había vuelto a adquirir ese tono altanero que había mantenido antes de que se torciera el diálogo. No pensaba disculparse.

—Lo sabes perfectamente.

—Yo no te veía muy por la labor de apartarte. Hasta podría decirse que te gustó —trató de provocarla Annibal. Era altivo en este ámbito porque sabía que podía serlo.

—Lo odié —se apresuró a responder Catherine. Él no era al único al que pretendía convencer.

—Seguro.

—¿Me permites? —le pidió Jones. No iba a seguirle el juego. Necesitaba marcharse de allí.

Annibal se apartó y le dejó vía libre. Catherine no tardó ni medio segundo en avanzar tan pronto vio que podía hacerlo. Fue tan simple como abrir la puerta, cruzarla y cerrarla. No se despidió.

Cuando se quedó solo, Scorpio no se movió. Suspiró. Al fin y al cabo, esa tía le había llevado información crucial de la que podría sacar partido, toda bajo su responsabilidad. Policía o no, tenía que reconocérselo. Abrió la puerta y vio cómo se alejaba a paso rápido.

—¡Eh, Jones! —la llamó. Ella se paró al escucharle. Giró la cabeza sin llegar a darse la vuelta—. Gracias.

Mantuvieron el contacto visual durante breves instantes. Después, el hombre desapareció tras el umbral.

Catherine reanudó la marcha. Abandonó el recinto. No sabía hasta qué punto la última palabra del narcotraficante había sido sincera, pero poco importaba. Bastaba.

Se avergonzaba de sí misma. Solo de recordar la insolente cercanía, sentía bochorno. No podía volver a permitir que ocurriera algo así.

Había aparcado el coche en una calle paralela, por precaución. Fue un alivio vislumbrarlo a lo lejos. Aceleró el paso. Cuando por fin se sentó al volante, se puso el cinturón. Durante los segundos siguientes no hizo otra cosa que procurar volver a un estado normal. Todavía notaba los nervios a flor de piel. Aunque su determinación había ido en contra de lo que opinaba su superior, creía que había actuado bien. No se arrepentía.

Encendió la radio.

Desde el mismo momento en el que regresara a la comisaría, seguiría trabajando con ahínco para resolver aquel caso. Y para que Scorpio terminara entre rejas.

FIN

**POLICE
DEPARTMENT**

JEFE

Hombre de
confianza



Annibal Scorpio
Edad: 28



Rafael "Lobo" E.
Edad: 29

ALTO RANGO



Hans Schneider
Edad: 27



Sandro Biaggi
Edad: 31



Larry Greenwich
Edad: 37



Fred Harrison
Edad: 36



Ryan Coleman
Edad: 33



Jay Taylor
Edad: 31

BAJO RANGO



Benjamin Paul
Edad: 34



Robert Clayton
Edad: 25



Harold Klein
Edad: 26



Carlo Saunders
Edad: 31



Henry Baker
Edad: 35



Ronald Peacock
Edad: 25

Agradecimientos

Esta historia ha viajado por el tiempo, lleva conmigo casi una década a día de hoy. Ha viajado por el espacio, puesto que diferentes ordenadores en distintos lugares han recogido mis dedos golpeando sus teclas. Ahora que es algo real, que ha nacido, que puede conocer mundo a la vez que el mundo le conoce a él... No hay palabras. En realidad sí las tengo, pero temo empezar a decirlas, porque pueden no terminar nunca. Es muy especial para mí haber conseguido llevar estas líneas más allá. Por fin. No voy a decir que es un sueño hecho realidad, porque siempre he estado muy despierta para llevar esto adelante, pero sí creo que es una realidad de ensueño.

Recuerdo cómo surgieron los primeros renglones. Era de noche, todavía no tenía un portátil propio, así que utilizábamos el ordenador de mesa familiar. Negro y rojo. Y sí, utilizábamos. Porque esta idea no me pertenece enteramente. Una gran corresponde a Álvaro. Él es mi compañero de vida, el gran amor de mi existencia. Sin él, esto jamás habría visto la luz, porque no habría nacido. Horas y horas, demasiadas como para siquiera tratar de contarlas, yacen detrás de todo este proyecto. Y siempre estaba él. Siempre. Porque, aunque haya sido yo quien ha llevado a las letras todo este mundo de crimen organizado y sangre, Álvaro ha sido un pilar fundamental en el desarrollo de la trama. Un pilar fundamental, a secas, en todos los aspectos de mi vida. Así que, si tengo que abrir estos agradecimientos con alguien, tiene que ser con él. Con su afán por conseguir que esto vaya adelante. Pero no me quedo ahí. Es que es todo. Todo. Su apoyo eterno en cualquier circunstancia de la vida. Porque siempre es mi gran sustento cuando acecha mi propia Cadena del Trece.

A mi padre, culpable en buena parte de mi afición por la lectura al leerme tantos cuentos de pequeña. Por imaginar al Cucurucho e incentivarme, sin que él lo supiera, a querer crear historias. Por hacerme alcanzar diferentes lugares del mundo, literalmente. Por su incondicionalidad.

A mi madre, culpable de querer tener mi vida repleta de libros. Por ser mi lectora beta. Por sentir tanto entusiasmo por esta historia incluso antes de que naciera. Por ser tan crítica. Por mantener esa actitud luchadora frente a las adversidades. Por su incondicionalidad.

A mi hermana, culpable de que mis días sean más brillantes. Dicen que los amigos son los hermanos que elegimos. Soy muy afortunada de que mi hermana de sangre sea además mi mejor amiga.

A Lucía y a Renata, porque son fuertes columnas de diamante que se mantienen cuando la tormenta arrecia. Porque son suaves abrazos de dientes de león cuando llueven carámbanos. Y, cuando buscas la definición de amistad en el diccionario, aparecen sus nombres.

A Elena, ya no solo porque haya conocido esta historia como lectora beta, sino por cómo es. Por la alegría que transmite. Porque ambas caminamos rápido para no aburrirnos. Por nuestros audios y risas. Por su llamada. Porque me enamoro de los libros que elige para reseñar. Su blog es "mimundopersonaldelibros.blogspot.com.es". Por favor, visítadla. Merece la pena.

A Sofía. A Virginia. A Inés. A Elena. A Pilar. A mi familia. A mis chicas *bloggers*. Y para todos los que, de una manera u otra, están a mi lado. Para la gente que he ido conociendo por el

camino. Para los que conoceré.
Y para ti, lector. Siempre.

Acerca de

Beatriz García López nació en Madrid en 1988. Su pasión por la lectura la acompaña desde muy pequeña, y escribe desde que descubrió el placer de crear historias propias. A lo largo de su vida ha ido acumulando multitud de escritos orientados al disfrute personal, lo que le ha hecho ir aprendiendo de la propia experiencia. Es así como, poco a poco, fue encontrando su actual estilo literario.

Debutó como escritora con *El presagio de Horus*, novela de ciencia ficción. La primera edición fue publicada por la editorial con la que ganó un concurso literario. Se lanzó con la autopublicación con la segunda edición, así como con la versión digital. La saga Trece Milímetros sigue los mismos pasos de iniciativa independiente, comenzando con este primer tomo: *Scorpio*.